

VICTOR M. RENDON

MIEMBRO DE LA ACADEMIA ECUATORIANA

Y CORRESPONDIENTE

DE LA

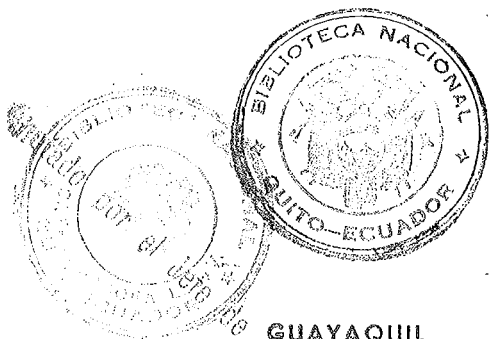
ACADEMIA ESPAÑOLA



TEATRO

OBRAS REPRESENTADAS EN EL ECUADOR

(1922—1936)



GUAYAQUIL

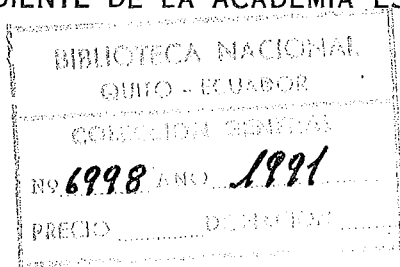
1937

REED & REED - Departamento de Imprenta

VICTOR M. RENDON

MIEMBRO DE LA ACADEMIA ECUATORIANA Y

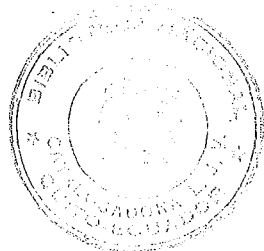
CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA



TEATRO

OBRAS REPRESENTADAS EN EL ECUADOR

(1922-1936)



GUAYAQUIL, 1937.

REED & REED-DEPARTAMENTO DE IMPRENTA

8033000

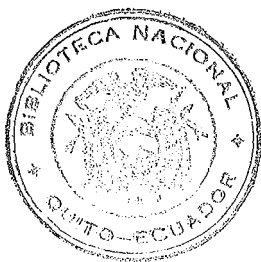
Para la Biblioteca Nacional
de Quito, atentamente

Pedro Brindón

Guayaquil, en el 4º centenario de
su fundación, 25 de julio de 1937.

Apartado 8.-

ENRIQUE TERAN
DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO



OBRAS DEL MISMO AUTOR

.....

TELEFONEMAS, poesías, con un prólogo del Ecmo. señor don José María de Ortega Morejón, Madrid, 1908;

TELEPATIAS, poesías, Madrid, 1908;

LA COLUMNA A LOS PROCERES DEL NUEVE DE OCTUBRE, Madrid, 1916;

CLEMENTE BALLEEN, biografía, Madrid, 1916;

ECOS DE AMOR Y GUERRA, poesías, con un prólogo del profesor señor don Ernest Martinenche, París, 1927;

ENCANTAMIENTOS PATRIOS, poesías, París, 1929;

LORENZO CILDA, novela ecuatoriana, París, 1927;

OBRAS DRAMATICAS REPRESENTADAS EN AMERICA:

HOY, AYER Y MAÑANA, comedia en un acto y en prosa, 1922;

CON VICTORIA Y GLORIA, PAZ, comedia, en un acto y en prosa, 1922;

EL MATRIMONIO EUGENICO, drama en dos actos y en prosa 1922;

EL AUSENTISMO, comedia en tres actos y cuatro cuadros, en prosa, 1923;

CUADRO HEROICO, comedia en un acto, en prosa, 1923;

MADRINAS DE GUERRA, comedia en un acto y en prosa, 1923;

PERIQUIN O LA NOCHE SABROSA, sainete, en un acto y en prosa, 1925;

EN FUENTE FLORIDA, comedia, en un acto y en prosa, 1927;

SALUS POPULI, drama histórico, en un acto y en prosa, 1928;

CHARITO, drama en cuatro actos y en verso, 1928;

NUESTRAS HERMANAS LATINAS, versión en versos castellanos del Cuadro Alegórico en versos franceses de Max Daireaux, 1930;

ALMAS HERMOSAS, sainete cómico—dramático, en un acto y un prólogo, en prosa, 1930;

LAS TRES VICTORIAS, comedia en cuatro actos y en prosa, 1930;
TEATRO COMPLETO, en cinco tomos, de los cuales dos han aparecido ya;

CUENTOS DE DELFIN DE LAS PEÑAS, con un prólogo del Doctor José Récamier, Guayaquil, 1934;

EL MILAGRO DE SAN ANTONIO, en seis idiomas, Guayaquil, 1936;

OBRAS EN IDIOMA FRANCES:

NOTES DE MON CARNET, crónicas, Gante, 1882;

AMADA, poema, París, 1892;

HEROS DES ANDES, poesías editadas por A. Lemerre, París, 1904;

FLAMMES ET CENDRES, poesías, París, 1905;

OLMEDO, Homme d'Etat, Chantre de Bolívar, in—8º.
ilustrado, París, 1905;

LA ROSE, traducción en versos de la poesía "La Rosa del Jardí-
nero" de los Sres. Alvarez Quintero, Madrid, 1909;

LA FRONTIERE DE L'EQUATEUR, París, 1914; —2ª. edición,
Niza, 1931;

L'EQUATEUR PENDANT LA GUERRE UNIVERSELLE, París, 1917;

EDITH CAVELL, traducción en versos franceses del poema de
Miguel Valverde, París, 1919;

LORENZO CILDA, novela ecuatoriana, versión francesa, con un
prólogo del Excmo. señor don Ed. Clavery; premiada por la
Academia Francesa, en 1933;

PROSES ET RIMES DESUETES, (inédito), París, 1931;

LES RELATIONS DIPLOMATIQUES ET LITTERAIRES ENTRE
LA FRANCE ET L'EQUATEUR, Communication a l'Académie
des Sciences Morales et Politiques de France, Mars 1931;
publicada por esta Academia en Julio de 1931;

LE REVENANT, un acto, en versos franceses, París, 1918;

SALUS POPULI, drama histórico, versión francesa, publicada en
la Revue de l'Amérique Latine;

HIMNOS, VOTOS Y HOMENAJES, versos, 1937;

AMES SUBLIMES, un acto, en prosa, (inédito), 1928;

HOMMES ILLUSTRES DE L'EQUATEUR, en preparación;
EVOCACIONES MADRILEÑAS, sobre el arbitraje de límites ama-
zónicos; en preparación;
ALMACIGAL, crónicas, (1895—1936), en preparación.

ENRIQUE TERAN
DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO

Es propiedad del autor
Todo derecho de reproducción y traducción
reservado.

PROLOGO

Alguien dijo, en la prensa ecuatoriana, que la afición a escribir piezas dramáticas se me había despertado en la ancianidad. Ese concepto es exacto sólo en apariencia, porque, si es cierto que la primera de mis quince obras escénicas representadas en el Ecuador fué estrenada ante el público guayaquileño en el teatro Edén el 26 de agosto de 1922 cuando yo contaba sesenta y tres años de edad, mi inclinación a escribir para el teatro había principiado en mi adolescencia, tal vez antes de que compusiera versos en idioma francés o castellano, indistintamente, a los 16 años.

Fué en los bancos del Gran Colegio Stanislas, renombrado plantel de educación parisiense, donde recibí la parte principal de mi instrucción, cuando tracé el esquema y escribí algunas páginas de una tragedia francesa, inspirada en lecturas latinas y en un hermoso episodio de **Los Mártires** del inmortal Chateaubriand. La intitulé **La muerte de Véleda**, porque mi heroína era esa germánica sacerdotisa y profetisa de los tiempos del emperador Vespasiano que sublevó con Civilis, valiente jefe de los bátabos, una parte de la Galia del Norte y, vencida, después de haber figurado en el triunfo de Domiciano, murió cautiva en Roma.

Durante muchos años conservé entre mis papeles aquel bosquejo dramático. Desapareció no recuerdo cómo ni donde. En mis trabajos literarios en prosa y verso, en castellano y en francés, me sentí frecuentemente solicitado por Talía y Melpómene a formar parte de la legión de sus adeptos; pero, consideraciones de carácter familiar y, luego, el patriótico desempeño de funciones oficiales me alejó de los tablados hasta que, con los años, desapareciendo aquellos inconvenientes y habiendo renunciado cargos diplomáticos, pude cumplir uno de los anhelos de mi activa carrera de escritor.

La oportunidad me la proporcionó la gran guerra europea. Para distraer a mis hijos, escribí la pieza dramática en versos franceses **Le Revenant** y la comedia en prosa española **Madras de Guerra**. Fueron bien interpretadas por mis hijas María Teresa, María Margarita y María Isabel, un primo y una prima de ellas,

en mi domicilio de París, ante selecto público, el 5 de junio de 1916. El buen éxito logrado me alentó a seguir escribiendo para el teatro y, cuatro años después, en 1920, al regresar a Guayaquil, traía entre mis escritos otras dos piezas, una dramática **Hoy, Ayer y Mañana**, estrenada en 1922 en el teatro Edén por la Compañía Marta Fábregas con la colaboración de una cautivante niñita guayaquileña, de cinco años de edad, Elsie Yoder, a cuya inteligencia y gracia se debió en gran parte el buen éxito de esa obra. Nadie pudo prever en aquella espléndida velada el horrendo fin de esa deliciosa niña que, en la adolescencia, pereció en una catástrofe aérea.

La otra pieza traída en mi maleta era cómica, titulada **Con Victoria y Gloria, Paz**. Fué estrenada el 23 de diciembre de 1922 en el teatro Olmedo de Guayaquil, siendo sus intérpretes señoritas y jóvenes de la alta sociedad porteña, en una **matinée** organizada por la filantrópica Sociedad **El Belén del Huérfano**, cuya presidenta era la ilustre matrona, de imperecedero recuerdo, señora doña Ana Darquea de Sáenz de Tejada.

La primera de mis obras dramáticas escritas en el Ecuador fué **El Matrimonio Eugénico**. La escribí al pie del sublime Chimborazo, en Riobamba, y fué allí estrenada por la Compañía Lara—Meza el 25 de marzo de 1923. Agradó al público por la lección moral que de ella se desprende y fué sucesivamente aplaudida en Quito, Ambato y Guayaquil. Es la obra escénica mía que ha sido más representada en el Ecuador. La han llevado al tablado, en diferentes ocasiones, el **Club Montalvo**, en el Milagro; la **Escuela Fiscal de Varones**, en Salitre; la **Sociedad de Obreros**, en Alausí; la **Escuela Fiscal Calixto Romero**, en Samborombón; la **Sociedad Sport Club 18 de Setiembre**, en la inauguración, el 10 de mayo de 1924, del Teatro Municipal de Esmeraldas, donde, a petición del bondadoso público, fué repetida siete días después. La **Sociedad Taíña**, de Limones, inauguró el teatro **Iris** de aquella población con **El Matrimonio Eugénico** en 1933. Será este drama repetido allí mismo en el coliseo al que se le ha cambiado el nombre para llamarlo teatro **Víctor Manuel Rendón**, muy bondadosamente, siendo su principal intérprete la cautivante señorita Juana Tri viño Midero.

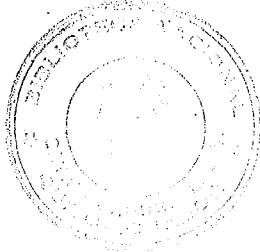
La traducción en versos castellanos del Cuadro Alegórico de Max Daireaux, **Nuestras Hermanas Latinas**, el drama histórico **Salus Pópuli** y la comedia **En Fuente Florida** fueron escritas en Francia de 1926 a 1932. Todas las demás obras de este libro: **El Ausentismo**, **Charito**, **Periquín**, **Almas Hermosas**, **El Billeto de Lotería**, **La Carretilla**, **Las Tres Victorias**, las escribí en Guayaquil. Han sido y siguen siendo representadas en diversos centros nacionales. El público indulgente las acogió siempre favorablemente cuando las escuchó en Guayaquil, en el teatro Olmedo, teatro Edén, Sala de Fiestas de la Sociedad Filantrópica del Guayas, Escuela Taller de la Sociedad José Joaquín de Olmedo, Colegio de la Providencia, Academia Medardo Angel Silva, Sociedad Cooperativa Comercio, Teatro Popular de la Sociedad **Hijos del Trabajo**; en Quito, en el Teatro Nacional Sucre; en Riobamba, en el Teatro Maldonado y en el Colegio San Felipe Neri; en Ambato, en el Teatro Viteri; en Esmeraldas, en el Teatro Municipal; en el Milagro, en el Teatro Valdés y en el Teatro Infantil **Víctor Manuel Rendón**; en Jipijapa, en el Teatro Rialto; en Machala, en el Teatro Municipal; en Limones, en el Teatro Iris y en el Teatro **Víctor Manuel Rendón**; en Salitre, en una Sala Escolar; en Samborondón, en una Sala Escolar y en el Salón Municipal; en Alausí, en la Sala de la Sociedad **Obreros de Alausí**; en Tabacundo, en la Sala del Club Sport **El Cóndor**; en Pasa, en una Sala Escolar; en Borbón, en Sala particular; en Yaguachi, en la Escuela Fiscal **Simón Bolívar**, N° 36; en Daule en la Escuela Fiscal de niñas, N° 24.

A todos los que han honrado mi teatro con lisonjeros juicios, y muy especialmente a Carlos Alberto Flores, Honorato Vázquez, Alejandro Andrade Coello y Víctor Manuel Albornoz en el Ecuador, José Récamier en Francia, Señorita Emma Calderón y de Gálvez, en España (Gibraltar), El Sol, de Madrid; Nuno Beja, en Portugal, Señorita Blanca E. Ferraro, en el Uruguay; a todos los que me han honrado igualmente, contribuyendo a divulgar mis obras escénicas o dando mis nombres a teatros, les guardó, en mi corazón, perenne gratitud.

Víctor M. Rendón.



OBRAS REPRESENTADAS EN EL ECUADOR



I

HOY, AYER Y MAÑANA

Esta pieza, después de estrenada en Guayaquil, fué
plagiada, vertida al alemán,
y representada en Alemania.

NOTA DEL AUTOR.

HOY, AYER Y MAÑANA

DEDICATORIA

Para ti, MARIA TERESA, hija querida,
aplaudida intérprete de algunas de mis
obras, que, al oírme leer la pieza dra-
mática que te dedico, me diste, una vez
más el júbilo de contemplar la sensibili-
dad de tu alma tierna y compasiva.

PARIS 1918.

HOY, AYER Y MAÑANA

**PIEZA DRAMATICA EN UN ACTO Y EN PROSA, ESTRENADA
EN EL TEATRO EDEN DE GUAYAQUIL, POR LA COMPAÑIA
MARTA FABREGAS, EL 22 DE AGOSTO DE 1922.**

R E P A R T O

DIANA, 22 años	Sra. Marta Fábregas
LUCIA, 23 años	„ María Ruiz Madrid
MISS GARDEN, 30 años .	„ Lucía Iglesias
UN MILITAR, 28 años ..	Sr. Leonardo Arrieta
REMIGIO, 30 años	„ Juan Leal
ALBERTO, 5 años	Niña Elsie Yoder
UN SIRVIENTE, 40 años.	Sr. Miguel Saavedra

La acción se desarrolla el 22 de agosto de 1918 en una plaza de Bretaña .

Un saloncito: Puerta principal al fondo. —Ventana de vidrios, a través de la cual se ve el mar. —Puerta lateral izquierda, de entrada a las habitaciones. —Un mueble consola con fotografías. —Un canapé cerca de la puerta lateral y una silla hacia el centro. —Una mesita entre el canapé y la silla; sobre la mesita, un canastillo con lo necesario para labores de mano. —Muebles de casa de campo .

Esta pieza fué representada sucesivamente por la misma Compañía en Riobamba el 5 de setiembre de 1922, donde el papel de Albertito fué interpretado por el niño Enrique Dedonato; en el teatro nacional Sucre, de Quito, el 8 y el 17 de setiembre de 1922, donde el papel de Albertito lo desempeñó la niña Lucía Avelina Arcos y, en Ambato, el 26 del mismo mes y año, donde el papel de Albertito fué confiado a la niña Leal .

EL CENTRO FEMINISTA MINERVA representó **HOY, AYER Y MAÑANA** el 31 de diciembre de 1922, siendo la principal intérprete su Presidenta, la distinguida señora doña Rita B. de Valle Kuhn .

LA JUVENTUD PASEÑA, bajo la ilustrada dirección del señor Párroco de Pasa, doctor don Rafael Ignacio Calderón, lo había representado anteriormente el 10 de octubre de 1922.

EL CLUB JUAN MONTALVO, del Milagro, en el teatro **Enrique Valdés**, lo subió al tablado el 7 de octubre de 1924, con el reparto siguiente: Diana, Sta. María U. Luque; —Lucía, Sta., Lastenia T. Flor; —Miss Garden, Sta. Italia Muñoz; —Un militar, Sr. Juan Fariño; —Remigio, Sr. Lorenzo N. Acosta; —Alberto, niño Paulino Albuja; —Un sirviente, Sr. Federico Palacios P.

El Centro **SPORT CLUB EL CONDOR** de Tabacundo, representó **Hoy, Ayer y Mañana** el 16 de enero de 1927. Fueron sus miembros los intérpretes .

LA SOCIEDAD OBREROS DE ALAUSI representó esa comedia el 6 de mayo de 1933 con el reparto siguiente: Diana, Sta. J. Elvira Arellano; —Lucía, Sta. Berta Campos; —Miss Garden, Sta. Enriqueta Aguirre; —Un Militar, Sr. Norberto Chiriboga; —Remigio, Sr. J. Enrique González; —Alberto, niño Wáshington Palacios A.; —Un Sirviente, Sr. Federico Palacios P.

EL COMITE DE CULTURA FEMENINA **Cinco de Junio** representó **Hoy, Ayer y Mañana** el 10 de agosto de 1936 en el Teatro **Víctor Manuel Rendón** de Limones. —Reparto: Diana, Sta. Juana Triviño; Lucía, Sta. Beatriz Bruno; Miss Garden, Sta. Luz M. Triviño; Remigio, Sr. Jorge R. Estupiñán; Militar, Sr. Sócrates Prado; Alberto, Niño Cayo S. Triviño; Un sirviente, Sr. Alejandro Tambaco .

El mismo Comité con los mismos intérpretes representó **Hoy, Ayer y Mañana** en Borbón (Esmeraldas), el 30 de agosto de 1936.

HOY, AYER Y MAÑANA

ESCENA I

DIANA

(Viste traje sencillo de casa, color obscuro. Cosiendo, sentada en el canapé junto a la mesita sobre la cual está la canastilla con lo necesario para labores de mano, procura enhebrar una aguja. —Manifiesta impaciencia y exhala un suspiro).

¡Qué torpes tengo hoy los dedos! No atino ni a enhebrar una aguja... Trémula estoy... ¡Indecible sensación de angustia me oprime el corazón y me nubla la vista... ¿Qué será lo que experimento, Dios mío?... ¿Quizá el bochorno de esta tarde de agosto me agobia así... Agosto, odiado mes que despierta en mi cerebro las más dolorosas reminiscencias... , cabalmente, es hoy, el día veintidós de este funesto mes, la fecha del tercer aniversario de la desaparición de Julián en la atroz jornada... El veintidós de agosto de 1915... ¡Maldito día!... Tal vez conseguiré respirar más aire, abriendo esa ventana...

(Se levanta y va a la ventana; la abre y contempla el océano un instante en silencio):

No sopla la menor brisa del mar... Aun más, el sofocante ambiente me ahoga y me abrasa las sienes... Preferible es cerrar...

(Cierra la ventana y, lentamente, vuelve al canapé donde se deja caer, pasando la mano por la frente como para alejar una obsesión penosa):

Mi congoja es hoy igual a la que sin descanso me asestaba, día y noche, a toda hora, durante aquellos doce mortales meses de continuo esperar, de incesantes plegarias a Dios y a sus santos porque me hicieran un milagro que... no pudo ser... Así convendría... Hube de resignarme, como buena cristiana, a la impenetrable voluntad divina... Se apaciguó, poco a poco, mi alma desesperada y mi corazón desgarrado aceptó finalmente el bálsamo del consuelo, pero no logró el del completo olvido... ¡Olvidar...! No basta querer... Y, sin embargo, precisa que hoy me olvide ya de ayer para que mañana, en mi nueva vida,

HOY, AYER Y MAÑANA

bajo un cielo sin nubes, vea siempre alegre el semblante de quien me prodiga las tiernas manifestaciones del más sincero cariño. Debo olvidar para ser feliz. La suerte me brinda todos los halagos para que vuelva a serlo, amando y siendo amada... ¡Aléjate, visión lastimosa!... Déjame gozar, en la primavera de la existencia, la dulzura del amor de Remigio a quien he jurado fe, ternura y abnegación... ¡Desdichado Julián! En tu glorioso lecho, que sólo Dios sabe donde está, descansa en paz...

(Se seca las lágrimas con el pañuelo. — Por el fondo, Remigio entra con vestido de franela blanca, y, presuroso, se dirige hacia Diana).

ESCENA II

DIANA Y REMIGIO

REMIGIO, risueño: — Ya lo ves, querida Diana; poco tardé en hacernos matricular en la Comisaría. Al alejarme de ti, siempre voy triste, halagándome sólo la esperanza del gran placer que experimentaré al volver a tu lado.

(La besa en la frente y se sienta a su lado en el canapé).

DIANA, conmovida: — Querido Remigio, mi inmejorable amigo.

REMIGIO: — Tu tierno esposo que anhela tu dicha. Quisiera verte alegre siempre y, a veces, la sonrisa, que tan dulce expresión imprime a tu belleza y que tanto me embelesa, no asoma a tus labios... Aunque procuro ocultarme tu melancolía, la leo en tus ojos donde miro tu alma sensible, como ahora mismo... ¿Qué te falta para ser completamente dichosa? Sabes que te adoro.

DIANA: — Tú también sabes mi sincero cariño, mi gratitud profunda...

REMIGIO: — No hables de gratitud. Toda es mía, porque consentiste al fin en que mi amor se esforzara por devolvarte la dicha que mereces. Me culpo así y me lamento de no atinar a alejar definitivamente de tu alma esa melancolía que persiste, aunque bien sé que hoy tu corazón es mío. ¡Oh, incurable obsesión la que te aflige!

VÍCTOR M. RENDÓN

DIANA: — Incurable, no. Confía en que el tiempo borrará completamente la visión del pasado que, menos afligiéndome que alarmándome, se yergue a veces...

REMIGIO: — Con frecuencia...

DIANA: — Tienes razón; mas no porque yo la evoque. Confía en Dios y en nuestro recíproco amor... Confieso que hoy sufro, como hacía ya algún tiempo que no me ocurría. Presiento no sé qué nueva desgracia que volviera a trastornar mi vida, a robarme tu cariño... Es, sin duda, la fecha de hoy que causa mi indecible congoja... Pero, no hablemos más de mi insoportable nervosidad... Dime, ¿Viste en la playa a Alberto?

REMIGIO: — Jugando con miss Garden, en la sombra de la tienda, le vi y me acerqué a acariciarle. ¡Qué monísimo está! Da gusto contemplar su desarrollo físico y observar, de día en día, el admirable progreso de su inteligencia. Me encanta su afán de indagar todo. Es ya un varoncito que sabe la importancia de sus cinco años, Albertito. Mucho se te parece, tu hijo. Son las mismas facciones delicadas, la dulce mirada de tus ojos. Bastaría ese parecido para que yo le quisiera, si, desde el primer día que te llamé mi esposa, no le profesara el cariño de un padre.

DIANA: — Y no quieres que te exprese mi gratitud, aunque no sea sino por la protección que dispensas a Alberto.

REMIGIO: — No la merezco. Al obtener que tu corazón compartiera conmigo el amor maternal, asumí el deber de querer a Alberto como su propio padre. Me impulsó más que el deber, el sentimiento de su desdicha en tan tierna edad. La compasión, sin embargo, no fué sino una impresión pasajera en mi alma, en la que pronto arraigó el verdadero cariño paternal, al recibir las ingenuas caricias de tan peregrino niño.

DIANA: — Mucho te quiere, porque, desde el primer día, supiste inspirarle confianza y simpatía, sentimientos que, en un año, desde la hora de nuestra unión, han crecido a tal punto que convencida estoy de que te quiere tanto como a mí.

REMIGIO: — No es, pues, la preocupación de que tu hijo carezca de solícito amparo paternal lo que causa tu melancolía.

DIANA: — Yo misma no sé lo que la motiva... Quizá sea el remordimiento de haberme resuelto a ser dichosa. Pero, a todo tran-

HOY, AYER Y MAÑANA

ce, quiero serlo en tus brazos, apoyando mi ardorosa frente sobre tu corazón leal y generoso.

(Lo hace como lo ha dicho, suavemente).

REMIGIO; besándola en la frente y estrechándola en sus brazos:—
Adorada Diana...

DIANA: — Ya me siento fuerte. (Alza la frente). Mírame, vuelvo a estar alegre. (Sonriéndose): Dime que la sonrisa que asoma a mis labios es la que te gusta.

REMIGIO: — Sí, Diana mía. Esa es. ¡Que no vuelva a alejarse! ¡Que irradie de tu apacible semblante como, en sereno cielo, el sol!

ESCENA III

LOS MISMOS, ALBERTO Y MISS GARDEN

(Alberto entra corriendo, seguido a pocos pasos por miss Garden. Visten ambos de claro y como se acostumbra en verano a orilla del mar).

ALBERTO, echando los brazos al cuello de Diana y besándola: — ¡Mamá! ¡Mamá! (Se desprende, para echarse al cuello de Remigio): — ¡Papá! ¡Papá!...

DIANA, tiernamente: — ¿Qué significa, Alberto, esta repentina llegada? ¿Por qué no has seguido jugando en la playa con miss Garden?

MISS GARDEN: — Desde que el caballero fué a acariciarle, ha estado Alberto impaciente por regresar a casa, diciendo que hacía mucho tiempo ya que no veía a su mamá y preguntándome por qué no iba la señora, como de costumbre, a coser bajo la tienda. Se puso tan inquieto que decidí traerle para que la señora me diga lo que debo hacer.

DIANA, acariciando a Alberto. — Le duele hoy la cabeza a tu mamá. Por eso tardo en ir a jugar contigo en la arena hasta que refresque un poco la temperatura.

ALBERTO, cariñoso: — Quiero quedarme contigo.

REMIGIO, dulcemente: — No puede ser, Albertito. Tu mamá necesita tranquilidad y silencio para aliviarse pronto.

ALBERTO: — Y ¿por qué estás con ella?

REMIGIO, riéndose: — Porque entré de la calle y vine a ver cómo seguía.

ALBERTO: — Ven tú a la playa.

REMIGIO, tomándole en sus brazos y colocándole cual jinete en una de sus piernas: — No puede ser ahora. Tengo que escribir unas cartas. (Haciéndole cabalgar): — ¡Upa! ¡Upa! A galope va a regresar mi hijito a la orilla del mar, porque su mamá lo ordena y Albertito es muy obediente.

ALBERTO: — ¿Tú también quieres que vaya?

REMIGIO: — Yo quiero siempre lo mismo que tu mamá.

DIANA: — Sé juicioso. ¿Verdad que tú haces lo que papá y mamá te ordenan?

(Alberto afirma gravemente con la cabeza).

REMIGIO: — A ver ¿cómo se me quiere?

(Alberto le pasa los brazos al rededor del cuello y le besa efusivamente en la mejilla. Remigio devuelve los besos).

— ¿Y a tu mamá?

(Alberto, hincado de rodillas en el canapé, besa de igual modo a Diana que corresponde tiernamente).

DIANA, acariciándole: — Ahora vuelve a la playa y te prometo que pronto iré allá.

ALBERTO: — ¿Y papá?

REMIGIO: También iré más tarde a buscaros para tomar el té.

MISS GARDEN: — Vamos, Alberto.

(Alberto, con cada brácito que pasa al rededor del cuello de Diana y del de Remigio, acerca ambas caras de la suya y, alternativamente, las come a besos. Salta, luego, del canapé y se dirige a la puerta, de donde regresa, corriendo, a besar a sus padres que, enternecidos, se ríen y, al fin, se aleja, dando la mano a Miss Garden).

ESCENA IV

DIANA Y REMIGIO

REMIGIO: — ¡Cómo te quiere, Albertito!

DIANA: — Nos quiere igual a ambos.

REMIGIO: — Es muy cariñoso y obediente. Tiene un corazón de oro, como el tuyo.

HOY, AYER Y MAÑANA

DIANA: — Al que comunicarás tú la energía y la rectitud de tu alma para que, respetado y querido de todos, triunfe en las luchas de la vida.

REMIGIO, irguiéndose: — Voy a escribir esas cartas. Fastidiosa correspondencia. Los asuntos impertinentes le persiguen a uno por todas partes cuando más se desea vivir lejos de la sociedad. Mas hoy, en la quietud del retirado hogar, ¿quién pretende no dar oído a los ecos del mundo, mientras retumban los hórridos clamores de la encarnizada matanza universal?

DIANA: — No es posible aislarse completamente, ni en esta pequeña playa de Bretaña, adonde hemos venido a que convalezcas de la grave herida que motivó tu alejamiento de las trincheras. Hoy, como nunca, quisiera cerrar nuestra puerta a los extraños y no puede ser. Nuestra vecina, esa antigua condiscípula, a la que la casualidad me hizo hallar aquí, mandó recado que vendría hoy a verme. No tardará en llegar.

REMIGIO: — Tal vez su charla te distraiga. No he visto mujer más parlanchina ni casquivana que tu amiga. Olvidé ya su nombre. ¿Cómo se llama?

DIANA: — Lucía Castor.

REMIGIO: — Su esposo, capitán de coraceros, es otro de los desaparecidos en la tremenda lucha.

DIANA: — Desapareció después de Julián, de quien acabaron por mandarme parte oficial de defunción. Lucía, hasta ahora, permanece incierta acerca de la suerte de su esposo.

REMIGIO: — Hubiera preferido otra vecina cuya presencia no avivara tus recuerdos. Felizmente es despreocupada y de humor alegre. (Se oye el timbre de la puerta de entrada): — ¡Ah! Ya la tienes allí. Me escapo.

DIANA: — Hasta luego.

(Remigio sale).

ESCENA V

DIANA Y LUCÍA

LUCIA, muy vistosamente elegante, entra presurosa y alegre: — Querida Diana. ¿Cómo estás hoy? Jesús, ¡qué bochorno! Esto es asarse.

(Se besan y Lucía se sienta en el canapé, al lado de Diana que se había erguido para recibirla).

DIANA: — Es el día más caluroso. No se diría que tú sufres del rigor de la temperatura. Siempre vendiendo salud y rebosante de alegría. Eres como las rosas: cuando más brilla el sol, más fragancia exhalan.

LUCIA: — No te burlas de tu pobre amiga. ¿Cómo pueden parecerse lozanos y alegres los veintitrés abriles de una mujer que ve correr los mejores días de la juventud en la angustiosa expectación de su verdadero estado? Dejé de ser soltera poco antes de estallar la guerra y realmente sólo fui casada unos cuantos días, los de la breve luna de miel y aquéllos, muy contados, en que mi marido obtuvo licencia hasta que desapareció en la tormenta.

DIANA: — De eso hace ya dos años.

LUCIA: — Sí y, en la hora presente, ignoro, y nadie puede afirmarlo, si aun soy mujer casada o infeliz viuda. No debo ni quiero ostentar crespones de luto, porque, sin tener la seguridad de mi desgracia, sería, al lamentarla, como apresurarme a la conformidad.

DIANA, sonriéndose: — Y, como es preciso seguir viviendo, continúas siendo la mujer elegante, de genio alegre, a la que no asustan los atrevidos requiebros.

LUCIA, riéndose de buena gana: — Hay que pasar el tiempo lo mejor posible en esta vida. Ya llegará, demasiado pronto, la hora de llorar, si mi viudez es cierta, hasta que, como tú, halle quien me consuele.

DIANA, tristemente: — Tienes razón de enrostrarme mi debilidad.

LUCIA, sinceramente apenada: — No fué esa mi intención, querida Diana. Perdóname. Sabes que hablo, como sé me ocurre, por hablar.

DIANA: — No te disculpes. Muchos pensarán, sin decirlo, lo que tú, sin el propósito de mortificarme, has dicho. Lo pensarán aún más aquellos que saben cuanto nos hemos amado Julián y yo durante los veinticuatro meses que nuestra unión duró y aquellos que trataron a Julián y conocieron sus inapreciables cualidades de esposo y padre amantísimo...

LUCIA: — Mucho sufriste, ansiando que viviera y que Dios te permitiera volver a ver a Julián. Sé que, cuando fijaste la vista en los documentos que, indiscutiblemente, comprobaban tu viudez, tu desconsuelo fué terrible.

DIANA: — Creí volverme loca. Sólo impidió que perdiera el juicio la presencia de mi hijo. Sin comprender la inmensidad de su desdicha, gimiendo porque oía mis sollozos, Alberto me tendía los bracitos como pidiendo amparo a la única persona de quien podía esperarlo. Me resolví a vivir por ese tierno niño que apenas contaba tres años y ya era huérfano.

LUCIA: — Muy bien hiciste.

DIANA: — Estrechándole sobre mi desgarrado corazón, juré consagrar a Alberto mi vida entera, durante la cual me guardaría fiel a la memoria del idolatrado esposo, que, cumpliendo con su deber, sacrificó heroicamente la felicidad y la existencia en defensa de la patria.. ¡Vana promesa la de una débil mujer! El tierno niño, por quien no seguí a mi esposo a la tumba, iba a ser el inocente instrumento de mi infidelidad. Matrimonio de amor fué el mío con Julián, apenas él se estableció para ejercer la profesión de médico. Mi pequeño dote sirvió a amueblar el piso adonde la clientela principiaba a acudir cuando estalló la infame guerra que absorbió casi todos nuestros recursos...

LUCIA: — ¡Maldita guerra!

DIANA: — Al morir Julián, dejándome en precaria situación de fortuna, mis padres, con sus fincas completamente arrasadas en el norte de Francia, no podían auxiliarme... Cuando mi esposo marchó a la frontera, besando a su hijo, que era la delicia de su alma, me recomendó que, si Alberto enfermaba, llamara al doctor Remigio Mora, su compañero y amigo nuestro, en quien tenía la mayor confianza.

LUCIA: — Así lo hiciste, al atacar a Albertito la terrible fiebre gástrica que puso su vida en peligro, poco después de la desaparición de Julián.

DIANA: — Y el doctor Mora, con vivo interés y abnegación, luchó por salvar al niño de las garras de la muerte, hasta conseguirlo. Con espontáneo cariño Alberto le correspondió, como si quisiera manifestarle su gratitud. El salvador de mi hijo, durante sus cortas permanencias en París, —estaba movilizad^o como cirujano mayor, —siguió visitándonos, autorizado por la amistad que reinaba entre él y Julián.

LUCIA: — ¿Te habló de amor?

DIANA: — No. Su actitud deferente fué siempre respetuosa. Julián, a quien tú conociste...

LUCIA: — Bailé con él, algunas veces, en la casa de unas primas mías, cuando éramos solteros.

DIANA: — Julián desapareció hace tres años hoy. Su amigo secundó mis esfuerzos, multiplicándolos, para indagar su suerte hasta que me anonadó la completa realidad de mi desgracia... Lo demás, lo adivinas...

LUCIA: — El mutuo apego del doctor Mora y de Albertito, las escaseces cada día mayores en tu casa...

DIANA: — Que sólo me alarmaban por lo que mi hijo sufriría...

LUCIA: — Acabaron por hacerte quebrantar tu juramento de eterna viudez...

DIANA: — Y, después de la grave herida que Remigio sufrió, acepté un nuevo esposo. Creí, al otorgarle mi mano, resignarme a ser, únicamente, la abnegada compañera de un buen amigo.

LUCIA: — Pero, no ha sido así.

DIANA: — Debo confesarte, ruborizada, que, en su intimidad, he llegado a admirar su noble carácter, su gran corazón, su bellísima alma. Hoy, le amo sincera y profundamente, olvidando que antes latió ya mi pecho como me figuré que sólo pudiera una vez latir en la vida...

LUCIA: — ¡Pobre Diana! Mucho has sufrido; pero, hoy, ¿verdad?, ya eres feliz.

DIANA, tristemente: — Sorpréndete. Cualquiera, en mi lugar, lo sería. Me esfuerzo por creer que lo soy y...

LUCIA: — Y ¿no lo eres?

DIANA: — Tiemblo de convencerme de mi dicha, como si esa convicción, ofendiendo la memoria de Julián, bastara para que, igual que un frágil castillo de naipes, al menor soplo, la fatalidad destruyera la dicha.

LUCIA, despreocupada y jovial: — Te compadezco, querida amiga; pero, no te comprendo. ¿Qué escrúpulos son esos? Julián, si en el otro mundo viese lo que ocurre en éste, alabaría la conducta que observaste, dando a su hijo un padre que tan cumplidamente hiciera sus veces. Si te quiso mucho, como

HOY, AYER Y MAÑANA

me lo dices, ¿por qué se ha de manifestar allá arriba tan egoísta que quisiera oírte gemir desde tu florida primavera hasta el fin de tu existencia? Se alegraría, no te quepa duda, de que su mejor amigo sea el que haya logrado conquistar tu corazón. No me andaría yo con tales recelos si, irremediablemente viuda, hallara un corazón, como el de tu segundo esposo, que latiera por mis encantos...

DIANA, sonriéndose: — ¡Cómo se ve que gozaste pocos días de la intensidad del primer amor correspondido!

LUCIA: — Unos días yo, unos meses tú allá va a dar. Lo que hay en realidad, es que siempre fuiste propensa al sentimentalismo y yo soy de las que dicen: mientras dura, vida y dulzura, para lo cual hay que convenir en que es indispensable saber alejar la amargura. El mejor modo de llegar a centenario con pocas arrugas es, créemelo, cerrar al dolor la puerta del alma. La vida es breve; a gozarla... Pero, no hago sino charlar, sin decirte el motivo de mi visita... Vine a rogaros, a ti y a tu esposo, que me déis el gusto de ir esta noche a mi casa a jugar al bridge. Reuno a unos pocos amigos. Dos mesas, nada más. Esta playa es un desierto y un destierro. No hay modo de tener relaciones. Me encanta el bridge. Cuando me corresponde ser el zángano, o el muerto, como en ese juego se dice, aunque el silencio se impone, porque ¡claro! los muertos no hablan, no resisto al placer de charlar. A cada jugada, alabo o critico, que es lo que más me divierte.

DIANA: — Te agradezco la invitación. La comunicaré a Remigio. Dudo de que la acepte. No salimos de casa por la noche. Te contestaré y nos dispensarás si no vamos.

LUCIA: — No te molestes en escribirme. Antes de volver a casa, pasaré por aquí a saber la contestación de tu esposo. Dile que no acepto excusas. La guerra se prolonga demasiado. No se puede vivir siempre como anacoretas. Pasar el tiempo lo mejor que se pueda. La vida es corta, como ya lo dije. (Se levanta e impide que Diana haga lo mismo).

No te levantes para acompañarme. Ni me despidas, puesto que regresaré.

(Sale a escape).

DIANA, sola: — ¡Dichosa índole! Envidiable, no ¡Vivir cerrada al dolor! ¡No tener corazón! Si es ese el secreto para ser feliz en el mundo prefiero ser desdichada.

(Entra Remigio con unas cartas en la mano).

ESCENA VI

DIANA Y REMIGIO

REMIGIO, jovial: — ¿Se fué al fin esa cabeza de chorlito? ¿No te mareó demasiado?

DIANA: — Vino a invitarnos a jugar al bridge esta noche en su casa.

REMIGIO: — ¿Te parece que vayamos?

DIANA: — No lo hubiera hecho sin consultarte.

REMIGIO: — ¿Aceptaste?

DIANA: — Haré lo que decidas.

REMIGIO, riéndose: — Estamos conformes. Bien sabes que tus gustos son los míos. ¡Qué ocurrencia! Figurarse que hemos venido aquí, nosotros que ansiamos soledad y reposo, para, al menor antojo de una damita chiflada, abandonar nuestra dulce intimidad, yendo a pasar la velada con las barajas en las manos y en la compañía de rastacueros, cursis o nuevos ricos que, como ella, olvidan los sufrimientos de Francia, la desdicha de la humanidad sangrienta... ¿No te parece que ya es hora de cumplir la promesa a Albertito, si te hallas más dispuesta a salir?

DIANA: — Quizá me aliviaré, buscando aire en la playa, ahora que el sol declina. ¿Cumplirás tú también la promesa a nuestro hijo?

REMIGIO: — Ya lo creo. Iré en seguida que ponga al correo estas cartas.

(Remigio sale).

DIANA, sola: — Haré un esfuerzo para vestirme y llegar hasta la playa. Pocos pasos son.

(Sale por la izquierda).

ESCENA VII

UN MILITAR Y UN SIRVIENTE

(Entran por el fondo. —El militar gasta anteojos con cristales opacos y larga barba negra. Viste el uniforme de los *poilus*, bastante estropeado. Guarda el casco en la cabeza).

EL SIRVIENTE, precediendo al Militar: — Sírvase pasar adelante, señor Militar. Voy a avisar a la señora, como usted lo desea. ¿A quién debo anunciar?

EL MILITAR: — A un Militar que conoció a don Julián...
(El sirviente sale por la izquierda).

ESCENA VIII

EL MILITAR, muy tristemente: — ¡Pobre Julián! Jamás hubieras creído que la mujer a la que adoras y que, con todas las apariencias de la sinceridad, te manifestaba su entrañable ternura, sólo tardaría dos años hasta reclinar su frente sobre el pecho de otro esposo. Hubieras creído ofenderla, suponiendo que sus labios consintieran, de otros que los tuyos, la más dulce caricia del amor... ¡Dos años apenas y ya no es tu nombre el que ella ostenta!.. ¡Dos años para que la infidelidad de la esposa fuera la obra de la traición del amigo!... ¡Dos años, y tu hijo prodiga sus dulces besos a otro varón, al que cree su padre! .. ¡Pobre Julián! .. ¿Quién piensa hoy en ti? Todos te olvidaron. (Va y viene, agitado). ¡Bendito sea Dios que no consiente en que los muertos vuelvan al mundo. Si volvieran, ¡cuán pocos serían los que no renegaran de la autorización concedida de resucitar, al sufrir los terribles desgarramientos de la inconstancia y la fragilidad humanas. Maridos y esposas, padres y madres, tiernos amantes, inseparables amigos, todos los seres que candorosamente dieron crédito a juramentos de amor y fe, a manifestaciones de ternura y amistad todos los que se figuraron que hay duelos eternos ¡cómo sufrirían de la perfidia, la deslealtad, y el olvido! Sólo los hijos, si se alzarán de la tumba, hallarían, en el corazón de las madres, intactos el amor y el desconsuelo... (Mira de todos lados):

VICTOR M. RENDON

¡Pobre Julián! ... En ninguna parte se ve aquí, donde tu esposa y tu hijo moran, nada que indique que entre ambos viste, que con ellos formaste la santa trinidad del hogar, que ellos te quisieron y que tú los adoras... ¡Desdichado Julián! ... (Se acerca al mueble donde hay retratos, los mira y coge el de Diana): ¡Ella! La esposa ingrata, ésta es... ¡Cuán bella siempre! ... La languidez de sus facciones. ¿qué sentimiento la motiva?... Tristes recuerdos... ¡Oh, no! ... Será, tal vez, el remordimiento. No puede haber dicha completa en una alma perjura... (Deja el retrato y mira otro, sin cogerlo): Frente a ella, él ... Remigio ... el mal amigo, cuyo plácido semblante aparenta la bondad, disimulando la perfidia... (Mira otro retrato, en medio de los anteriores): ¡Ah! tu hijo, tu adorado Albertito, la acariciada esperanza de tus empeños de un radiante porvenir. ¡Oh, mil veces infortunado Julián! ... ¡Qué hermoso está! ¡Cómo se parece a ella! (Coge el retrato y lo contempla): ¡Pobre niño! ¿Cuál será tu suerte, al no ser tu verdadero padre quien guía tus pasos por el áspero camino de la vida? (Coloca el retrato donde estaba).
(Por la puerta izquierda, Diana se presenta vestida de negro).

ESCENA IX

EL MILITAR Y DIANA

(Diana, presurosa, anhelante y tímida, saluda con la cabeza al Militar que lleva la mano al casco).

DIANA: — Dispénsese la tardanza. Me vestía y acabé de hacerlo rápidamente. Me dicen que usted conoció a Julián. ¿Fué usted su compañero? Tal vez, presencié su muerte. ¿Me trae sus últimas palabras? ¿Por qué ha tardado tanto?

EL MILITAR, lentamente: — Julián fué mi único buen amigo, el solo compañero en quien pude confiar, como en mí mismo. No vine antes porque no fué posible evadirme de Alemania...

DIANA, conmovida: — ¿Evadirse? ... ¿Mucho habrá sufrido?

EL MILITAR: — Muchísimo...

DIANA: — ¡Cuánto le compadezco!... Siéntese... (El hace con la mano un ademán, rehusando el asiento): Dígame todo lo

HOY, AYER Y MAÑANA

que sabe de los últimos momentos de Julián... (Le indica otra vez la silla): Tome asiento. Se lo suplico. (Se sientan, ella en el canapé y él, a cierta distancia, en la silla, separados por la mesita): ¿Se hallaba usted en la misma acción en que Julián cayó?

EL MILITAR, sencillamente: — No podía estar más cerca. Fuimos heridos al mismo tiempo y de igual modo...

DIANA, aun más anhelante, interrumpiendo: — Pero él más gravemente; porque allí, a orilla del Soma, expiró...

EL MILITAR: — No perdió allí la vida...

DIANA, angustiada, interrumpiendo: — ¿Cómo pudo ser? Los documentos oficiales lo afirman. (Irguiéndose): Voy a traerlos... Usted se cerciorará.

EL MILITAR, indicándole con la mano que vuelva a sentarse, lo que hará: — Es inútil. Los conozco. Sé qué mienten...

DIANA, sobrecogida de terror y angustiada: — De las palabras de usted ¿qué debo inferir? Explíquese.

EL MILITAR: — Herido atrozmente Julián, igual que yo, permaneció tendido a mi lado hasta que fuimos recogidos por los enemigos que, milagrosamente, no nos remataron. En la ambulancia del frente y, luego en el hospital, fuimos, lo reconozco, humanamente atendidos; pero, ¿cómo agradecerlo? Nos salvaron la vida para cobrarnos cruelmente esa misericordia... (Se calla).

DIANA, ansiosa, muy emocionada: — ¿Y, después? No se calle; prosiga.

EL MILITAR, lentamente: — Aun mal restablecidos, dolientes y débiles, nos arrastraron hacia la ciudadela donde, sin saber el motivo de tan riguroso castigo, vimos transcurrir los días y las semanas entre los cuatro muros de un lóbrego calabozo. Transcurrieron después meses y años ¡qué lentamente! circulando nosotros dentro del recinto fortificado, sin que jamás, ¡oh, infernal tormento! se nos permitiera dar a saber a nuestros desconsolados deudos que existíamos...

DIANA, trémula, precipitadamente: — ¿Y siguió usted siempre al lado de Julián? ¿Qué le decía? ¿Vive aún? ¿Quedó allá o logró fugar con usted? ¡Por Dios, se lo suplico, no me oculte nada!

EL MILITAR: — Vivía, pensando en dos seres adorados: su esposa y su hijo, de quienes no cesaba de hablar conmigo...

DIANA, llevando el pañuelo a los ojos y en un sollozo: — ¡Julián! ¡Desdichado Julián!

EL MILITAR, con voz lastimosa: — Sí. ¡El más desdichado de los hombres!... Esposo y padre, igual yo que él, convenido estaba entre ambos que aquel de los dos que, en las muchas tentativas de evasión, lograra llegar a Francia, cumpliría, en uno u otro hogar, la misión que me ha traído a la presencia de usted.

DIANA, con desesperación: — ¡Cúmplala! cúmplala, como se lo prometió... Dígame, ¿qué fué de Julián? ¿Vive aún el padre de mi hijo?

EL MILITAR, con amargura: — ¡El padre de su hijo! ... En efecto, sólo eso es hoy, porque usted ya no le llama su esposo... En París, adonde fuí a buscarla, cuando logré huir y pasar por Suiza, supe que usted es dichosa en el nuevo hogar que la falsa noticia de la muerte de Julián la indujo a formar.

DIANA, humildemente: — Compadézcame. No me agobie con su desprecio, sin saber cómo y por qué, llorando siempre a Julián, consentí en ser la esposa de otro hombre. Si él vive, el padre de mi hijo vuelve a ser mi marido... Por piedad, dígame si no ha muerto.

EL MILITAR, emocionado: — Juntos fugamos... Para despistar al enemigo, forzoso fué separarnos... (Como hablándose a sí mismo): Llegué a París, convencido de que Julián vivía y seguiría viviendo... Ahora... No puedo afirmar cuál es y será su destino... Es probable que haya llegado a Francia...

DIANA, sincera: — ¡Quiera Dios que así sea!

EL MILITAR: — Fuera mejor implorar a Dios que así no fuese. La muerte de Julián me parece hoy preferible.

DIANA, horrorizada: — ¿Qué dice usted?

EL MILITAR: — Se desprendió hace poco de sus palabras que usted renunciaría a la dicha de que disfruta con su segundo esposo para cumplir con el deber de volver a unirse con el padre de Alberto...

DIANA, resueltamente: — Eso haría.

EL MILITAR: — Bien está. Pero, ¿qué hará el hombre que amó

HOY, AYER Y MAÑANA

a usted con toda su alma al enterarse de que su adorada Diana pertenece a otro varón? En su inmenso dolor, tal vez se niegue a abrir sus brazos a la que no supo ser constante ni guardar el culto de su memoria más allá de dos años. En su lugar, lo haría yo así.

DIANA, gimiendo, agobiada: — Demasiado injusto y cruel sería ese rigor. Las poderosas razones que haría valer para sincerarme aplacarían el resentimiento.

EL MILITAR: — Esas mismas razones poderosas ¿no siguen acaso ligando a usted con el hombre cuyo amor se substituyó al de Julián? Invocará su segundo esposo los propios derechos adquiridos, fundándose, no en la legalidad del nuevo lazo contraído, porque, al reaparecer Julián, queda de hecho roto, pero sí en la convicción del amor correspondido.

DIANA, exaltada: — Remigio es un corazón grande, una alma noble...

EL MILITAR, tristemente: — ¡Cómo lo enaltece usted!

DIANA: — Hago justicia... Remigio salvó a mi hijo, al hijo de Julián... y le salvó dos veces, de la muerte con su arte y abnegación, de la orfandad miserable con sus recursos y su cariño... Por conservar la vida al fruto del más tierno amor, volví a ser esposa...

EL MILITAR: — ¿Podría usted asegurar que ese corazón, que obedeció a un plausible impulso maternal, no ha latido hasta hoy, al lado del nuevo esposo, sino a la voz de la gratitud?

DIANA, sonrojada: — Convencida de la muerte de Julián, sin olvidarlo nunca, soñé, lo confieso, que, en el nuevo hogar, pudiera un día reinar la dicha que destruyó el tremendo monstruo de la guerra... Pero, Remigio, lo repito, es una alma grande y se alejará, aunque sufra, restituyendo a Julián, como un depósito sagrado, el hijo por quien veló durante la ausencia del llorado amigo.

EL MILITAR, levantándose: — Cumplido el encargo de Julián, me retiro, señora, deplorando haber trastornado, con mi importuna visita, la ya apacible existencia de usted.

(Por la puerta lateral izquierda entra Remigio. Va hacia Diana, la que quedará así entre él y el Militar, al cual Remigio mira con asombro).

ESCENA X

EL MILITAR, DIANA, Y REMIGIO

REMIGIO, a Diana: — Preocupado de ver que no ibas a la playa, venía a buscarte. (Mirando al Militar): Ignoraba que alguien... (Mirando a Diana): Pero, ¿qué tienes? ¿Lloras?

DIANA, llorando: — Remigio, ¡no ha muerto Julián!

REMIGIO, airado: — ¿Quién inventa eso? (Al Militar): ¿Será usted el que se ha atrevido? ¿Acaso no existen pruebas irrefutables del funesto suceso?

DIANA, sollozando: — Por irrefutables las teníamos; mas, no será la primera vez que un error se comete... (Señalando al Militar): Este Militar, que fué el compañero de Julián, me ha convencido... Mi esposo vive...

REMIGIO, vehemente: — No es posible. Te quieren engañar miserablemente. ¿Qué se propuso este hombre, viniendo a turbar tu quietud y nuestra dicha? Aunque viera surgir a un individuo que pretenda ser Julián, negaría su existencia. Todo sería querer alucinarme con un parecido. Los documentos son fehacientes, las atestiguaciones impugnables. (Al Militar): Explíquese usted. ¿Quién le mandó traernos tan fabulosa nueva? ¿Cuál fué su intención al introducirse en esta casa para sembrar alarma y dejar correr lágrimas?

EL MILITAR, sin inmutarse: — Intimo amigo de Julián y leal compañero suyo, vine, en su nombre, a cumplir con un deber cerca de la esposa que, suponía, le lloraba muerto...

REMIGIO, irritado: — No le conocí mejor amigo, ni más fiel que yo y no fué en los días que pasó en las trincheras...

EL MILITAR, interrumpiendo, enérgico: — Pretendo haberlo sido más que quien, abusando de la confianza que en el depósito Julián, le arrebató su esposa.

(Remigio se adelanta hacia el Militar, amenazador, con el puño cerrado, al par que Diana se yergue y le contiene).

REMIGIO: — ¡Miserable! ¿Con qué derecho juzga usted mi conducta? (A Diana): ¿Quién es este hombre? ¿Te lo ha dicho? ¿Cómo se llama?

HOY, AYER Y MAÑANA

DIANA, anonada: — En mi confusión y angustia, sólo pensé en dar crédito a sus palabras. Su acento me conmovió...

REMIGIO, exasperado: — No saldrá de aquí sin que sepamos quién es. (Al Militar): Hable usted, si no quiere que, cual lo merece, le castigue.

EL MILITAR, tranquilo: — Pudiera ser que se arrepintiera de un escándalo.

DIANA, implorando: — Cálmate, Remigio.

REMIGIO, altivo: — Debo protegerte y defender nuestro amor. Si en su conducta nada hay que reprender ¿por qué se calla?

EL MILITAR, animándose: — Demasiado pronto hablaré... Y, entonces, preferirían que hubiese callado.

DIANA, con terror: — ¡Sólo Julián pudiera hablar así!

REMIGIO, aparentando firme convicción: — Y Julián ha muerto.

EL MILITAR, resueltamente: — ¡No! Julián vive.

REMIGIO, fuera de sí: — Pues ¡qué se alce de la tumba y se presente!

EL MILITAR, despojándose rápidamente de los anteojos y de la barba postiza: — Aquí lo tienes.

(Terrificados, Remigio retrocede y Diana se desploma en el canapé, diciendo, a una):

REMIGIO: — ¡Julián!

DIANA: ¡Julián!

EL MILITAR, adelantándose hacia Remigio: — Repite ahora que no existo... Me alcé de la tumba para pedirte cuenta de tu conducta.

REMIGIO, recobrando toda su serenidad: — Nada tengo que reprocharme. Hubiera dado mi vida por guardar la tuya a Diana. Mientras abrigábamos la esperanza de que vivieras, jamás una palabra, no de amor, ni algo efusiva siquiera, oyó de mis labios tu esposa.

DIANA, sollozando: — Ambos anhelábamos que volvieras.

REMIGIO: — Cuando tu muerte a orilla del Soma fué comprobada con documentos oficiales, procuré consolar a la inconsolable Diana, fraternalmente. Te lloré, como si hubiera perdido a un hermano. Corrió el tiempo y conmovido de su situación precaria, atraído por las caricias de Albertito, hice lo que hubiera deseado que, en iguales circunstancias, tú también hi-

cieras, tratándose de mi mujer y mi hijo: les brindé amparo, consuelo y cariño. Que he amado a Diana, que sigo amándola, que no podré olvidarla, la culpa no es mía. Tú sabes la pura fragancia de las virtudes de su alma... La ley te ampara. Mi matrimonio ya no existe. Pero, si no fueras el padre de Alberto, te disputaría el corazón de Diana.

EL MILITAR, desconsoladamente: — Comprende, Remigio, mi horrible desconsuelo, después de tanto sufrir, ansiando el instante de volver a estrechar sobre mi corazón a la madre de mi hijo. ¡Quizá sea injusto en mi mortal aflicción! La maldita guerra no causó víctimas solamente en los campos de batalla. ¡Cuántos hogares destruidos, aunque incólumes vuelvan a ellos los esposos! (Tiende la mano a Remigio): Dame tu mano, Remigio. La estrecharé sin rencor. (Se estrechan las manos. Dirigiéndose a Diana): Tú, desdichada Diana, de nosotros tres la más digna de lástima, escucha de mis labios la mayor prueba de amor: te dejo libre de resolver por qué camino seguirás tus pasos. (Diana solloza).

REMIGIO, tristemente: — Mi amor no quedará vencido por la nobleza del tuyo. Antes que tú, resolví que Diana fuera libre en su decisión.

DIANA, sollozando: — Huyera del mundo y me enterrara en la soledad y el silencio para implorar de Dios la única paz que puede anhelar mi alma, la que reina en su seno, si no fuera porque Alberto me reclama a su lado. Dejadme... ¡Desdichada de mí!.. Con uno y otro tengo deberes... Mi situación es atroz...

(Alberto entra corriendo por la puerta lateral izquierda y va hacia Remigio que es el primero a quien ve).

ESCENA XI

EL MILITAR, DIANA, REMIGIO Y ALBERTO

ALBERTO: — ¡Papá! ¿Por qué no volviste con mamá a la playa?

DIANA, trémula: — ¡Alberto! (El niño va hacia ella que le estrecha en sus brazos, sollozando).

EL MILITAR, acercándose de Alberto y muy tiernamente: — Alberto, mírame. ¿Quieres darme un beso?

HOY, AYER Y MAÑANA

(Alberto, encogido, mira a su madre que le empuja dulcemente hacia Julián, y él se deja besar por su padre. Este se sienta en la silla y le acaricia):

Díme. ¿Me conoces? (Alberto, con la cabeza, dice que no). ¿No recuerdas haberme visto hace mucho tiempo, cuando estabas más pequeñito? (Alberto permanece callado). ¿No fui yo quién, con tu mamá, te besaba tanto entonces, y te mecía en tu cunita.? ¿Quién te prodigó las más tiernas caricias? Yo te di tus primeros juguetes. Mírame bien. (Alberto le mira fijamente). Yo soy tu papacito muy querido.

(Alberto se le escapa y corre hacia Remigio, de cuya mano se prende, diciendo):

ALBERTO, enérgicamente: — Este es mi papá.

REMIGIO y DIANA, a una: — ¡No, Alberto!

EL MILITAR, impidiendo que prosigan e irguiéndose: — ¡Callad!

Tiene razón. (A Remigio): Tú eres hoy su padre... Haz de él un hombre como tú... Diana, ¡adiós!

DIANA, con un grito desgarrador: — Julián, ¿a dónde vas?

(Lucía se presenta por el fondo).

ESCENA XII

LOS MISMOS Y LUCIA

LUCIA, con voz recia y alegre: — Diana, Remigio, cuento con vosotros esta noche.

EL MILITAR, volviendo la cara hacia ella: — No irán, señora. ¡No irán!

LUCIA, asombrada: — ¡Julián! ¿Usted? ¿Vivo?

EL MILITAR, tristemente: — Creí estar vivo... Me engañaba... Encomiende mi alma a Dios...

REMIGIO, resueltamente: — Regresas al campo de la gloria. No irás sin mí, Julián. Te acompaño.

DIANA, desplomada en el canapé, estrechando a Alberto sobre su pecho: ¡Hijo de mi alma!

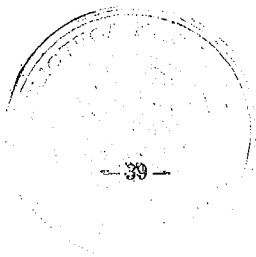
(Lucía acude a consolarla, mientras Remigio y Julián salen por el fondo).

TELON.



II

EL MATRIMONIO EUGENICO



EL MATRIMONIO EUGENICO

DRAMA, EN DOS ACTOS Y EN PROSA

Fué estrenado en el Teatro Maldonado de Riobamba, el 25 de Marzo de 1923, por la Compañía LARA-MEZA que lo hizo aplaudir sucesivamente en el Teatro Nacional Sucre de Quito; el 19 de Abril; en el Teatro Viteri, de Ambato, el 24 del mismo mes; y, en el Teatro Olmedo, de Guayaquil, el 9 de mayo del mismo año.



El Matrimonio Eugénico

Fué representado en la inauguración del Teatro Municipal de **ESMERALDAS** el 10 de mayo de 1924, por la Sociedad **SPORT CLUB 18 DE SETIEMBRE** y repetido el día 17 a petición del público, con el reparto siguiente: Susana, Sta. Ester M. Ruiz P.; Doña Hortensia, Sta. María E. Bastidas; —Doctor Nancy, Sr. Armando Arteaga A.; —Gerardo, Sr. Carlos A. Montañó D.; —Don Pascal Delión, Sr. Carlos Cortés B.; —Don Sergio Quintín, Sr. Telémaco Cortés B.; —Padre Vicente, Sr. Pedro Pablo Calderón; —Francisco, Sr. Adriano Estrada.

El cuadro de Alumnas de la Escuela Fiscal **CALIXTO ROMERO**, de **SAMBORONDON**, el 24 de mayo de 1924, subió al tablado **EL MATRIMONIO EUGENICO**, bajo la entusiasta dirección de la culta profesora—directora, señorita doña Ana J. Salazar D. que desempeñaba en el drama papel principal.

El **CLUB JUAN MONTALVO** representó **EL MATRIMONIO EUGENICO** en el teatro **Enrique Valdés** del **MILAGRO**, el 7 de octubre de 1924. Sus intérpretes fueron: Susana, Sta. Carmen Nancy, Sr. E. Absalón Cabrera; —Gerardo, Sr. Lorenzo R. Accosta; —Don Pascal Delión, Sr. Alberto A. Calderón C.; —Don Sergio Quintín, Sr. Juan R. Fariño G.; —Padre Vicente, Sr. Juan Calderón Luces; —Francisco, Sr. Federico Palacios.

La **SOCIEDAD OBREROS DE ALAUSI** representó **EL MATRIMONIO EUGENICO** en dicha ciudad el 7 de febrero de 1933 con el reparto que sigue: Susana, Sta. Mercedes Amada Castillo; —Doña Hortensia, Sta. Ana Cristina Ricaurte; —Doctor Nancy, Sr. José Enrique González; —Gerardo, Sr. Luis Riofrío; —Don Pascal Delión, Sr. Isaac Torres S.; —Don Sergio Quintín, Sr. Luis Enrique Robalino; —Padre Vicente, Sr. Federico Palacios P.; Francisco, Sr. Rafael Barragán.

En **SALITRE**, bajo la dirección del señor don Francisco Iñiguez, meritisimo director de la Escuela Fiscal de Varones, fué representado **EL MATRIMONIO EUGENICO** el 9 y el 28 de Octubre de 1934 con el reparto siguiente: Susana, Sta. Lola Sánchez; —Doña Hortensia, Sta. Noemí Osorio Ladines; —Doctor Nancy, Sr. Hugo Olmedo Iñiguez; —Gerardo, Sr. Héc-

tor Rodríguez; —Don Pascal Delión, Sr. Segisfredo Acosta; —Don Sergio Quintín, Sr. Juan B. Bajaña; —Padre Vicente, Sr. Marcos Ordeñana; —Francisco, Sr. Raúl Cabrera.

En LIMONES, la Sociedad Cosmopolita inauguró el teatro de esa población, titulado entonces **Iris** y hoy **Víctor Manuel Rendón**, con **El Matrimonio Eugénico**, siendo su principal intérprete la señorita Juana Triviño Midero.

En la TOLA fué representado por los mismos intérpretes.



EN TESTIMONIO DE GRATITUD Y CARÍO
A RIOBAMBA,

hermosa y hospitalaria Sultana del Rey de los Andes, a sus cultos y amables hijos que me dispensaron, una vez más, aprecio y simpatía al estrenarse, en el Teatro Maldonado, mi drama: **El Matrimonio Eugénico**, y particularmente, al aplaudido dramaturgo, mi ilustre amigo, Sr. Dr. Don **Carlos Arturo León**, dedico esta obra, escrita al pie del sublime **Chimborazo**.

Víctor M. Rendón.

Riobamba, 20 de Marzo de 1923.

EL MATRIMONIO EUGENICO

DRAMA, EN DOS ACTOS Y EN PROSA



REPARTO

SUSANA, 18 años, hija de don Pascal
y doña Hortensia Sra. Raquel MEZA y BRAVO

DOCTOR DON ANTONIO NANCY, 60 años,
médico del Hospital—Central y Profesor
de la Facultad de Castalia, padrino
de Susana Sr. Alfonso CAPESTANY;

GERARDO, 28 años, estudiante en medicina,
jefe de clínica del doctor Nancy. Sr. Ismael LARA GIRALDO;

DON PASCAL DELION, 58 años, banquero,
esposo de doña Hortensia y padre de
Susana Sr. José M. RUIZ;

DON SERGIO QUINTIN, 35 años, diputado,
amigo de don Pascal Sr. Alberto CASTILLO;

EL REVERENDO PADRE VICENTE, 60 años,
Capellán del Hospital Central Sr. José GONZALEZ T.;

FRANCISCO, 40 años, sirviente del doctor
Nancy Sr. Manuel PASTELLES.
La acción en Castalia; época actual.

PRIMER ACTO. —En un saloncito de la casa del banquero don
Pascal Delión, a las nueve de la noche.

SEGUNDO ACTO. —En el cuarto— estudio de la casa del doctor
don Antonio Nancy, por la tarde.

EL MATRIMONIO EUGENICO

ACTO I

En la casa del Banquero don Pascal Delión, una salita bien amueblada. Terminó la comida en la pieza vecina y los comensales toman el café, servido, con licores, en una mesita. Los señores tienen las tazas en la mano. Susana, en pie, junto a la mesita, les atiende. Doña Hortensia está sentada en un canapé. Puerta al fondo; puerta lateral izquierda.

DOÑA. HORTENSIA, SUSANA, DON PASCAL,

EL DOCTOR NANCY Y DON SERGIO

SUSANA, a don Sergio que coloca su taza vacía en el charol sobre la mesita: — ¿Otra tacita, don Sergio?

DON SERGIO: — Con mucho gusto, Susanita.

(Susana le sirve y se sienta).

EL DOCTOR NANCY, colocando también su taza en el charol: —

No es bueno para la salud mucho café. A mí me desvelaría.

DON SERGIO: — Lo mismo me ocurre, doctor... Deseo conciliar el sueño esta noche lo más tarde posible.

DON PASCAL, riéndose: — Los señores diputados quieren siempre dejarnos creer que trabajan mucho.

EL DOCTOR; riéndose igualmente: — Y la nación, querido Pascal, preferiría que durmiesen sus honorables Representantes, porque, de tanto trabajo, no se ve, por ninguna parte, el beneficio que le resulta.

DOÑA HORTENSIA, a don Sergio, risueña: — No haga caso. Les conoce sus bromas. Convencida estoy de la importancia del trabajo que prepara.

DON SERGIO, seriamente: — Es importantísimo, doña Hortensia.

DON PASCAL: — No te dejes embelecar, mujer.

SUSANA, a don Pascal: — Papá, ¿por qué dudar antes de saber de qué se trata?

DON SERGIO, a don Pascal: — Que te rías cuando conozcas la materia del informe que estoy encargado de presentar a la Cámara. a la cual me honro en pertenecer, no me sorpren-

EL MATRIMONIO EUGENICO

derá. ¿Acaso te interesan los proyectos de leyes cuando no tratan de finanzas?, banquero prosaico y metalizado...

DON PASCAL, aparentando susceptibilidad: — ¡Hola! ¡Hola! ¿Qué es eso de prosaico y metalizado? Hice versos en mi juventud y aun rimaría fácilmente...

DON SERGIO, siguiendo la broma: — Tus himnos fueran hoy a Mercurio...

DON PASCAL: — ¡Oye, tú!

DON SERGIO: — No me interrumpas. Tengo concedida la palabra por la honorable asamblea, digo, por estas bondadosas damas...

EL DOCTOR, a don Pascal, riéndose: — Tú tienes la culpa de la lata que nos va a dar. ¿Por qué son tan exquisitos tus vinos?

DOÑA HORTENSIA: — Déjenle sacarnos de la curiosidad.

DON PASCAL: — Bueno; que hable. (A don Sergio): Si nos fastidias, te expulsamos de esta cámara... Sentémonos, para oírle.

DON SERGIO, a Susana: — Susanita, hágame el favor de darme una copa de fina champagne para vigorizar el pecho.

EL DOCTOR, a Susana que se ha erguido: — Querida ahijada, si lo atiendes, cometerás una mala acción, poniéndole de remate.

SUSANA, riéndose, al doctor: — Le desobedezco, por primera vez... (A don Sergio, dándole la copa de licor); Aquí la tiene. (Al doctor): ¿Una copita, también, padrino?

EL DOCTOR, haciendo con la mano el gesto de rechazarla: — Prohibo el alcohol a mis clientes... Bueno, venga esa copita... De tus manos, chiquilla, nada hace daño.

(Todos se ríen. Susana le sirve).

SUSANA, a don Pascal: — ¿Y tú, papá?

DON PASCAL: — Ya lo creo. Para ayudarme a digerir lo de prosaico y metalizado.

(Todos vuelven a reírse. Susana les sirve y se sienta. Uno por uno los caballeros colocan las copas vacías en el charol. Se sientan, en seguida, don Pascal y el Doctor).

DON SERGIO, en pie, en el centro: — Como iba diciendo...

DON PASCAL: — Nada decías... Continúa.

DOÑA HORTENSIA: — No le interrumpas.

DON SERGIO, enfático: — Es trascendental el proyecto de ley que vamos a discutir. El ilustre doctor, aquí presente, don Antonio Nancy, (el doctor se inclina), médico del Hospital Central y Profesor de la Facultad en nuestra hermosa metrópoli Castalia, dirá si no fué un rayo de luz divina que penetró en el cerebro del legislador, mi colega, cuando se le ocurrió la filantrópica medida que, para el bien de la raza, y de la humanidad entera anhelamos hacer votar por la mayoría radical de la Cámara. Esa mayoría, señores, que, en sus decisiones, pone de manifiesto su recto criterio, la nobleza de sus ideales, su amor al prójimo, su... su...

DON PASCAL, riéndose: — Su... suspende el torrente de tu elocuencia, y al grano. ¿Cuál es ese proyecto?

EL DOCTOR, irguiéndose y acercándose a don Sergio: — Siga el orador en el uso de la palabra hasta que, para replicarle, el interpelado doctor Antonio Nancy se haya enterado de la índole, benigna o maligna, del cuerpo extraño que invadió el cerebro de aquel legislador, su colega. Tal vez sea oportuna mi intervención para extirparlo.

(Todos se ríen y él se sienta al lado de doña Hortensia).

DON SERGIO: — Los males que atacan a la humanidad son numerosos.

DON PASCAL: — Verdad de Perogrullo.

DON SERGIO: — Incalculables microbios producen enfermedades contagiosas, transmisibles de padres a hijos. Las armas que la ciencia posee para combatirlos son deficientes. ¿Dije bien?

EL DOCTOR: — No se puede mejor.

DON PASCAL: — Tu dialéctica nos abruma. Sigue.

DON SERGIO: — La raza se debilita, degenera, se corrompe en vida. (A las damas): Dispensen la expresión repugnante, pero exacta. (Enérgico): Se corrompe. ¿Por falta de asistencia, de abnegados esfuerzos de los sabios facultativos?... ¡Nó!

EL DOCTOR, irguiéndose e inclinándose: — Gracias.

DON SERGIO, enérgico: — ¡Nó!

EL DOCTOR: — Sí, hombre. Gracias.

(Vuélve a sentarse, riéndose todos).

EL MATRIMONIO EUGENICO

DON SERGIO: — No se escatiman ni la constante investigación, ni la conciencia médica, pero los infinitamente pequeños, bacilos y otros bichos congéneres, átomos invisibles, moléculas impalpables, no dejan penetrar el secreto de su virulencia, que carcome a los seres racionales. Y sigue, en el aire respirado, la danza macabra de los microbios que nos invaden, y sigue, en el organismo humano, el desarrollo de malos humores y toxinas, y sigue la transmisión hereditaria de la tuberculosis, del cáncer, de la lepra y sobre todo, de la avariosis, y sigue...

DON PASCAL, riéndose: — ¡No sigas! Es horripilante la enumeración de males con que impresionas a estas sensibles damas.

DON SERGIO, enardecido: — La ciencia sigue impotente para evitar que el funesto legado de la sangre paterna contaminada no haga de los descendientes unos individuos enclenques, anémicos, raquíticos, que sufren lastimosamente por culpa ajena y pasan la vida paralíticos, ciegos, idiotas, ya en un lecho de dolor, ya en la celda de un manicomio. El alcohol, el opio, la cocaína cooperan a la tremenda acción de los enemigos invisibles y embrutece a los mortales, impulsando a muchos al trágico suicidio.

EL DOCTOR: — ¡Bravo! ¡Bravo!

DON PASCAL: — Habla bien, aunque nada dice que no sepamos. Venga, al fin, ese proyecto de ley.

DON SERGIO: — Pues bien, lo que la ciencia no logró para atajar el progreso del aniquilamiento de la especie humana, el legislador lo hará.

DOÑA HORTENSIA, a don Pascal y al Doctor: — ¿Ven qué importante es el asunto?

DON SERGIO, enérgico: — ¡Lo hará!

EL DOCTOR: — Y ¿cómo lo hará?

DON SERGIO: — Con la ley propuesta, cuyo informe escribiré esta noche para su discusión, que se verificará mañana.

DON PASCAL: — ¿Una ley bastará allí donde la ciencia se quedó corta?

DON SERGIO: — Sí, señores. Decretaremos que nadie se casará sin haber exhibido a la autoridad competente un certificado médico por el cual conste que está indemne de toda

enfermedad transmisible a sus procreados. Tal es la ley humanitaria que concebimos. Sólo será permitido el MATRIMONIO EUGENICO. ¿Qué les parece?

DON PASCAL: — Esa ley será una de las ideas que van a pavimentar el infierno, cuyo suelo está empedrado, según se dice, con buenas intenciones. Es impracticable.

DON SERGIO: — ¿Cómo se resistirá a la ley?

DON PASCAL: — ¿Crees tú que los pretendientes a blancas manos querrán someterse a ese inquisitorial examen médico? (Riéndose): Es mucho el riesgo. En cuanto a las novias, preferirán declararse en huelga.

DON SERGIO, mirando al doctor que medita: — Ha quedado pensativo, usted, mi querido profesor. Díganos su parecer.

EL DOCTOR, con tono grave, irguiéndose: — ¡Cuántas veces busqué la solución al arduo problema que usted plantea! Salvar a la raza de la progresiva degenerescencia, de la continua destrucción a que la condena la emponzoñada sangre de los progenitores. Hasta hoy, no hallé el remedio. Aplaudo la filantropía que anima al proyecto del legislador. ¡EL MATRIMONIO EUGENICO! Si fuera verdad tanta belleza... Lo estimo irrealizable, como lo dijo Pascal.

DON SERGIO: — ¿En qué se funda para sustentar esa opinión?

EL DOCTOR: — Pertenezco a una escuela vieja en la que el secreto profesional del médico se equipara, en su rigidez, al del confesor. No se le puede violar. Los tribunales sentenciaron siempre en ese sentido.

DON SERGIO: — ¿Tal vez, hubo caso en que el superior eclesiástico desligara del secreto al confesor?

DOÑA HORTENSIA; enérgica: — Jamás.

EL DOCTOR: — De ningún modo me desligaría mi conciencia. (Se sienta)

DON SERGIO: — El bien de la humanidad entera impone la averiguación del estado de la salud del individuo para librarla de males hereditarios. El sacrificio individual es indispensable por el bien general. Los atenienses, en su culto por la belleza, hacían morir a los recién nacidos que adolecían de defectos físicos. Los que practicamos la religión de Jesucristo no condenaremos a desaparecer de entre los vivos a los

EL MATRIMONIO EUGENICO

contagiosos incurables. Debemos, sin embargo, impedirles que propaguen los gérmenes de sus males y que den una vida que es peor que la muerte.

DON PASCAL: — Aún más que para hacerse extender una póliza de seguro de vida, los enfermos ingeniarán recursos para burlar la ley y contraer matrimonio.

EL DOCTOR: — En esos Estados de la América del Norte, donde es ya obligatorio el matrimonio eugenico, los que tienen motivo de temer que se les niegue el permiso de casarse pasan tranquilamente a efectuarlo en el Estado vecino que no exige aquel certificado, verdadera patente de sanidad. Si se lograra aplicar la ley rigurosamente, crecería el número de las uniones libres, cuyos hijos enfermizos ni siquiera tendrían el beneficio de la legitimidad.

DOÑA HORTENSIA: — El certificado que se niegue al miembro de una familia perjudicará tal vez a los consanguíneos que gocen de buena salud. Estos quedarán señalados por la malevolencia como igualmente contaminados, aunque sus respectivos certificados los declaren indemnes.

DON SERGIO, entusiasmado: — Aplicaremos la ley contra viento y marea. Salvaremos a la raza humana. Desaparecerán los lazaretos; disminuirán los manicomios.

EL DOCTOR, irguiéndose: — ¡Qué de conflictos preveo! ¡Cuántas lágrimas haréis correr! ¡Cuántas maldiciones os perseguirán?.

DON SERGIO: — Nos bendecirán los seres que nazcan después de promulgada la ley.

DON PASCAL, riéndose: — Tampoco, porque con sus vicios contraerán enfermedades y, si se les antoja casarse en esas condiciones, renegarán, a su vez, del matrimonio eugenico. (Se yergue).

EL DOCTOR, a don Sergio: — Voy a ver a un enfermo y usted tiene que escribir su luminoso informe. Me lo llevo. Hablaremos, andando, de su benéfico proyecto que, desgraciadamente, es utópico.

DON SERGIO: — De difícil aplicación al principio, lo confieso; sobre todo si ustedes los médicos no se deshacen de ese prejuicio del secreto profesional, que no existe en todas partes.

Principiaremos por hacer una ley que declare a los médicos dispensados de ser discretos.

DON PASCAL, riéndose: — ¡Pobres médicos! Sería su ruina.

EL DOCTOR: — No hay ley humana que imponga silencio al dictamen de la conciencia... Buenas noches, doña Hortensia. (Le estrecha la mano). Hasta mañana, querida ahijada. (A don Sergio): Usted sabe que soy el padrino de Susana, pero no se figura cuánto la quiero. Como si fuera mi hija. Será mi única heredera. (La besa en la frente).

SUSANA, que se irguió para recibir el beso, a don Sergio: — También le quiero mucho y estoy orgullosa de ser la ahijada de un sabio, cuyo buen corazón todos alaban.

EL DOCTOR, acariciándola: — ¡Qué piquito de oro! Y ¡qué tierna almita!

DOÑA HORTENSIA: — Muy pronto se retiran.

EL DOCTOR, risueño: — Tuve un colega, y ese sí fué un sabio, que, cuando me invitaba a comer con otros compañeros a su mesa, cuyos manjares eran tan delicados como los de esta casa, apenas terminábamos de tomar el café, nos echaba a la calle. Opinaba que todo se había dicho durante la comida y que la digestión hace pesada la charla.

DON SERGIO: — Le asistía mucha razón en esa práctica. Si la hubiéramos seguido, no tendría que pedir excusas a estas damas por la larga discusión que promoví, sin temor de darles jaqueca.

DOÑA HORTENSIA: — Con mucho agrado hemos oído a ustedes y sinceramente deploro que no prolonguen la velada en nuestra compañía.

EL DOCTOR, sonriente: — Las familias se impacientan y los enfermos empeoran cuando el médico no llega a la hora dicha.

DON SERGIO, risueño: — El informe será extenso y, como mi entusiasmo recibió de ustedes una ducha fría, necesitaré más tiempo de lo que creía para cobrar bríos.
(Estrecha la mano de doña Hortensia y la de Susana).

DON PASCAL, embromando a don Sergio: — Voy a soñar que, furioso, te estrangulo porque tu matrimonio eugénico me impide casar a Susana. No veré en ningún pretendiente a su mano el que sea un marido en satisfactorias condiciones de salud. (Se ríen).

EL MATRIMONIO EUGENICO

DON SERGIO, riéndose: — Felizmente, tiene un padrino que sabrá aconsejarte.

EL DOCTOR, riéndose, igualmente: — ¡Qué gran responsabilidad en los tiempos que corren! (A don Pascal, tendiéndole la mano): Quédate.

DON PASCAL: — No me priven del placer de acompañarles un instante más.

(Los tres salen por el fondo).

ESCENA II

DOÑA HORTENSIA Y SUSANA

DOÑA HORTENSIA: — La conversación empezó con mucha broma y se tornó seria, impresionándome bastante ese matrimonio eugénico. Felizmente, no faltan hombres sanos para hacer la felicidad de una esposa y darle hijos robustos. Allí está, sin ir lejos, nuestro vecino, Gerardo, el discípulo predilecto de tu padrino. Creo que no te mira con ojos indiferentes. Viene con frecuencia a visitarnos.

SUSANA: — Gerardo es muy simpático. Mucho le aprecio, igual que tú y mi padre. Simpatía y aprecio son, quizás, los indicios de otro sentimiento más profundo que, sin darme cuenta, experimento. Aunque me deja comprender su amor, no me lo declara todavía francamente.

DOÑA HORTENSIA: — Si lo hiciera, ¿qué le contestarías?

SUSANA: — Que estoy convencida de su amor leal y que mi corazón será suyo cuando cumpla con el deber de consultar a mis padres y a mi padrino, por mera fórmula, ¿verdad, mamá?, puesto que Gerardo os agrada. Su maestro, que tanto le distingue, tampoco pondrá reparo a nuestra unión. Por lo contrario, le encantará, positivamente.

DOÑA HORTENSIA: — Así lo creo.

(Don Pascal vuelve, por una puerta lateral, con el sombrero en la mano).

ESCENA III

LAS MISMAS Y DON PASCAL

DON PASCAL: — Son apenas las nueve. Voy a pasar un rato en el club. Cuando me acuesto temprano, tardo mucho en cerrar los ojos. Esta noche, con mayor razón me desvelaría, cavilando acerca de ese famoso proyecto de matrimonio eugénico.

DOÑA HORTENSIA: — Abrígate bien al salir del club. Estas noches de fin de otoño son bastante frías.

DON PASCAL: — Pierde cuidado. Hasta luego. Volveré pronto.
(Sale por el fondo).

ESCENA IV

DOÑA HORTENSIA Y SUSANA

DOÑA HORTENSIA: — La discusión científica fué interesante. Sin embargo, me siento cansada. A mí no me impedirá, por cierto, dormir tranquilamente.

SUSANA: — Ni a mí.

DOÑA HORTENSIA: — Como no me gusta acostarme antes que tu padre regrese de la calle, voy a tenderme en mi silla larga... Creo que no vendrá ninguna visita esta noche... Y tú ¿te propones ya recogerte?

SUSANA: — También aguardaré que papá vuelva y leeré ese libro que Gerardo me trajo. (Indica un libro que está sobre una mesa).

DOÑA HORTENSIA: — ¿Cómo se titula?

SUSANA: — ABNEGACION.

DOÑA HORTENSIA: — Hermoso título. ¿De qué trata?

SUSANA: — Es bastante triste. Cuenta la historia de una señorita, cuyos ascendientes fueron leprosos. La adora un joven a quien corresponde tiernamente. Llegó a la edad de diez y ocho años sin ninguna manifestación del terrible mal. Los médicos la declaran exenta de la fatal herencia. En su bellísima faz irradia la alegría de la mujer amada que va a ser

EL MATRIMONIO EUGENICO

dichosa... Una mañana, mirándose al espejo, ve, en su mejilla blanca y rosada, un punto negro. Cree que es un lunar y no hace caso. Como el supuesto lunar crece de día en día, se alarma, consulta a los especialistas en enfermedades de la piel. No es posible dudar. El estigma de la cruel dolencia le afrenta su hermosura. Huye del novio. Se encierra en su habitación.

DOÑA HORTENSIA: — ¡Pobre niña!

SUSANA: — El insiste por verla, por que le escuche, declarando, en la vehemencia del amor, su anhelo de darle consuelo y dicha. Al fin, conmovida de tanto cariño y abnegación, ella, que no cesa de amarle profundamente, se resuelve a una entrevista, con tal que un velo espeso, tendido entre ambos, los separe... Llegué, en mi lectura, a ese instante de honda emoción. ¿Cuál será el desenlace? ¿Vencerá la razón o el amor? Lo ignoro. No soy de esas lectoras impacientes que, impresionadas por algún capítulo, saltan páginas para recorrerlas después de haber satisfecho su curiosidad del final de la novela.

DOÑA HORTENCIA, irguiéndose, al par que Susana: — Haces bien. Me dirás cómo concluye. Parece un libro escrito para convencer de la necesidad del matrimonio eugénico.

(Sale por una puerta lateral).

ESCENA V

SUSANA

(Coge el libro y busca la página en que detuvo la lectura anteriormente).

¡Ah! He aquí la página... Principió la entrevista a través de la cortina que separa a los afligidos amantes. La situación es angustiosa.

(Sentándose, lee en voz alta, con creciente emoción).

—Te adoro, Heloísa. Consiente en que sea tu esposo. Mi corazón no se acobarda al saber el mal que padeces.

—Conmovida, te agradezco, Pablo, el sacrificio que me ofresces. No consentiré en hacerte mi víctima.

—Aunque fuera imposible evitar el contagio, déjame ser tu compañero inseparable. Lejos del mundo, viviremos el uno para el otro. Sufrirás menos, si conmigo sufres.

—Sufriría más si, por mi culpa, sufrieras.

—Jamás reflejará mi semblante la angustia ni el tormento. Sólo verás en él alegría y dicha de mi inalterable cariño.

—Contemplantas, impotente, los estragos del implacable mal en la mujer a quien adoras y tu existencia será un infierno, al que no debo condenarte.

—Si me quisieras, Heloísa, como yo te quiero, no vacilarías en acceder a mi ruego.

—¡Injusto y cruel! ¿Por qué me hieres y me atormentas? ¿No comprendes mi lucha entre la razón y el amor?

—Quebranto mi promesa de oírte sin verte. Voy hacia ti, mi adorada, a besar, en tu mejilla, la mancha que enardece mi pasión.

—Detente. Si das un paso para acercarte a mí, desaparezco.

—¡Ah! ¿Cómo convencerte de la sinceridad de mis palabras?

—¡Infeliz amigo! Sé fuerte; resignate a perderme. Somos libres de sacrificarnos el uno por el otro. Seríamos criminales, en nuestro ciego amor, si impusiéramos nuestra desdichada existencia a inocentes seres que vendrían al mundo para maldecir nuestro egoísmo. Ofrece a Dios tu sufrimiento. Le imploraré, en mi soledad, que te consuele. Aléjate...

—Escucha. ¡Por piedad, escúchame!

—Adiós. Por siempre, adiós.

—¡Heloísa! ¡Heloísa!... Se fué mi amor, mi vida... ¡Ay, de mí!

(Cierra el libro y deja correr sus lágrimas).

¡Desdichados amantes!... ¿Por qué será el destino tan cruel para muchas almas?... Triunfó la razón en Heloísa. Dijo bien. No se debe transmitir la vida sino con la salud y la fuerza...

(Por el fondo, Gerardo entra).

ESCENA VI

SUSANA Y GERARDO

GERARDO, cerca de Susana: — ¿Lágrimas en esos hermosos ojos? (Mira el libro en las manos de ella): ¡Ah! Comprendo el motivo. Es la despedida de Heloísa y Pablo que la conmovió, querida Susana. Esa emoción profunda me revelaría, si aun no las conociera, la ternura de su alma, la bondad de su corazón.

SUSANA, sonriéndole: — ¿Verdad, Gerardo, que es muy triste ese adiós?... ¿Qué mujer, al leer los nobles sentimientos de ambos tiernos amantes, no los admira y sufre? Poniéndose en lugar de Heloísa, ¿cuál no reflexiona en lo que haría en condición análoga?

GERARDO: — ¿Estima usted que Heloísa tuvo razón al rechazar a Pablo?

SUSANA: — Creo que no discreparemos de opinión a ese respecto. Apruebo su resolución sublime, fundada en la consideración del anticipado amor materno que impulsa al sacrificio de la propia ventura a una alma honrada y generosa.

GERARDO: — El corazón alega razones que la razón desconoce, dijo un filósofo. La pasión es ciega. Ve el presente, anhelando la fruición inmediata. No admite problemáticos cálculos de leyes atávicas.

SUSANA: — Usted, conociendo, más que yo, la fatalidad del atavismo en ciertas enfermedades, ¿aprobará igualmente la conducta de Heloísa?

GERARDO, eludiendo la contestación franca: — Alabo, Susana, que no sea, como la generalidad de las mujeres que sólo piensan con el corazón. (Riéndose): Sería usted también inexorablemente juiciosa en una situación análoga.

SUSANA, riéndose: — La que, felizmente, no se presentará.

GERARDO: — Porque goza de excelente salud y sabe que la adora un hombre a quien puede, sin temor, confiar su felicidad. Susana, soy apasionado admirador de sus encantos y virtudes. Aguardaba graduarme para suplicarle me autorizara a pedir su mano. En breve, seré doctor. Si se digna acep-

tarme por esposo, rogaré a mi maestro, su padrino, que, representando a mi siempre llorado padre, me haga el servicio de hablar a don Pascal y doña Hortensia para que consientan en llamarme su hijo.

SUSANA: — Con serena impaciencia esperaba la dulzura de las palabras que me expresan su tierno anhelo. Aprecio sus cualidades, Gerardo, Ufana y dichosa, me apoyaré a su brazo en el camino de la vida.

GERARDO, estrechándole las manos: — Adorada Susana, me hace usted el más feliz de los mortales.

(Por el fondo, don Pascal entra. Gerardo se yergue).

ESCENA VII

LOS MISMOS Y DON PASCAL

DON PASCAL, amablemente: — ¿Usted por aquí, querido Gerardo? Me alegro de verle.

GERARDO: — Creí encontrar a usted y a doña Hortensia. (Riéndose): Seré franco. No me quejo de la ausencia de ambos. Deseaba hablar a solas con Susana.

DON PASCAL, sonriéndose: — ¡Hola! Misterios tenemos...

GERARDO, risueño: — Muy transparentes... Mi querido jefe y maestro, el doctor Nancy, vendrá mañana, de mi parte, a ser más explícito.

DON PASCAL: — No dude de que, con el mayor placer, Hortensia y yo, le escucharemos.

GERARDO: — Mi gratitud será eterna.

(Don Pascal indica, con la mano, a Gerardo que se siente y, luego, se sienta frente a él y Susana).

DON PASCAL: — Hace poco, salió de aquí el doctor Nancy. Siento que usted no haya venido más pronto. Hubiera oído una discusión interesante entre nuestro diputado don Sergio Quintín y el doctor.

GERARDO: — ¿De qué se trataba?

EL MATRIMONIO EUGENICO

DON PASCAL: — Del osado proyecto de ley que la Cámara votará probablemente, instituyendo el matrimonio eugénico.

GERARDO: — Conozco ese inaudito proyecto de un diputado que, al pretender granjearse popularidad, dará una nota escandalosa.

SUSANA: — Con entusiasmo y buena fe presentará don Sergio mañana mismo el informe.

GERARDO: — Será rechazado. Muchos miembros de la Cámara joven estarán interesados en que, llegado el caso, no se les aplique una ley que obliga al impertinente examen del médico. La inmunidad parlamentaria (riéndose) no les libraría del enojoso certificado a los que quieran enterrar la soltería.

DON PASCAL: — Profesionalmente, ¿qué opina acerca de las consecuencias de esa ley, si fuera votada?

SUSANA: — ¿Sería usted partidario del matrimonio eugénico?

GERARDO: — La misma humanidad, cuyo bien se invoca al pretender dictar esa medida enérgica, aconseja que se rechace por inhumana. No hay derecho para privar a un individuo de la dicha a que aspira por conceptos científicos, tal vez erróneos... Castigaremos al enfermo como si fuera un criminal.

DON PASCAL: — ¿Acaso no se hace ya eso en determinados casos patológicos?

SUSANA: — El encierro en los lazaretos lo pone de manifiesto.

DON PASCAL: — Hoy se pretende extender la medida profiláctica a mayor número de enfermedades incurables y transmisibles. El doctor Nancy juzga benéfica la ley para la humanidad. No cree posible ponerla en práctica porque el médico está ligado por el secreto profesional.

SUSANA: — Usted la incrimina, fundándose en muy distinto motivo: la compasión hacia el individuo, de preferencia a la conmiseración hacia la raza.

DON PASCAL: — Las divergencias de apreciaciones entre varones competentes harán que se implante difícilmente, en nuestras costumbres, el matrimonio eugénico que, según se dice, existe ya en el Japón.

(Doña Hortensia entra por la puerta lateral. Todos se yerguen).

ESCENA VIII

LOS MISMOS Y DOÑA HORTENSIA

DOÑA HORTENSIA, a don Pascal: — ¿Todavía ese tema?...

Buenas noches. Gerardo,

GERARDO: — A los pies de usted, señora.

DOÑA HORTENSIA, a don Pascal: — Mucho te impresionó ese proyecto de ley. Mejor harías en no pensar en eso, si quieres dormir sosegadamente.

DON PASCAL, sonriéndose: — No temas que me desvele. Aca-
riciaré en mí sueño un más grato proyecto.

DOÑA HORTENSIA: — ¿Se puede saber cuál es?

DON PASCAL: — Dejo a nuestra querida Susana el placer de comunicártelo.

SUSANA, abrazando a doña Hortensia: — ¡Soy feliz, mamá!

TELON

ACTO SEGUNDO

Cuarto con muebles de escritorio—consultorio. El doctor Nancy, sentado a su mesa de despacho, escribe.

ESCENA I

EL DOCTOR, leyendo lo que ha escrito: — Instituyo por única legataria de todos mis bienes habidos y por haber a mi ahijada Susana Delión... (Pone la firma al pie de la hoja de papel)... Ahora sí estoy tranquilo. Nadie sabe el día y la hora que la muerte elige para asestarle el golpe fatal. El que parece lleno de vida y alegre de vivir se siente está expuesto, como el más débil y enfermizo, a ser enviado, el rato menos pensado, a un mundo que anhelamos sea mejor que el que habitamos, donde hay tanta injusticia, hipocresía y maldad... (Se yergue y, luego, paseándose): La ciencia, por

EL MATRIMONIO EUGENICO

mucho que haga, no prolongará jamás, ni de un minuto, la existencia del mortal, cuando la mano invisible del que rige los destinos de los hombres corta el hilo que sostiene esa espada de Dámocles suspensa sobre cada frente humana.

(Entra Gerardo por el fondo).

ESCENA II

EL DOCTOR Y GERARDO

GERARDO: — Mi querido maestro.

EL DOCTOR, sonriente: — Le aguardaba, Gerardo. Esta mañana, en el hospital, me dijo que deseaba hablarme en mi casa. Siéntese. (Gerardo se sienta cerca de la mesa; a cuyo lado opuesto el doctor toma asiento). Me figuro que viene a pedirme las observaciones que le ofrecí para intercalarlas en su tesis de doctorado. Muy gustoso se las dictaré.

GERARDO: — No se trata del trabajo que coronará, en breve, mis estudios profesionales.

EL DOCTOR: — Estudios en que su inteligencia y aplicación le hicieron acreedor a la estimación de sus maestros y condiscípulos. Posee conocimientos vastos, bastante experiencia, seguridad en el diagnóstico de las enfermedades. Está llamado a un brillante porvenir. Sabe que le distingo como el discípulo que más me honra por su aprovechamiento de mi enseñanza. Deseo que, cuando se gradúe, principie a tomar parte en los concursos de oposición para los codiciados títulos de médico de los hospitales y de agregado a la Facultad.

GERARDO: — Seguiré siempre sus excelentes consejos, merced a los cuales me hallo en condiciones de lograr buen éxito en mi carrera. Con la protección que me dispensa, me atreveré a solicitar altos cargos. El objeto de mi visita no se relaciona con esas aspiraciones. Hoy calla el cerebro para dejar hablar al corazón que pide a usted un servicio.

EL DOCTOR, risueño: — ¿Su corazón me pide un servicio? Ignoraba que encerrara un secreto y no sospecho cual sea. Háblame con franqueza y, si en mi poder está servirle, cuente con mi amistosa intervención.

GERARDO: — Otra pasión que la de la ciencia enardece hoy mi pecho. Amo profundamente y soy correspondido... Deseo casarme.

EL DOCTOR, con viva sorpresa: — ¡Casarse! Usted ¡casarse! ¿Cómo es posible que se le ocurra semejante idea? ¿Olvida que no se halla en estado de contraer matrimonio? Más tarde, quizás.

GERARDO: — Está vencido el mal que, en funesta hora, se apoderó de mí. Sus consecuencias no son ya temibles. Desapareció el riesgo del contagio de la mujer a quien haré mi esposa.

EL DOCTOR: — La pasión le ciega. Sus conocimientos científicos le obligan a desilusionarse. Tan excesiva fué la virulencia de la enfermedad contraída que ni usted mismo está exento de la gravedad de nuevas manifestaciones. Dejaría de ser un hombre honrado si, desoyendo la voz de su conciencia, hiciera víctima suya a la enamorada mujer que en la lealtad de usted confía.

GERARDO: — La ciencia me dió armas para rechazar ese temor.

EL DOCTOR: — Falso. No nos alucinemos con la inmediata eficacia del tratamiento. Mi experiencia es más vieja que la suya. Le repito, pues soy quien le atiende en su enfermedad crónica, que debe aguardar dos años siquiera antes de pensar en unirse con la que aprecia y ama. Aun suponiendo que ella no corriera el peligro de la contaminación, no se oculta a la penetración científica de usted que, si consigue tener descendencia, ésta sufrirá irremediablemente estragos en su constitución física. No insista, Gerardo, en su prematuro proyecto. Sería una mala acción, punible hasta en un tribunal de justicia. He aquí uno de los casos que justifica el matrimonio eugénico.

GERARDO: — Respeto el diagnóstico que su experiencia le sugiere. Sin embargo, no hay pronóstico infalible. Sabré contrarrestar en mis hijos la mórbida influencia transmisible... Mi resolución es inaplazable... Me casaré.

EL DOCTOR, irguiéndose, severo: — Su corazón, me dijo usted, reclamaba de mi amistad un servicio. Era un consejo lo que solicitaba. Con buena fe profesional, con vivo interés hacia el discípulo a quien hasta hoy aprecié, no vacilé en dárselo.

EL MATRIMONIO EUGENICO

Reflexione y sígalo. Si no lo hiciera, perdería mi estimación y mi cariño.

GERARDO, irguiéndose: — Vine a pedirle un servicio que no me negará, aún después de juzgar severamente mi conducta. Mi padre, su colega y buen amigo, me aseguró, antes de morir, que usted le había jurado hacer sus veces cuando yo necesitase su asistencia en alguna grave circunstancia. Llegó el momento de cumplir la promesa al querido compañero... Le suplico que se digne pedir para mí la mano de mi adorada, a cuyos padres anticipé que usted iría, con ese objeto, a visitarles.

EL DOCTOR: — ¡Incorrecto procedimiento! Debí antes consultarme para saber si consentiría en dar ese paso. Me niego rotundamente a ser el cómplice de una acción que deploro y repruebo. Su mismo padre no la excusaría y, si me oyera, alabaría mi negativa.

GERARDO, suplicante: — Maestro, mi querido maestro, no sea implacable. Fuí siempre su más adicto discípulo, su admirador entusiasta, su panegirista. Conoce mi tesón por elevarme a su sombra. Sabe que no hubo estudiante más puntual en el cumplimiento de sus deberes, ni más juicioso, a quien un deslíz, común a todos los varones en el fuego de la juventud, amarga injustamente la existencia. Soy un hombre honrado, que ama con todas las fuerzas del más entrañable cariño. No me agobie con su desprecio. Compadézcame. Sálveme. Me es imposible retroceder. No se comprendería que aplazase el matrimonio sin evidente causa invencible. Siga siendo mi protector, mi padre...

EL DOCTOR, abrazándole: — La angustiosa súplica me conmueve profundamente... ¿Cómo conciliar sentimientos contrapuestos? ¿Tal vez haya exageración en mi criterio profesoral? Uniendo nuestros esfuerzos, lograríamos acaso que procreé hijos sanos y robustos... Déjeme reflexionar, Gerardo. Le daré mañana mi contestación definitiva.

GERARDO: — Gracias, maestro. Su buen corazón no me abandonará. Haga la felicidad de Susana y la mía.

(Al oír el nombre de Susana, el Doctor se aleja bruscamente de Gerardo, frunciendo el ceño).

EL DOCTOR: — ¿Susana? ¿Dijo usted Susana? ¿Quién es esa Susana, con la que pretende casarse?

GERARDO: — Si no lo dije fué porque creí que usted lo comprendía. Es Susana, su ahijada.

(El doctor va, violento, hacia Gerardo, le agarra por la solapa de la americana y le sacude).

EL DOCTOR: — ¡Infame! ¿Cómo pensó que yo echara en sus brazos a esa pura y hermosa niña para que villanamente la contaminara? Susana, mi querida ahijada, la esposa ¡y con mi acquiescencia! de un hombre en cuyas venas corre sangre corrompida. ¿Es impudencia o locura su atrevimiento?

GERARDO, altivo: — Me humillé. Supliqué compasión. Ya basta. Piense lo que se le antoje de la sinceridad de mi amor... ¿Me retira su mano protectora?... Está bien. Le haré ver que soy enérgico en mis resoluciones y que de nadie necesito para realizar mi anhelo.

EL DOCTOR: — Le prohibo que vuelva a pisar la casa de los padres de Susana.

GERARDO: — Y ¿si desobedezco?... Activaré los preparativos de la boda.

EL DOCTOR: — La impediré.

GERARDO: — ¿Cuáles son las razones que invocaría, después de haber sido usted quien fomentó en aquel hogar los sentimientos de aprecio y simpatía hacia su predilecto discípulo?

EL DOCTOR: — Diría lo que el deber de la amistad y mi paternal cariño por Susana me obligarian a revelar.

GERARDO: — El secreto profesional sella sus labios.

EL DOCTOR, dejándose caer en un sillón: — ¡El secreto profesional!

GERARDO: — Usted, que me enrostra como una infamia la determinación a que me impulsa el amor, fuera aún más infame, violando el secreto que deposité en su seno. No procure que Susana se niegue a ser mía. Si lo consiguiera, mi furor y mi venganza no tendrían límite.

EL DOCTOR, irguiéndose: — Fuera de aquí. Desprecio sus amenazas que robustecen mi propósito de salvar a Susana de su vil contacto. Fuera de aquí.

GERARDO: — No lo olvide. Mi venganza no tendría límite.
(Sale por el fondo).

ESENA III

EL DOCTOR, YENDO Y VINIENDO

¡Dios mío! Envíame tus luces. No permitas que el dilema sea insoluble... ¿Guardaré silencio, sacrificando a Susana?... ¿Hablaré, violando el secreto profesional?... ¿Cuál es mi deber?... Mi cerebro estalla... ¿Cómo me ha engañado ese Gerardo, en cuyos nobles sentimientos confié ciegamente!... ¡Se atrevió a amenazarme!... Una voz clama en mi pecho: Salva a Susana... Otra voz, más alta grita: Detente,... ¿Cuál está en lo justo? ¿El corazón o la conciencia?... ¡Terrible conflicto en que pierdo el juicio!... ¿A quién pedir consejo?... La religión me indicará tal vez la resolución que adoptaré.

(Hace vibrar un timbre. Francisco se presenta po el fondo).

ESCENA IV

EL DOCTOR Y FRANCISCO

FRANCISCO, en la puerta: — ¿Llamó el señor doctor?

EL DOCTOR: — Vaya, volando, al Hospital Central y ruéguele, de mi parte, al Padre Vicente, el Capellán, que se digne venir en seguida a hablar conmigo. Si no estuviere allí, infórmese donde puede encontrarle y búsquele. Es indispensable que venga sin demora.

FRANCISCO: — Está bien, señor doctor.

EL DOCTOR: — Vaya en un automóvil para llegar más pronto y en él traiga al Capellán.

FRANCISCO: — Así lo haré. ¿No manda nada más, señor doctor?

EL DOCTOR: — Ordene a la servidumbre que, si Gerardo vuelve, no se le deje entrar... Es todo. Vaya.

(Francisco se inclina y sale. El doctor queda pensativo, sentado en un canapé. Vuelve a abrirse la puerta del fondo y entra Susana que se quita el sombrero y lo deja sobre un mueble).

ESCENA V

EL DOCTOR Y SUSANA

SUSANA, echando los brazos al cuello del doctor: — Meditabundo, cabizbajo, le hallo. ¿Qué es eso padrino? Alce la frente; míreme; alégrese.

EL DOCTOR, besándola en la frente: — ¡Querida ahijada!

SUSANA: — Su ahijada viene a comunicarle una grata nueva y a pedirle su venia para ser feliz... Segura estoy de que experimentará gran júbilo. (Riéndose): No temo que ponga ningún reparo a mi anhelo de felicidad... (Le mira, sorprendida). Nada contesta. ¿Está enfadado conmigo?

EL DOCTOR: — ¿Enfadarme contigo? Esc no, Susana. Nunca.

SUSANA: — ¿Se siente enfermo?

EL DOCTOR: — Una fuerte jaqueca...

SUSANA, riéndose: — Y, naturalmente, porque es médico, no tiene fe en las drogas. Nada hace para aliviarse. (Cariñosamente): Le quitaré la jaqueca, con sólo decirle mi secreto.

EL DOCTOR: — No me lo digas hoy, Susana... Otro día... Mañana...

SUSANA: — ¡Le importa poco el motivo de mi alegría!... Es la primera vez que me manifiesta frialdad, indiferencia... Me quiere menos, padrino...

EL DOCTOR: — No lo pienses ni un instante. Hoy te quiero más que nunca.

SUSANA: — Dígame, entonces, lo que tiene. ¿Algo le preocupa, le aflige?

EL DOCTOR: — Un enfermo, a quien, con toda mi alma, quisiera sanar.

SUSANA: — Lo sanará. La ciencia, en sus manos, hace milagros. Escúcheme. De mi pecho rebosa la dicha... Gerardo...

EL DOCTOR, irguiéndose y alejándose: — No pronuncies ese nombre. Te lo suplico.

SUSANA, acercándose a él: — ¿Qué me dice? ¿Por qué me lo prohíbe? ¿Regañó, acaso con su predilecto discípulo, repentinamente? ¿Llevará su encono hasta el extremo de hacerme soportar una parte de su mal humor hacia el hombre a quien amo?

EL MATRIMONIO EUGENICO

EL DOCTOR, asiéndole las manos y mirándola en los ojos: — ¿Tú le amas, Susana? ¿Será cierto? ¿No te engañas?

SUSANA: — ¿No he de amarle? Fué usted, padrino, quien echó en mi corazón la primera semilla del amor, alabando continuamente los méritos del que será mi esposo.

EL DOCTOR: — No lo será. No debe serlo. Fuí culpable, ensalzándole en tu presencia... Perdóname, Susana. (Se sienta).

SUSANA: — ¿Perdonarle?... ¿Qué misterio encierran sus palabras? Aclárelo. No me haga sufrir con sus reticencias. ¿Por qué no puede ser el esposo de su ahijada el hombre a quien, hasta ayer, dispensaba usted aprecio y cariño?

EL DOCTOR, irguiéndose: — Ve mi dolor, mi arrepentimiento... Sufrí un largo engaño. Ese hombre, Susana, no te merece.

SUSANA: — Le defenderé, porque de veras le amo, hasta que puntualice usted el motivo de indignidad que me impidiera aceptar su nombre.

EL DOCTOR, haciéndola sentar en el canapé y sentándose a su lado: — ¿No te basta la súplica de tu padrino que tanto te quiere? Yo te recibí en mis brazos cuando viniste al mundo. Desde ese día fué creciendo mi cariño, al contemplar tus gracias infantiles, tus encantos primaverales, tus virtudes, al recibir tus caricias y tus besos. Tu padre, compañero mío de infancia, con quien me unió siempre un vivo afecto fraternal, no te quiere más que yo. En mi vida de soltero, tus risas fueron la alegría de mis horas melancólicas. A tu lado busqué descanso en mi labor profesional. Anhele, más que tú misma, tu felicidad, una ventura real, perenne, y no esta que se te ofrece para alucinarte, hipócrita y falaz. Te suplico, Susana, que escuches mi consejo. Rechaza la pretensión de ese hombre pérfido. Niégate a ser esposa... (Asiéndole las manos): No exijas mayor claridad en mi súplica. Confía ciegamente en la justicia y lealtad de tu padrino.

SUSANA, llorando: — Me aflige cruelmente. Le quiero y respeto, padrino. Comprendo que por mi bien se atormenta y lucha. Debiera obedecerle; pero, al corazón no se le manda así no más que ame y deje de amar.

(Don Pascal entra por el fondo).

ESCENA VI

LOS MISMOS Y DON PASCAL

DON PASCAL, jovialmente: — ¿Qué dijo ese buen padrino de la grata nueva? (Mirádoles, atónito): ¿Lloras, Susana?... Tu pálido semblante, Antonio, me alarma. Decidme pronto lo que motiva llanto y palidez.

SUSANA, irguiéndose y echándose en los brazos de don Pascal).

—Mi padrino se opone a mi matrimonio con Gerardo.

DON PASCAL: — No es posible. Gerardo reúne todas las excelentes condiciones del marido soñado.

EL DOCTOR, cabizbajo, sin moverse del canapé: — ¡Es un infame!

DON PASCAL: — La expresión suena demasiado fuerte, sea cual fuese el motivo de tu indignación.

SUSANA: — Se niega a decirme por qué no debo amar a Gerardo.

DON PASCAL: — A mí me lo dirá.

EL DOCTOR, irguiéndose: — No puedo.

DON PASCAL: — ¿Acaso contrajo deudas y temes que el interés le impulse a pedir la mano de Susana?

EL DOCTOR: — No es eso.

DON PASCAL: — ¿Habrà otra mujer de por medio? ¿Un lío amoroso que pudiera causar algún fastidio a Susana?

EL DOCTOR: — Tampoco. No me interrogues más. Me es imposible contestarte.

DON PASCAL: — La situación es intolerable. Unidos, como dos hermanos, nunca tuvimos secreto el uno para el otro, y hoy que te yergues para impedir el matrimonio de tu ahijada, callas; obstinadamente, callas. No atino a comprender tu conducta.

(Por el fondo, Francisco se presenta).

ESCENA VII

LOS MISMOS Y FRANCISCO

FRANCISCO: -- Señor doctor, el Reverendo Padre Vicente aguarda en la sala que se le permita pasar.

EL DOCTOR: — ¿El Padre Vicente?... Dios hizo que viniera en

EL MATRIMONIO EUGENICO

seguida. El me dirá si debo hablar o seguir callando... Pascual, Susana, os ruego que me dejéis hablar a solas con el Capellán. Pasad a la sala por unos instantes.

DON PASCAL: — ¡Dios nos asista!... Vamos, Susana.

EL DOCTOR, besando en la frente a Susana: — No dudes jamás de mi abnegado cariño. Diera la vida por tu felicidad, como lo haría tu padre.

(Salen Don Pascual y Susana por la puerta lateral izquierda).

Francisco, ruegue al Padre Vicente que venga.

(Francisco se inclina y sale. A poco el Padre Vicente entra por el fondo).

ESCENA VIII

EL DOCTOR Y EL PADRE VICENTE

EL DOCTOR, estrechándole ambas manos: — Reverendo Padre, perdóneme que le haya hecho venir con tanta urgencia.

EL PADRE VICENTE: — Viva satisfacción experimentaré si puedo servirle en algo.

EL DOCTOR, brindándole asiento y, a su vez, sentándose: — Ve usted a un hombre atribulado, que lucha desesperadamente entre sentimientos opuestos. Ofuscada, la razón no me indica el camino del deber. Acudo, Padre, a su recto criterio, a su santa inspiración e imploro de sus labios el consejo para mi tranquilidad y consuelo.

EL PADRE VICENTE: — Hable, doctor. Le escucho como si estuviéramos en el tribunal de la penitencia.

EL DOCTOR: — Un hombre a quien apreciaba, de quien soy el médico, contrajo una enfermedad cuyo período de infestación no se ha extinguido. Pretende casarse sin compasión por la inocente niña que, confiada en la honradez del novio, será su víctima, al ser su esposa... Esa niña es mi propia ahijada, la única alegría de mi vida, mi heredera universal. Procuré impedir el matrimonio con la autoridad de mi cariño, sin revelar la verdadera causa. Me exigen que la diga. Nadie se explica mi silencio... Ese hombre, a quien increpé su conducta, llegó, en el paroxismo de la ira, hasta amenazarme con su venganza... ¿Qué debo hacer? ¿Qué me ordena la conciencia? ¿Violaré el secreto profesional?

EL PADRE VICENTE: — ¡Cuántos dramas íntimos! como el que a usted trastorna, se nos revela en el confesionario. El sacerdote, aunque a veces sufre al dar el consejo que parece inhumano, no debe vacilar en hacer que se obedezca a la voz de la conciencia y ésta, en el luctuoso caso de usted, le ordena que calle...

EL DOCTOR, horrorizado: — ¡Que calle!...

EL PADRE VICENTE: — Si no se lo ordenara, ya habría hablado usted.

EL DOCTOR, irguiéndose: — ¿Será posible que me obligue a presenciar impasible la perpetración de un hecho criminal? ¿Que me haga cómplice de una infamia?

EL PADRE VICENTE: — El secreto de la confesión nos sella tan herméticamente los labios que no podemos impedir el crimen del malhechor que se atreve, en el confesionario, a revelarlo antes de ir a cometerlo, ni aun cuando su víctima fuera la propia madre del confesor.

EL DOCTOR: — Es horrible, Padre, la inacción a la que su santo juicio me condena.

EL PADRE VICENTE, irguiéndose: — Imploraré a Dios que le dé fuerzas para no sustraerse al inapelable dictamen de su conciencia que le obliga al secreto profesional.

EL DOCTOR, acompañándole hasta la puerta: — Gracias, Padre. Esperaba que de su alma recibiera la mía el bálsamo confortante y la deja sumida en mayor angustia, en indecible desconsuelo.

(El Padre se inclina y sale. A poco don Pascal y Susana entran por la puerta lateral izquierda).

ESCENA IX

EL DOCTOR, DON PASCAL Y SUSANA

DON PASCAL: — Vimos salir al Reverendo Padre y acudimos, impacientes de saber el resultado de la entrevista.

EL DOCTOR, dejándose caer en un asiento: — Nada puedo decirlos.

DON PASCAL: — Es inaudito. ¿Por qué no puedes hablar?

EL MATRIMONIO EUGENICO

EL DOCTOR: — El secreto profesional sella mis labios.

DON PASCAL: — ¿El secreto profesional?... Todo lo comprendo. Sólo ese motivo era capaz de angustiar terriblemente tu alma, mi inmejorable amigo.

EL DOCTOR, irguiéndose: — Nada dije... No prosigas...

DON PASCAL, a Susana: — Hija mía, Gerardo no se halla en sanas condiciones de contraer matrimonio. Arranca de tu pecho ese amor que no merece el hombre que, antes de casarse, no te guarda consideración ni respeto.

SUSANA: — Por piedad, decidme: ¿qué hizo Gerardo súbitamente para que le desprecie?

DON PASCAL: — Engañarte. No hay amor honrado y sincero en un corazón que ignora la abnegación hacia la mujer a quien pretende amar.

SUSANA, como hablándose a sí misma: — ¿Abnegación?... Así se titula el libro que él me dió a leer... ¡Abnegación!... Vacilé en contestarme cuando le pregunté si aprobaba el sacrificio de Heloísa, cuyas palabras recuerdo: "Seríamos criminales si, en nuestro ciego amor, impusiéramos una desdichada existencia a inocentes seres que vendrían al mundo para maldecir nuestro egoísmo"... (Rompe a llorar, cayendo en el canapé. Don Pascal y el Doctor acuden a consolarla).

DON PASCAL: — ¡Hija mía!

EL DOCTOR: — ¡Querida ahijada!

SUSANA, secándose los ojos, se yergue: — Me siento fuerte... Padrino, reconozco su inmenso cariño. Gerardo no será mi esposo.

(Por la puerta lateral derecha, cerca a la mesa de despacho, Gerardo se presenta, súbitamente).

ESCENA X

LOS MISMOS Y GERARDO

DON PASCAL, EL DOCTOR y SUSANA, a la vez: — ¡Gerardo!

GERARDO: — No salí de esta casa. Al ver llegar a Susana, me oculté allí, en la sala de armas. Lo escuché todo... No es posible, Susana, que me rechace.

VICTOR M. RENDON

DON PASCAL: — Ni una palabra más. ¿Cómo se atreve a insistir?

GERARDO: — ¡Susana! ¡Susana! Te adoro. Díme que siempre me amas...

EL DOCTOR: — Salga de aquí inmediatamente. Su conducta, hasta en su procedimiento de acechar, es indigna de un caballero. Salga. No me obligue a llamar a los sirvientes para que lo echen fuera.

GERARDO, al doctor: — Le juré que mi venganza no tendría límite. Pensé en matarle. Si lo hiciera, su ahijada, que aun me ama, me aborrecería. Mayor castigo será su remordimiento por haber violado el secreto profesional, sin comprender la intensidad de mi amor. Pierdo a Susana. Sin ella, ¿qué me importa la vida? Su compasión me será grata en la tumba.

(Saca rápidamente el revólver que tenía escondido en el bolsillo y, sin que don Pascal y el doctor puedan impedirselo, se dispara un tiro en la sien y se desploma).

DON PASCAL: — ¡Qué horror!

SUSANA, que se ha precipitado sobre el cuerpo de Gerardo arrojada, gimiendo, mientras el doctor se cerciora de que no late ya el corazón de Gerardo:

¡Gerardo! ¡Gerardo! (Al doctor, sollozando): ¡Le mató usted, padrino! ¡Le mató!

EL DOCTOR, irguiéndose, acongojado: — Pero, te salvé. (Alzando los ojos al cielo): ¡Dios mío! No me agobiara el dolor si existiera el MATRIMONIO EUGENICO.

TELON.





III

MADRINAS DE GUERRA





MADRINAS DE GUERRA

SAINETE, EN UN ACTO Y EN PROSA

Estrenado en casa del autor en París, fué representado en el Teatro Olmedo, de Guayaquil, el 30 de Diciembre de 1923, por las Alumnas de la Escuela - Taller de la Sociedad José Joaquín de Olmedo dirigida por la benemérita profesora Señorita Doña Francisca Hernández y Roca.

Al ilustrado escritor, dignísimo ecuatoriano y bondadoso amigo, señor don **Carlos Alberto Flores**, a cuyo aprecio debo la representación de **Madrinas de Guerra**, por las Alumnas de la Escuela - Taller de la benemérita Asociación José Joaquín de Olmedo, de la que es abnegado secretario, dedico aquí un muy alto testimonio de estima, gratitud y amistad.

Víctor Manuel Rendón.

1924.

MADRINAS DE GUERRA

Comedia, en un acto y en prosa, estrenada en París, en casa del autor, el 5 de junio de 1916, y en el TEATRO OLMEDO, de Guayaquil, el 30 de diciembre de 1923 por las Alumnas de la Escuela—Taller de la SOCIEDAD JOSE JOAQUIN DE OLMEDO, dirigida por la benemérita Profesora señorita doña Francisca Hernández y Roca, con el reparto siguiente:

CATALINA, 30 años Sta. María Eudoxia Montero

PEPITA, 19 años „ Fanny Teresa Bonín

CARMELA, 18 años „ Rosa Inés Bosmediano

GLORIA, 18 años „ Pastora Litardo

LUIS, 23 años, soldado francés,
ahijado de guerra de

Catalina „ Zoila Oñate.

Las cuatro señoritas son hispanoamericanas.

Saloncito parisiense, en la casa de Catalina, una tarde del mes de junio de 1916.— Puerta al fondo y puertas laterales.— Una ventana cerca de la puerta lateral derecha.— Entre ésta y la puerta del foro, una mesa y, sobre ella, un fonógrafo y un libro.— En la parte anterior y central, entre un canapé grande y dos poltronas, una mesita baja y encima un canastillo con madejas, ovillos de lana gris y agujas para hacer calcetines.— Un biombo pequeño oculta al público la parte baja del canapé que se halla colocado cerca de la ventana.— Dos sillas del lado izquierdo del fondo.— Un taburete detrás de la mesita en que está el canastillo.— Otros muebles, los indispensables para el elegante adorno del saloncito.

La comedia MADRINAS DE GUERRA había sido representada anteriormente en SAMBORONDON por el CENTRO FEMINISTA MINERVA, cuya distinguida Presidenta era la señora doña Rita de Valle Kuhn, el 8 de diciembre de 1920. Fué representada igualmente en SAMBORONDON, el 10 de agosto de 1922, por la apreciada directora de la Escuela Fiscal CALIXTO ROMERO, señorita doña Ana J. Salazar D. y por sus inteligentes Alumnas.

LA JUVENTUD PASEÑA, bajo la ilustrada dirección del señor párroco de PASA, doctor R. Ignacio Calderón, representó MADRINAS DE GUERRA el 24 de mayo de 1927.

En el COLEGIO DE LA PROVIDENCIA fué representada por las alumnas esta comedia el 13 de junio de 1925, día del santo de la Reverenda Madre Superiora.

MADRINAS DE GUERRA

ACTO UNICO

ESCENA I

CATALINA

(Al alzarse el telón, está arreglando, en un canastillo, los objetos que servirán a hacer labor; fijará luego, los ojos en su reloj—pulsera):

Las cuatro de la tarde... Pronto llegarán mis amigas, como lo hacen cada lunes, para dedicarnos a las labores destinadas a nuestros ahijados de guerra y a las ambulancias... Creo que hoy no faltará ninguna, porque, de vez en cuando, las muy pícaras suelen, ya una, ya otra, hacer novillos y, luego, las excusas, buenas o malas... (Imitando la voz de cada amiga, respectivamente): —Mamá me obligó a ir a tiendas, a pesar mío, bien lo sabes, Catalina... Eso me dice Pepita... Tilín, tilín... Acudo al teléfono para oír que Carmela padece jaqueca o está constipada: —Queridísima, excúsame. No iré hoy; estoy malucha. ¡Cuánto lo siento! Que te alivies, monina. No dejes de venir el próximo lunes... (Se sienta). O bien mi sirvienta me entrega una carta de Gloria que me comunica le llegó del campo su tía, de la que es única heredera, y precisa atenderla y mimarla. Ya lo creo; pero feliz ocurrencia la de esa... tía ¡llegar un lunes!... (Irguiéndose, va y viene). Hoy, ninguna se ha excusado. Vendrán y pasaremos un rato agradable. Parece que han adivinado que les preparo una sorpresa. ¡Lo contentas que se pondrán!... Mamá se marchó a la conferencia bélico—religiosa del señor vicario de la parroquia, autorizándome a que reciba, cuando mis amiguitas estén aquí, al desconocido que me ha anunciado su visita. La sorpresa que preparo a Pepita, Carmela y Gloria, también lo será para mí... ¿Qué aspecto y qué modales tendrá ese sujeto a quien deseo mucho conocer?... He dicho al sirviente que le permita pasar sin anunciármelo, para que su entrada cause mayor impresión... Estoy sola en casa... Papá se fué al club. (Mirando de todos lados): ¡Vaya! Todo está en buen orden. ¡Qué poco puntuales son esas niñas!

(Se sienta, después de haber cogido el libro que está sobre la mesa. Lo abre y lee en voz alta):

MADRINAS DE GUERRA

Molinera, molinera,
fragante rosa campera,
blanco capullo de azahar...
¿qué ha sido de tu molino,
que, a la orilla del camino,
se ocultaba en el pinar?

Corre el río alegremente,
destrenzando su corriente
por las piedras al caer;
corre a prisa, muy de prisa,
con rumor que suena a risa,
que el agua ríe al correr.

Rueda la piedra girando,
la piedra que al trigo blando
en nieve convertirá;
con música blanda y leda,
gime el viento en la arboleda
que al molino sombra da.

¿Por qué, de tu alegre nido,
entre la fronda escondido,
todo es tristeza en redor?
¿Por qué, como antes solía,
no suena en él, noche y día,
tu canto de ruiseñor?

Molinera, molinera,
orgullo de la ribera
que te crió para sí,
¿dónde te llevó el destino?
¿Por qué huíste del molino,
que está llorando sin ti?

.....
.....

¡Pobre molino! Deshecho,
se hunde a pedazos el techo,
rotas las puertas están;
los muros ruedan por tierra...
¡Ay! por él pasó la guerra
como tremendo huracán!

.....

.....

(Interrumpe la lectura, exclamando):

¡Qué hermosa es esta poesía del sentido poeta Cavestany!

(Se oye el timbre de la puerta principal).

¡Ah! La campanilla de la puerta... ¿Cuál será la primera que llega?

(Se levanta y deja el libro donde estaba).

ESCENA II

CATALINA Y PEPITA

(Se abre la puerta del fondo y entra rápidamente Pepita que besa a Catalina, devolviéndole ésta el beso).

PEPITA: — Querida Catalina, ¿no llego demasiado tarde?

CATALINA: — Hoy eres, querida Pepita, la primera.

PEPITA: — Me alegro. ¿Qué haremos esta tarde?

CATALINA: — Calcetines para los ahijados.

PEPITA: — ¡Ah! Recuerdo que las zapatillas las terminamos ya.

CATALINA: — A estas horas, en los veinticuatro pares, estarán descansando las plantas de otros tantos heridos en la ambulancia franco — ecuatoriana, a donde los envié de parte de unas señoritas hispanoamericanas que quieren mucho a Francia.

PEPITA: — Muchísimo. Se pasa tan a gusto la vida en este sin igual París.

CATALINA: — Donde unas hemos nacido y otras vivimos desde pequeñitas, recibiendo los beneficios de la instrucción y halagadas con sus placeres. Nadie, que no sea un ingrato,

MADRINAS DE GUERRA

puede dejar de querer al país de su cuna o de su elección y no hacer votos por su gloria y grandeza.

PEPITA: — Eso mismo pienso yo.

CATALINA, mirando a Pepita, de arriba abajo: — Niña, déjame que te mire. ¡Qué faldas tan cortas traes! Siempre coqueta, obedeciendo al tirano capricho de la moda parisiense.

PEPITA: — ¿Qué quieres? Sólo tú te empeñas en esconder tus botas. Ya verás cómo, igualmente, Carmela y Gloria visten corto. Hay que conformarse a los figurines.

CATALINA: — ¿Aun cuando resulten excéntricos? ¡Qué barbaridad!

(Se abre de nuevo la puerta del fondo para dar paso a Carmela y Gloria).

ESCENA III

CATALINA, PEPITA, CARMELA Y GLORIA

CATALINA, besando a Carmela y a Gloria: — ¡Dichosos los ojos que os ven llegar! ¿Habéis venido juntas?

CARMELA: — Vine andando y, en la puerta, me reuní con Gloria que bajaba de su automóvil. Si tendrá buena estrella que en la requisición se lo han dejado... Buenos días, Pepita.

PEPITA: — ¿Cómo estás, Carmela? ¿Y tú Gloria?

(Todas se besan).

GLORIA: — Figúrate, Catalina; por poco no vengo.

CATALINA: — No sería la primera mala jugada de tu parte.

GLORIA: — Muchacha, ¡no seas injusta! Siempre vengo con sumo agrado y, cuando faltó, bien sabes que no es culpa mía.

CATALINA: — ¿Has tenido otra visita imprevista de tu tía?

GLORIA: — No, gracias a Dios. La pobre señora es muy buena, pero bastante regañona y así me resulta algo pesada.

PEPITA: — Entonces, ¿por qué nos ibas a privar del gusto de verte?

GLORIA: — Mi madre quería llevarme a los almacenes de La Primavera. Mi ahijado me ha escrito, pidiéndome varias cosas y mamá dice que no se debe hacer esperar a los valien-

tes necesitados. ¡Dios sabe, de tardar una en complacerles, si el encargo llega después de... una bala!

CARMELA, tristemente: — Como que se han visto casos...

CATALINA: — ¡Pobres soldados! ¡Qué horrible guerra!

CARMELA: — La verdad es que vivimos en unos tiempos...

PEPITA: — Dígalo quien como yo, no olvida la huida de París después de lo de Charleroy. ¡Qué horas aquellas, interminables, de indecible angustia, en la estación! ¡Qué viajecito, en un vagón de tercera, y gracias que lo conseguimos. Llegamos por fin a Burdeos y allí las de Caín para poder alojarnos y no perecer de hambre.

CATALINA: — No hagamos reminiscencias de alarmas y amarguras. Ya vendrán días de triunfos y glorias... Sentarse y trabajar. El tiempo vuela y bastante lo llevamos gastado sin provecho para nuestros ahijados. Charlaremos, dando agilidad a los dedos.

(Se sientan frente a frente, dos de cada lado. Catalina y Pepita estarán cerca de la ventana).

CARMELA, abriendo su saquito de mano y buscando: — ¿A qué no he traído mi dedal?

PEPITA, embromándola: — A distraída nadie te gana.

CARMELA: — ¡Guasona! (Sacando el dedal): Mira, aquí está.

Bien quisieras ser tan lista como yo.

PEPITA, riéndose: — Y tan ocurrida. ¿Para qué quieres dedal?

Hoy no se cose. Haremos calcetines.

CATALINA, aparentando gravedad: — Niñas, no regañar. Si estáis formalitas y trabajáis, como Dios manda, os lo premiaré con una...

CARMELA, PEPITA y GLORIA, a una: — ¿Una qué?

CATALINA: — Una sorpresa.

PEPITA, zalamera: — Dínos, ¿qué es?

(Catalina mueve la cabeza, diciendo que no).

CARMELA, más zalamera: — Sí, dílo Catalinita.

(Catalina sigue, del mismo modo, diciendo no).

GLORIA, algo despechada: — Déjate de misterios. Dílo.

CATALINA: — Sois muy curiosas. Si os lo digo, adiós sorpresa.

Formalidad, paciencia y merecer la recompensa... Repartirse la lana y las agujas. Toma lo tuyo, Pepita.

MADRINAS DE GUERRA

CARMELA: — ¿Cuál es lo mío?

CATALINA, entregándole una madeja: — Tú y Gloria, empezad por devanar esta madeja.

(Se acomodan. Carmela y Gloria empiezan a devanar la madeja. Catalina y Pepita hacen labor).

PEPITA: — Dime, Catalina, ¿has tenido noticias de tu ahijado? ¿Está aún en primera línea de trincheras?

CATALINA: — Ayer recibí una carta suya. Me dice que en breve obtendrá una licencia para ausentarse del frente. (Recalcando): El día menos pensado, se me aparece...

GLORIA: — ¡Qué gusto para ti! Conocer al fin a tu ahijado. ¿Cuándo será que pueda ver al mío?

PEPITA: — Ha sucedido que, casualmente, casi todos nuestros ahijados son de Lila o sus cercanías.

CARMELA: — Cierto, y algunos sirven en el mismo regimiento cuyo capellán es el cura Régent, un valiente y un santo, que a todos distrae, alienta y consuela.

CATALINA: — Todos los soldados de su compañía escriben, haciendo lenguas de lo buenio que es. Mucho le quieren.

(Se levanta y mira por la ventana, diciendo, en voz baja):

¡Cómo tarda en llegar el desconocido!

PEPITA: — ¿Qué te ocurre, mujer? ¿Qué miras por la ventana?

CATALINA: — Creí que oía el ruido de un aeroplano.

(Vuelve a sentarse).

CARMELA: — ¿Os habéis asustado de la visita de los zepelines? Yo me asomé al balcón, pero no logré verlos.

GLORIA, jactándose de valiente: — Yo me quedé en la cama. No me inquietan.

PEPITA: — En mi casa, los inquilinos bajaron unos a la portería y otros al sótano. Mamá se puso su collar de perlas, por si acaso, y yo me puse...

CARMELA, con curiosidad: — ¿Qué te pusiste?

PEPITA: — Me puse... de rodillas, a orar por los que fueran víctimas.

GLORIA, picada: — ¡Con lo que nos sales, graciosa!

PEPITA: — ¿Se puede saber lo que vuestro ahijado ha pedido a cada una? A mí me escribió el mío que le mandara una pipa, tabaco y papel. ¡Qué contento se puso con la pipa!

GLORIA: — Mi ahijado que, por lo discreto, debe ser muy tímido, nada quiso indicarme hasta hoy. Le envié cuanto se me ocurrió. ¡Qué carta más conmovedora aquélla en que me expresó su agradecimiento!

PEPITA: — Es increíble que una gente de humilde condición se exprese en términos elevados.

CATALINA: — Nuestros ahijados, aunque con pésima ortografía, revelan piedad, nobleza de alma y, con gran sencillez, la abnegación santa de un pecho heroico. El mío sólo quiso que le mandara libros morales. (A Carmela): Carmela, tu no has dicho lo que tu ahijado te pidió.

CARMELA: — Un par de polainas y, además...

CATALINA, PEPITA y GLORIA, a una: — ¿Qué? ¿Qué cosa?

CARMELA: — Mi retrato.

GLORIA: — ¡Ay! ¡Qué gracia!

PEPITA: — Querría saber si su madrina es joven o vieja.

(Se ríen).

CATALINA: — Y, ¿se lo enviaste?

CARMELA: — No; ni tampoco las polainas. Se olvidó de mandarme las medidas y, cuando se las pedí... (tristemente): no me contestó.

CATALINA: — ¿Cómo así?

CARMELA, inclinando la frente como para ocultar una lágrima: Porque... le habían matado.

CATALINA y GLORIA, horrorizadas: — ¡Jesús!

PEPITA: — ¡Qué atrocidad!

GLORIA, preocupada: — Me está pesando no haber ido hoy con mamá a los almacenes de La Primavera...

CATALINA a Carmela: — ¡Pobre Carmela! Estás sin ahijado.

CARMELA: — Tenía dos. Tiemblo que le suceda igual desgracia al que me queda. ¡Si seré madrina de mala sombra!

CATALINA: — ¡Qué disparate! No seas tonta. Nada sorprendente que, durando tanto la salvaje guerra, a todas nos dejara sin ahijado.

GLORIA: — Me haréis llorar si seguís hablando de cosas tristes.

MADRINAS DE GUERRA

PEPITA: — ¿De qué quieres que hablemos, chiquilla, sino de la guerra? Ahora no hay bailes ni fiestas.

CARMELA: — Para alegrar a Gloria, a falta de castañuelas, dale cuerda al fonógrafo, Catalina.

CATALINA: — Bueno. Así descansarán las lenguas. ¿Qué queréis que os ponga?

PEPITA: — **Las Golondrinas**, de Bécquer. (Cantando): "Esas no volverán".

CARMELA: — Eso es demasiado sentimental para alegrar a Gloria. Que nos haga reír, con sus jipos, la "Niña de los Peines" o El Mochuelo.

GLORIA, irónica: — Acertaste. Nada más lúgubre que el cante flamenco. Parece que a los **cantaos** están dando tormento. (Se ríen).

CATALINA: — De gustos y colores, no hay nada escrito. Gloria, elige tú misma el disco que más te plazca.

GLORIA: — Que el tenor Crespo nos cante **Mi Niña**.

CATALINA, deja su labor sobre la mesa y, antes de poner en movimiento el fonógrafo, mira por la ventana, diciendo, en voz baja:— ¡Y el desconocido aún no llega! Si no vendrá y así no hay sorpresa.

PEPITA, burlona, a Catalina: — ¿Sigues oyendo el ruido de un aeroplano? Algo preocupada parece.

CATALINA: — Te engañas... Allá va esa **Niña**.

(Pone un disco y da movimiento al fonógrafo. Catalina en pie y las demás siguiendo sentadas, escuchan, muy alegres, el canto. Van animándose, se ríen y tararean. Cuando el tenor Crespo principia a cantar la segunda parte de la primera copla: "Niña bonita, dame tu amor", Carmela, Pepita y Gloria se levantan y, con Catalina, bailan al compás de la habanera. Al terminar la copla, se oye el timbre de la puerta principal).

CATALINA, al público: — Han llamado a la puerta. Debe ser el que aguardo. (A sus amiguitas): Con vuestro permiso, me ausento un instante; para ordenar que sirvan el té. (Al público, yendo hacia la puerta lateral izquierda, por donde saldrá): La sorpresa será así más divertida. (Sale).

ESCENA IV

CARMELA, PEPITA Y GLORIA

(Mientras el fonógrafo canta la segunda copla, Carmela, Pepita y Gloria, aún más alegres, siguen bailando, Gloria se dirige precipitadamente hacia el fonógrafo para impedir que el disco continúe girando, tropieza con la mesita y tira al suelo el canastillo, del cual ovillos, madejas y agujas se desparraman hasta debajo del canapé que el biombo oculta a medias. Carmela y Pepita se agachan para recogerlos y vuelven a poner el canastillo sobre la mesita que colocan lejos del centro de la sala).

PEPITA, mientras recoge los objetos desparramados: — ¡Qué atolondrada eres, Gloria!

GLORIA: — Mil perdones. Tiene la culpa **Mi Niña**. (Hace callar el fonógrafo y, palmoteando, dice): ¡Olé, Crespo! (Gira, como si aún bailara).

CARMELA, palmoteando y girando igualmente: — ¡Olé, morenita mía!

PEPITA, de igual modo: ¡Olé, salero!

(Las tres sueltan carcajadas, colocándose frente a la puerta de entrada en sesgo. Quedan inmóviles, atónitas, al ver entrar, por el fondo, a un soldado, vestido como lo estaban los militares franceses viniendo de las trincheras y que, sin quitarse el casco, las mira tímidamente, como asustado, sin saber qué hacer. Ostenta en el pecho la cruz de guerra).

ESCENA V

PEPITA, CARMELA, GLORIA Y LUIS

PEPITA, CARMELA y GLORIA, a una: — ¡Un soldado!

LUIS, azorado, saluda militarmente, balbuceando: — ¡Madrina!

PEPITA, a sus amigas, riéndose: — Ya caigo. Es el ahijado de Catalina y esta es la sorpresa que la muy pilla nos preparaba.

LUIS, a Pepita, tímidamente, volviendo a saludar militarmente: — ¿Es usted mi madrina?

PEPITA: — No, señor.

MADRINAS DE GUERRA

LUIS, a Carmela, de igual modo: — ¿Será usted?

CARMELA: — No, señor.

LUIS, a Gloria, manifestando inquietud y con el mismo saludo: —
Entonces, ¿lo es usted?

GLORIA, riéndose: — No, señor.

(Luis abre tamaños ojos y la boca como para decir algo que no atina a expresar y alza los brazos al cielo. Por la puerta lateral derecha, Catalina se presenta con semblante risueño).

ESCENA VI

TODOS

CATALINA, a Luis, tendiéndole la mano, que él toma con las puntas de los dedos: — Yo soy su madrina, mi buen Luis. Pase usted adelante. (Dirigiéndose a sus amigas, con júbilo): Niñas, os presento a mi ahijado.

PEPITA, a Catalina, en voz baja: — ¡Buena ha sido la sorpresa! LUIS, no menos azorado: — ¡Ah! Es usted la señorita Catalina, mi querida y respetada madrina, mi bienhechora! ¡Cuánto deseaba conocerla! No me dijo el sirviente que usted estaba con amigas. Siento molestarla. Volveré otro día.

CATALINA: — Su visita no me causa ninguna molestia; al contrario, experimentamos viva alegría al recibirla. Impaciente, aguardaba a usted. Estas amiguitas (presentándolas): las señoritas Pepita, Carmela y Gloria, (ellas se inclinan y él, a cada nombre, saluda militarmente), han venido a trabajar conmigo para usted y sus compañeros de armas. Ya verá qué calcetines más abrigados le haremos. Todas tienen ahijados en el regimiento de usted y así están encantadas con su presencia: (Recalcando): ¿Verdad, niñas?

PEPITA: — Ya lo creo.

CARMELA: — Sí, muy cierto.

GLORIA: — Contentísima.

CATALINA, colocando una silla entre las cuatro, hace sentar a Luis, cara al público: — Ahijado, siéntese.

(Luis se sienta al borde de la silla, dando vueltas, sobre las rodillas, al casco que, sólo entonces, se quita de la cabeza. Catalina y Pepita se sientan a la derecha; Carmela y Gloria, a la izquierda).

¿Qué tal viaje hizo? La salud, siempre buena, a pesar de las fatigas de la guerra y del crudo invierno, sólo sufriendo algo de la vista, sobre ser bastante miope, como me lo escribió.

LUIS: — De verdad, algo cansadito vengo. Cada día veo menos. En mis ansias por contemplar a mi buena madrina, olvidé las fatigas. No se puede figurar, señorita Catalina, todo el bien que me hizo cuando su primera carta llegó a mis manos. Habían transcurrido catorce meses sin que recibiera, en el frente, ni un renglón de nadie. Cuando me la entregaron, creí que se equivocaban, que no era para mí, y, al leerla, ¿por qué no decirlo?, corrieron mis lágrimas.

CATALINA, compadecida: — ¡Mi buen ahijado!

(Todas ponen semblantes conmovidos).

¿Y aun no ha conseguido noticias de su familia?

LUIS, tristemente: — Ninguna. Nada se puede saber de los que sufren en territorio invadido. Allí dejé a mis ancianos padres y a mi novia. ¡Dios quiera ampararlos!

CATALINA: — ¡Cuánto habrá sufrido ya en la guerra!

LUIS: — Moralmente, sí, por lo que dije. Sufro menos desde que usted me favorece. Igual consuelo experimentarán los ahijados de estas señoritas.

PEPITA: — Es tan poca cosa lo que podemos hacer.

LUIS, sinceramente: — No lo crea. Nuestras madrinas, todas tan buenas y cariñosas, nos parecen, en las atroces pesadillas de las trincheras, ángeles que, desde el cielo, tienden sus alas sobre nosotros.

CARMELA, riéndose: — Pues ya ve usted que no somos eso. Carecemos de alas, pero nos sobra buena voluntad, en nuestra admiración por los héroes de Francia.

LUIS: — Dar la vida por la patria, nada es. Sufrimos de no poder librarla pronto de sus enemigos.

GLORIA: — ¡Cuántos horrores habrá presenciado?

LUIS: — Será eterno ese horrible recuerdo, como, en mi corazón, la gratitud a mi madrina. No son las balas, los obuses, las flechas incendiarias ni los gases asfixiantes lo que más he temido. Ver volar miembros humanos por doquier en el campo cubierto de cadáveres, hundirme en mares de sangre o enterrarme en el fango, ver caer a mi lado a cada buen com-

MADRINAS DE GUERRA

pañero, nada de eso me ha estremecido tanto como, en el duro lecho de las trincheras, el asedio de legiones de ratas.

CARMELA: — ¡Qué horror!

GLORIA: — ¡Qué miedo!

LUIS: — Esos bichos asquerosos y perversos se comían todo. Nada dejaban sin roerlo. Yo dormía, cerrando sólo un ojo para que no me devorasen a mí mismo cuando se paseaban sobre mi cuerpo.

PEPITA, horrorizada: — ¡Por Dios, cálese!

CATALINA: — Durante los seis días de su licencia, no hay que acordarse de la guerra. Haré, con mis padres, cuanto se pueda por distraerle y que conozca París.

CARMELA: — Desde que llegó, ¿qué es lo que le ha causado mayor sorpresa?

LUIS, riéndose candorosamente: — Ver a los hombres sin uniforme. El primer parisiense que así contemplé me causó vivo asombro. Y, luego, ¡qué maravilla! al salir de aquel curioso ferrocarril sin humo, en la plaza de la República, elevarme desde las entrañas de la tierra en una jaula mecánica donde la gente se apiñaba... No recuerdo cómo me dijeron que eso se llama.

PEPITA, riéndose igual que las demás: — Un ascensor.

LUIS: — Eso es. Un asesor... En San Falampín, mi pueblo, no hay asesores. (Las cuatro amigas procuran contener la risa): Todo me pasma en París. (Con aspaviento): ¡Qué grande! ¡Qué hermoso! Esto sí que es mayorecito que Lila... ¡Ojalá siga escapando al furor de la guerra!

CATALINA: — ¡Cuál fué la hazaña, ahijado, por la que mereció la cruz que brilla en su pecho?

LUIS, sencillamente: — Cargué a mí Capitán herido y le salvé.

CATALINA: — ¡Cómo no he de estar orgullosa de ser la madrina de un valiente!

LUIS: — ¡Cuánto bendigo al cielo que me dió tan buena madrina!

PEPITA, animándose y con lirismo: — Siento no ser un varón. Con entusiasmo me hubiera batido, sentando plaza de artillero. Meter la bala en la boca al monstruo de bronce, prender la chispa, respirar el olor de la pólvora y saber que la

puntería certera librará a mi patria de muchos enemigos feroces, eso debe ser magnífico.

CARMELA, imitando el lirismo: — Yo igual. De ser un varón, volara al campo de batalla. (Irguiéndose): Mi puesto lo elegiría en los aires. Dominar las nubes, burlarse de la tempestad, perseguir como un pájaro de inmensas alas al ave enemiga, acercándome al cielo, o, como una flecha, descendiendo a la tierra, y ser el rayo que pulveriza a mi rival, ¡qué sensación más estupenda.

(Vuelve a sentarse).

GLORIA, no menos vibrante: — Yo preferiría luchar en el mar. No, en uno de esos traidores submarinos; sobre las encrespadas olas lanzarme al abordaje y vencer o tener mi tumba grandiosa en el piélago profundo.

CATALINA, con igual ardor: — Yo me sentiría capaz, siendo varón, de empuñar, no una arma, pero sí el bisturí del cirujano que, en el estruendo de la batalla, conserva toda su serenidad para salvar de la muerte a los héroes destrozados.

LUIS, pasmado: — Si fuérais varones, valientes señoritas, haríais inmortales vuestros nombres.

CATALINA, irguiéndose, como, en seguida, los demás: — Amigas, pasemos, con mi ahijado, al comedor a tomar el té.

(Al erguirse, Catalina y sus amigas se agrupan, dando las espaldas al biombo y Luis, frente a ellas, da cara a éste. Fijando la mirada en el suelo debajo del canapé, revela vivo asombro en el semblante).

LUIS: — No moveros, que veo un ratón.

PEPITA, corriendo hacia la puerta lateral derecha y llevando la mano al asidero: — Me escuro...

CATALINA, implorándola: — ¡No, Pepita! No abras la puerta, que el ratón se zampa en mi dormitorio... Haz como yo.

(Se arrodilla en un sillón).

PEPITA, arrodillándose en otro sillón: — Bueno; haré como tú.

CARMELA, imitándola: — Y yo.

CATALINA, a Luis: — Ahijado, ¿sigue viendo al ratón?

LUIS, encorvándose: — Sí, madrina; pero permanece quietecito.

PEPITA, CARMELA y GLORIA, a la vez en voz baja, angustiadas: — ¡Mátele! ¡Mátele!

MADRINAS DE GUERRA

LUIS, poniéndose a gatas, pero como temeroso de acercarse al ratón: — ¡Sal, bribón!

CATALINA: — Hagamos miau, para que crea que hay gato.

TODAS: — ¡Miau! ¡Miau! ¡Miau!

LUIS, sorprendido: — No se mueve el indigno.

PEPITA: — Acérquese más.

CARMELA: — Usted, que ve tantas ratas, no tendrá miedo a un ratón.

GLORIA: — Sávenos, como a su Capitán.

CATALINA, fijando la vista en el sitio donde Luis ve el ratón: —

Por más que miro, no veo donde está el ratón.

LUIS, aun a gatas, indicando el canapé: — Allí, allí.

TODAS: — ¿Dónde, allí?

LUIS: — Debajo del canapé... Parece naturalizado... No se mueve.

CARMELA: — Tírele el casco.

PEPITA: — Echéselo encima.

CATALINA: — ¡Virgen Santísima, que no se escape!

LUIS, echando el casco debajo del canapé y trayéndolo hacia sí, sin despegarlo del suelo, a gatas, cara al público: — Ya lo cogí.

(Todas, soltando carcajadas, bajan de las sillas. Luis, a gatas; levanta la frente y, sorprendido, las mira).

Señoritas ¿les pasó el susto, que así se ríen?

(Nuevas carcajadas).

CATALINA, sin poder contener la risa: — Pero, ahijado, si lo que ha cogido es uno de los ovillos de lana con que hacemos calcetines...

PEPITA, sin dejar de reírse: — Y que rodaría debajo del canapé cuando Gloria tiró el canastillo al suelo.

LUIS, levantándose y sacando del casco el ovillo de lana cenicienta, que es del tamaño de un ratón del cual pende una hebra: — ¡Y es verdad! ¡Un ovillo de lana! Como esto es ceniciento y soy tan miope... ¡Qué bien se asemejaba a un ratón! Veo a esos malditos bichos por todas partes... Perdone, madrina, mi torpeza... Señoritas, mil perdones por el susto. (Enseñando la hebra que pende). ¡Si hasta esto se me antojaba el rabito!

(Nuevas risas).

VICTOR M. RENDON

CATALINA: — Merced a su mala vista, mi buen Luis, hemos recibido una lección provechosa por sentir no ser varones y echárnosla de valientes.

LUIS: — Dios sabe lo que hace. No envió a ustedes al mundo como varones porque quiso darles almas sensibles que, durante la atroz conflagración universal, prodigaran alivio y consuelo a los soldados en las ambulancias y como madrinas de guerra.

(Se adelanta para hablar al público, mientras Catalina y Pepita se colocan a su derecha, Carmela y Gloria a su izquierda):

Tu alma, ¡oh, Público ilustrado!
indulgencia tanta encierra
que, aunque el autor haya errado,
te oírás aplaudir el soldado
a las MADRINAS DE GUERRA.

TELON.





IV

Con VICTORIA y GLORIA, PAZ

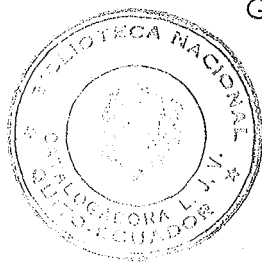


Con VICTORIA y GLORIA, PAZ.

A vosotras, María Margarita y María
Isabel, hijas queridas y aplaudidas intér-
pretes, en París, de algunas de mis obras,
dedico este sainete, pues, como en él
las de mi ingenio, sois, de mi corazón,
Victoria y Gloria.

Guayaquil, 1923.

Víctor M. Rendón.



Con VICTORIA y GLORIA, PAZ

pieza en un acto y en prosa, estrenada en el TEATRO OLMEDO, de Guayaquil, el 23 de diciembre de 1923, a beneficio del BELEN DEL HUERFANO, cuya benemérita Directora era la insigne matrona doña Ana Darquea de Sáenz de Tejada. Fueron sus intérpretes señoritas y jóvenes de la alta sociedad guayaquileña. La segunda representación se verificó el día 30 del mismo mes con igual buen éxito.

LA JUVENTUD PASEÑA subió al tablado CON VICTORIA Y GLORIA, PAZ el día 10 de agosto de 1924, bajo la ilustrada dirección del señor Párroco de Pasa, doctor don Rafael Ignacio Calderón.

El CLUB SPORT Y ESTUDIANтина NUEVE DE OCTUBRE llevó a la escena CON VICTORIA Y GLORIA, PAZ, en la Casa Municipal de SAMBORONDON, el 16 de setiembre de 1927, con el reparto siguiente:

DOÑA PAZ, 36 años cubana. Sta. Ana J. Salazar D.

VICTORIA, 18 años, hija de doña Paz

y de don Plácido.

Sta. Rosa A. López R.

GLORIA, 16 años, hermana de Victoria. Sta. Francisca López R.

DON PLACIDO DE LIEJA, 46 años, natural de

Bélgica, esposo de doña Paz.

Sr. Norberto Torres

LUIS MIRADOR, 26 años, Capitán francés. Sr. Leovigildo Sandoya

CHARLEY KING, 25 años, Teniente del

Ejército americano.

Sr. Juan Bautista Ripalda P.

INOCENTE, 12 años, hijo de los porteros de

la casa en que viven don Plácido

y su familia.

Sr. Enrique Massuh H.

Un saloncito con ventana a la Avenida de los Campos Elíseos en la mañana del día 14 de diciembre de 1918.

Al fondo, puerta de entrada principal; —del lado izquierdo, puerta de entrada a las habitaciones privadas y otra puerta cerrada.— Del lado derecho; puerta, y más cerca del público, ventana que dejará ver el balcón engalanado con banderas.— Muebles de saloncito elegante y, especialmente, una mesa al centro y un canapé en sesgo del lado izquierdo; dos sillas cerca del canapé y otras dos del lado de la ventana. Chimenea o consola con un espejo grande.

La comedia CON VICTORIA Y GLORIA, PAZ fué representada en la ESCUELA DE NIÑAS DE YAGUACHI, siendo su distinguida Directora la señora doña Rosa Victoria de Vicuña, el día 15 del mes de setiembre de 1932, con el reparto siguiente:

Doña Paz	Sta. Mariana Alcívar
Victoria	„ Celia Martínez
Gloria	„ Aida Rubio
Don Plácido	Sr. Carlos Guevara Wolf
Luis Mirador	„ Ernesto Guevara Wolf
Charley King	„ Armando Guevara Wolf
Inocente	„ Teobaldo Bauz A.

CON VICTORIA Y GLORIA, PAZ

ESCENA I

DON PLACIDO Y, LUEGO, DOÑA PAZ

(Al levantarse el telón, don Plácido está sentado en el canapé, leyendo, en silencio, un periódico. A poco, doña Paz entrará por el fondo, con sombrero y traje de paseo. Trae en los brazos un paquete con banderas francesas y norteamericanas).

DOÑA PAZ, a voz en cuello: — ¡Victoria! ¡Gloria!

DON PLACIDO, interrumpiendo su lectura: — Paz, ¡por Dios! No grites así, mujer. Con esas voces triunfales vas, antes de tiempo, a alborotar a los vecinos. Harás que se enardezcan como aquella mañana que todos delirábamos al oír retumbar las voces del bronce que anunciaban al mundo el armisticio.

DOÑA PAZ, colocando las banderas sobre la mesa: — Mira, Plácido, por mí que se alborote quien quiera. Gracioso sería que no tuviera libertad para llamar a mis hijas.

DON PLACIDO, recalcando: — Nues...tras...hi...jas. ¿Verdad que también lo son mías?

DOÑA PAZ, abriendo el paquete de las banderas: — Déjate de chanzas. Tengo que llamar a esas muchachas, que no sé donde se meten, y he de hacerlo por sus nombres. ¿No es acaso Victoria, la mayor, y Gloria, su hermana?

DON PLACIDO: — ¡Claro! Como que te empeñaste en darles esos nombres, por más que a mí me resultaban demasiado... ¿Cómo diré?... Demasiado llamativos; eso es.

DOÑA PAZ, picada: — Debieras alabarme el gusto, so criticón, y convenir en que fué un acierto llamar así a mis hijas.

DON PLACIDO, recalcando más que antes: — Nues...tras...hi...jas...

DOÑA PAZ, impaciente, sentándose cerca de la mesa: — ¡Qué pesado te pones!

DON PLACIDO, jovial: — No consentiré en que me suprimas mi parte de íntima satisfacción por la donosura de esos dos pimpanos que causan mi legítimo orgullo.

DOÑA PAZ, recalcando, a su vez: — Nu...es...tro...

DON PLACIDO: — ¿Cómo?

DOÑA PAZ: — Digo: nuestro legítimo orgullo. (Con retintín): No consentiré en que me suprimas mi parte de íntima satisfacción por lo buenas y tiernas que son Victoria y Gloria.

DON PLACIDO, sincero y galante: — Tienes mucha razón. Tan legítimo es tu orgullo como el mío, y aún más, porque reconozco que las seducciones y virtudes maternas son las que transmitieron su fragancia a esos pimpollos, lo que no impide que prefiriera sus nombres más modestos.

DOÑA PAZ: — ¡Dale con esos nombres! Un acierto fueron, lo repito. Preví que coincidirían las diez y ocho primaveras de la primogénita y los diez y seis abriles de la segunda con el mayor triunfo de la historia. Sólo tú negarás que les vienen hoy de perillas esos nombres.

DON PLACIDO: — ¡Vaya un modo de prever! Eso es mirar con vista de águila el porvenir para ajustar los gustos a los acontecimientos. ¡Ojalá acertaras, con igual precisión, a profetizar que no habrá más guerra en el mundo, merced a la proyectada Sociedad de Naciones, y que los Aliados resarcirán, con entera justicia, a Bélgica los daños y perjuicios experimentados al sacrificarse generosamente ¡Pobre patria mía! a la que, al fin podremos regresar.

DOÑA PAZ: — Pero no será antes de que veamos la entrada de las tropas triunfantes. Quiero estar en París para aclamarlas cuando pasen debajo del Arco de la Estrella y desfilen por estos maravillosos Campos—Elíseos donde, felizmente, vivimos. ¡Qué lástima! ¿Tener que desalojar este agradable piso, del que ya dimos desahucio en vista de nuestro regreso a Bruselas.

DON PLACIDO: — Conténtate, Paz, con haber presenciado el asombroso espectáculo de la espléndida capital a raíz de la proclamación del armisticio. Frente a nuestro balcón miraste desarrollarse la grandiosa manifestación en honor a Alsacia y Lorena recuperadas; viste pasar, entre estrepitosas aclamaciones, a Jorge V, a Alberto I y a otros monarcas. Hoy mismo, nos asociaremos a la inmensa ovación que París tributará al ilustre Presidente de los Estados Unidos de América.

DOÑA PAZ, interrumpiéndole y levantándose: — Y es verdad. Calla, hombre, calla. Me estabas haciendo olvidar que, a las

once, pasará el gran Wilson. (Mirando su reloj—pulsera): Son las diez y media. ¡Jesús! Y aun no están colocadas todas las banderas. (Gritando recio): ¡Vic...to...ria! ¡Glo...ria! DON PLACIDO, tapándose los oídos con las manos, se yergue y da unos pasos: — ¡Ni el Monte Valeriano vibra tanto, pregonando triunfos! (Por la puerta izquierda, Victoria entra, con elegante vestido).

ESCENA II

DON PLACIDO, DOÑA PAZ Y VICTORIA

VICTORIA: — ¿Me has llamado, mamá?
DOÑA PAZ: — No hago más que eso. ¿Dónde está Gloria?
DON PLACIDO: — Sí, ¿adónde? Porque no debe haber Victoria... sin Gloria.
VICTORIA, riéndose, con una mueca graciosa: — ¡Qué papá! Siempre embromando. (A doña Paz): Ya viene Gloria. Está acabando de vestirse para asomarse al balcón.
DON PLACIDO, mirándole el vestido: — ¡Hola! Tú también te has emperifollado. ¿Estaréis creyendo que Wilson os va a alcanzar a ver cuando pase con Poincaré?
VICTORIA, con malicia: — ¿Por qué no? De más lejos supo ver donde habría victoria y gloria.
DON PLACIDO, soltando una carcajada: — ¡Monísima! Tienes toda la sal de tu padre.
DOÑA PAZ, picada: — Ni aguardas, Plácido, a que otro lo diga. Bien hicieron en no llamarte Modesto.
DON PLACIDO, con guasa: — Me anticipé para ahorrarte el cumplido. La intención se te agradece.
DOÑA PAZ, a Victoria: — Díme, Victoria. ¿Crees que hemos adornado nuestras habitaciones con suficientes banderas?
VICTORIA: — Me parece que sí.
DOÑA PAZ: — ¡Pues, no! En la calle, comparé con los demás balcones y vi el nuestro ¡qué poco lucido! Haz flotar al viento las que traigo del almacén La Primavera. Eran las últimas. Me han costado un ojo de la cara.
DON PLACIDO, embromando: Celebro que no sean los dos. ¿Qué necesidad había de exageraciones? Requetebién que los balco-

CON VICTORIA Y GLORIA, PAZ

nes se engalanan, pero no hasta el extremo de dar un ojo de de la cara.

DOÑA PAZ: — Hay que seguirte el humor y ¡bueno lo traes!

VICTORIA, riéndose: — Mucho me divierte que mi papá y mi mamá, queriéndose tanto, no pierdan ocasión de regañar; y me divierte, porque esos regaños me recuerdan las pompas de jabón que, de chiquillas, hacíamos inflar y que estallaban sin dejar ni rastros. Pero hoy, todos debemos poner cara de Pascua. Reina en París unánime alegría. (Mirando hacia la puerta por donde ella entró): ¡Ah! Ya viene Gloria. (Se sienta cerca de don Plácido. Gloria se presenta con traje claro, elegante).

ESCENA III

LOS MISMOS Y GLORIA

DOÑA PAZ, a Gloria: — ¡Al fin te dejas ver!

GLORIA: — Perdóname, mamá. Creí tener tiempo, antes de vestirme, de escribir unas cartas a mis ahijados de guerra, y me retrasé.

DOÑA PAZ: — En lo ocurrida, ¡cómo te pareces tú también a tu padre! A él se le antoja, para desahirse, leer no sé qué periódico, y tú te pones a escribir cartas, para embromarte, en el momento preciso en que bullimos impacientes, aguardando la llegada del insigne Jefe de la gran República americana.

DON PLACIDO, a Gloria: — ¿Cómo es eso? ¿Concluyó la guerra y los ahijados perduran?

GLORIA: — Naturalmente, papá. Hoy, más que antes, nos carteamos con ellos y les brindamos protección y consuelo. Te conmovieras, leyendo las esquelas de esos héroes triunfantes.

DON PLACIDO: — Alabarán a Dios porque les protegió en los combates o les permitió curar de sus heridas.

VICTORIA: — Pero, también, ¡qué deliciosamente expresan su júbilo de volver a besar a padres, esposas e hijos, tras largos años de angustias y sufrimientos!

GLORIA: — Algunos exhalan dolorosamente su desconsuelo al contemplar las ruinas de sus apacibles hogares en las que fueron poblaciones florecientes y están hoy reducidas a escombros y cenizas.

VICTORIA, tristemente, irguiéndose: — Corren mis lágrimas al recordar a aquellos de nuestros ahijados que, con su sangre y con su vida, contribuyeron al triunfo, sin alcanzar a verlo. ¡Desdichados sus deudos! a quienes, igualmente, por humanidad y por gratitud hacia los abnegados héroes difuntos, debemos socorrer y consolar.

DOÑA PAZ: — No es el momento de enternecerse. Id pronto a colocar estas banderas.

GLORIA, tomando una parte de las banderas y tremolando una de los Estados Unidos: — Bueno, mamá. ¡Viva América! Los yanquis me encantan. Son muy simpáticos.

VICTORIA, cogiendo las demás banderas y agitando una de las francesas: — ¡Viva Francia! En seguida vamos a armonizar estos colores con los de las naciones aliadas.

DON PLACIDO, embromando: — Cuidadito, niñas. Con tanto entusiasmo, al enarbolar esos emblemas, no tiréis el cuerpo por la ventana.

VICTORIA, riéndose: — Descuida, papá. Tus hijas no son hoy unas bebés.

(Victoria y Gloria salen por la puerta del fondo).

ESCENA IV

DON PLACIDO Y DOÑA PAZ

DOÑA PAZ, va a mirarse al espejo y empieza a quitarse el sombrero: — ¡Qué excelentes muchachas son Victoria y Gloria... ¡Ay! Demasiado pronto llegará el día que se las lleven.

DON PLACIDO, melancólico: — Esa es fatalmente la suerte de los padres. Nos desvelamos por que brillen nuestros retoños y, el día menos pensado, son de otros Victoria y Gloria...

(Se oye golpear a la puerta del fondo).

DOÑA PAZ: — Creo que han golpeado a la puerta.

DON PLACIDO, irguiéndose: — Adelante.

ESCENA V

LOS MISMOS E INOCENTE

DOÑA PAZ: — ¡Ah! Es el chico de los porteros. ¿Qué deseas, Inocente?

INOCENTE: — Señora, dos oficiales han visto, en el cartel de la puerta, que este piso se alquila y, aunque es temprano, piden permiso de visitarlo.

DOÑA PAZ: — ¡Vaya un antojo! ¿A quién se le ocurre visitar pisos hoy y en tales instantes? ¡Qué le hemos de hacer! Retirémonos, Plácido. Tú, Inocente, diles que pasen. Acompáñalos por todas las piezas y no los pierdas de vista. Hoy por hoy, suele haber militares muy condecorados y que ni siquiera tienen derecho a ostentar el uniforme.

(Doña Paz y don Plácido salen por la puerta que está cerca de la ventana).

ESCENA VI

INOCENTE, LUIS Y CHARLEY

(Luis viste el uniforme, con forrajera, de Capitán de Infantería francesa del Regimiento de línea 27 y, en el pecho, brillan la Cruz de la Legión de Honor y la Cruz de Guerra; Charley se presenta de Teniente del Ejército norteamericano, luciendo la Cruz de Guerra francesa).

INOCENTE, en la puerta del fondo: — Señores oficiales, pueden pasar, cuando gusten.

(Luis y Charley entran y se colocan a la izquierda de Inocente).

LUIS, a Charley, en voz baja: — Ya estamos en la plaza.

CHARLEY, de igual modo: — **Yes, we are in.**

INOCENTE, a los oficiales que no le escuchan y siguen hablando en voz baja: — Este es el saloncito.

LUIS, a Charley, dando la espalda a Inocente: — Ahora, Charley, mucha estrategia para lograr nuestro anhelo.

CHARLEY: **All right.**

INOCENTE, indicando hacia la derecha: — De ese lado queda la sala.

LUIS, a Charley, siempre en voz baja: — Que es familia decente y acomodada, no cabe duda, y que ambas son preciosas lo está clamando nuestro atrevido pretexto para acercarnos a ellas. En mi vida he visto igual par de deliciosos pimpollos.

CHARLEY, en voz baja: — ¡Good luck! Ser este piso entresuelo y acertar a pasar cuando poner nuestras banderas **these pretty ladies**.

LUIS, entusiasmado: — ¡Con qué gracia lo hacían!

CHARLEY, animándose: — **Yes, yes. ¡Very charming!**

INOCENTE, señalando del lado izquierdo: — De aquel lado es el comedor. (Al público): Ninguno de los dos me escucha. ¿Qué se estarán diciendo? Mucho ojo, como la señora me lo recomendó.

LUIS, a Charley: — Procuremos hacer hablar al chico.

CHARLEY: — **Very well**.

LUIS, a Inocente: — Mil gracias, niño, por las explicaciones. No queremos abusar, visitando todo el piso un día como éste. Nos bastará saber, para ver si hay acomodo, cuántas personas viven aquí.

INOCENTE: — Son cuatro: don Plácido, su esposa doña Paz y...

LUIS: — ¿Y?...

INOCENTE: — Dos señoritas, hijas de ambos.

LUIS, a Charley, maliciosamente: — ¿Lo oyes, Charley? Esas dos señoritas, a las que vimos colocando banderas, son (recalcando): como te lo decía yo, las hijas de don Plácido.

CHARLEY, flemático: — **Yes**, y de **mistress** Paz.

LUIS, a Inocente: — ¿Cómo me dijiste, monín, que las señoritas se llaman?

INOCENTE, sencillamente: — No lo dije.

LUIS, mohino: — ¡Ah! Lo creí.

CHARLEY, a Luis, en voz baja: — **He holds his tongue**.

LUIS, de igual modo: — **Yes**, no desata la lengua.

CHARLEY, llevando la mano al bolsillo del chaleco: — **Give a dollar to him**.

LUIS, siempre en voz baja: — No, que acometer con dinero sería, tal vez, exponerse a un bochorno.

INOCENTE, impacientándose: — Puesto que los señores oficiales no desean seguir visitando y tienen prisa...



LUIS: — ¿Quién te ha dicho eso? Nos sobran hoy tiempo y licencia, mediante victoria y gloria.

INOCENTE, interpretando equivocadamente el sentido de las palabras: — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Si sabían que se llaman Victoria y Gloria ¿por qué preguntaban los nombres de las señoritas?

LUIS, haciéndose cargo de la equivocación y guiñando a Charley: — Miren el muy ladino. ¡Qué bien caíste! Te alabo la discreción; pero, ya lo ves, de nada te sirvió. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

CHARLEY, imitando la risa, flemáticamente: — ¡Ja!.. ¡Ja!.. ¡Ja!.. Nosotros militares conocer muy bien victoria y gloria.

LUIS, a Inocente: — Y, para que no te quepa duda, te diré que es la mayor... Victoria.

INOCENTE: — Cierto es.

CHARLEY, a Luis, en voz baja: — ¿Cómo tú saberlo?

LUIS, de igual modo: — Porque es lógico que haya victoria antes que gloria.

CHARLEY, riéndose: — ¡Oh, yes! **Very amusing**. Mi soñar siempre con gloria.

LUIS, a Charley: — Y yo, cuatro años imploré al cielo victoria. La creí lograda. ¡Quiá! Tendré que seguir implorándosela. Pero no podemos eternizarnos aquí. Se acerca el instante en que pasará Wilson. Ahora sí; agasajemos a este chico para tener un aliado en la plaza. (A Inocente): Toma este escudo, candoroso.

INOCENTE, ingenuamente: — Gracias, Capitán; pero, me llaman Inocente, para servirles.

LUIS, muy serio: Debí figurármelo. Que sigas siéndolo, por muchos años.

CHARLEY, mofándose: — ¡Oh, yes! Mucho, para servirnos. ¡Ja!.. ¡Ja!.. ¡Ja!..

INOCENTE, al público: — Sí que se ríe este **tommy** con galones

LUIS, a Inocente: — Vamos, que querrás conocer al Presidente Wilson.

INOCENTE, ufano: — Ya lo creo, igual que todos los franceses. (Dan unos pasos hacia el fondo y se detienen, al ver que, por la puerta cercana a la de las habitaciones privadas, se presentan Victoria y Gloria; ésta con una bandera norteamericana y aquélla con una bandera francesa. Los oficiales se cuadrán, haciendo el saludo militar y ellas corresponden con una ligera inclinación de la cabeza).

ESCENA VII

LOS MISMOS, VICTORIA, Y GLORIA

VICTORIA: — Ustedes dispensen. Creímos que estarían ya visitando otras piezas.

GLORIA: — Veníamos a colocar estas banderas en la ventana. Nos retiramos.

LUIS: — Por ningún caso. Nosotros somos los que pedimos mil perdones a ustedes por haber abusado largo rato.

CHARLEY: — Estar ya partiendo.

LUIS: — Pero mentiríamos, mi amigo y yo, si dijéramos que sentimos haber tardado en marcharnos...

CHARLEY, interrumpiendo: — ¡Oh, yes! No sentir...

LUIS: — Ya que la demora nos permite presentar a ustedes, señoritas, el respetuoso homenaje de nuestra admiración.

CHARLEY: — ¡Oh, yes!

LUIS, saludando militarmente: — Señoritas...

CHARLEY, de igual modo: — **Young ladies...**

(Victoria y Gloria, ruborizadas, contestan el saludo con una ligera reverencia).

LUIS, a Charley, al retirarse, en voz baja: — Aún más preciosas son de cerca y ¡qué discretas!

CHARLEY, de igual modo: — ¡Oh, yes! **Very, very nice!**

(Al llegar a la puerta, vuelven a saludar militarmente, contestando ellas como lo hicieron antes. Luis, Charley e Inocente salen).

ESCENA VIII

VICTORIA Y GLORIA

GLORIA: — ¿Has reparado, Victoria? Esos dos militares, tan finos y simpáticos, sobre todo el americano...

VICTORIA: — Eso no. El más simpático es el francés.

(Colocan las banderas sobre la mesa).

GLORIA: — Bueno. Quiere decir que ambos lo son, según el gusto de cada una. ¿Has reparado, repito, que son los mismos que estuvieron un gran rato al pie de la casa, mirándonos, mientras colocábamos las banderas en el balcón?

CON VICTORIA Y GLORIA, PAZ

VICTORIA: — No cabe duda. Son los mismos; pero, presumes, imaginándote que nos miraban. La fachada de la casa y el aspecto de nuestro piso engalanado era lo que examinaban detenidamente. Al ver que este entresuelo se alquila, se consultaban antes de subir a visitarlo.

GLORIA, sonriéndose: — A tiempo se fijaron en el letrero: SE ALQUILA, para hallar un pretexto de entrar aquí, porque no les veo trazas de inquilinos a esos militares. Confiesa, hermana, que opinas como yo. No es el día, ni la hora de buscar habitación. Mayor halago brinda a los ojos el admirable espectáculo de los Campos—Elíseos, en estos históricos instantes, que la visita de un aposento, por mucha urgencia que hubiera en alojarse.

VICTORIA: — No me parece tan original esa conducta que merezca asombrarte. La solemnidad actual atrae a los Campos—Elíseos a esos dos compañeros. Uno de ellos busca un piso. Pasan al pie de nuestra casa; ven el letrero: SE ALQUILA, y, como a la ocasión la pintan calva, se resuelven a no postergar la visita.

GLORIA, burlona: — Hablan al portero; les convienen las condiciones y suben, ¿verdad?

VICTORIA: — Eso es. ¿Qué hay de tan extraordinario en ese procedimiento?

GLORIA, siempre burlona: — ¡Claro! Obrar de otro modo hubiera sido lo impropio...

VICTORIA: — Seguramente; ya que es inaudita la afluencia de personas alborotadas por conseguir habitaciones a cualquier precio. Dicen que, para la entrada triunfal de las tropas aliadas, vendrán veinte mil argentinos y, por centenares de miles, los norteamericanos; y no es extraño. Vuelve a reinar la alegría en París, y unos por demostrar su cariño y admiración a Francia, y otros por novelería, atravesarán los mares hasta verse al pie del Arco del Triunfo.

GLORIA: — Aunque me acuses de fantasear, sostengo que otro ha sido el móvil de esos oficiales al llegar hasta aquí.

VICTORIA: — ¿Cuál?

GLORIA: — Si ha de saberse, se sabrá. En cuanto a que miraban la fachada. ¿acaso el rubor de tus mejillas no dijo al mío

dónde ellos clavaban las miradas? Y el respetuoso homenaje de admiración, al retirarse, ¿no fué, dime, un piropo?

VICTORIA, disimulando su turbación: — Desbarras, hermanita de mi alma. ¡Cómo se reirían esos caballeros, que estarán ya lejos, si nos oyeran discutir acerca de sus intenciones! Perderemos lastimosamente el tiempo... (Vibra lejos el cañón). ¿Oyes las salvas? Wilson está bajando del tren en la estación del Bosque de Boloña. (Se yergue): Pronto; ayúdame a desplegar las dos últimas banderas en esta ventana, desde la cual veremos pasar la comitiva. ¿Qué te parece?

GLORIA, levantándose: — Sí, quedémonos aquí. Papá y mamá ocupan con sus invitados las ventanas del salón. Poco campo queda allá para nosotras

VICTORIA: — Pues, a colocar las banderas.

(Cogen las banderas; van a la ventana y las enarbolan).

GLORIA, mirando la calle y con alegre sorpresa: — Mira, Victoria, mira. ¿Conque muy lejos debían estar ya los dos oficiales? Allí los tienes plantados, contemplando la fachada, por darte gusto, y, en realidad, es de esta ventana que no apartan los ojos.

VICTORIA, mirando la calle de soslayo: — No los miraré, por cierto.

GLORIA, con malicia: — Sino, como lo hago yo, con el rabo del ojo.

VICTORIA, seria: — Parecían tan correctos y van resultando impertinentes.

GLORIA, risueña: — ¡Qué severidad. Y los pobrecillos creerán que debemos agradecerles la prueba de su buen gusto.

VICTORIA, sonriéndose: — Cuando digo que presumes... Que no caigan en la cuenta de que sabemos que están allí... No mires de ese lado, chiquilla, ni con el rabo del ojo... Hablemos de otra cosa...

¡Qué suerte tiene el Presidente de que haya escampado!

GLORIA: — Así todos podrán verle en el coche descubierto.

VICTORIA: — El rey de Inglaterra y el de Bélgica algo se mojaron. (Se sientan cerca de la ventana).

GLORIA: — Bastante. Este invierno se presenta diluviando. Casi no hay día que no llueva y la **grippe** sigue causando víctimas...

CON VICTORIA Y GLORIA, PAZ

(Se oyen gritos de la calle, aclamando a Wilson):

¿Oyes? El rumor crece. Las ovaciones cunden. Ahí viene Wilson.

(Se asoman a la ventana).

VICTORIA: — ¡Mírale! ¡Mírale! ¡Qué contento viene, saludando!
(Ambas agitan el pañuelo).

VICTORIA y GLORIA, a una: — ¡Viva Wilson! ¡Viva Francia!
(Gloria deja caer el pañuelo a la calle).

GLORIA: — ¡Ay! Victoria, el pañuelo se me fué a la calle. ¿Dónde estará?

(Se inclinan, mirando a la calle).

VICTORIA, severa: — Muy atolondrada eres... ¿Qué dónde estará? ¿Lo ves? Nada menos que en posesión del oficial yanqui que se precipitó a recogerlo.

GLORIA, entre risueña y seria: — ¿Qué hará con él? ¡Con tal que no se figure que fué adrede!

VICTORIA: — Merecerías que lo creyera... Desapareció entre la muchedumbre con su compañero... Alejémonos de la ventana. Ciérrala.

(Gloria cierra la ventana y ambas pasan al centro de la pieza, sentándose en el canapé).

GLORIA, preocupada: — Aunque el pañuelo vale poco, espero que me lo devolverán.

VICTORIA: — Preferible será, ciertamente, y así tiene que suceder, si ese americano es, como lo parece, un **gentleman**. Se lo entregará al portero para que lo ponga en tus manos.

GLORIA, sin convicción: — ¡Ojalá no se le antoje subir él mismo a entregármelo!

VICTORIA: — ¡Qué ocurrencias tienes! Atrevido fuera ese comedimiento.

(Suena un timbre).

GLORIA: — Ha vibrado el timbre de la puerta principal. Alguien viene. ¿Si será él?

VICTORIA, aparentando tranquilidad: — Acabaré por creer que eso deseas. ¡Vaya un empeño! Será alguna visita o sencillamente el portero que te trae el pañuelo.

GLORIA, con sinceridad: — Azorada estoy...

VICTORIA: — Y muy tonta.

(Se oye golpear a la puerta del fondo).

GLORIA: — ¡Cómo me late el corazón!

VICTORIA, con disimulo, al público: — ¡Y a mí!

(Vuelven a golpear. Victoria, irguiéndose): Adelante.

(Inocente entra).

ESCENA IX

LAS MISMAS E INOCENTE

VICTORIA: — ¡Ah! Eres tú, Inocente. ¿Traes el pañuelo que Gloria dejó caer?

INOCENTE: — Yo, no. Lo trae el militar americano que estuvo aquí hace poco. Pide permiso para devolverlo él mismo a su dueña.

GLORIA, enérgica, irguiéndose: — ¡No, por Dios! Que no entre.

VICTORIA: — No hemos de corresponder a una fineza con una malacrianza.

¿Qué hacemos? (Dirigiéndose a Inocente, algo emocionada):
¿Habrá venido solo?

INOCENTE: — No tal. Le acompaña el Capitán francés.

GLORIA: — Deben ser inseparables.

VICTORIA, turbada: — Para entregar el pañuelo, un militar sobra...

GLORIA, con picardía: — No sobra, diría papá, donde hay Victoria y Gloria...

VICTORIA, sonriéndose: — ¡Qué niña más boba!.. En tal aprieto, llamemos a papá y mamá para que nos saquen del lío en que, por manifiesta, nos has metido. (A Inocente:) Haz tú que esos caballeros pasen y ruégales que aguarden aquí un instante. Ven, Gloria.

(Victoria y Gloria salen por la izquierda, mientras Inocente va a la puerta del fondo).

INOCENTE: — Sirvanse entrar, señores oficiales. (Luis entra con Charley que tiene el pañuelo de Gloria en la mano).
Siéntense. Ya vendrán las señoritas.

(Inocente sale y cierra la puerta).

ESCENA X

LUIS Y CHARLEY

LUIS: — No pensábamos volver tan pronto a este saloncito. Qui-
siste subir a devolver tú mismo esa prenda y, en verdad, me
opuse débilmente, porque el peligro atrae siempre a un mili-
tar. Ya estamos otra vez en la plaza. Veré si eres tan va-
liente, como frente al enemigo, ante el vivo fuego de dos
grandes ojos negros.

CHARLEY, tranquilo: — ¡Well! Tú verás Charley merecer Gloria
for ever. Mirar yo si tú cantar... Victoria. (Lleva el pañuelo a
los labios.) ¡Lovely handkerchief!

LUIS: — ¡Imprudente! No sospechaba que un sobrino del tío Sam
fuera capaz de inflamarse igual que un francés en cuyas ve-
nas, como es mi caso, corre sangre española. ¡Besar ese pa-
ñuelo! Y, ¿si te están mirando?

CHARLEY, lentamente, mirando de todos lados: — ¿Quién?...
¿Dónde?... ¿Cómo?...

LUIS, acelerando: — ¿Quién? Ella... ¿Dónde? Aquí mismo...
¿Cómo? (Señalando la puerta de las habitaciones): Por el
hueco de la llave de esa puerta.

CHARLEY, impasible: — ¡All right! Así ver ella más pronto, en
mi corazón, amor grande.

LUIS, riéndose: — ¡Qué imperturbable cachaza!.. Oigo pasos...
Cuadrarse... ¡Firmes!

(Se cuadran militarmente. Por la puerta de las habitaciones, don
Plácido y doña Paz entran. Al verles, Luis y Charley cruzan mi-
radas, revelando sorpresa y decepción con una mueca).

ESCENA XI

LOS MISMOS, DOÑA PAZ Y DON PLACIDO

LUIS, a Charley, en voz baja: — Nos lucimos. Son los veteranos
que arremeten.

(Al acercarse los esposos, les saludan militarmente los oficiales y,
en seguida, se descubren la cabeza. Aquéllos corresponden gravemen-
te el saludo).

DOÑA PAZ: — Caballeros.

DON PLACIDO: — Muy señores míos.

(Todos se miran un instante sin hablarse).

LUIS, resueltamente: — Sírvanse dispensar que, sin tener el honor y el gusto...

DOÑA PAZ, interrumpiéndole y amablemente: — Honor y gusto fueran nuestros...

LUIS: — Mil gracias.

CHARLEY: — **Very obliged.**

LUIS, prosiguiendo: — ...Que, sin ser conocidos de ustedes, nos tomemos la libertad de presentarnos mutuamente. (Indicando a Charley): Mi amigo el Teniente don Charley King, de la **Young Men Christian Association.**

DON PLACIDO, perplejo, pues no sabe el inglés: — ¿Cómo?

LUIS: — De la Asociación Cristiana de Jóvenes.

DON PLACIDO: — Muy bien.

(Charley saluda militarmente; don Plácido y doña Paz se inclinan).

CHARLEY, indicando a Luis: **My companion, Captain** don Luis Mirador.

(Luis saluda militarmente. Los esposos se inclinan).

DON PLACIDO: — Tienen ustedes un servidor en Plácido Lieja.

(Los oficiales saludan): Mi esposa Paz. (Ellos saludan y doña Paz se inclina). Para un Capitán francés, tan español suena el apellido de usted como el nombre de mi esposa. Paz es hija de padres cubanos. Viví muchos años en La Habana.

LUIS: — De Bogotá es oriunda mi familia, cuyos miembros se precian todos de ser hispanoamericanos. Mi padre nació casualmente en Francia, donde, a mi vez, ví la luz del día, y ya conoce usted la ley francesa que, en este mi caso, niega el derecho de opción. Coloca acaso así a los hermanos de obligada nacionalidad en opuestas filas de combate. ¡Ojalá llegue el día que todas las naciones se pongan de acuerdo para unificar las muy diversas leyes sobre nacionalidad natural, adquirida o forzosa!

DON PLACIDO: — Tan hispanoamericano resulta usted, efectivamente, como mi esposa. Permítame el placer de estrechar la mano de casi un compatriota de Paz. (Se estrechan las ma-

nos). Estrecharé igualmente la de su amigo y compañero.

Más que nunca será cierto el adagio: dime con quien andas...

CHARLEY: — MI, sin ser compatriota, conocer mucho La Habana.

DOÑA PAZ: — ¿De veras? ¿Cuándo estuvo allá?

CHARLEY: — Seis años hace, que fui desde Canal Zona en donde era ingeniero. Gustarme mucho La Habana: malecón hermoso, edificios, paseos, todo hermoso; pero, nada como sus hijas: ¡hermosísimas!

DOÑA PAZ, conquistada: — Es usted muy amable. Agradezco en nombre de mis compatriotas

DON PLACIDO: — Siéntense, señores.

LUIS: — Sería importunar.

DOÑA PAZ: — De ningún modo. Es un momento muy grato.

LUIS: — Aun no hemos dicho el motivo de nuestra presencia.

CHARLEY: — Este **handkerchief**... perdón... pañuelo...

DON PLACIDO, interrumpiéndole: — Viene usted, muy galante, a devolverlo a mi hija Gloria, a quien se le escapó de la mano en la ventana. Estamos enterados. Es preciso que ella misma agradezca a usted su fineza. (Va hacia la puerta por donde entró, mientras los militares cruzan miradas, revelando alegre expectación). ¡Gloria! ¡Victoria!

(Gloria y Victoria entran, medio sonrientes, medio tímidas).

ESCENA XII

TODOS MENOS, INOCENTE

DOÑA PAZ, a los militares, que se inclinan: — Mis hijas, Victoria y Gloria.

DON PLACIDO, a sus hijas, que hacen ligeras reverencias: — Don Luis Mirador... Don Charley King.

CHARLEY, adelantándose hacia Gloria y devolviéndole el pañuelo: — Traernos aquí el deseo de devolver a usted, señorita, esta prenda.

GLORIA, sonrojada: — Deploro la molestia que mi torpeza causa. Agradezco sinceramente el servicio.

CHARLEY, animándose: — ¡Oh, no molestia! Quien agradecer mucho es yo por el vivo entusiasmo de usted, aclamando a

mi Presidente. (A Victoria): Y a usted también, miss Victoria. Ambas clamar recio: ¡Viva Wilson!

DOÑA PAZ, insistiendo amablemente: — Señores, sírvanse tomar asiento.

(Se sientan; doña Paz y don Plácido en el canapé; en seguida, casi frente al público, Victoria y Gloria; y, del lado opuesto, Charley y Luis).

LUIS, a Victoria: — Igualmente, experimenté gran júbilo y viva gratitud al oírles proferir tan calurosos vivas a Francia, como si fueran francesas.

VICTORIA: — Nacimos en Cuba y, a la mayor edad, seremos legalmente belgas; pero, ¿cómo no ha de latir nuestro corazón por Francia donde nos hemos educado?

LUIS, a Victoria: — Corriendo en nuestras venas sangre española, anhelo que esto sea un motivo de recíproca simpatía.

GLORIA, socorriendo a su hermana: — No pudimos figurarnos que, en el estruendo de la prolongada ovación de todo París, alguien escuchara nuestras voces.

CHARLEY, galante, señalando la ventana: — Mí sólo oír dulces voces de esta ventana y no ver a Wilson, Poincaré Clémenceau, **nothing**, sino esta ventana donde haber gloria.

DOÑA PAZ, a don Plácido, en voz baja: — ¿Te enteras? El yanqui requiebra a Gloria?

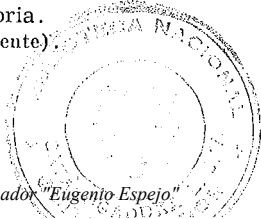
VICTORIA, socorriendo, a su vez, a Gloria: — ¿Regresará usted en breve, **mister** King, a los Estados Unidos?

CHARLEY: — Sí, pronto... pensaba ayer. Hoy, no saber ya cuando. (Lo dice mirando a Gloria que, sonriente, se ruboriza).

GLORIA, como queriendo picar a Charley: Usted, señor Capitán, si su carrera no es la de militar, volverá al firmarse la paz, a la vida parisiense, porque supongo que no pensará (recalcando) en alejarse de París.

LUIS: — Acababa de graduarme doctor en leyes cuando la frontera fue invadida y corrí al campo de batalla... Independiente, acomodado y feliz de haber salvado la vida, creí, por camino llano y tranquilo, avanzar despreocupado. He aquí que, de repente, me detengo, vacilo y, suspirando, me atrevo a acariciar la quimera de otra... victoria.

(Victoria, ruborizada, inclina la frente).



MADRINAS DE GUERRA

DON PLACIDO, a doña Paz, con disimulo: — No le va en zaga el Capitancito al Teniente.

VICTORIA, a doña Paz, para dar otro giro a la conversación: — ¿Has reparado, mamá, en el número del regimiento del Capitán? Es el 27 de la Infantería de línea.

DOÑA PAZ: ¡Qué coincidencia! En el mismo regimiento peleó, hasta que fué herido, un sobrino mío.

LUIS: — No recuerdo a ningún compañero nuestro que fuera cubano.

DON PLACIDO: — Se trata de un sobrino de mi esposa, el cual en iguales condiciones a las de usted, le correspondió ser francés.

GLORIA: — Mi primo se llama Félix...

VICTORIA, más de prisa: — Félix Gutiérrez...

LUIS, sorprendido y acelerando: — ¿Félix Gutiérrez?

DOÑA PAZ, recalcando rápidamente: — Sí, Félix Gutiérrez. ¿Le conoce usted?

CHARLEY, indicando la Cruz de Guerra de Luis: — Esa Cruz, Luis ganarla en la Soma, salvando de la muerte a Félix.

LUIS, sencillamente: — En la misma acción, ambos fuimos heridos, pero Félix más gravemente. El os dirá el buen par de compañeros que siempre fuimos. Mucho le estimo y quiero.

DOÑA PAZ: — Muy bien recuerdo los elogios que, al exhalar su gratitud, hacía de un valiente camarada. ¿Y fué usted su salvador, el que le retiró de la línea de fuego, cargándolo sobre las espaldas?

DON PLACIDO: — ¡Cuánto aplaudimos los méritos que significan esas Cruces en los pechos de ambos!

LUIS: — ¡Cuántos motivos de congratularnos, Charley y yo, de la llegada del Presidente Wilson!

CHARLEY, con gran seriedad: — Y de haber en la puerta letreiro grande que dice: Se alquila un piso.

(Todos ríen, menos él).

LUIS, galante: — Señalaremos tan fausto día con piedra blanca.

CHARLEY, muy seriamente: — Mi señalarlo con pañuelo blanco.

(Todos ríen, menos él).

DON PLACIDO: — ¿Quién iba a suponer que estas muchachas, al asomarse a la ventana, nos proporcionarían el gusto de conocer a heroicos varones, dignos amigos de Félix?

LUIS, a Charley, poniéndose en pié: — No debemos abusar de tan bondadosa acogida. (Charley se yergue.) Imperecedero recuerdo guardaremos... (Don Plácido se yergue. Golpean a la puerta del fondo).

DOÑA PAZ, interrumpiendo a Luis: — ¿Quién vendrá a esta hora? (Vuelven a golpear).

DON PLACIDO: — Adelante.
(Inocente se presenta).

ESCENA XIII

TODOS

DOÑA PAZ: — ¿Otra vez, tú? ¿Qué ocurre?

INOCENTE, ingenuamente: — Un doble matrimonio se prepara...
(Luis y Charley sonrñense; también don Plácido, socarronamente. Victoria y Gloria procuran disimular su rubor).

DOÑA PAZ, sofocada: — ¿Qué dice este mastuerzo?

DON PLACIDO, bonachón: — Déjale que se explique. Niños y locos dicen verdades. Habla, Inocente.

INOCENTE, con naturalidad: — Un doble matrimonio se prepara a visitar el piso, si los señores lo permiten.

DOÑA PAZ, irritada: — ¿A estas horas? Dí que no puede ser. Que vuelvan mañana.
(Inocente va hacia la puerta).

DON PLACIDO: — Aguarda, chico. (Dirigiéndose a los oficiales): Como ustedes pidieron antes visitar el piso, les corresponde opinar.

LUIS, a Charley, sonriéndose: — Resuelve, Charley, si aquí pones casa...

CHARLEY, mirando a Gloria: — ¡Oh, yes! Mi querer y mucho...
Tú, Luis, ¿querer también?

LUIS, mirando a Victoria: — Mi corazón lo anhela igualmente.
(Doña Paz y sus hijas se yerguen).

MADRINAS DE GUERRA

DON PLACIDO, jovial: — Inocente, di a ese doble matrimonio que el piso ya no se alquila. Madrugaron otros para conseguirlo... Mi Capitán, mi Teniente, desde hoy, esta casa es vuestra.

(Los oficiales sonrén, inclinándose y mirando a Victoria y Gloria que, ruborizadas, se sonrén igualmente. Don Plácido se adelanta hacia el público e, indicando, antes del último verso a sus hijas y a su esposa, que se habrán colocado a su derecha, mientras los oficiales e Inocente pasan a la izquierda, dice):

Público amado y sagaz,
si reíste, sé indulgente,
pues, tras la guerra inclemente,
universal y tenaz,
nadie habrá a quien no contente,
CON VICTORIA Y GLORIA, PAZ.

TELON



V

EL AUSENTISMO



EL AUSENTISMO

Comedia, en tres actos y cuatro cuadros, en prosa, estrenada en el TEATRO OLMEDO, de Guayaquil, por la COMPAÑIA SOLER HERMANOS, el día 2 de agosto de 1923.

REPARTO

DOÑA REMEDIOS FLOR DE HIGUERA, 40 años, iberandina.
Sta. Fe Malumbres

ESTRELLA, 20 años, hija de doña Remedios y de don Nicanor.
Sta. Sagra del Río

LUZ, 18 años, hermana de Estrella. Sta. Gloria Soler

JULIA, 24 años, viuda, hija del General Pando. Sra. Clara de Beltrán

PRINCESA ICONOWSKA, 30 años, rusa. Sta. Adriana Carvajal

DUQUESA DE FONTANA, 50 años, napolitana, viuda, madre de Marcelo. Sta. Concepción Ramírez

IRENE, 17 años, francesa, hija de don Luis Waltón. Sta. Elena Laverde

FELICIA, 20 años, doncella de Estrella y Luz. Sta. María Jordán

DON NICANOR HIGUERA, 65 años, hacendado y comerciante iberandino, esposo de doña Remedios. Sr. FERNANDO SOLER

PABLO, 22 años, hijo de don Nicanor y de doña Remedios. Sr. Andrés Soler

JUANITO, 12 años, hermano de Pablo. Sr. Enrique Jordán

DON CESAR RUIZ, 54 años, burgués iberandino, amigo de don Nicanor. Sr. Alfonso Capestany

EL GENERAL BELISARIO PANDO, 50 años, iberandino, padre de Julia. Sr. José Jordán

DON RICARDO PASTOR, 53 años, Ministro Plenipotenciario de la República Iberandina. Sr. Enrique Caminos

MARCELO, Duque de FONTANA, 28 años, napolitano, hijo de la Duquesa de Fontana. Sr. Domingo Soler

TRISTAN, Conde de GUETARY, 26 años, francés. Sr. Jorge Ortiz

DON MATIAS PALOMBO, 45 años, español. Sr. José Beltrán
DON LUIS VALTON, 40 años, notario francés, padre de Irene
Sr. Carlos Ortiz

JOSE, 38 años, mayordomo de la casa de don Nicanor. Sr. Fernando Cubilles

UN EMPLEADO DE ALMACEN, 30 años. Sr. Efraín Salazar

La SOCIEDAD OBREROS DE ALAUSI, presidida por el apreciado señor don Luis Riofrío, subió al tablado en esa ciudad EL AUSENTISMO el 6 de mayo de 1933 con el reparto siguiente:

REMEDIOS, Sta. Delia Falconí; —ESTRELLA, Sta. Lastenia Izquierdo; —LUZ, Sta. Enriqueta Aguirre; —JULIA, Sta. Julia Bahamonde; —PRINCESA ICONOWSKA, Sta. Evangelina Brito; —DUQUESA DE FONTANA, Sta. J. Elvira Arellano; —IRENE, Sta. Berta Campos; —FELICIA, Sta. Teresa Robalino; —DON NICANOR, Sr. Isaac Torres; —PABLO, Sr. Guillermo L. Aguirre; —JUANITO, Sr. Marco T. Alvarez; —CESAR RUIZ, Sr. Abel Palacios; —GENERAL PANDO, Sr. José Campos; —DON RICARDO PASTOR, Sr. Antonio Andrade A.; —MARCELO, Sr. J. Enriqués González; —TRISTAN, Sr. Ricardo Pinos; —DON MATIAS, Sr. Luis Riofrío; —DON LUIS VALTON, Sr. Federico Palacios P.; —JOSE, Sr. Luis Montalvo.

Anteriormente, EL AUSENTISMO fué representado en SAMBORONDON el 1º. de mayo de 1921, en la fecha del aniversario de su fundación, por el CENTRO FEMINISTA MINERVA, presidido por la cultísima dama doña Rita de Valle Kuhn que lucidamente interpretó uno de los principales papeles.

EL AUSENTISMO

ACTO PRIMERO

Una sala elegante, en el hotel particular del acaudalado hispanoamericano don Nicanor Higuera.

ESCENA I

PABLO Y, A POCO, JOSE

Pablo, vestido para montar, calzado de espuelas, y agitando el látigo en la mano, se pasea con aire preocupado. Se oye la bocina de un automóvil.

JOSE, (en la puerta del fondo): — El señor Duque de Fontana y el señor Conde de Guetary aguardan al señor y a las señoritas.

PABLO: — Mis hermanas ¿han bajado de su aposento?

JOSE: — No, señor.

PABLO, (a sí mismo) — ¡Nunca están listas a la hora señalada!...

José, diga a esos caballeros que me hagan el favor de pasar aquí.

(José se inclina y sale. En seguida, entran el Duque y el Conde, en traje de montar).

ESCENA II

PABLO, MARCELO Y TRISTAN

MARCELO y TRISTAN, (a la vez): — Buenos días, Pablo.

PABLO, a MARCELO: — ¿Cómo ha amanecido, Duque? (A Tristán): ¿Y usted, Conde?

TRISTAN: — Muy bien, y dispuestos ambos a gozar de esta deliciosa mañana de primavera.

MARCELO: — Cabalgando por el Bosque de Boloña en la grata compañía de usted y de las señoritas Estrella y Luz.

TRISTAN: — ¿Nos harán el honor de acompañarnos?

PABLO: — ¡Ya lo creo!..... Dispénsenme que les deje un instante. Voy a llamarlas... Siéntense.

(Sale por la derecha).

ESCENA III

MARCELO Y TRISTAN

MARCELO: — ¿Siempre muy enamorado de la preciosa Luz, querido Tristán?

TRISTAN: — Me gusta mucho, lo confieso. No voy, sin embargo tan de prisa como tú, querido Marcelo, con la cautivante Estrella. Creo que le has rendido el corazón y que no tardarás en pedir su mano.

(Se sienta).

MARCELO: — Voy a ser franco, porque eres un amigo discreto. (Mirando de todos lados).

Nadie nos oye. (Acercándose a Tristán y en tono confidencial): Te diré que experimento aversión al matrimonio. Sacrificaré mi libertad sólo en el caso de una lucrativa compensación. El dote de esta americanita promete ser cuantioso, si está en relación con la esplendidez de la vida que lleva su familia. Estrella se ha prendado de mi persona y su señora madre de mi título. Temo la oposición del agrio papá. Preferirá ver a su hija desposarse con aquel compatriota suyo, don Ricardo Pastor.

(Se sienta).

TRISTAN: — ¿El Ministro Plenipotenciario de la República Iberandina en Bélgica?

MARCELO: Ese mismo.

TRISTAN: — Parece amar profundamente a Estrella.

MARCELO: — Perderá su tiempo, suspirando, a pesar de la protección que le dispensa el jefe de la familia, el buen don Nicánor, que acabará por acatar, como siempre lo hace, la voluntad de doña Remedios, su imperiosa consorte.

TRISTAN: — El Ministro posee indiscutibles cualidades: honorabilidad, alta posición social, sólida instrucción, maneras distinguidas, regular fortuna. Es un personaje considerable y un rival temible.

MARCELO, irguiéndose: — Sus treinta y cinco años no pueden luchar con los veintiocho míos y, además, soy Duque. Mí

triunfo es seguro... Urge que lo sea. Mis acreedores se impacientan y me asedian. La escasa renta de mis hipotecadas tierras en Nápoles no alcanza a sacarme de apuros y menos a permitirme la vida de placeres que me es indispensable.

TRISTAN: — Estás, pues, de plácemes. Te felicito.

MARCELO: — Gracias. Y tú ¿cuándo te decides a pedir la mano de Luz?

TRISTAN: — Mis padres, aunque de escasos bienes, se oponen al matrimonio. Nuestro abolengo, remonta más allá de la época de las Cruzadas y ¡claro! si estos americanos tienen mucho dinero, carecen de pergaminos. No sabemos su origen y sorprende que abandonen su patria para vivir en París.

MARCELO: — Tuve que buscar en un mapa donde se halla la República Iberandina y esa población de Villapeña, de la que se dicen oriundos.

TRISTAN, (riéndose) — Igual cosa hice yo... Tú sabes que la aristocracia francesa, la auténtica, no abre sus salones del Faubourg San—Germán a los extranjeros cuyos títulos de nobleza no están bien comprobados y mucho menos a los hispanoamericanos.

MARCELO: — Tal vez porque no poseen fortunas fabulosas como esos yanquis, que, con su oro, no hallan puertas cerradas y cuyas hijas se enlazan con los más encopetados aristócratas europeos si éstos, igual que yo, gastaron su patrimonio y andan en pesca de caudales.

TRISTAN, (irguiéndose) — Espero vencer la resistencia de mis padres. Me casaré, aunque murmure toda mi orgullosa parentela.

MARCELO: — ¿Acaso no hubo Rey, según pretenden, que elevó al trono a una pastora?

TRISTAN, (riéndose igualmente) — Sin que esa campesina tuviera, además de su belleza, el aliciente de áureas huertas tropicales... En el Consulado iberandino, donde pedí informes, me aseguraron que la familia de don Nicanor es distinguida y honorable, apreciada en su país.

MARCELO: — Tuvimos la misma curiosidad, muy natural... También me dijeron allí que la fortuna de don Nicanor es considerable y bien saneada.

EL AUSENTISMO

TRISTAN: — No es poco mérito para decidírnos a ennoblecer a sus hijas cuando nos vemos precisados a dar nuevo lustre al blasón ancestral.

MARCELO, estrechando la mano de Tristán: — Conquistadas tenemos a estas muchachas. Adelante con nuestros propósitos.

TRISTAN: — Silencio. Ya vienen.

(Estrella y Luz con varoniles vestidos de montar, entran por la derecha. Pablo las sigue).

ESCENA IV

LOS MISMOS, ESTRELLA, LUZ Y PABLO

ESTRELLA, (dando la mano al Duque y, en seguida, al Conde que se la besan, como también besan la mano de Luz) Dispensen la tardanza.

LUZ, risueña: — ¿Nos hemos hecho esperar mucho?

MARCELO: — ¿Quién no aguarda ansioso el placer de admirarlas?

TRISTAN: — Y esa ansiedad acrece la dicha al gozar de vuestra presencia.

PABLO: — Amigos, las galanterías sean cuando estéis cabalgando. Hemos perdido bastante tiempo.

ESTRELLA: — Pues, a montar.

(Salen por el fondo, festivamente, Estrella con Marcelo y Luz con Tristán. Apenas salieron, entran, por la izquierda, don Nicanor y don César, cogidos del brazo).

ESCENA V

DON NICANOR Y DON CESAR

DON CESAR: — Sí, mi querido Nicanor, viva fué mi sorpresa al saber en Londres, adonde fuí a pasar unos meses, que habías llegado a París con tú familia. Impaciente estaba por darte un abrazo.

DON NICANOR: — Mil gracias, mi buen César. Te aguardaba con igual impaciencia. Sabes que eres uno de mis compatriotas a quien más aprecio y quiero.

(Hace sentar a don César en un canapé y le ofrece un cigarro de

su petaca. Ambos fuman. Don Nicanor se sienta al lado de su amigo).

DON CESAR: — Jamás pude figurarme que tú, don Nicanor Higuera, te resolverías a salir de Villapeña, nuestra plácida cuna iberandina. ¡Cuántas veces te oí allá fulminar contra aquellos de nuestros compatriotas que, en contagiosa locura, como lo decías, siguiendo y dando el mal ejemplo, no resisten a la picazón de abandonar las risueñas riberas natales para engolfarse en el torbellino de la vida parisiense!

DON NICANOR: — Tienes razón. Eso decía.

DON CESAR: — Y mucho más. ¡Cómo afrentabas a los de Villapeña que, derrochando en la Babilonia moderna su patrimonio o la fortuna adquirida en el comercio y la agricultura, prefieren ¡ingratos! vivir entregados a la ociosidad y a los deleites hasta dejar los huesos sepultados en tierra extranjera o, cuando, arruinados y envejecidos prematuramente, se deciden a regresar al suelo natal, lo hacen rara vez arrepentidos, dispuestos siempre a largarse al pegajoso París, si lo gran recobrar bienes y fuerzas.

DON NICANOR: — Cierto es. Todo eso lo decía.

DON CESAR: — Casi te disgustaste conmigo porque yo también venía a París.

DON NICANOR: — Mi presencia en París ha de sorprender a todos nuestros compatriotas. Bastante alharaca causó en Villapeña la inesperada noticia de mi viaje. Hasta que me embarqué, la comidilla fué de todos, en los hogares, en el club y por los portales ribereños.

DON CESAR: — Leí en los diarios villapeñenses que don Nicanor Higuera, senador de la República, venía, con su distinguida familia, a establecerse en París para que sus hijos, Pablo y Juanito, recibieran la esmerada instrucción que corresponde a su rango y su fortuna. ¿Conque, no se trata de un paseo por Europa? ¿Te propones arraigarte en París?

DON NICANOR: — Así parece. Me avergüenzo al confesar que traigo a mis hijos dizque a instruirse aquí, yo que no admitía réplica cuando afirmaba que, en Villapeña, cualquier hijo de vecino recibe suficiente instrucción para el buen servicio de la patria y la felicidad doméstica.

DON CESAR: — Y agregabas, algo retrógrado en tu acendrado patriotismo, que los jóvenes que se educan en la patria le resultan más beneficiosos que aquellos trasplantados que vuelven de sus correrías por lejanos mundos sin haber aprendido mayor cosa que redunde en provecho de su país, cuya lengua estropean, ni de sus ilusos progenitores, ni de sí mismo.

DON NICANOR: — Y, de los cuales, más de uno mira despectivamente las costumbres locales y, tal vez, pretencioso, las ridiculiza.

DON CESAR: — Hay honrosas excepciones.

DON NICANOR: — Muy contadas.

DON CESAR: — ¡¡Qué! ¿No has cambiado de opinión?

DON NICANOR: — De ningún modo. Sigo pensando lo mismo.

DON CESAR: — No te entiendo.

DON NICANOR: — El viaje no fué obra de mi voluntad. Me han traído. Conoces la debilidad de mi carácter cuando algo se le antoja a mi mujer.

DON CESAR, riéndose: — ¡Ya! ¡Ya! Recuerdo aquel mal chiste con que te embromábamos: Cuando doña Remedios lo quiere..., no hay remedio.

DON NICANOR: — Ella y mis hijas empezaron a decir que veníamos a París. Se regó la noticia y nadie dejaba de preguntarme. ¿Será cierto, don Nicanor, que se marcha usted? Me hostigaron tanto que acabé por persuadirme que el viaje era inevitable... La lengua castiga y aquí me tienes, como tantos a quienes critiqué amargamente. No te quepa duda de mi arrepentimiento por tamaña locura.

DON CESAR: — ¡Hombre! ¿Por qué tanta prevención contra París? Procuraré distraerte. Te lo haré conocer y apreciar. Verás qué bien se pasa la vida. Recuerdas que vine por seis meses y hace seis años que permanezco a orillas del Sena.

DON NICANOR: — Tu ejemplo es uno de los que más me impresionan. Pone de manifiesto que la sirena no suelta sus presas.

DON CESAR: — Menos mal cuando uno busca sus favores con prudencia y tino.

DON NICANOR, irguiéndose: — Vaya usted a predicar esas virtudes a mujeres que por primera vez salieron del terruño y se hallan deslumbradas por el esplendor y las maravillas de esta capital, enardecidas por su bulliciosa animación, la diversidad de sus placeres, el lujo de las amigas con quienes pretenden rivalizar, el sin número de almacenes donde se derrocha fácilmente el dinero. Así llueven las cuentas todo el día en esta casa, o mejor dicho, en este costoso hotel de la Avenida del Bosque de Boloña, porque mi mujer no se contentó con un piso. Ella y sus hijas, rodando en automóvil propio, no sé de cuantos caballos, no paran en casa. De día, andan en compras y visitas, mientras voy a los museos; de noche, van a teatros y bailes, quedándome yo en la cama. Desde que nos instalamos en este casi palacio, lo invade, en los tres semanales de Remedios, gente de diversas nacionalidades que pregonan títulos y pergaminos. Se me figura que son aventureros los más, intrigantes, pájaros de mal agüero, atraídos por el relumbrón del tren de casa que locamente ostentamos, como tantos extranjeros rumbosos a quienes los franceses, despectivamente, llaman **rastacueros**.

DON CESAR, irguiéndose: — Eres pesimista. Te cambiaremos el humor.

DON NICANOR: — Tomo que no. Vamos demasiado lejos, como no ceso de repetírselo a Remedios desde que, comprendiendo mi desacierto, me ví en la Martinica, ¡cuán lejos ya de mi querido Villapeña!

(Entra por el fondo doña Remedios, con elegante sombrero y traje de calle, seguida por un empleado de almacén que carga seis cajas de sombreros de señora).

ESCENA VI

LOS MISMOS Y DOÑA REMEDIOS

DOÑA REMEDIOS, al empleado: — Deje esas cajas allí, en el suelo. (Sale el empleado). ¡Hola, don César, felices los ojos que al fin ven a usted!

(Le estrecha la mano y se sienta).

EL AUSENTISMO

DON CESAR: — Ayer llegué de Londres y mi primera visita ha sido para mi querido Nicanor.

DOÑA REMEDIOS, amistosamente: — ¿Y no para mí?

DON CESAR, riéndose: — ¡Qué idea! Me proponía, doña Remedios, venir expresamente a presentarle mis respetos el día y hora que recibe a sus amigos.

DOÑA REMEDIOS, risueña: — No sea etiquetero con una vieja amiga.

DON CESAR: — A quien crearán la hermana de sus hijas.

DOÑA REMEDIOS: — Siempre galante. Recibo los jueves por la noche. Le presentaré a mis mejores amigos: la Duquesa viuda de Fontana, los Marqueses de Guetary y una encantadora rusa, la princesa Iconowska.

DON NICANOR: — De cuya vida en Rusia nada sabemos. La conocimos en el Palace Hotel, donde nos hospedamos a nuestra llegada.

DOÑA REMEDIOS, a don César: — Nicanor, siempre igual: apocado y suspicaz.

DON NICANOR: — Prudente y juicioso, y así no me cansaré de repetírtelo; vamos demasiadolejos. No bastarán nuestras rentas para tanto boato y derroche. Estáis sugestionadas, tú y tus hijas, por gente casquivana y novelera que, con toda su nobleza, apuesto a que sólo busca su ventaja y provecho en nuestra intimidad. Al volver las espaldas, ¡cómo se reirán de los incautos iberandinos! Tal vez, hasta nos desprecian.

DOÑA REMEDIOS, a don César: — ¿Le oye usted? Es insoportable.

DON CESAR, riéndose, se sienta a la izquierda de doña Remedios: — Procuraremos disiparle esas ideas melancólicas. Aun no está aclimatado.

(Entra Felicia por la derecha y se lleva las cajas de los sombreros).

DOÑA REMEDIOS, a don Nicanor: — Con tus disparatadas reflexiones me echas a perder el gusto que experimenté al comprar esos seis sombreros, que son una preciosidad.

DON NICANOR, socarrón: — ¿Seis no más? ¡Torpe vendedora la de ese almacén de preciosidades!

(Doña Remedios alza los hombros y don César se sonríe).

ESCENA VII

LOS MISMOS. ESTRELLA Y LUZ

(Estrella y Luz, como anteriormente vestidas, entran por el fondo dando la espalda a don César quien, sentado a la izquierda de doña Remedios, está algo disimulado por ella).

DON NICANOR, a sus hijas: — ¿Cómo? ¿Tan pronto concluyó el paseo?

ESTRELLA: — Estaba el bosque muy concurrido...

LUZ: — Pero la lluvia nos obligó a volver a casa.

(Don César se yergue y Estrella, volviéndose hacia él, le saluda con una inclinación de la cabeza).

ESTRELLA, a don César: — Caballero, usted dispense.

LUZ, saludándole de igual modo: — No habíamos reparado.

DON CESAR, yendo hacia ellas: — Estrellita, Lucita, ¿se han olvidado de mí? Yo tampoco las hubiera reconocido. Erais unos pimpollos, hace seis años, cuando salí de Villapeña. Prometiais transformaros en lo que sois, un par de preciosas flores. Estáis hechas unas parisienas.

ESTRELLA — ¡Ah! Es usted don César Ruiz que nos llevaba siempre golosinas. ¡Cuánto gusto de volver a verlo!

(Le estrecha la mano y se sienta).

LUZ, tendiéndole la mano: — También me alegro mucho. Recuerdo que nos hacía perdonar el castigo cuando cometíamos una travesura.

(Se sienta).

DON Nicanor: — Lo que ocurría con frecuencia.

DON CESAR, sonriente: — No se puede negar que erais turbulentas: no tanto como Juanito. ¿Dónde está ese diablillo?

DOÑA REMEDIOS: — En el liceo, y allí sigue haciendo de las suyas con su insubordinación y pereza.

(Pablo entra por la derecha).

ESCENA VIII

LOS MISMOS Y PABLO

DON CESAR, abrazando a Pablo: — Pablo, que es ya todo un hombre ¿estudiará, muy formal, una profesión?

PABLO: — Todavía no, don César. Me aplico, por ahora, a ser un joven de la buena sociedad, copiando las exquisitas maneras parisienses.

DON NICANOR: — Sabe bailar, frecuenta los **cabarets**; es buen jinete. Quiere tener caballos de carrera, y pierde en apuestas. Como lo ves, se amolda a las costumbres, de la gente **chic**.

DOÑA REMEDIOS: — Está en la edad de divertirse.

DON NICANOR: — A esa edad ganaba yo el dinero con el sudor de mi frente, como dependiente en un almacén de abarrotes.

DOÑA REMEDIOS: — ¡Cállate, Nicanor! ¿Si alguien te oyera?

DON NICANOR: — No está presente ninguno de tus nobles amigos y César sabe como adquirí fortuna.

DON CESAR: — Con actividad, inteligencia y honradez, méritos que valen más que rancios pergaminos.

ESTRELLA, a don César: — ¿Le gusta montar? Nos acompañaría por la mañana a la Avenida de las Acacias.

LUZ: — Y, antes de regresar a casa, iríamos, con algunos amigos, a tomar el aperitivo en el Pabellón de **Armenonville**.

DON CESAR, riéndose: — Ni soy buen jinete, ni gusto de aperitivos. Lo siento, porque tendría sumo agrado en acompañaros. (A doña Remedios, que se sonríe): Son encantadoras..

DON NICANOR: — También se amoldan ellas a las libres costumbres de la sociedad exótica de París. ¿Las ves? para montar ¡qué atrevida vestidura!

PABLO: — Es la actual moda yanqui.

DOÑA REMEDIOS: — Muy cómoda, por cierto.

DON NICANOR: — Prefiero la moda antigua. Una mujer lucía más en traje de amazona.

DON CESAR, conciliante: — De gustos y opiniones... Me atardo en tan grata compañía y tengo un compromiso.

DON NICANOR: — Telefona, dando contraorden y quédate a almorzar con nosotros. Conocerás más pronto a esa ponderada

rusa. La princesa Iconowska está invitada con otras amigas de mis hijas. También verás a don Ricardo Pastor. ¿Sois amigos?

DON CESAR: — ¿Cómo no? Mucho aprecio a nuestro distinguido Representante diplomático.

DOÑA REMEDIOS: — Excelente idea ha tenido Nicanor. No le dejamos que se vaya.

DON CESAR, mirando su reloj: — Son las doce.

DON NICANOR: — Almorzaremos a la una.

DON CESAR: — Marcho a mi cita y regreso en seguida. Doña Remedios no podrá repetir que me he vuelto etiquetero.

DOÑA REMEDIOS: — Así me gusta. Que no lo sea.

DON NICANOR: — Te acompaño hasta la puerta.

DON CESAR, a las damas: — No me despidó.

(Sale, con don Nicanor, por el fondo).

ESCENA IX

LOS MISMOS, MENOS DON NICANOR Y DON CESAR

ESTRELLA: — Papá, desde que estamos en París, cada día más regañón.

LUZ, irguiéndose: — No puede tolerar costumbres tan diferentes a las de Villapeña.

ESTRELLA, irguiéndose: — ¡Ni menciones a esa atrasada población! ¡Qué gente tan cursi! ¡Dios nos libre de volver a ese clima malsano!

PABLO, radiante: — ¿Verdad, hermanitas, que es una delicia vivir en París entre personas selectas y alegres?

DOÑA REMEDIOS: — Id, niñas, a alistaros. No tardarán en llegar vuestras invitadas: La Princesa, Julia e Irene.

PABLO: — Ignoraba que papá había invitado al Excelentísimo Señor Ministro don Ricardo Pastor.

ESTRELLA: — ¡Qué ocurrencia! Voy a divertirme... No perderá la oportunidad de obligarme a oír sus requiebros.

DOÑA REMEDIOS: — Basta de murmuraciones.

ESTRELLA, al irse, en voz baja, a Luz: — Estoy en la gloria. El Duque me dijo que hará pedir mi mano.

LUZ, de igual modo: — Y a mí, el Conde me repitió que me ama. (Salen Estrella y Luz por la derecha).

ESCENA X

DOÑA REMEDIOS Y PABLO

PABLO, acercándose a doña Remedios y abrazándola: — Mamita, eres tan buena que acudo a ti para que me evites un bochorno.

DOÑA REMEDIOS: — De seguro, un nuevo sablazo. Son demasiado frecuentes.

PABLO, alejándose de doña Remedios: — Jugué anoche al poker con unos amigos y perdí cincuenta luises. Es una deuda de honor. Hay que pagar en el plazo de veinticuatro horas.

DOÑA REMEDIOS: — ¡Mil francos! Te he dicho que no debes jugar. Pídeselos a tu padre.

PABLO: — No me los daría. Me fué imposible negarme a la invitación de Tristán que reunía a unos pocos amigos, (recalcando): de la mejor sociedad.

DOÑA REMEDIOS: — Si fué en casa del Conde de Guetary, bien está que no le hayas desairado. ¿A él debes ese dinero?

PABLO: — Mi acreedor es Marcelo, el Duque de Fontana.

DOÑA REMEDIOS: — ¡Ah! ¿Ese noble napolitano que suspira por tu hermana Estrella? Hay que pagarle en seguida. (Ir-guiéndose): Voy a buscarte el dinero.

PABLO: — ¡Cuánto te lo agradezco!

(Sale doña Remedios por la derecha y entra por el fondo la Princesa Iconowska, vestida con exagerada elegancia y de sombrero).

ESCENA XI

PABLO Y LA PRINCESA

LA PRINCESA: — ¿Le cansó el paseo, Pablo, que le hallo solo y meditabundo? ¿En quién pensaba?

PABLO, con fuego: — En quién, sino en usted, Princesa, que está siempre encantadora.

LA PRINCESA, risueña, sentándose: — Hay que saber vivir, agradando.

PABLO, acercándose, muy galante: — Usted, sin esfuerzo, con su gracia y belleza, cautiva a todos. Tiene unos ojos y una sonrisa... Hasta en mi sueño me persiguen.

LA PRINCESA: — Amaneció decidior.

PABLO, sentándose, muy cerca de ella: — No es la primera vez que le declaro la profunda impresión que me causa.

LA PRINCESA: — ¿Pretende que eso es amor?

PABLO: — Pasión ciega. Convénzase y corrépondame.

LA PRINCESA: — Tan joven no se experimenta un sentimiento profundo. Tengo más edad que usted y...

PABLO: — Mi amor mueve alas vigorosas que salvan las distancias. ¿Cuándo irá a conocer mi habitación de la calle de Berna?

LA PRINCESA, riéndose: — Me divierte su atrevimiento. Como soy curiosa y nada temo, puede ser que me resuelva a complacerle.

PABLO, asiéndole las manos: — Fije, de una vez, el día y la hora.

LA PRINCESA: — ¡Qué impaciencia! Acabaré por creer que de veras me quiere. Pues bien; irá mañana, a las cuatro.

PABLO, besándole la mano: — Gracias. Es usted adorable. No voy a vivir hasta esa hora.

(Por el fondo se presentan Julia e Irene, sencillamente vestidas.

Pablo, irguiéndose, se aleja de la Princesa).

ESCENA XII

LOS MISMOS, JULIA E IRENE

JULIA: — Princesa, me ganó usted en mudar de traje, al volver del Bosque.

LA PRINCESA: — Suelo vestirme rápidamente.

PABLO: — La Princesa acaba de entrar.

LA PRINCESA: — Y Pablo, muy cortés, me ayudaba a engañar el tiempo, mientras se alistan Estrella y Luz.

JULIA, con malicia: — Pablo es siempre muy oportuno. ¿Princesa, ¿conoce usted a la señorita Irene? Es la hija de don Luis Valtón, el más parisiense de los notarios.

LA PRINCESA, irguiéndose: — Y el mío, cabalmente. (A Irene): Cuénteme, desde hoy, entre sus amigas.

IRENE: — Y usted, Princesa, téngame por su servidora.

(Pablo estrecha la mano de Irene y, mirando hacia la puerta por donde salieron Estrella y Luz).

PABLO: — Aquí vienen mis hermanas.

ESCENA XIII

LOS MISMOS, ESTRELLA Y LUZ

ESTRELLA: — ¿Cómo estás, Irene? (La besa y lo mismo hace Luz). Querida Princesa, el impertinente chubasco nos echó a perder una mañanita deliciosa. ¿Verdad, Julia?

JULIA: — Fué una lástima.

LA PRINCESA: — Nos desquitaremos en la también deliciosa compañía de ustedes.

(La Princesa y Julia se sientan).

LUZ: — Procuraremos que no padezca engaño.

ESTRELLA: — Irene, ¿por qué vas raramente al Bosque?

IRENE: — Mis ocupaciones caseras me privan del placer de verlos allí.

PABLO: — Princesa, ¿ha reparado cuán poco se divierte Julia en todas partes?

LA PRINCESA: — Su temprana viudez en la primavera de la vida...

JULIA: — La añoranza de la dicha perdida hace cuatro años, pocos meses después de mi matrimonio, tal vez sea lo que me impide gozar como vosotras, de las distracciones de París. Acrece mi melancolía la nostalgia de la querida patria.

(Luz, Irene y Pablo, en pie, conversan y ríen).

ESTRELLA: — ¿Cómo puede causarte esplen el recuerdo del suelo natal, viviendo en París?

JULIA: — Todo el encanto de París no tiene poder bastante para debilitarme el culto del patriotismo.

LA PRINCESA: — Si la ausencia de la patria la entristece ¿por qué no vuelve a su seno?

JULIA: — Mi padre fué injustamente acusado de fomentar un movimiento revolucionario. Esa calumnia sirvió de pretexto al mandatario para desterrarle.

PABLO, yendo hacia Julia: — El ostracismo del General Pando durará, sin duda, hasta que suba otro Presidente.

JULIA: — Mi padre es viudo, soy su única hija. Debo permanecer a su lado, prodigándole cuidados, cariño y consuelo.

LUZ: — Yo, en tu lugar, no sentiría estar lejos de un país donde se cometió la injusticia de ese destierro.

JULIA: — Vivo suspirando por mi suelo natal. Delante de mis ojos pasan las visiones de su grandeza tropical y de todos los sitios donde, bajo las palmas de Villapeña, se deslizó, sosegada y risueña, mi existencia en los más dulces años de la juventud.

PABLO: — No la sabía tan sentimental, querida Julia.

ESTRELLA: — Miras a nuestra cuna con un cristal de color muy diferente al mío que me hace ver su sol ardiente, su insalubridad, sus plagas.

LUZ: — Las muchachas carecemos allá de distracciones, de libertad.

ESTRELLA: — Las que se casan son las esclavas, sino del marido celoso, de sus numerosos hijos.

JULIA: — ¡Cómo exageráis! París os obceca.

PABLO: — Sólo en París se vive, Julita. Sólo en París se goza

JULIA: — ¡Cuántos se mueren en París de insolación, frío y hambre! lo que jamás ocurre en Villapeña.

PABLO: Nada hay preferible a París.

JULIA: — La Patria, siempre.

LA PRINCESA: — Confieso que me encanta la vida mundana de París.

IRENE: — Os equivocáis al creer que, en su vida mundana, la sociedad cosmopolita de París copia las sencillas costumbres de la burguesía francesa.

LA PRINCESA: — A mí me embelesa la vida que los extranjeros llevamos aquí, lo que no impide que extrañe a Rusia, adonde no puedo regresar. Antes de la revolución, hacía allá mis maletas cada dos años y me volvía parisienne por seis meses. La ley rusa, ni cuando reinaba el zar, nos consentía que permaneciéramos fuera del país indefinidamente y castigaba al desobediente con una fuerte multa.

LUZ: — ¡Qué barbaridad!

ESTRELLA: — Felizmente, no existe esa ley despótica en nuestro país.

JULIA, irguiéndose, al par que la Princesa: — Felizmente, dices... Volvemos a discrepar de opinión.

ESTRELLA: — ¡Cómo así?

EL AUSENTISMO

JULIA: — Porque la emigración voluntaria de las familias acaudaladas causa un grave perjuicio al desarrollo y bienestar de nuestra nación.

(Don Ricardo, don César y don Nicanor, entran por el fondo).

ESCENA XIV

LOS MISMOS, DON RICARDO, DON CESAR Y DON NICANOR

DON RICARDO, inclinándose: — Señoras, señoritas, Pablo...

(Todos se inclinan).

DON NICANOR: — Señor Ministro, usted conoce a todas las personas presentes.

DON RICARDO: — Tengo ese gusto.

DON NICANOR, a don César: — Eres amigo de Julia, nuestra simpática compatriota.

DON CESAR, inclinándose ante Julia: — Ciertamente. Y también de la señorita Valtón. (A Irene, inclinándose): ¿Cómo está su padre, mi apreciado don Luis?

IRENE: — Muy bien. Gracias.

DON NICANOR, acercándose a la Princesa: — Princesa, mi excelente amigo, don César Ruíz.

DON CESAR, inclinándose: — Señora...

(La Princesa le tiende la mano y él se la besa).

DON RICARDO: — Oí las últimas palabras de Julia y las aplaudo.

JULIA: — Gracias.

DON RICARDO: — Es antipatriótico, efectivamente, que nuestras acaudaladas familias se arraiguen en suelo extranjero y aún más en esta metrópoli, donde la colonia iberlandina es tan numerosa, porque, como alguien lo dijo: "Por todas partes se pasa, sólo en París se queda el viajero".

DON NICANOR: — Esa conducta es perjudicial para el progreso de nuestro país, como muy bien lo afirmó Julia.

ESTRELLA, a Julia: — ¡Chica! Te están regalando el oído.

LUZ: — Por patriota.

JULIA, riéndose: — ¡Burlonas!... Llévennos a quitarnos el sombrero.

ESTRELLA: — Vengan.

(Salen todas por la derecha).

ESCENA XV

LOS MISMOS, MENOS LA PRINCESA, JULIA, E IRENE,
ESTRELLA Y LUZ

PABLO, a don Ricardo: — Señor Ministro, ¿no le parece natural que los iberandinos salgan a conocer Europa?

DON RICARDO: — Muy natural, y hasta digno de encomio es que vengan a darse un barniz de cultura europea, a conocer lo bueno y grande del viejo mundo en su avanzada civilización para llevar a la patria ideas modernas de utilidad práctica; pero, no se puede tolerar que a sus hijos den el mal ejemplo de la indiferencia hacia la patria, permaneciendo indefinidamente en la tierra de adopción, por suave y deliciosa.

(Se sienta).

DON CESAR: — Permítame que, al defender mi propia causa, abogue por mis compatriotas que viven fuera del país. A ninguno conozco que eduque a sus hijos sin inculcarles amor y gratitud a la lejana patria.

DON NICANOR: — No puede profesar amor profundo a una nación quien nació lejos de ella y jamás fué a pisar su suelo.
(Se sienta).

DON CESAR: — Son excepcionales los iberandinos que nacieron en París y no fueron a conocer siquiera sus fincas en el suelo patrio. A los que de allá vinieron se les vió siempre, en cualquier peligro nacional o calamidad pública, contribuir con mano abierta a la defensa del país o al socorro de los compatriotas desdichados, aun cuando ellos mismos hubieren sufrido ingentes pérdidas en la catástrofe.

DON RICARDO: — Cierto es.

DON CESAR: — Los acaudalados iberandinos, que voluntariamente se expatrian, acaso sean los que más fomentaron y siguen, de lejos, ensanchando la agricultura de nuestro suelo. Muchos de ellos, protegen a la clase proletaria, secundan los esfuerzos filantrópicos de los protectores de la infancia desvalida o de la vejez, dejan legados para obras benéficas o embellecimiento urbano.

MADRINAS DE GUERRA

DON NICANOR: — ¿Quién lo ignora? Pero la patria tiene el derecho de exigir que en su seno, cada día más exhausto, los nacionales gasten sus rentas.

DON CESAR: — Reconozco, hasta cierto límite, ese derecho a una nación cuyo Gobierno, en el cumplimiento de sus deberes, se ocupe menos en fomentar su política que en procurar vida sana y grata a los nacionales, destruyendo plagas endémicas y sociales.

(Se sienta).

PABLO: — ¿Un buen Gobierno iberandino?..... ¡Tanto vale como pedir peras al olmo!

DON RICARDO: — Más pronto conseguiremos reformas y adelantos, reprimiendo el éxodo de las familias acaudaladas y la fuga de las rentas.

DON CESAR: — O administrando con mayor acierto la hacienda pública, cuyas entradas, bastarían para todas las necesidades del Estado, si se recaudaran escrupulosamente. No fuera así necesario el recurso de castigar a una categoría de nacionales con un impuesto exorbitante.

DON NICANOR, sonriéndose y abrazando a don César: — Estaré siempre, querido César, con los que piden que se imponga una fuerte contribución al inveterado ausentismo.

(Por la puerta lateral derecha, doña Remedios entra con la Princesa, Julia, Irene, Estrella y Luz. Todos se yerguen).

ESCENA XVI

LOS MISMOS Y DOÑA REMEDIOS, LA PRINCESA, JULIA,
IRENE, ESTRELLA Y LUZ

DOÑA REMEDIOS: — Amigos míos, Nicanor perorando... Sólo puede ser una nueva explosión de patriotismo.

(Don Ricardo se acerca y le estrecha la mano).

PABLO: — Desea mi padre que nuestro Gobierno castigue con una fuerte contribución a los iberandinos que se eternizan en suelo extranjero.

DOÑA REMEDIOS: — Sería una ley odiosa, atentatoria a la libertad individual.

VICTOR M. RENDON

DON NICANOR: — El bien de la patria está por encima del bien particular.

DON RICARDO: — Indiscutiblemente.

DON CESAR: — No creo imposible, en cualquier caso, conciliar uno y otro.

JULIA: — Me encantan las discusiones patrióticas.

LA PRINCESA: — Doy mi voto por don César... Soy ausentista incorregible.

IRENE: — No me quejaría de una ley que me obligara a volver a mi patria.

ESTRELLA: — ¡Qué gracia! Porque tu cuna es París.

(Todos se refen inclusive Irene).

ESCENA XVII

LOS MISMOS Y JOSE

JOSE, en la puerta del fondo: — Señora, el almuerzo está servido.

(Sale).

DON NICANOR, ofreciendo el brazo a la Princesa: — Princesa, vamos a la mesa.

PABLO, acercándose a doña Remedios: — ¿Me trajiste el dinero?

DOÑA REMEDIOS: — entregándole un sobre disimuladamente y risueña: — Aquí lo tienes, badulaque.

ESCENA XVIII

LOS MISMOS Y JUANITO

(Juanito entra por el fondo precipitadamente y brincando).

JUANITO: — Salud a todos. ¡Hurra! Me echaron del colegio.

DON NICANOR, severo: — ¿I por eso vienes tan alegre? No tienes vergüenza. ¿Qué habrás hecho? Súbase a su cuarto en penitencia.

LA PRINCESA: — Imploro indulgencia. Deje que Juanito almuerce con nosotros. Nos dirá su pecado y seremos sus jueces.

EL AUSENTISMO

DON NICANOR, a Juanito: — Agradezca a la Princesa; pero, no se crea perdonado.

JUANITO, a voz en cuello: Gracias, Princesa.

(Le hace una reverencia, da un brinco y sale corriendo. Todos se ríen, menos don Nicanor. Cae el telón mientras se dirigen al comedor, comentando, en voz baja, la gracia de Juanito).

TELON.

ACTO SEGUNDO

CUADRO I

Una sala que, por el fondo, abre sobre el jardín del hotel particular de don Nicanor Higuera. Son las cinco de la tarde. Estrella y Luz están colocando flores en hermosos búcaros.

ESTRELLA: — Hasta en esta sala de invernadero deseo que todo se halle armoniosamente dispuesto para que captive la vista esta noche cuando lleguen nuestros invitados.

LUZ: — En anteriores días de recibo de mamá no te afanaste tanto, y es que hoy brilla un gran día para ti. ¿A qué hora vendrá la Duquesa a pedir tu mano para su hijo?

ESTRELLA, risueña: — Escribió que llegaría a las seis. Falta poco para que el reloj suene esa hora feliz.

LUZ: — ¿Estarás emocionada?

ESTRELLA: — Bastante recio me late el corazón. ¡Con tal que papá acoja sin mal humor a la Duquesa y no la disguste con alguna de sus agrias reflexiones!

LUZ: — No abrigues ningún temor. Mamá presenciara la entrevista, y si fuera necesario, salvaría la situación. Está encantada de que seas Duquesa.

ESTRELLA: — También me halaga serlo ¿qué duda cabe? Lo principal es que Marcelo me ame como yo le quiero. Ambiciono más ser dichosa que ceñir a mis sienes la corona ducal.

LUZ: — Creo que te profesa amor sincero. Quizá sea menos ardiente su cariño que el que se trasluce en las miradas de nuestro ilustre Representante diplomático en Bélgica, cuando te contempla. Sus requiebros han de reflejar el temperamento tropical.

ESTRELLA: — Muy digno de ser amado es don Ricardo. Me hubiera conquistado, si Marcelo no fuera dueño de mi corazón.

LUZ: — No me desagradaría brillar en los salones como esposa de un Excelentísimo Señor Ministro Plenipotenciario; pero, nuestros diplomáticos están expuestos al veleidoso capricho del Gobierno que los hace y deshace según conviene a su po-

EL AUSENTISMO

lítica. El día menos pensado, si te casaras con don Ricardo, te verías obligada a regresar a Villapeña.

ESTRELLA: — Lo que no sucederá, siendo yo la Duquesa de Fontana. Jamás se le antojará a Marcelo el disparate de pisar la tierra iberandina.

(Don Nicanor y don Ricardo se presentan por el fondo).

LUZ, a Estrella, en voz baja: — El Señor Ministro con papá...

ESTRELLA: — ¡Dios santo! ¡Y no tardará en llegar la Duquesa! ¡Qué contratiempo!

(Entran el Ministro y don Nicanor).

ESCENA II

LAS MISMAS. DON NICANOR Y DON RICARDO

DON NICANOR, sonriente, inclinándose: — Señoritas...

(Estrella y Luz, que se han erguido, saludan, inclinando la cabeza).

DON NICANOR, a Estrella: — Estrella, el señor Ministro acaba de confiarme un secreto anhelo de su corazón que mucho nos honra y que se realizaría si sólo dependiese de mi voluntad la satisfacción de complacerle. He preferido que él mismo oiga de tus labios la respuesta a la promesa de una felicidad que muchas señoritas, compatriotas tuyas, te envidiarían.

LUZ, al público: — ¡Pobre hermanita mía! No quisiera verme en igual trance. Me escapo.

(Sale por la puerta lateral que está más cerca de ella).

ESCENA III

LOS MISMOS, MENOS LUZ

DON NICANOR: — Sentémonos.

(Toma asiento don Ricardo cerca de Estrella y don Nicanor frente a ellos).

DON RICARDO: — Estrella, usted no ignora ese constante anhelo de mi alma. Me ha sido imposible disimular los sentimientos de admiración y aprecio que sus peregrinas seducciones y

virtudes arraigaron en mi pecho. Me dijera el sér más feliz si, convencida de la intensidad de mi cariño, me dispensara la honra de confiar su mano a la mía para que lleve a usted a ser la adorada compañera de mi hogar y la triunfante reina de los salones.

ESTRELLA: — Agradecida, oí sus homenajes, sin dar aliento a su propósito. Reconozco sus méritos. Sé que cualquier mujer se sentiría orgullosa de ser la elegida de usted. Sinceramente deploro no poder corresponder, como lo debiera, a tan lisonjera preferencia.

DON NICANOR: — Reflexiona, hija mía. Don Ricardo reúne las raras cualidades del más cumplido pretendiente. A esas garantías de felicidad da mayor fuerza la ventaja de ser un muy distinguido compatriota nuestro. Los consortes de igual nacionalidad, religión e idioma son los que, más estrechamente unidos, luchan y vencen en el áspero camino de la vida.

DON RICARDO, a Estrella: — Y yo haré blando ese camino a usted si consiente en apoyarse al brazo del más fiel y abnegado esposo.

ESTRELLA, bajando la frente: — Mi corazón ya no me pertenece.

DON RICARDO, irguiéndose: — Creí no llegar a destiempo para disputárselo a un rival que ¡ojalá sea digno de usted! Perdonéme que la haya importunado. Seré siempre su muy respetuoso amigo y servidor.

DON NICANOR, ya erguido, a Estrella: — Ni debo ni quiero obligarte a ser dichosa contra tu propia voluntad. Cúlpate sólo a ti misma si fueras algún día, lo que Dios no permita, una esposa infeliz. Señor Ministro, grande es mi pena de no verle entrar en mi familia.

(Don Ricardo se inclina ante Estrella y sale con don Nicanor por el fondo).

ESTRELLA, pensativa, mientras se alejan: — ¿Habré dejado pasar la dicha a mi lado?... No, Marcelo me ama (Irguiéndose): Seré dichosa y ¡Duquesa!

(Doña Remedios entra por la puerta lateral derecha).

ESCENA IV

ESTRELLA Y DOÑA REMEDIOS

DOÑA REMEDIOS: — ¿Con quién sale de aquí tu padre?

ESTRELLA: — Con don Ricardo.

DOÑA REMEDIOS: — ¿Por qué no me avisaron de su visita?

ESTRELLA: — Sólo deseaba hablar conmigo.

DOÑA REMEDIOS: — ¿Contigo?

ESTRELLA: — Para pedirme mi mano.

DOÑA REMEDIOS: — ¡Qué pretensión! ¿No sabe acaso que el Duque de Fontana te ama? Y tu padre en connivencia con él y sin decirme nada! Ni te pregunto lo que le contestaste. Vino a que le dieras calabazas el señor Ministro.

ESCENA V

LAS MISMAS. JOSE Y LA DUQUESA

JOSE, en la puerta del fondo: — La señora Duquesa de Fontana.

(La Duquesa entra, con sombrero, lujosamente vestida de negro.

Doña Remedios y Estrella van a su encuentro. — José sale).

DOÑA REMEDIOS: — Querida amiga.

ESTRELLA: — Señora Duquesa.

LA DUQUESA, algo seca estrecha la mano de doña Remedios y besa a Estrella: — *Cara donna... Carissima Stella... Non c'è necessita che le demandi del signor Nicanor, perché mi ha salutato poco fa quando il signor Ministro del vostro paese li diceva arrevederci... Non sembrava contento... Perché?*

DOÑA REMEDIOS: — Alguna mala noticia de la patria, probablemente...

(Hace sentar a la Duquesa y, de cada lado de ésta, se sientan ella y Estrella).

LA DUQUESA, inquieta: — *Ché cosa?... Rivoluzione?... Son in pericolo le vostre ricchezze?*

DOÑA REMEDIOS, riéndose: — De ningún modo... Asuntos diplomáticos...

LA DUQUESA, moviendo la cabeza, satisfecha: — ¡Ah! Meglio così.

DOÑA REMEDIOS: — ¿Cómo está Marcelo?

LA DUQUESA, altiva: — **Il Duca va hene... La felicità di mio figlio mi obliga a...**

DOÑA REMEDIOS, interrumpiendo y haciendo una indicación a Estrella para que se aleje: — Estrella, mira por qué tu padre no viene.

(Sale por la izquierda y don Nicanor entra por el fondo).

ESCENA VI

DOÑA REMEDIOS, LA DUQUESA Y DON NICANOR

(Don Nicanor se inclina delante de la Duquesa y se sienta en la silla en que Estrella estaba).

DON NICANOR: — Señora...

LA DUQUESA, después de contestar el saludo con la cabeza: — **Il Duca mi ha pregato di domandare per se la mano della vostra bellissima figlia Stella.**

DOÑA REMEDIOS, radiante: — Es un gran honor para ella y nosotros.

DON NICANOR, sencillamente: — He resuelto dejar a mis hijas en libertad de obedecer al impulso del corazón, siempre que el pretendiente sea un caballero que reúna serias condiciones de formar un hogar respetable y dichoso. El hijo de usted se merece nuestras simpatías. Ignoramos, sin embargo, sus ocupaciones, sus medios de existencia...

LA DUQUESA, con soberbia: — **Mio figlio e Duca... Si questo non basta...**

DOÑA REMEDIOS: — Ciertamente que sí...

LA DUQUESA: — **Teniamo un palazzo in Napoli e le terre di Fontana.**

DON NICANOR: — ¿Qué están libres de gravamen?

LA DUQUESA, tosiendo: — ¡Hem! ¡Hem!... **Una piccola ipoteca... Ma, con la bella dote di Stella... A propósito, ché dote?**

EL AUSENTISMO

DON NICANOR: — Tal vez se exagere la importancia de nuestras proporciones. En América, no se suele dotar a las hijas cuando se cansan.

LA DUQUESA, inquieta: — **Nella nostra società sempre... E indispensabile.**

DOÑA REMEDIOS: — Nicanor hará una excepción a la costumbre... Aunque el dote no se considere en relación con el título de Marcelo, como el Duque ama a Estrella...

LA DUQUESA, impaciente: — **¿Qual é la dote?**

DON NICANOR: — Daré a mi hija una renta de veinticinco mil francos.

LA DUQUESA: — **Quarantacinque mila...**

DON NICANOR: — Oyó usted mal. Dije veinticinco mil, renta superior a un capital de medio millón de francos.

LA DUQUESA, con frialdad: — **Questo e tutto?**

DOÑA REMEDIOS: — No, Duquesa. Pondremos algo en la canastilla de boda para la instalación de la casa de los nuevos esposos.

LA DUQUESA: — **Quanto?**

DON NICANOR: — Cien mil francos.

LA DUQUESA: — **Non é molto.**

DON NICANOR: — Me parece que no debe exigir mucho quien, de su parte, trae muy poco.

LA DUQUESA, con orgullo: — **Crede che sia poco una corona ducale?... Vostra figlia sarà Duchessa.**

DON NICANOR, sin inmutarse: — Soy de una República donde se considera un título de nobleza como un mero adorno social, que no deslumbra y que desmerece cuando el varón, que de su abolengo alardea, no lo realza con el mérito de su labor personal.

DOÑA REMEDIOS, alarmada del giro de la conversación: — Un Duque, Nicanor, no puede rebajarse a ejercer vulgar profesión o industria.

DON NICANOR: — Nada hay más noble que el trabajo.

LA DUQUESA: — **Opinione borghese...**

DON NICANOR: — Me honro en sustentarla como burgués iberlandino que adquirió, con su propio esfuerzo tenaz, la fortuna merced a la cual una hija mía puede darse el tono de ser duquesa.

LA DUQUESA, altiva, irguiéndose: — **Referiró le vostre parole al Duca di Fontana.**

DOÑA REMEDIOS, irguiéndose, al mismo tiempo que don Nicanor: — Interpretándolas en el sentido de que le otorgamos la mano de Estrella, que, muy feliz, le acepta por esposo.

LA DUQUESA, secamente: — **Il Duca fara sapere la sua risoluzione.**

(Saluda con la cabeza y, alta la frente, sale, acompañada de doña Remedios hasta la puerta del fondo, donde Estrella se presenta, ri sueña, y guía a la Duquesa hacia la puerta de la casa).

ESCENA VII

DOÑA REMEDIOS Y DON NICANOR

DOÑA REMEDIOS: — Tus imprudentes conceptos, molestando a la Duquesa, tal vez motiven una ruptura.

DON NICANOR: — Me alegraría, si no estuviera persuadido de que Estrella ama al Duque. ¡Qué pretenciosa altanería la de esa mujer imbuída de la superioridad de su casta y que, al codiciar mi dinero, se expresa como una aventurera!

(Estrella entra por el fondo).

ESCENA VIII

LOS MISMOS Y ESTRELLA

ESTRELLA: — No me besó la Duquesa con su habitual efusión.
¿Qué ha ocurrido?

DOÑA REMEDIOS, disimulando: — Divergencias de opiniones entre ella y tu padre...

ESTRELLA, alarmada: — ¿Entonces, mi matrimonio?

DON NICANOR: — Se efectuará. Desecha toda inquietud. El muy noble Duque necesita el dinero que te dará al casarte para deshipotecar sus tierras.

DOÑA REMEDIOS, irritada: — No prosigas con tus necesidades que me impacientan. Mira, Nicanor, vete a fumar.

DON NICANOR: — Eso es. No sigas, Nicanor, tocando el tambor, porque no abriremos los oídos a las voces de alarma.

(Sale por la izquierda).

ESCENA IX

DOÑA REMEDIOS Y ESTRELLA

ESTRELLA, medio llorosa: — Mamita, tiemblo por mi felicidad.

DOÑA REMEDIOS, acariciándola: — Cálmate. Confía en tu madre. Te haré Duquesa.

(Sale por la derecha).

TELON

CUADRO SEGUNDO

La misma sala del cuadro anterior. Son las diez de la noche. En la vecina pieza, donde doña Remedios recibe a sus amistades, suena la música de una orquesta que tocará, con ligeras interrupciones, hasta que principia la escena XVII. En ese momento callará bruscamente.

ESCENA I

EL GENERAL, DON CESAR Y MATIAS

(Entran por la derecha. Visten de frac).

EL GENERAL: — Aquí se respira un aire fresco. ¿Verdad, don Matias?

DON MATIAS: — Sí, mi General. En la sala donde recibe doña Remedios, la atmósfera está muy cargada. Hay tanta concurrencia.

DON CESAR: — Y las mujeres charlan muy recio. ¡Qué animación! ¡Qué bullicio!

EL GENERAL: — Hace apenas dos años que llegó de Villapeña la familia Higuera...

DON CESAR, riéndose: — De Higuera, mi General.

EL GENERAL: — ¿Cómo?

DON CESAR: — No ha reparado en las tarjetas de doña Remedios, de sus hijas y de Pablo? En todas está grabada la partícula diz que nobiliaria. Sólo don Nicanor, resistiéndose a imitar a su familia, sigue siendo el iberandino burgués Higuera, a secas, lo que sorprende a los franceses que comparan las tarjetas.

DON MATIAS: — Excusable vanidad en esas damas que se co-dean con personas que ostentan títulos y que, según se dice, no tardarán en emparentar con familias nobles, los Duques de Fontana, los Marqueses de Guetary.

EL GENERAL: — Iba a manifestaros mi sorpresa de que, en muy poco tiempo de permanencia en París, mis paisanos, (recalcando) los... de... Higuera, (risas), se hayan relacionado con tantas familias de la sociedad cosmopolita.

EL AUSENTISMO

DON CESAR: — Dé usted banquetes y saraos y tendrá igualmente casa llena.

EL GENERAL: — Tanta francachela y tanto boato están haciendo echar la casa por la ventana a nuestro excelente amigo Nicanor.

DON CESAR: — Nicanor no se cansa de amonestar a su familia, diciéndole: Vamos muy lejos. Predica en el desierto. Cuando, tímidamente, se propone imponer su autoridad, doña Remedios, incapaz de mandarle a paseo, se contenta con decirle: "Nicanor, vete a fumar".

(Se ríen y se sientan).

EL GENERAL: — Se murmura que los negocios de Nicanor periclitán, como los franceses dicen. El gerente, que dejó al frente de su almacén de géneros, está comprando casas y acciones de Banco por su propia cuenta. Una nueva peste, de origen desconocido, ha invadido las huertas. En un incendio perdió sus mejores casas, que no estaban aseguradas. La última remesa de dinero se le hizo, hipotecando su hermosa quinta de la Alameda. Le mermará, finalmente, buena parte de sus rentas la ley que se discute en las Cámaras y que castiga el ausentismo de los que, poseyendo bienes en el país, permanezcan más de dos años fuera de él. Crecerá el impuesto en proporción al número consecutivo de años que resida en otro suelo.

DON MATIAS: — Contraproducente me parece esa ley. Alejará los capitales extranjeros, si sus dueños no pueden disponer libremente de los fondos. Impedirá la inmigración, tan necesaria en países que carecen de suficientes brazos para llevarlos a su apogeo. Lo que se recupere con aquel decreto se perderá por otro concepto.

EL GENERAL: — Tal vez sea arbitraria esa ley. Se hizo indispensable, sin embargo, en vista del gran número de iberandinos, especialmente de familias de Villapeña, que se alejan del país y no regresan.

DON CESAR, enérgico, irguiéndose: — Es una ley antipática, como otra cualquiera que se dicte contra determinada clase de nacionales en una República que diz que garantiza todas las libertades y coarta la de disponer de su persona y fortuna

a quien por su gusto, su anhelo de dar más esmerada instrucción a sus hijos o por la necesidad de atender a su salud, se arraiga en un suelo extranjero. Toda ley debe surtir efectos generales. Fórmese un catastro rigurosamente exacto de las propiedades e impóngase la renta. Eso es lo justo.

(Va y viene impaciente).

DON MATIAS: — Los que se acostumbraron a vivir con las comodidades que ofrece París preferirán pagar la multa, reducir sus gastos, vivir estrechamente, pero no acatarán la orden de volver al terruño.

EL GENERAL: — Se vió que ni las alarmas ni las escaseces durante la última guerra europea impulsaron a nuestros compatriotas a volver a la patria.

DON CESAR, volviendo al centro: — Muy bien hicimos. Abandonar a París en tristes circunstancias hubiera sido una ingratitude de los que le pedimos encantos y alegrías en tiempo de paz y esplendor.

EL GENERAL, embromándole: — Convénzase, don César. Tendrá que tomar pasaje en breve y dirigirse a Villapeña. El crecido impuesto a la renta en Francia aumentará las dificultades de los iberandinos en París.

DON CESAR, acalorándose: — Y, si resistimos a esa ley radical, del ausentismo, ¿qué mayor castigo se nos impondrá? ¿Decretarán el encarcelamiento tras la multa, cuando está abolida la prisión por deuda? ¿Acaso, después de confiscarnos las rentas, vendrá la confiscación de los bienes? lo que está prohibido por la Constitución; pero ¡como tan frecuentemente la violan nuestros Gobernantes! Tal vez, y ¿por qué nó? la muerte civil y hasta el fusilamiento.

EL GENERAL: riéndose, igual que don Matías: — No desbarre, mi amigo, en su acaloramiento. No existe la pena de muerte en nuestra liberal República.

DON CESAR: — ¿Está usted convencido de que no existe?... ¡Si pudieran erguirse en sus tumbas y hablar todos aquéllos a quienes se les aplicó la ley de la fuga...! También somos fugitivos los voluntariamente expatriados por no contemplar de cerca las desdichas que inflige a la nación nuestra

EL AUSENTISMO

política estrecha, mezquina, partidaria. Usted mismo, es una de sus víctimas. Y a usted, expulsado, ¿se le hará sufrir, a su vez, el rigor de la ley del ausentismo?

DON MATIAS, sonriéndose: — Por lo que oigo, no es menos funesta la política en su patria que en la mía. Los Conquistadores les dejamos el germen de la división y de la ambición del mando.

EL GENERAL, irguiéndose y abrazando a don César: — Don César, usted ha puesto el dedo en la llaga de mi corazón. Nuestra patria, con abundantes elementos de riqueza, es una de las Repúblicas más dignas de lástima, débil y pobre, cuando bastarían recto criterio y firmeza de carácter para hacerla próspera, feliz y considerada.

DON CESAR: — Si el pueblo iberandino llamara al General Belisario Pando a regir sus destinos, convencido estoy de que los guiaría hacia la prosperidad y el engrandecimiento.

EL GENERAL: — Mi actuación, aunque netamente liberal, fuera tal vez combatida. Estimo que la religión no debe ingerirse en la política, pero rechazo la hipocresía de disimular mis creencias cristianas.

DON MATIAS: — ¿Cree usted posible el milagro de la unión de los partidos para el bien de la patria?

EL GENERAL: — ¿Cómo esperarlo cuando, afligido, veo la desunión en el seno del partido liberal, cuyas tantas fracciones se disputan el poder?

DON CESAR: — El egoísmo y la intolerancia siguen ofuscando, más y más, en los políticos, el verdadero concepto de la doctrina liberal.

DON MATIAS, al General: — ¿Por qué se niega usted a que se exhiba su candidatura?

EL GENERAL, riéndose: — Un candi... dato más? ¡Y ya son tantos!

DON CESAR: — El General prefiere que de él se diga hoy: "¿Por qué no lo eligen?" a que más tarde, murmuren, como de casi todos: "¿Por qué lo eligieron?"

(Se rien).

DON MATIAS: — Dígame, sin embargo, mi General, si usted gobernara ¿cuál sería su programa?

EL GENERAL, irguiéndose: — Muy sencillo... Acrisolada honradez; pero, sin pregonarla, porque ser honrado es un deber y nunca un mérito... Sí; verdadera honradez, la que no claudica en compadrazgos y favoritismos... Actividad y energía, sin gastarlas en arbitrariedades y bravatas, ni en un vano orgullo por la patriótica labor que se realiza... Justicia, administrada concienzudamente... Entereza y dignidad en todo trance... No postulo el poder, ya lo sabe. Me limito a hacer votos porque, entre los muchos competidores, se acierte a elegir al que no defraude las legítimas esperanzas del pueblo honrado y laborioso.

MATIAS, irguiéndose: — La corta duración del mando en vuestras Repúblicas no permite llevar a cabo un vasto programa. Cuatro años son insuficientes.

DON CESAR: — Sólo son demasiado para la ambición impaciente, como lo dijo un célebre poeta y legislador.

EL GENERAL, mirando hacia el fondo, por donde pasan la Princesa y Pablo: — Miren, amigos, allí va la bella Princesa Ikonowska al brazo de Pablo. Es una encantadora mujer, en cuya compañía nos consolaríamos algo de las tristezas de la política iberandina.

MATIAS, con viva sorpresa: — Esa mujer, que no me consta sea Princesa, es una sirena peligrosa. La conozco muy bien. Estuvo en Madrid durante la guerra y su vida privada dió bastante que decir. Finalmente, por sospechársele de ser espía, fué expulsada sin ruido. ¿Quién la habrá introducido aquí?

DON CESAR: — La conocieron en el Palace Hotel.

EL GENERAL: — Son chascos que ocurren en la sociedad cosmopolita de París. Los americanos, alucinados por el título, no averigüan los antecedentes de sus amistades improvisadas.

(La princesa sospecha que de ella se ocupan y obliga a Pablo a llevarla cerca del grupo de los tres amigos. Viste la princesa traje de gran escote y Pablo de frac).

ESCENA II

LOS MISMOS LA PRINCESA Y PABLO

LA PRINCESA, desde el fondo a Pablo: — Veo allí a un viejo amigo. Deseo saludarle.

(Entran y tiende la mano a don Matías que se la besa).

¿Cuándo llegó de España, don Matías? Mucho me alegro de verle.

DON MATIAS, sonriéndose: — Llegué hace poco.

LA PRINCESA: — Quiero que me dé noticias de algunos de nuestros amigos. Ofrézcame el brazo. Pablo no se formalizará. (Pablo se inclina). Lléveme al comedor a tomar una copa de champaña... (La Princesa al irse, al brazo de don Matías, en voz baja): Es usted un hidalgo. ¿No habrá dicho nada de mí...?

DON MATIAS, sonriéndose: — La verdad...

(La Princesa sobresaltada frunce las cejas).

LA PRINCESA: — ¿Cómo?

DON MATIAS: — Que es usted muy hermosa.

(La Princesa tranquilizada, suelta una careajada y Pablo, sombrero, les mira alejarse. Salen por la derecha).

ESCENA III

EL GENERAL, DON CESAR Y PABLO

DON CESAR, a Pablo: — Algo *sans facon* la Princesa... ¿Verdad, Pablo?

PABLO, disimulando su irritación: — Sabe que puede tratarme sin etiqueta.

EL GENERAL, a Pablo: — ¿Me permite usted un consejo?

PABLO: — Diga, mi General.

EL GENERAL: — ¿Recuerda a esa bailarina india a la que, por espía, fusilaron los franceses?

PABLO, sorprendido: — ¿La Mata—Hari?

EL GENERAL: — Tuvo mala estrella. Otras, de igual oficio, supieron escapar a tan triste suerte.

PABLO, enervado: — Es probable... No comprendo lo que motivó ese recuerdo y aún no oigo el consejo.

EL GENERAL: — No se intime demasiado con mujeres muy hermosas cuyo pasado ignore.

PABLO, irritado: — ¿Quién calumnió a la Princesa? Porque no creo que sea una broma de mal gusto, lo que ni la edad de usted autoriza. ¿Habría sido ese antipático don Matías? Castigaré su infamia.

EL GENERAL: — Cállese y perdóneme. No me figuré que ella le hubiera hecho presa de su hechizo a tal punto que usted pudiera irritarse de mi amistosa advertencia.

PABLO: — Defiendo, como caballero, a una mujer que es mi amiga.

(En el fondo pasan don Luis Valtón, que viste de frac, con Julia y con Irene, que están vestidas de medio escote).

DON CESAR: — Allí va don Luis Valtón, el notario de la Princesa. Tal vez consienta en decirnos lo que sepa de ella.

EL GENERAL, a Pablo: — La hija del notario, Irene, angelical muchacha, no mira a usted, querido Pablo, con ojos indiferentes. Mujeres virtuosas como esa son las que hacen la felicidad de un hombre.

DON CESAR, llamando a don Luis: — Don Luis, permítanos dos palabras.

(Se acerca don Luis. Julia con Irene, prosiguen su camino).

ESCENA IV

LOS MISMOS Y DON LUIS

DON LUIS: — Con mucho gusto. ¿Qué se les ofrece?

DON CESAR: — Discutíamos acerca del estado social exacto de la Princesa Iconowska. Como usted se ocupa de sus intereses ¿tendría la bondad de ilustrarnos?

DON LUIS, sonriente: — Sólo me ocupo de sus asuntos pecuniarios. Ignoro lo que les interesaría saber.

EL GENERAL: — Dispense nuestra curiosidad.

EL AUSENTISMO

DON CESAR: — Deseábamos no dar oído a ingratos rumores.

EL GENERAL: — Iba usted con su hija, la señorita Irene, y con Julia. Las alcanzaremos para llevarlas al comedor. ¿Viene usted, Pablo?

(Pablo, sin contestar, les sigue. Mientras se alejan; por el fondo, Luz vestida de escote y el Conde de Guetary, de frac, entran por la derecha).

ESCENA V

LUZ Y TRISTAN

TRISTAN: — No se puede negar que la recepción está brillante, aunque algo mezclada la concurrencia. Entre tantas personas tituladas, las más son extranjeras. La aristocracia francesa está representada por algunos varones. La única dama de nuestro noble Faubourg San—Germán es mi madre.

LUZ: — Mucho estimamos la honra de la presencia de la Marquesa de Guetary.

TRISTAN: — Considérela como una prueba de acquiescencia a nuestro acariciado proyecto.

LUZ: — ¿De veras? ¿Consienten sus padres en nuestra unión?

TRISTAN: — ¿Si, mi querida Luz. Seguro estaba de que acabarían por dar su consentimiento, cautivados, como yo mismo, por las prendas que a usted adornan. Entre tantas mujeres de tierra americana que lucen sus encantos y elegancia en el salón de doña Remedios, usted se destacaba como la más preciosa, muy digna de ser Condesa de Guetary.

LUZ: — Tristán, no excite mi orgullo con sus alabanzas. Dígame únicamente que me quiere mucho.

TRISTAN, enlazándola: — Lo diré una y mil veces: te adoro, Luz... Fijaremos la fecha de nuestro enlace después del viaje que mi padre se ve precisado a efectuar a nuestra finca en Argelia.

LUZ: — ¿Cuándo regresará?

TRISTAN: — Antes de dos meses... Nos casaremos poco después del matrimonio de Estrella.

LUZ: — Esperaré impaciente la hora de ser tuya.

TRISTAN: — Nos tutearemos en la intimidad, a solas. Esa es la norma en la nobleza francesa.

LUZ: — Seguiré siempre tus consejos para que no te mortifique algún disparate de tu americanita.

TRISTAN: — ¡Cómo me embelesas! (La besa, sin que ella oponga resistencia).

LUZ, sonrojada y con malicia: — ¿Lo hacen así los novios en la nobleza francesa?

TRISTAN, riéndose: — Cuando nadie los ve.

(Estrella vestida de escote, y Marcelo, de frac entran por donde llegaron Luz y Tristán).

LUZ, a Tristán: — ¡Si nos habrán visto!

ESCENA VI

LOS MISMOS, ESTRELLA Y MARCELO

ESTRELLA: — ¿Estábais aquí? ¡Tan solitos! Y la Marquesa de Guetary busca a Tristán. Desea retirarse.

TRISTAN, irguiéndose al par que Luz: — Voy, en seguida.

LUZ, con malicia: — Os dejamos el campo libre.

TRISTAN, riéndose: — Veréis qué bien se está aquí.

(Tristán y Luz salen por donde entraron. Estrella y Marcelo ocupan los asientos que aquéllos dejaron).

ESCENA VII

ESTRELLA Y MARCELO

MARCELO: — Como venía diciéndole, Estrella, si no amara a usted, las impropias palabras de su padre hubieran ocasionado una ruptura definitiva. Me lo aconsejaba mi madre. La irritación de la Duquesa de Fontana no sé cómo calmarla.

ESTRELLA: — La presencia de usted me tranquiliza y me consuela. Es una prueba elocuente de su amor. Hágale compren-

EL AUSENTISMO

der a la Duquesa de Fontana que no debe formalizarse por los conceptos de mi padre. Educado en otras ideas y costumbres, no tuvo la intención de mortificarla.

MARCELO: — Será preciso que él también comprenda que el rango a que voy a elevar a usted hay que sostenerlo con brillo. Debiera hacerle una insinuación a ese respecto, Estrellita.

ESTRELLA: — Rogaré a mi madre que procure convencerle.

MARCELO: — Doña Remedios tiene buen criterio y grande autoridad para decidir a don Nicanor... No hablemos más de eso... Me repugna tratar de asuntos vulgares... Fijemos la fecha de nuestra unión. Que sea lo más pronto posible. Mi corazón se impacienta.

ESTRELLA: — También anhelo que sea en breve.

MARCELO: — Dentro de un mes. ¿Quiere usted?... Va a parecerme un siglo.

ESTRELLA: — Consultaré a mis padres. Creo que no pondrán reparo.

MARCELO, besándole la mano: — Dentro de un mes será usted la Duquesa de Fontana.

ESTRELLA: — Seré su esposa, Marcelo, y esa es la dicha que ambiciono.

(Julia, Irene, Luz, el General; don César y don Luiz entran por la izquierda, manifestando viva agitación. Estrella y Marcelo se yerguen).

ESCENA VIII

LOS MISMOS, JULIA, IRENE, LUZ, EL GENERAL,

DON CESAR Y DON LUIS

JULIA: — ¡Jesús! ¡Qué escándalo! (A los caballeros que la acompañan): ¿Ustedes sabrán, señores, el motivo del altercado?

LUZ: — ¡Jamás hubiera creído a Pablo capaz de tan villano procedimiento!

ESTRELLA: — ¿Qué ha ocurrido?

JULIA: — Tu hermano, acercándose a don Matías, le arrebató la copa de champaña cuando la alzaba en honor de la Princesa

y, después de llamarle: infame calumniador, le echó el líquido a la cara.

ESTRELLA: — ¡Qué atrevimiento! ¡Y en medio de tan selecta concurrencia! Señores, ¿cuál de vosotros sabe la causa?

EL GENERAL, evasivamente: — Arrebato juvenil...

DON CESAR: — El temperamento tropical...

ESTRELLA: — ¿La Princesa tal vez sepa?... ¿Dónde está?

JULIA: — Desapareció, como por encanto.

(Irene, palideciendo, se apoya a un mueble).

LUZ: — Irene desfallece.

DON LUIS, sosteniéndola: — ¿Qué tienes, hija mía?

IRENE, sollozando: Padre, llévame de esta casa.

DON LUIS: — Ustedes dispensen...

LUZ: — Se ha impresionado.

(La sostiene junto con don Luis y la acompaña. Salen por el fondo).

EL GENERAL, a don César, en voz baja: — ¡Pobre niña!

(Don César asiente con la cabeza).

ESCENA IX

LOS MISMOS, MENOS DON LUIS, IRENE, Y LUZ,

JUANITO A POCO

ESTRELLA, a Julia: — ¿Se ha enterado mamá?

JUANITO, entrando por la derecha: — Yo fui y le dije la rociada de don Matías. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Me oyeron todos y están desertando el salón. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

ESTRELLA: — No te rías, malcriado.

JUANITO: — ¿No me he de reír, si aun veo la cara de don Matías? Limpiándosela, decía a Pablo: Usted se arrepentirá. Recibirá mis padrinos.

ESTRELLA: — ¡Cállate!

(Juanito se escapa, por la izquierda, al ver entrar por la derecha a doña Remedios y a don Nicanor).

ESCENA X

LOS MISMOS, MENOS JUANITO, DOÑA REMEDIOS
Y DON NICANOR

DOÑA REMEDIOS: — Esto es horrible. ¿Dónde está Pablo?

DON CESAR: — Marchó tras la Princesa.

DOÑA REMEDIOS: — ¡Dios mío!

DON NICANOR: — ¿De qué te quejas?... Estamos en París.

TELON.

ACTO TERCERO

Un salón suntuosamente amueblado en el hotel particular de don Nicanor. Estará adornado con cestas y ramilletes de flores blancas.

ESCENA I

(Sale Luz por la izquierda, lujosamente vestida y con elegante sombrero).

LUZ: — ¡Felicia! ¡Felicia!

FELICIA, entrando por la izquierda: — Señorita.

LUZ: — Lleva pronto al cuarto de Estrella el traje nupcial.

FELICIA: — Voy, en seguida, señorita. ¿Terminó ya el peinador?

LUZ: — Casi. Trae también, con el velo, la corona de azahares para que él la prenda.

FELICIA: — Bueno, señorita.

(Sale por la izquierda y don César entra por el fondo).

ESCENA II

LUZ Y DON CESAR

DON CESAR: — Es un gran día, Lucita. Dentro de una hora será bendecida la unión de Estrella con el Duque de Fontana.

LUZ: — Todas estamos nerviosísimas.

DON CESAR: — Es muy natural. El júbilo, la impaciencia de la dicha...

LUZ: — ¿Vió en el saloncito, la exposición de los regalos de boda? Son muchísimos y espléndidos. Los amigos, se han portado muy cariñosamente. El juego de plata para el té, que usted obsequia, es magnífico.

DON CESAR: — Poca cosa. Mucho más se merecía Estrella, cuyo testigo de matrimonio soy.

LUZ: — El General es el otro testigo. ¿Llegó don Belisario?

DON CESAR: — Le dejé, viendo las preciosas alhajas en unión de Julia, Irene y el señor Ministro. Busqué en vano el regalo de la Princesa.

EL AUSENTISMO

LUZ: — Ni pronuncie su nombre. Desde que por ella se batió Pablo con don Matías, a quien hirió gravemente, no ha vuelto a poner los pies en esta casa. Sabe que no la recibiríamos.

DON CESAR: — En el bosque y en los teatros se deja ver acompañada de Pablo.

LUZ: — ¡Qué descaró! Bastante sufrimos de la conducta de mi hermano que contrae deudas.

DON CESAR: — Y el novio, ¿aun no llega?

LUZ: — No tardará. Viene con el Conde de Guetary que es su padrino de boda.

DON CESAR: — Y el matrimonio de usted ¿cuándo se verifica?

LUZ: — El mes próximo, en cuanto llegue de Argelia el Marqués de Guetary... Estoy charla que charla y quizá me necesitan para ayudar a vestir a mi hermana... Con su permiso.

(Sale de prisa por donde entró. Don Ricardo entra por el fondo).

ESCENA III

DON CESAR Y DON RICARDO

DON RICARDO: — Me alegro de hallarlo solo. ¿Sabe usted las noticias de Villapeña?

DON CESAR: — Malas noticias, sin duda, como todas las que recibimos de allá.

DON RICARDO: sacando un telegrama del bolsillo de su levita: — Hoy, muy temprano, me llegó este telegrama del Gobernador de Villapeña. Me dice: "Con precaución, sírvase poner en conocimiento de don Nicanor Higuera la suspensión de pagos de su casa de comercio".

DON CESAR: — ¡Pobre Nicanor! Tan infausta noticia ¿cómo va usted a participársela en estos momentos?

DON RICARDO: — Es imposible darle hoy ese golpe. Un día más para conocer su ruina, poco importa. Aguardaré hasta mañana. ¿Qué le parece?

DON CESAR: — Bien pensado, aunque se expone a que otro compatriota cometa una indiscreción.

RICARDO: — En todo caso, nada le diremos hasta que hayan partido los recién casados en viaje de boda a Italia.

(Entra don Luis por el fondo).

ESCENA IV

LOS MISMOS Y DON LUIS

DON LUIS: — Los buscaba para desahogar mi pecho en un seno amigo. Acaba de ser llevada a la cárcel la Princesa Ikonowska.

DON CESAR: — ¡Qué me dice!

DON RICARDO: — Y ¿por qué?

DON LUIS: — Presentó una queja un joyero de la calle de la Paz, a quien estafó considerablemente... No me doliera ese suceso, bien parisiense, si no se hallara comprometido en la estafa Pablo que empeñó las alhajas compradas a plazo.

DON RICARDO: — ¿Cómo impedir el escándalo?

DON CESAR: — Pueden venir ahora mismo a prender a Pablo.

DON LUIS: — La única salvación será que don Nicanor pague daños y perjuicios al joyero.

DON CESAR: — Desempeñará seguramente las alhajas y las restituirá a su dueño; pero, ¿cómo ganamos tiempo?

DON LUIS: — Yendo en seguida a pedir espera al acreedor, a quien daréis vuestra garantía de que será pagado.

DON RICARDO: — Tenemos media hora por delante para ir volando a convencerle. ¿Viene usted, don César?

DON CESAR: — Por supuesto. Usted, don Luis, procurará impedir que entre aquí el comisario de policía.

DON LUIS: — Descuiden. Haré lo posible.

(Don Ricardo y don César salen por el fondo y, en seguida, el General entra por la misma puerta).

ESCENA V

DON LUIS Y EL GENERAL

EL GENERAL: — ¿Adónde van tan de prisa el Ministro y don César?

DON LUIS: — ¿Creo que a buscar al novio que tarda.

EL GENERAL: — La señorita Irene y Luz son las damitas de honor de Estrella.



EL AUSENTISMO

DON LUIS: — Mucho distinguen a Irene doña Remedios y sus hijas.

EL GENERAL: — ¿Quién dará el brazo a la señorita Irene para acompañarla en el cortejo nupcial y pedir la limosna en la iglesia?

DON LUIS: — Dispusieron que sería Pablo.

EL GENERAL, sentándose: — Habrá un lleno completo en la iglesia. La asistencia será de lo más selecto y elegante... Tuve la curiosidad, al dirigirme aquí, de entrar en la iglesia de San Honorato. Deslumbra con el sin número de luces y de plantas. Trascienden las flores. La muelle alfombra se extiende fuera de la iglesia hasta donde se detienen los carruajes. Una amplia tienda de terciopelo rojo con borlas de oro prolonga el vestíbulo del recinto sagrado. Los majestuosos suizos, con sus uniformes de gala, las alabardas enhiestas, aguardan en la puerta la llegada de los novios. Los artistas del Conservatorio nacional de música afinaban sus instrumentos para tocar la marcha nupcial de Mendelssohn. Bendecirá la unión el Obispo de Farsalia... Había ya mucha gente en la nave. Los curiosos prefieren esperar una hora con tal de lograr los mejores asientos para hacer comentarios y críticas. Los más habrán ido sin almorzar. Saben que será aquí opíparo el **lunch** y que podrán desquitarse a placer.

DON LUIS, que le escuchó paseándose, distraído: — Sí; sí; es lo que se llama un verdadero acontecimiento social, una boda regia. ¿Me permite que vaya en busca de mi hija?

EL GENERAL, irguiéndose: — Le acompaño para hablar a Julia. (Salen por el fondo, mientras don Nicanor entra por la izquierda).

ESCENA VI

DON NICANOR Y. LUEGO. MARCELO

DON NICANOR: — Va a ser el momento de ir a la iglesia. Estrella hará esperar al Obispo. Según su costumbre, no estará lista. (A Marcelo, que entra, de americana, por el fondo). ¿Cómo es eso, Duque, aún sin vestirse?

MARCELO: — La ceremonia religiosa es a las doce.

DON NICANOR: — Sólo falta un cuarto de hora.

MARCELO: — No iremos antes de las doce y media. Llegar a la hora exacta es práctica de gente cursi.

DON NICANOR, riéndose: — Y yo creía que la puntualidad es la cortesía hasta de los soberanos.

MARCELO: — Firmé, mal de mi grado, el contrato de matrimonio en que se estipula que usted pondrá cien mil francos en la canastilla de boda. Vengo a repetirle que esa cantidad es insuficiente para atender a los crecidos gastos de la instalación de nuestra casa.

DON NICANOR: — Hágala menos suntuosa.

MARCELO: — Será conforme a mi rango.

DON NICANOR: — Bastante tiempo tuvo para reflexionar. Está todo convenido de común acuerdo. Usted hará honor a su firma, como yo a la mía.

MARCELO: — Me es indispensable que doble la cantidad. Necesito doscientos mil francos.

DON NICANOR: — Aunque me sorprende la exigencia en inoportuno instante, accediera, si me fuese posible complacerle. Doy cuanto puedo dar para que mi hija cumpla su ensueño de felicidad. No debo hacer más en detrimento de mis otros hijos. Si mis negocios prosperan en Villapeña, le prometo contentarle.

MARCELO: — Está bien. Le recordaré más tarde su promesa. Voy a vestirme. No tardaré en volver.

(El Duque sale por el fondo).

DON NICANOR: — ¡Hay que oírlo para creerlo!

(Julia, Irene, el General y don Luis entran por el fondo).

ESCENA VII

DON NICANOR, JULIA, IRENE, EL GENERAL Y DON LUIS

DON NICANOR: — ¿Vieron todos los regalos?

JULIA: — Imposible. Son muchísimos.

IRENE: — Pero sí admiramos las joyas una por una. ¡Cuánta riqueza!

JULIA, a don Nicanor: — El collar de perlas obsequiado por usted es una maravilla.

(Julia e Irene se sientan).

EL AUSENTISMO

EL GENERAL: — Me agrada que mis paisanos sepan portarse como es debido, con gusto y largueza, a pesar del rigor con que el Gobierno trata hoy a los ausentistas. La famosa ley que debía castigarles con una fuerte contribución progresiva, pero concediéndoles un plazo prudencial de dos años para que se resolviesen a regresar a la patria, se transformó súbitamente en un castigo inmediato que les merma la cuarta parte de las remesas de dinero.

DON LUIS: — ¿La cuarta parte? ¡Qué atrocidad!

EL GENERAL: — En ningún país se ha visto aplicar una sentencia sin que la justicia permita al delincuente que ejerza el derecho de apelación. Hasta a los condenados a muerte se les concede un plazo para que hagan su examen de conciencia y se arrepientan.

DON LUIS, riéndose: — A nadie se le niega, efectivamente, el derecho de pataleo.

DON NICANOR: — Aprobé el primitivo proyecto de ley que castigaba el persistente ausentismo y que rechazaron nuestras Cámaras. Confieso que me pasma el intempestivo decreto que coloca a mis paisanos, como a mí mismo, en penosa situación. Es un rudo golpe. Como patriota liberal, lo lamento.

EL GENERAL, sentándose: — No nos aflijamos el día de la boda de Estrella. Doquiera, en París, se habla de este matrimonio ducal. Todo va resultando espléndido. El banquete servido aquí antier fué exquisito.

JULIA: — Hasta en la prosaica ceremonia del matrimonio civil, el lujo de las damas causó sensación, como lo dice El Fígaro. El discurso del señor Alcalde, que autorizó la unión, fué un modelo de elocuencia y de buen tino en sus breves conceptos por la felicidad de la noble pareja. No se quejará, don Nicanor, de lo acertado que estuvo al elogiar discretamente los merecimientos de usted.

DON NICANOR, yendo y viniendo: — Si todo lo que se hace y dice pudiera contribuir a la felicidad de Estrella, me declararía muy satisfecho... ¡Cómo tardan mi mujer y mis hijas en presentarse!... El novio tampoco llega con la Duquesa, ni el Conde con la Marquesa de Guetary... ¿Dónde están el señor Ministro y César?... ¿Qué se hizo Pablo?... No se

creyera que son las doce y que ya debiéramos estar en la iglesia.

DON LUIS: — Cállese, don Nicanor. Verá que todos llegan a un tiempo. Siempre sucede cosa igual en los grandes matrimonios.

DON NICANOR: — Soy hombre de mucha calma y paciencia. Hoy, sin embargo, no me hallo en mis casillas. Mucho diera por que se hubiera realizado ya el matrimonio que no pude impedir... Irene, hágame el favor de ver si hay esperanzas de que estén listas mi mujer y mis hijas.

IRENE, irguiéndose: — Voy, en seguida.

JULIA, irguiéndose, a su vez: — Iré también y procuraré apurarlas.

(Salen ambas por la derecha).

ESCENA VIII

LOS MISMOS, MENOS JULIA E IRENE

DON NICANOR, al General: — Debiera poner cara de Pascua y no puedo. Tengo tan oprimido el corazón.

EL GENERAL: — Julia se casó a mi entera satisfacción y, el día de su matrimonio, sufrí igual que usted. Separarse de una hija, aun creyendo que va a ser feliz, siempre causa angustia y dolor.

(Don Ricardo y don César entran por el fondo).

ESCENA IX

LOS MISMOS, DON RICARDO Y DON CESAR

DON NICANOR: — ¡Por fin, ya estáis aquí!

DON CESAR, preocupado: — Sí.

EL GENERAL: — ¿No habéis venido con el Duque?

DON CESAR: — No.

DON NICANOR: — ¿Qué te pasa? Contestas en monosílabos.

DON RICARDO: — ¿Habéis visto a Pablo?

(Juanito entra por la izquierda).

ESCENA X

LOS MISMOS Y JUANITO

DON NICANOR, a Juanito: — ¿Dónde está tu hermano?

JUANITO: — Subió de prisa la escalera, hace un momento. Me dijo: ¡Cómo me duele la cabeza! y se encerró en su cuarto.

DON CESAR, a don Ricardo, en voz baja: — ¿Si irá a cometer un acto fatal, irreparable?

DON RICARDO, de igual modo: — ¿Quién sabe?

DON NICANOR, a Juanito: — Llama a tu hermano. Dile que es la hora de marchar a la iglesia.

JUANITO: — Bueno, papá.

(Sale por la izquierda).

ESCENA XI

LOS MISMOS, MENOS JUANITO

DON NICANOR: — Irene, no regresa: Julia tampoco... Estoy impaciente... Voy yo mismo a ver lo que hacen Remedios y mis hijas.

(Sale por la derecha).

ESCENA XII

LOS MISMOS, MENOS DON NICANOR

DON LUIS, acercándose a don Ricardo y a don César, ansioso: — ¿Qué dijo el alhajero?

DON RICARDO: — Es un hombre terco y desconfiado.

DON CESAR: — No quiso escuchar razones. Persiste en no retirar la queja hasta que tenga las prendas en sus manos.

EL GENERAL, siempre sentado: — ¿Qué misterios son esos?

DON LUIS: — ¡Dios mío! ¿qué ocurrirá si llega la policía?

DON CESAR: — Un desastre.

EL GENERAL, irguiéndose: — Os veo inquietos. ¿Ocurre algo?

DON RICARDO: — Don César le explicará.

(El General y don César se apartan y hablan en voz baja).

EL GENERAL, atónito, alzando las manos al cielo: — ¡Terrible trance!

(Se abre de par en par la puerta de la derecha y al brazo de don Nicanor, Estrella se presenta en rico traje de novia, con una corona ducal en la cabeza, colocada entre los azahares. Siguen Irene y Luz llevándole la cola del manto de encajes. Detrás de ellas salen doña Remedios, lujosamente vestida, y Julia).

ESCENA XIII

LOS MISMOS, Y ESTRELLA, DOÑA REMEDIOS, LUZ, JULIA,
IRENE, Y DON NICANOR

DON RICARDO: — ¡Viva la novia!

DON CESAR: — ¿Cuando se ha visto más linda Duquesa?

DON LUIS: — ¡Es toda una soberana por la juvenil belleza y suprema elegancia!

ESTRELLA, sonriente, muy feliz: — Bondadosos amigos...

DOÑA REMEDIOS: — ¿Cómo? ¿Todavía no ha llegado Marcelo y la Duquesa, ni Tristán con la Marquesa de Guetary? (A don Nicanor): Me pareció oírte hablar con el Duque.

DON NICANOR: — Vino, hace un instante, a pedirme... un dato. No estaba vestido para la ceremonia y se fué, diciendo que no tardaría en volver. Y son las doce y media.

DOÑA REMEDIOS, a don César: — Mi buen amigo, háganos el servicio de ir a traer al Duque.

DON CESAR: — Con mucho gusto.

ESTRELLA: — Vuelva pronto.

DON CESAR: — Así lo haré.

(Sale por el fondo).

ESCENA XIV

LOS MISMOS, MENOS DON CESAR

EL GENERAL, a doña Remedios: — —Está usted resplandeciente. Ve colmado su deseo. Desde ayer, en la alcaldía, Estrella es Duquesa de Fontana.

EL AUSENTISMO

DOÑA REMEDIOS: — Soy fervorosa católica y no hago caso del matrimonio civil. Una impía sentencia de divorcio puede desbaratarlo. Hasta que la Iglesia bendiga la unión no considero casada a mi hija.

(Se sienta).

DON RICARDO, sonriéndose: — Es una opinión materna respetable, pero hay que adaptarse a las ideas modernas, como a las modas. Unas y otras las impone al mundo Francia, o mejor dicho, el cerebro de París.

DON LUIS: — Estrella debiera sentarse. Se fatigará, quedando largo tiempo en pie.

JULIA: — Se le arrugará el vestido. Ha de aguardar así el momento de ir a la iglesia.

LUZ, a Estrella: — ¿No estás cansada?

ESTRELLA: — No; pero impaciente, sí.

IRENE, yendo a la ventana: — Oigo el ruido de un coche. Ya vendrá el Duque.

(Don César, cariacontecido, entra por el fondo).

ESCENA XV

LOS MISMOS Y DON CESAR

DOÑA REMEDIOS: — ¿Cómo?

ESTRELLA: — ¡Solo!

DON NICANOR: — ¿Y el Duque?

DON CESAR: — No estaba en su casa.

DOÑA REMEDIOS: — ¿Estaría la Duquesa?

DON CESAR: — Tampoco. Llamé a la puerta varias veces y permaneció cerrada.

DON NICANOR: — ¿No pudiste informarte? ¿Hablaste al portero?

DON CESAR: — Sí.

DOÑA REMEDIOS, impaciente: — ¿Qué le dijo?

DON CESAR: — Que... que... la Duquesa y Marcelo hicieron cargar su equipaje en un automóvil. Cree el portero que marcharon a Niza. Les acompaña el Conde de Guetary.

ESTRELLA, sollozando, se desploma, recibida en los brazos de Julia: — ¡Infame! ¡Infame!

VICTOR M. RENDON

DOÑA REMEDIOS, acudiendo: — ¡Hija de mi alma!

DON NICANOR: — Quisiste que fuera Duquesa, culpate del resultado.

(Julia, Irene y Luz recuestan a Estrella en un canapé).

JULIA, acariciando a Estrella: — Más vale el desengaño antes que después de casada.

(Estrella sigue sollozando, nerviosa y se desmaya).

LUZ, arrodillada a los pies de Estrella y llorando: — ¡Hermanita, valor!

IRENE, haciéndole respirar un pomito de sales y llorando: — ¡Estrella! ¡Estrella!

DOÑA REMEDIOS: — Ya vuelve en sí.

(Estrella abre los ojos y solloza).

DON RICARDO, acercándose: — Estrella...

ESTRELLA: — ¡Qué vergüenza, Dios mío! Quiero morir.

EL GENERAL, a Julia: — Llévenla a su aposento.

DON CESAR: — Acuéstenla.

(Julia, Irene y Luz, sosteniendo a Estrella, la llevan por la derecha, a su habitación. Las sigue doña Remedios, secándose las lágrimas con el pañuelo).

ESCENA XVI

DON NICANOR, EL GENERAL, DON RICARDO, DON CESAR,

DON LUIS Y JUANITO

JUANITO, entrando por la izquierda: — Pablo no contesta. Sigue encerrado en su cuarto.

DON NICANOR: — ¡Me sorprende su conducta! ¿Qué significa? ¿Otra desgracia?

(Se sienta y, cabizbajo, pone la cara entre las manos).

DON RICARDO, a Juanito: — Corre, Juanito, a la iglesia y dí al señor Cura que el matrimonio no se celebrará porque Estrella se ha enfermado súbitamente.

JUANITO, atónito: — ¿Mi hermana está enferma?

EL AUSENTISMO

DON RICARDO: — Pero, no de cuidado. Ruega a Monseñor y al párroco que dispensen y que se haga comunicar a los invitados el aplazamiento de la bendición nupcial.
(Juanito sale rápidamente por el foro).

ESCENA XVII

LOS MISMOS, Y JOSE MENOS JUANITO

JOSE: en la puerta del fondo: — Señor, un amanuense del Comisario de Policía insiste en hablar a don Pablo que de su cuarto no contesta.

DON LUIS, a don Ricardo, en voz baja: — ¡La catástrofe!

DON NICANOR, sorprendido: — ¿Del Comisario de Policía?... ¿Qué tendrá que hacer con mi hijo?... ¿Dijo el motivo de su insistencia?

JOSE, vacilante: — ... No... Señor.

DON NICANOR, irguiéndose: — Voy allá.

(Sale José).

ESCENA XVIII

LOS MISMOS, MENOS JOSE

DON RICARDO, atajando el paso a don Nicanor: — No vaya. Iremos el General y yo.

DON NICANOR, alarmado: — Luego, ustedes saben de lo que se trata. ¿Serán las consecuencias del duelo con don Matías?... Se callan. ¿Es algo más grave? Tengan piedad de mí. No me oculten nada.

(Don Ricardo y el General le abrazan).

DON RICARDO: — Cállese; cálmese.

EL GENERAL: — Todo se arreglará.

DON CESAR: — Confía en nosotros.

DON NICANOR, impaciente: — Déjenme pasar. Quiero interrogar a ese hombre.

(Por la izquierda, súbitamente, Pablo entra y se echa a los pies de don Nicanor).

ESCENA XIX

LOS MISMOS Y PABLO

PABLO: — Perdón, padre, perdón. Soy culpable de una lijereza. Confieso mis deudas. Castígame. Mándame a las huertas. Trabajaré, te lo prometo... Ampárame... No soy un bribón, ni el cómplice de una infamia. Te lo juro.

DON NICANOR, sentándose, desfalleciente y mirando a sus amigos: — No comprendo. Me vuelvo loco. ¿Qué significan sus palabras?

DON RICARDO, levantando a Pablo: — Abrale los brazos. Perdonele. Convencidos estamos de que su hijo fué engañado. Las alhajas que la Princesa le mandó empeñar...

PABLO, cabizbajo: — Me aseguró que eran suyas...

DON CESAR: — Y las había tomado a plazo en una joyería.

DON NICANOR: — ¡Maldita mujer! ¡Maldito París!

DON LUIS, enérgico: — ¡Nó! Maldito París, nó! ¡Maldita sociedad exótica, igual en todas las grandes capitales.

DON RICARDO: — Pablo, usted fué muy imprudente.

EL GENERAL: — Su arrepentimiento sincero nos conmueve.

PABLO: — Perdón de no haber oído su consejo.

ESCENA XX

LOS MISMOS Y DOÑA REMEDIOS, LUZ Y JULIA

(Entran por la derecha Doña Remedios, Luz y Julia).

DOÑA REMEDIOS: — Dejamos a Irene, consolando a mi pobre Estrella. ¡Ay! Ya no será Duquesa... (A Luz): Te queda a ti la esperanza de ser Condesa.

DON NICANOR, impaciente, con voz recia: — ¡Remedios!

LUZ, a doña Remedios: — Desengáñate. Si Tristán me amara de veras estaría aquí. (A don Ricardo): Señor Ministro, hágame el servicio de decir al Conde de Guetary mi resolución irrevocable. Le devuelvo su palabra.

DOÑA REMEDIOS: — ¡Jesús! ¿Qué dices?

JULIA, abrazando a Luz: — Te apruebo, Luz.

EL AUSENTISMO

DON RICARDO: — Cumpliré gustoso su encargo.

DOÑA REMEDIOS: — Vine porque, mientras asistía a Estrella, creí oír irritada la voz de Nicanor y suplicante la de Pablo, ¿Me engañaba?... ¡Nó!... Los semblantes de ambos me revelan que algo muy grave ocurrió aquí... ¿Por qué esa turbación, Pablo?... ¿Por qué esa postración, Nicanor?

DON NICANOR, irguiéndose y adelantándose hacia el centro, cerca de doña Remedios que agachará la frente: — ¿Postración, dijiste? Te equivocas. Nunca me sentí más fuerte, más enérgico. ¡Ojalá hubiera experimentado siempre igual firmeza de voluntad en mis resoluciones! Hoy que me habéis llevado a la ruina, a la humillación y a la vergüenza, hoy que está en riesgo de ser mancillado mi limpio nombre, alzo la frente al fin yo, el jefe de la familia, para ordenar, sin que nadie chiste: a Villapeña, mañana mismo; a Villapeña, que jamás hubiéramos debido abandonar. Todos, a Villapeña.

TELON.



VI

CUADRO HEROICO



CUADRO HEROICO

PIEZA DRAMATICA EN UN ACTO Y EN VERSO

Versión castellana de la pieza en versos franceses del mismo autor, titulada *Le Revenant* y representada en París, durante la guerra europea, el 5 de Junio de 1916 en su casa, ante brillante concurrencia.

A mis hijas y a mis sobrinos,
mis queridos e inteligentes intérpretes.

Víctor Manuel Rendón.

CUADRO HEROICO

Pieza dramática, en un acto y en verso, estrenada el 9 de Octubre de 1920, en SAMBORONDON, por los Alumnos y Alumnas de las Escuelas Fiscales Nos. 21 y 23, bajo la esmerada dirección de la eminente maestra Sta. Ana J. Salazar D., con el reparto siguiente:

MARTA, viuda, 45 años, madre de Marcelo. Sta. María Guerra B.

ELENA, 40 años, amiga de Marta. Sta. Beatriz López

LUISA, 18 años, hija de Elena. Sta. Rafaela Jiménez

MARCELO, militar francés, 20 años. Sr. Manuel Torres

LUCIANO, 18 años, hermano de Marcelo. Sr. Euclides Torres

Un salón parisiense elegante, en 1916.

Una puerta principal al foro. —Puertas laterales.

Marta viste traje negro; —Elena, que está en visita, viste traje obscuro sin ser negro y lleva sombrero. —Marcelo tiene la cabeza envuelta con vendas. Viste el uniforme de Infantería francesa en campaña, menos el casco y luce sobre el pecho la Cruz de Guerra. Tiene el brazo derecho amputado y está ciego. —Luciano, de americana. —Luisa ostenta el traje de enfermera de la Cruz Roja.

La SOCIEDAD FILANTROPICA DEL GUAYAS hizo representar CUADRO HEROICO por sus Alumnos el 21 de noviembre de 1929.

En la ACADEMIA DE INSTRUCCION, RECREO Y BENEFICENCIA MEDARDO ANGEL SILVA, de Guayaquil, su altruista Director, sagaz educacionista, señor don Sixto P. Tapia, hizo representar CUADRO HEROICO en solemne velada, el 16 de junio de 1930, con el reparto siguiente:

MARCELO, Sixto P. TAPIA C.; —MARTA, Sta. Bertha Carvache; —ELENA, Sta. Carlota Tapia C.; —LUISA, Sta. María A. Tapia C.; —LUCIANO, Sr. Galo Varas V.

La SOCIEDAD OREROS DE ALAUSI subió al tablado CUADRO HEROICO el 31 de diciembre de 1933, con el reparto siguiente:

MARTA, Sta. Esther Castillo; —ELENA, Sta. Lastenia Izquierdo; —LUISA, Sta. Enriqueta Aguirre; —MARCELO, Sr. Guillermo Aguirre; —LUCIANO, Sr. Wilfrido Garcés.

CUADRO HEROICO

ESCENA I

MARTA Y ELENA

Conversan, en el centro del salón de la casa de Marta, sentadas frente a frente.

MARTA, tristemente:

En mi horrible amargura,
compadéceme, Elena.
Inválido y sangriento,
cual sombra de lo que era,
mi desventurado hijo
volvió ayer de la guerra.
Creyéndole cadáver,
se decidió la fiera
a soltar de sus garras
la destrozada presa,
a cuyo aspecto gime
mi alma y se desespera.
Viuda, viví sufriendo,
y, ya rendida y vieja,
el más cruel de sus golpes
la adversidad me asesta.
Recordarás, amiga,
tú, siempre fiel y buena,
cual era, de Marcelo,
la gallardía y nobleza
cuando, sin ser llamado
para ir a la frontera,
marchó en primera fila
a castigar la afrenta
y a defender el suelo
con los que, en la pelea,
al peligro dan cara
y la muerte desprecian,
uniendo al heroico ímpetu,
del mártir, la fe ciega.

CUADRO HEROICO

ELENA, compasiva:

Confiado en el buen éxito
final de inicua guerra
y en el completo triunfo
que a Francia enalteciera,
le oí latir el pecho,
aunque, al principio, en Bélgica,
¡oh, tristesísimos días!
la suerte nos fué adversa.
La llama de sus ojos
ardía cual si fuera
la que despide un alma
que se alza gigantesca.

MARTA:

¡Ay! Sus ojos que siempre,
con miradas muy tiernas
minorar consiguieron
mis males y mis penas,
como, al brillar el iris,
la tempestad se aleja,
esos ojos que, al darme
fructición y fortaleza.
la carga de los años
tornábanme ligera,
aun me parece verlos
mientras, con faz risueña:
“¡Oh, madre! —me decía—
volveré. Nada temas.
Dios oirá nuestras preces,
pero tendrá más fuerza,
en la lucha, mi brazo,
si tus lágrimas cesan”.
Azules como el cielo
y tan hermosos eran
esos ojos que en mi alma
acrecen hoy la pena.
“Tranquilízate, madre;
París librado queda
de vandálica furia;

las huestes ¡cuán maltrechas
en la orilla del Marne!
ya humillarlo no intentan".
Con firme pulso, ufano,
en cariñosa esquela,
trazaba esos renglones
cuando, por vez primera,
le hirieron.

ELENA:

Y, en su pecho,
cual justa recompensa
de valor y de audacia,
brilló la cruz espléndida.
El nombre de Marcelo
leímos en gacetas
que, a cual más, encemiaron
su admirable proeza.

MARTA:

Y hoy, la nunca bastante
aborrecida guerra,
ese infernal engendro
del odio y la soberbia,
a perenne suplicio
¡qué atrozmente! condena
a mi hijo idolatrado.

ELENA:

Es muy justa tu queja;
mas, la gloria enaltece
a tu valiosa prenda.

MARTA:

Dos veces malhiriéronle
y, aun débiles sus fuerzas,
salió de la ambulancia,
volviendo a las trincheras.
Hasta que fué un inválido
dió ejemplo de entereza,
pues, entre tantos héroes
de abnegación excelsa,

CUADRO HEROICO

no habrá quien a la patria
con más ardor defienda.
Marcelo, en su semblante,
conformación demuestra
y jamás, de sus labios,
se oye la menor queja;
mas, su disgusto es grande,
nos dice con frecuencia,
de no poder de nuevo,
en la lucha tremenda,
ir a verter por Francia,
invadida y opresa,
hasta la última gota,
la sangre de sus venas.

ELENA:

Ayer, con los encantos
de veinte primaveras,
la noble frente erguía. .

MARTA:

Y hoy vas a ver, Elena,
su lastimoso aspecto
que asombra y desconsuela.
Si ha salvado la vida
por milagro en la guerra,
hundido está en la noche
de sus pupilas muertas,
y es sólo la memoria
la luz de su existencia.

ELENA:

¡Ay, Marta! Tu aflicción también lo es mía.
¡Qué de maldades inspiró el infierno
a los cerebros de enemigos crueles!
No bastan hierro y bronce en la matanza,
ni los gases que extienden la hecatombe.
Suben al cielo a desatar el rayo
y, en el seno del mar, crímenes urden,
al par que, con pertrechos formidables,
incendian catedral y biblioteca,

del culto y del saber, célebres joyas.
Leales hoy no son, cual antes fuéronlo,
las armas que envilece, en la porfía,
menos la mucha sangre derramada
que el inaudito exceso en el encono.
De atroces crímenes, progreso y ciencia
son obligados cómplices y su obra
más villano y terrible hace el ultraje.

MARTA:

¡Qué hipócritas su viejo Dios imploran!
Le piden protección mientras, doquiera,
van degollando a vírgenes y párvulos,
víctimas inocentes de verdugos
que su cultura colosal pregonan.

ELENA:

¡Desdichado Marcelo! De su suerte
no habrá quien no se duela; mas, tú Marta,
bendice al cielo pues no ha muerto tu hijo.
Piensa en el desconsuelo de las madres
que ignoran donde yacen los despojos
de los seres queridos que la muerte
les arrebató en tan tremenda lucha.
Mirando la desdicha de Marcelo,
no gimas tanto; aunque es inmensa, él vive,
y puedes, estrechándolo en tus brazos;
dar siempre algún alivio a su amargura.
Busca resignación en su alta gloria.
No olvido, nó, su gallardía hechicera
ni su viril jactancia el triste instante
que a la guerra marchó. ¡Cuán le queremos,
mi hija y yo! Tú lo sabes. ¡Pobre Luisa!
Perdió su alegre humor que era mi encanto
y su silencio y palidez me inquietan.
Muy triste está porque Marcelo sufre.

MARTA:

¡Cuán hondamente arraiga en ambos pechos,
desde la infancia, el fraternal cariño!

CUADRO HEROICO

ELENA:

Luisa a veros vendrá si su presencia
no te importuna en tan aciago día.

MARTA

¿Qué dices? Ella, importunarme ¡nunca!
Y hoy yo de nadie rechazara el bálsamo.
¡Querida Luisa, flor de aroma suave!
De mi Marcelo, peregrina hermana,
cuyo candor y gracia me cautivan.
Luisa prodigará muy dulces mieles
al héroe altivo, silencioso mártir,
y serán las palabras de sus labios
más eficaces que mi tierno acento.
Marcelo las oírás cual las de un ángel
que le consuela de no ver la aurora.

ELENA

Confiada en tu amistad, no dudé, Marta,
de que tu corazón así hablaría.
Luisa en breve vendrá: mas, a Marcelo,
mi conmiseración callándosela,
quisiera decir ya cuánto le admiro.

MARTA, (irguiéndose al par que Elena):

Voy a buscar a mi hijo y guiar sus pasos.
El apoyo de un brazo necesita.
Con su hermano quedó y a éste, que ha visto
brillar apenas diez y seis abriles,
el alma le enardece, repitiéndole:
"Marcha a tu vez, Luciano, a la frontera.
Para batirse, un fusil basta. El mío
tuyo será, ya que el destino adverso
de mi mano lo arranca y no permite
que luche hasta la muerte por la patria.
Somos hijos de Francia y a esa madre
también debemos profesar cariño,
mucho mayor si vemos que su frente
nublada está porque le invade el suelo,
sin piedad destrozándolo doquiera,
el pueblo que le envidia fama y gloria.

Niño, un héroe serás. Vuela a vengarla".
Y, desgarrado el corazón, escucho
que Luciano a Marcelo, a quien admira,
contesta: "Hermano, seguiré tu ejemplo".
¿Cómo impedir que vaya en pos de gloria?
El corazón materno ha de apartarse
para orar sólo y ni gemir siquiera
cuando, al grito lanzado por la patria.
a la matanza acuden los varones.

(Sale por el fondo).

ESCENA II

ELENA

¡Pobre madre! En mis abriles,
cuando un hijo pedía al cielo,
vivo fué mi desconsuelo
de que mis preces no oyera.
Le agradezco hoy que almas viles
no puedan causarme el duelo
de la madre de Marcelo;
mas, si yo un hijo tuviera,
viéranme ser la primera
que, a defender nuestro suelo,
le mandara a la frontera.

ESCENA III

ELENA, MARTA, MARCELO Y LUCIANO

Marcelo, guiado por Marta cuyos brazos le sostienen, entra por la puerta del fondo. Junto a él, del lado izquierdo, Luciano avanza. El vacilante andar de Marcelo, que está amputado del brazo derecho, es el de los ciegos que hace poco perdieron la vista. Tiene la cabeza envuelta con vendas. Viste el uniforme de la infantería francesa en campaña, menos el casco, y luce sobre el pecho la cruz de guerra. Al verle, Elena manifestará dolorosa impresión y llevará el pañuelo a los ojos.

CUADRO HEROICO

MARTA, muy tristemente:

Miras, Elena, a mi hijo
y él ya no puede verte.

MARCELO, con airosa energía:

Te engañas, madre mía.
No es tan negra mi suerte. (Dirigiéndose a Elena)
Señora, ¡qué afligido
veo vuestro semblante!
Pensáis que mi infortunio
ha de serme agobiante.
Caer de vuestros ojos
líquidas perlas miro,
igual que, de vuestra alma,
oigo el hondo suspiro,
aunque, por no afligirme,
lo guardáis en el pecho.
Gracias. Sois compasiva;
pero, más satisfecho
me diría si nadie
de mis males se apena.
¿Por qué compadecerme?
con un alma serena,
en tan lóbrega noche,
a mi patria contemplo
y, al resplandor de su astro,
mis amargas templo.
Porque aun más siempre, siempre,
irradiara brillante
doquiera al viento flote
su tricolor triunfante,
de un alma presurosa
y al sacrificio lista,
la luz diera cien veces
que han robado a mi vista.

(Marta le hará sentarse en el sillón que Luciano coloca detrás de su hermano quien queda, frente al público, entre Marta y Elena. Estas y Luciano permanecen en pie).

ELENA

Que mi corazón, Marcelo,
conmoviéndose, sufriera
porque, en una acción tan fiera,
no os ha protegido el cielo,
vuestra alma lo ha comprendido;
mi afecto por vos sabía;
mas, no es vulgar simpatía
la que inspiráis, héroe herido.
Sublime emoción se siente
como ante un sér castigado
por redentor que, allagado,
lleva una aureola en la frente.
Si Francia mira en el alma
de cada hijo igual coraje,
vengará pronto el ultraje
y será inmortal su palma.

MARCELO:

El deber patrio, señora,
sencillamente cumplí.

ELENA

¡Llor a quien, sin demora,
lo sabe cumplir así!

MARCELO:

No habrá quien no apure el paso
por temor de cumplir tarde
y de merecer acaso
el oprobio del cobarde.
Al ver a Francia doliente
y a un mortal peligro expuesta,
no hay ni un hijo indiferente.
Su amor ¿quién no manifiesta?
Respiran todos venganza
y nadie teme el suplicio.
Se va, fiero, en la pujanza,

CUADRO HEROICO

por la patria, al sacrificio.
De cualquier alma francesa
el grito, en la lid salvaje,
hoy, únicamente expresa
abnegación y coraje.
¡Oh, Patria! Tu excelsa gloria,
—cuando sus notas derroche
el himno de la victoria,—
luminosa hará mi noche.

ELENA

Y, del corazón de Francia,
el noble acento profundo
con perenne resonancia
dirá vuestro nombre al mundo.

LUCIANO, resueltamente:

Batiéndome cual mi hermano,
ceñir sus laureles quiero
y, con vigorosa mano,
ser, del triunfo, un buen obrero.

MARCELO:

¡Bien, Luciano!

LUCIANO

Madre mía,
lo exigen deber y honor.

MARTA

Cuando la fortuna impía,
placiéndose en mi dolor,
del sol de la primavera,
roba a tu hermano la luz,
creí que aliviar pudiera
tu piedad filial mi cruz,
y, en tu exaltación sin freno,
con patriótica embriaguez,
hundir la espada en mi seno
quieres, Luciano, a tu vez.
¡Niño, aun es débil tu brazo!

VICTOR M. RENDON

LUCIANO

Que mi alma arde varonil
lo haré ver en breve plazo
cuando descargue el fusil,
vengando a Francia, a Marcelo,
no menos valiente que él.

MARTA

En tan prematuro anhelo,
teme un destino más cruel.

LUCIANO

En cualquier parte, cada hora,
la muerte acecha al varón
y, si he de morir, señora,
en la florida estación,
que sea por Francia, ansiando
más gloria en su porvenir.

MARCELO:

¡Oh, madre! Atiéndele cuando,
cual debe, quiere cumplir.

MARTA

¿Acaso, en su heroica empresa,
pudiera otra cosa hacer?

ELENA

¡Jamás! Porque eres francesa.

MARTA

Mi primogénito ayer
acudió a tu voz, ¡oh, Francia!,
sin piedad por mi dolor
y hoy, al salir de la infancia,
hará igual mi hijo menor.
Te lo entrego, patria mía.
¡Ay! Quiérale Dios guardar
ileso hasta el fausto día
que torne al materno hogar.

CUADRO HEROICO

LUCIANO

Gloria a ti, ¡madre adorada!
Marcelo, con qué placer,
que en mis venas bulle airada
tu misma sangre, haré ver.

MARTA, a Elena:

Triste, su entusiasmo escucho
e inmenso es mi patrio amor.

ELENA:

Pero ya has sufrido mucho.

MARTA, alzando los ojos al cielo:

¡De mí, ten piedad, Señor!

MARCELO:

¡Indecible delicia que, en el alma
del lisiado infeliz,
penetra y, de profunda herida, calma
la viva cicatriz!
Recompensado estoy por ti, Luciano,
de cuanto sufrí ya.
Más cerca, ven. Quiero estrechar la mano
que el arma empuñará.

(Luciano se acerca y le da la mano que Marcelo estrecha con la izquierda hasta que termina el parlamento).

Y, luego, airoso, vete, corre, vuela
a gozar la fruición
que, al aire libre, embriaga al centinela
mientras ruge el cañón.
Las acciones famosas con que, en vano,
tantas veces soñé,
tu las realizarás, querido hermano,
con más vigor y fe.
Verás, bajando a la trinchera oscura,
tendido en su fangal,
cuál la gloria te brinda la dulzura
del beso maternal.

Suena la carga, flota la bandera
y el bello tricolor
enardece al soldado en su carrera
hacia el cruel invasor.
Entre tinieblas de humo y de metralla
tú seguirás su luz
y, en tu pecho, después de la batalla,
irradiará la cruz.

LUCIANO

¡Qué digno seré de ella, si imito bien tu ejemplo!

MARTA:

¡Su ejemplo!

LUCIANO

¡Madre mía! Perdona a tu Luciano.

Al abrirme la gloria las puertas de su templo,
tu corazón mañana oíré latir ufano.

¡Al fin logré mi empeño!

MARCELO:

¡Mi anhelo se ha cumplido!

MARTA:

¡Señor, a tus designios sométome de hinojos!

LUCIANO, a Elena:

Para ir a sentar plaza, Madama, me despido.

(Abre la puerta lateral para salir y se detiene, diciendo):

Madre, alguien llega... Es Luisa

MARCELO:

¡Gran Dios! Luisa y mis ojos
no pueden contemplarla.

ELENA, a Marcelo:

¿Prefiere que otro día?...

MARCELO:

¡No! ¡No! Dejádla que entre. Que venga desde luego
la que era de mis ojos encanto y alegría.

¡Sólo ahora sé el horrible suplicio de ser ciego!

CUADRO HEROICO

ESCENA IV

MARTA, ELENA, MARCELO Y LUISA

Luciano vase después de haber dejado pasar a Luisa que, vistiendo traje de enfermera de la Cruz Roja, se dirige rápidamente hacia Marcelo cuya mano toma en las suyas, al arro-
dillarse a su izquierda.

LUISA, profundamente conmovida:

¡Marcelo! ¡Buen Marcelo! Inmejorable amigo,
tu pobre Luisa llega doliéndose del daño
que por heroico sufres. ¡Qué inicuo y cruel castigo!
El cielo no ha escuchado mis preces. ¡No; me engaño!
A medias me ha atendido, guardándote la vida.
Hoy, cuán en vano, uniendo mi ruego a mi reproche,
le pido que a tus ojos vuelva la luz perdida
y condene los míos a sempiterna noche.
Algo extraño me ocurre mientras tu mano estrecho.
Callártelo debiera. Siento que, aunque tu suerte
muchísimo me aflige, late alegre mi pecho
porque de ti, Marcelo, ya se alejó la muerte.

MARCELO, muy tristemente:

¡Ay, Luisa! ¿Por qué quieres que, de mis tristes días,
el término entre sombras profundas se retrase?
Valor tuve hasta ahora que supe que venías.
Trémulo, de tus labios oí la tierna frase;
mas, no pueden mis ojos contemplar tus facciones
ni ver en tus pupilas la luz de tu alma hermosa.
¿Qué otro peor suplicio forjaron los sayones?
No verte, nunca, nunca. Preferible es la fosa.

LUISA:

Marcelo, ¡no prosigas!

MARTA:

¡Pobre hijo! El sufrimiento
cuán vivo le enajena.

ELENA:

Quien sufre no medita.

VICTOR M. RENDON

MARCELO:

¡No verte, Luisa mía! ¿Dónde hay mayor tormento?
¿Qué halagos me prometes? ¡oh, noche atroz, maldita!

LUISA:

Cálmate, Marcelo mío;
de tu profunda aflicción
el horrible desvarío
desgarra mi corazón.
Soy tu cariñosa hermana
y en tu memoria, a placer,
podrás contemplar mañana
mis facciones como ayer.
Lozanas, cual las veías,
ya vieja yo, las verás
sin que las arrugas mías
tus ojos miren jamás.

MARCELO:

¡Perenne noche doquiera!
y, en breve, el hado feroz,
porque grata a mi oído era
me robará hasta tu voz.
Por la razón sometida
a la inconstancia, ¡oh, mujer!,
te alejarás de mi vida
en pos de un nuevo querer.

LUISA:

¿Qué escucho? ¿Eres tú, Marcelo,
quien me ofende hablando así?
¡Cuán grande es tu desconuelo
que puedes dudar de mí!

MARCELO:

Callando el duelo, sufriría
de no ver ya el cielo azul,
ni alegre nacer el día
al flotar, del alba, el tul,
ni floridos los pensiles,
ni el bosque reverdecer,

CUADRO HEROICO

ni las maravillas miles
que creó el Supremo Sér,
reflejadas en las olas
como en un claro cristal.
Entre tinieblas, a solas,
logré soportar mi mal
y fuí impasible en exceso
porque, no pudiendo ver
a mi madre al darle un beso,
supe el llanto contener.
¡Vano orgullo de ser fuerte,
guardando serenidad!
Al escucharte, sin verte,
quebróse mi voluntad
y tan cruel me fué ese instante
la privación de la luz
que sentí cuán agobiante
es el peso de mi cruz.

LUISA:

Más leve será su peso
si la cargamos los dos.
¡Qué cariño te profeso,
sábelo bien sólo Dios!
Mi brazo siempre en tu vida
un tierno apoyo ha de ser
y, en tu senda obscurecida,
guiará tus pasos doquier.

(Dirigiéndose a Elena que asiente con la cabeza):

¿Consientes, madre?

(Dirigiéndose a Marta):

Señora,
pues me honra su estimación,
¡cuán tiernamente os implora
la venía mi corazón!

MARTA

¿Cómo no he de complacerte
y bendecirte también?

VICTOR M. RENDON

Tu brazo, al par que más fuerte,
será un más grato sostén.

MARCELO:

Consentir fuera egoísmo
y no lo consiento, nó.

LUISA:

A tu frente, el heroísmo
verdes laureles ciñó,
realzando su hermosura.
Rechazarme tú ¿por qué?
Con orgullo y con ventura,
tu compañera seré
y así sabrás que la gente,
revelando su emoción,
dice, silenciosamente,
al ciego su admiración.
Tu mano a mi mano unida,
sin ir de prisa jamás,
para contemplar la vida
con mis ojos mirarás.
Una por una, las cosas
te haré ver con precisión,
los matices de las rosas,
las galas de la estación,
los áureos rizos de infantes
y, de Francia, el esplendor
cuando sus hijos, triunfantes,
encumbren al tricolor.

MARCELO, irguiéndose al par que Luisa:

De tu invariable ternura,
torpe dudé, Luisa mía.
Tu abnegación y dulzura
llenar mi alma de alegría.
¡Qué Dios premie tu bondad,
tu peregrina virtud,
ángel de la caridad,
la flor de mi juventud!



PERIQUIN O LA NOCHE SABROSA

No ignoro que en la ambulancia
eres tú la providencia
de héroes heridos de Francia
que bendicen tu asistencia;
pero, en mi horrenda amargura.
¿cómo acariciar podía
sueños de sin par ventura
que tu piedad me daría?
Rasgando tu amor el velo
de mi vista, no hay ya en ella
noche eterna. Veré el cielo,
¡oh, Luisa! al ser tú mi estrella.

Chamonix,

31 de Agosto de 1917.

TELON



VII

PERIQUIN o la NOCHE SABROSA



A LA BENEFICA SOCIEDAD

JOSE JOAQUIN DE OLMEDO

que, con las Alumnas de su Escuela-Taller, dirigida por la benemérita Directora-Profesora señorita Francisca Hernández y Roca, hizo estrenar PERIQUIN o la NOCHE SABROSA, en el Teatro Olmedo de Guayaquil, el 21 de Enero de 1925 y, especialmente, a su altruista Presidente, el insigne profesor de la Escuela de Medicina, Sr. Dr. Dn. Juan Bautista Arzube Cordero, fundador de la Casa Cuna, dedico este sainete, en homenaje de admiración, aprecio y gratitud.

Guayaquil, 20 de Enero de 1925.

Víctor M. Rendón.

PERIQUIN o la NOCHE SABROSA

sainete, en un acto y en prosa, estrenado en el Teatro Olmedo de Guayaquil, el 21 de enero de 1925, por las Alumnas de la Escuela—Taller de la SOCIEDAD JOSE JOAQUIN DE OLMEDO, dirigida por la renombrada profesora señorita Francisca Hernández y Roca. El reparto fué el siguiente:

DOÑA PIEDAD ROSAS DE IGLESIAS, 55 años.

Sta. Clara María Carbo

PEPITA, su nuera, 20 años. Sta. Francisca Sánchez

ANITA, nieta de doña Piedad, 12 años. Sta. Lucrecia Obando

SERAFINA, doncella de Pepita, 22 años. Sta. María Murillo

FELIX, hijo de doña Piedad, esposo de Pepita, 25 años.

Sta. Angela Ernestina Menéndez

JUAN, 30 años, jardinero, guarda del OASIS.

Sta. Alejandrina Guerra.

La acción se desarrolla en el OASIS, campestre finca de Félix y Pepita, no muy distante de París y, andando, a una hora de Curvalínea, en las inmediaciones del Sena. Son las ocho de la noche, el 27 de diciembre de 1915, cuando el telón se alza.

PERIQUIN fué representado, el 8 de diciembre de 1925, en la Escuela Fiscal CALIXTO ROMERO, de SAMBORONDON, por la benemérita Directora, señorita Ana J. Salazar D. y sus inteligentes Alumnas, a beneficio del Cuerpo de Bomberos, con el reparto siguiente: Doña Piedad, Sta. Adelaida Alarcón; —Pepita, Sta. Rosita López R.; —Anita, Sta. Amalia Montalvo; —Serafina, Sta. N. N.; —Félix, Sta. Anita Montalvo; —Juan, Sta. Ana J. Salazar D.

PERIQUIN fué representado igualmente por la JUVENTUD PASEÑA, bajo la ilustrada dirección del señor párroco de Pasa, doctor don R. Ignacio Calderón, el 24 de diciembre de 1927.

PERIQUIN ha sido llevado a la escena, el 18 de diciembre de 1936, por el Comité de Padres de Familia de la escuela fiscal SIMON BOLIVAR, N° 36, en el Teatro Infantil VICTOR MANUEL RENDON, anexo al plantel. Sus intérpretes fueron: señora doña Victoria A. de León; señorita Victoria Navas A.; señor Saúl León A.; niñas María de Lourdes León, Antonina Landívar; señor Numa Landívar.

PERIQUIN

O LA NOCHE SABROSA

ACTO UNICO

Un dormitorio con su cama y muebles sencillos. —Una mesita y, sobre ellas, un timbre. —En el centro de la pieza, del lado izquierdo, en sesgo, un canapé. —Frente a éste, un sillón y una silla mecedora, la que estará a la derecha de aquél. —Cerca de la cama, un reclinatorio, al pie de un cuadro con la imagen de la Virgen, que cuelga de la pared. —En el foro, puerta amplia que, cuando la abren, deja ver una alcoba donde, frente al público, hay un mueble lavabo con su correspondiente recado de tocador y dos toallas. —Un balde, al pie de dicho mueble. —Puerta lateral derecha y, del mismo lado, cerca del público, una ventana de vidrios, que permanece cerrada.

ESCENA I

DOÑA PIEDAD Y ANITA

Ambas entran por la puerta lateral derecha. Doña Piedad se apoya al hombro de Anita.

DOÑA PIEDAD: — Estoy rendida de cansancio... (Bosteza): ... muerta de sueño.

(Se sienta en el canapé).

ANITA: — Son apenas las ocho de la noche, mamacita.

DOÑA PIEDAD: — No importa... Muy bien hice, Anita, en decir a mis hijos que no se prolongara la velada.

ANITA: — Porque desea gozar de un largo descanso.

DOÑA PIEDAD: — Y muy completo... En este OASIS, como tus tíos llaman a su tranquila casa de campo, me he propuesto dormir doce horas seguidas hoy que vine, huyendo de París donde, desde que raya el alba hasta tarde en la noche, no consigo ni un minuto de descanso.

ANITA: — Porque usted, querida mamacita, se levanta antes que el sol para ir a misa y, durante el día, prodiga demasiado su

PERIQUIN O LA NOCHE SABROSA

actividad entre obras piadosas, labores manuales para las ambulancias y visitas a familias desvalidas.

DOÑA PIEDAD: — Hoy, más que nunca, hay que socorrer y consolar a viudas y huérfanos.

ANITA: — También se da tiempo para concurrir a los Comités de Damas filantrópicas. Todos quieren que, en sus respectivos Directorios, figure el nombre de la caritativa doña Piedad Rosas de Iglesias.

DOÑA PIEDAD: — No puedo negarme. Sería descortesía é ingratitud.

ANITA: — A pesar de sus muchas ocupaciones humanitarias, no descuida ni un instante la educación de su huerfanita nieta... (Conmovida): ¡Cuánto se lo agradezco! ¿Cómo manifestárselo? Sólo queriéndola muchísimo. (La abraza).

DOÑA PIEDAD, conmovida, abrazándola: — Quíreme mucho, sí, muchísimo; pero, no por lo que hago contigo. Es una cosa muy natural... En tus caricias tengo mi alegría, mi más grata fruición... (Se yergue): Basta ya de perder, charlando, dulces momentos de sueño. Félix y Pepita estarán durmiendo.

ANITA: — Oí a mi tío declarar que de perillas le venía que, al levantarnos de la mesa, nos retiráramos a nuestros cuartos.

DOÑA PIEDAD: — ¡Claro! Antier la misa del gallo y la cena de Navidad les prolongaron demasiado la velada, y anoche, estuvo hasta la madrugada, conduciendo heridos en su automóvil desde la estación a las ambulancias. ¡Maldita guerra! ¿Cuándo terminará, Dios mío?

ANITA: — Si usted va a rezar tan largo como cada noche lo hace, perderá un gran rato de su anhelado descanso.

DOÑA PIEDAD: — Por ningún motivo consentiría en abreviar mis oraciones. Son tantas las almas de deudos y amigos difuntos, de desdichadas víctimas de la espantosa guerra universal por las que todos debemos orar a Dios.

ANITA: — Bueno. La dejo a sus preces.

DOÑA PIEDAD: — No olvides las tuyas, ya que hoy no rezamos juntas.

ANITA: — Pierda cuidado. Que tenga un gratisimo sueño, sin pesadilla, para que descanse sabrosamente. Hasta mañana, querida mamacita.

(Se acerca y la besa).

DOÑA PIEDAD, devolviéndole el beso: — Hasta mañana, hijita. Duerme, tú también, tranquilamente, soñando con los ángeles. ... (Anita abre la puerta del foro)... Ten cuidado, Anita, no metas ruido. El cuarto donde tus tíos duermen está debajo del tuyo.

ANITA, riéndose y andando de puntillas: — Andaré sobre las puntas de los pies. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

(Penetra en la alcoba y cierra la puerta).

ESCENA II

DOÑA PIEDAD

¡Qué bien dijo el gran poeta francés la delicia de ser abuela! El corazón materno, si no quiere más a los nietos que a los hijos, tiene reservado a los hijos de los hijos un mayor caudal de tierna indulgencia y ¡qué contento se los prodiga! cuando los nietos son, como mi Anita, dóciles y cariñosos, mие sobre hojuelas, muy a gusto se les mima... Mas, no es oportuna la hora para enternecerse... (Mira su reloj-pulsera): Las ocho y media. ¡Jesús! ¡Cómo pasa el tiempo!... A rezar y a la cama...

(Se arrodilla en el reclinatorio, se persigna y empieza a orar. De repente, oye golpear a la puerta por donde Anita salió).

ESCENA III

DOÑA PIEDAD Y ANITA

ANITA, asomando la cabeza por la puerta que entreabre: — ¡Mamacita! ¡Mamacita! ¿Puedo entrar?

DOÑA PIEDAD, irguiéndose: — Entra. (Anita en el umbral de la puerta que abre, se ríe)... ¿Todavía tú? ¿Por qué no te has acostado?

ANITA, procura contener la risa: — Mamacita, venga pronto. Se ha inundado mi cuarto. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

DOÑA PIEDAD: — ¡Dios santo! ¡Vaya una hora para idear travesuras!... (Anita se ríe más)... ¿Y por eso te ríes?... (Anita se ríe aún más)... ¿Qué has hecho?

PERIQUIN O LA NOCHE SABROSA

ANITA, siempre riéndose: — Tropecé con el jarro lleno de agua y se derramó. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

DOÑA PIEDAD: — ¡Dale con reírte, como si fuera una gracia! Vamos a remediar el daño... Dormiré cuando pueda... (Al llegar al umbral de la alcoba, mirando el suelo): ... ¡Jesús, cuánta agua!... Hasta aquí ha corrido... Hay que separar el lavabo de la pared. Ayúdame, Anita... ¡Virgen Santísima, qué pesado bicho!... (Sueltan el mueble).

ANITA: — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

DOÑA PIEDAD: — ¿Hasta cuándo te ríes? ¡Cállate, muchacha! Me pones nerviosa y vas a despertar a tus tíos... (Colocan el lavabo junto a la pared del cuarto de doña Piedad)... ¡Uf!... Ya está el mueble separado; ahora a secar.

ANITA, siempre riéndose: — Recójase las faldas, mamacita.

DOÑA PIEDAD, recogidoselas y asiendo, luego, una de las toallas del lavabo: — Seca, tú, con la otra toalla... (Se pone, en cuclillas, a secar el piso, en el umbral de la alcoba): ... Heme convertida, por tu culpa, en una fregona.

ANITA, con la otra toalla en la mano: — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... (Conteniendo la risa): ... ¡Pobre mamacita!... (La abraza y, en cuclillas, frente a doña Piedad, seca igualmente el piso, en el umbral de la puerta. Ambas exprimen las toallas en el balde).

DOÑA PIEDAD: — En buena hora, halagos... ¡Con tal que el agua no se infiltre en el piso y vaya a gotear en el cuarto de mis hijos!

ANITA: — Como afuera está diluviando, creerán que les llueve. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

DOÑA PIEDAD: — Eres incorregible... Mientras te desternillas de risa ¡ay! cómo me duelen los lomos... Ya no puedo agacharme.

(Anita la ayuda a levantarse, mientras doña Piedad sigue gimiendo).

ANITA, risueña: — Mamacita, tiene encharcados los zapatos.

DOÑA PIEDAD: — Buen catarro me harás pescar... Ya que el piso está seco, arrimemos el lavabo a la pared... (Ambas lo levantan para ponerlo donde estaba en el cuarto de Anita): ¡Ayayay!... Me parece ahora más pesado.

ANITA: — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

DOÑA PIEDAD, volviendo a su cuarto: — ¡Que no se te ocurra otra diablura! Acuéstate.

ANITA, desde la puerta de su cuarto, sin reírse pero risueña: — Gracias, mamacita, y perdóneme.

DOÑA PIEDAD: — ¡Duérmete, sin repicar más las castañuelas, cara de Pascua!

ANITA: — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

(Entra en su cuarto y cierra la puerta).

ESCENA IV

DOÑA PIEDAD

¡Una hora de sueño perdida! ¡Vaya, por Dios! Descansaré en cuanto termine mis oraciones.

Se arrodilla en el reclinatorio y empieza a rezar, después de persignarse. Tras un breve instante, se oye golpear a la puerta lateral derecha. Doña Piedad se hace la sorda y se tapa los oídos con las manos. Vuelven a golpear, más recio. Alzando la mirada al cielo:

¡Bendito sea el nombre de Jesús!... ¿Quién es?

ESCENA V

DOÑA PIEDAD Y FELIX

FELIX, asomando la cabeza: — Soy yo, mamita. ¿Se puede entrar?

DOÑA PIEDAD, irguiéndose: — Adelante.

(Félix entra vestido de pijama).

FELIX, cariacontecido: — Perdóname que te importune. Vengo a enterarte de lo que ocurre.

DOÑA PIEDAD: — ¡Y yo que os envidiaba, figurándome que estábais durmiendo! Dios mío, ¿qué pasa? ¿Nos amenazan otra vez los zepelines?

FELIX: — No te alarmes.

DOÑA PIEDAD: — Expílicate pronto. (Se sienta).

FELIX: — ¿No has oído voces y lamentos?

(Los perros ladran en el jardín).

PERIQUÍN O LA NOCHE SABROSA

DOÑA PIEDAD: — Lo que oigo son las voces de los perros. Si no cesan los ladridos, también me impedirán que duerma.

FELIX: — Se han alborotado con el imprevisto jaleo nocturno.

DOÑA PIEDAD, irguiéndose: — Pero ¿hay ladrones? ¿Han asesinado a alguien?

FELIX: — No es eso... Nos estábamos acostando, Pepita y yo. De repente oímos pasos y voces en el jardín. Pasmado. bajé a indagar la causa del trastorno.

DOÑA PIEDAD: — ¡San Jacinto! Y ¿qué viste?

FELIX: — Hallé a Juan, nuestro jardinero y guarda, impaciente, colérico.

DOÑA PIEDAD: — ¿Se había vuelto loco? (Se sienta).

FELIX: — La que lo estaba era la Juliana, su mujer, que, sin escuchar buenas razones ni súplicas, se largó, derramando lágrimas, como una Magdalena.

DOÑA PIEDAD: — Le pegaría su marido tras una borrachera y huía de los golpes.

FELIX: — Juan no bebe y quiere mucho a su Juliana. Esta va, corriendo por la carretera.

DOÑA PIEDAD: — ¡Y está lloviendo recio! ¡Qué noche tan oscura y fría!

FELIX: — La lobreguez de la carretera inspira pavor desde que, en previsión de un bombardeo aéreo, apagan todos los faroles. Juliana está expuesta no sólo a enfermarse, también a un mal encuentro. Hace poco, dos malandrines intentaron por allí darme un garrotazo.

DOÑA PIEDAD: — ¡Ave María Purísima! ¿Cómo ha perdido el juicio esa mujer?

FELIX: — Por amor materno. Periquín, su único hijo, muy mimado y consentido, no ha regresado de Curvalínea adonde fué esta tarde a visitar a sus tíos.

DOÑA PIEDAD: — Más de una hora hace que llegó de esa población el último tranvía.

FELIX: — Así es. Por eso mismo se le antojó a Juliana que el chico perdió el carro y viene, andando y corriendo igual peligro que el que su marido teme por ella.

DOÑA PIEDAD: — ¿Qué distancia hay entre esta quinta y aquel pueblo?

FELIX: — Una hora a pie, un cuarto de hora en automóvil y se atraviesa el bosque de San Germán.

DOÑA PIEDAD: — En su descabellado propósito, puede suceder a esa inquieta madre que se cruce con su Periquín, sin verle, en las tinieblas densas de tan desapacible noche.

FELIX: — Lo mismo pensamos su marido y yo.

DOÑA PIEDAD: — Le reiremos la gracia a esa Juliana de espantarnos el sueño. Supongo que no querrás acostarte sin conocer el desenlace de la tragi-comedia.

FELIX: — No hay más remedio. Del desatino ajeno, sufriremos nosotros las consecuencias.

(Por la puerta lateral derecha, que cerrará después de entrar, Pepita se presenta con elegante bata y gorra de encajes).

ESCENA VI

LOS MISMOS Y PEPITA

DOÑA PIEDAD: — ¿Cómo? ¡Tú también! ¿Fuera de la cama?

PEPITA: — No tuve ánimo para permanecer acostada... (Bostozando se acurruca en la mecedora): ¿Qué le parece, mamita, tan inopinado disgusto?

DOÑA PIEDAD: — ¡Bravo chasco! Lo del carnero encantado: ir por lana y volver trasquilado... Vine a disfrutar entre vosotros de completo descanso y me regaláis con toros y cañas.

(Félix y Pepita se ríen. Luego, hacen como si escucharan).

FELIX: — Oigo pasos.

PEPITA, algo asustada: — Alguien sube la escalera.

DOÑA PIEDAD: — Hay broma para rato.

(Se oye golpear a la puerta lateral izquierda; Félix va y la abre. El jardinero Juan se presenta, se quita la gorra y, mientras habla, le da vueltas).

ESCENA VII

LOS MISMOS Y JUAN

FELIX: — ¡Ah! Es usted Juan. ¿Qué desea?

PEPITA: — ¿Ha regresado su mujer?

JUAN, adelantándose tímidamente: — ¡Quiá! Cuando a esa se le mete algo entre ceja y ceja... No, señorita. ¡Qué ha de volver!

FELIX: — Diga, pues, lo que ocurre.

JUAN: — Que no puedo consentir en que Juliana recorra sola esa desierta carretera... (Rascándose la cabeza): Vengo a pedir permiso para marchar tras ella.

PEPITA: — Eso faltaba, que nos deje la casa sin guarda.

JUAN: — La señorita comprenderá que, por muy terca, Juliana no deja de ser, al fin y al cabo, mi mujer.

DOÑA PIEDAD: — Tiene razón. Dejarle que cumpla con su deber.

FELIX: — Preciso es, para evitar a usted y a Juliana un percance, que yo le acompañe.

JUAN: — Eso no, don Félix.

FELIX: — Vaya y aliste el automóvil.

JUAN: — Es usted muy bueno.

FELIX: — Rodaremos juntos en busca de Juliana y Periquín.

JUAN: — ¡Dios se lo pague!.. En seguida estará listo el coche.

(Sale por la izquierda).

ESCENA VIII

LOS MISMOS, MENOS JUAN

PEPITA a Félix: — ¡Qué barbaridad! Vamos a quedarnos solas y la casa sin un varón.

FELIX, sentándose en el sillón, al lado de ella, riéndose y dándole palmadas en el hombro: — Supongo, Pepita, que no querrás que todos vayamos en busca de Periquín... (A doña Piedad): ... Eres tan buena, mamita, que me harás el favor de acompañar a Pepita hasta que yo regrese.

DOÑA PIEDAD: — Con mucho gusto lo haré.

FELIX: — Perdóname que, al imponerte esta molestia, postergue involuntariamente el momento de tu ansiado sueño.

DOÑA PIEDAD: — ¡Qué disparate! No hay tal molestia. Márchate tranquilo: pero, ¡por todos los santos del cielo! no volváis sin ese granuja de Periquín, a quien, de mil amores, daría un buen tirón de orejas.

PEPITA: — Requetebién haría. Periquín es un diablillo de doce años, indócil y travieso. Merece buenos azotes, y cuenta siempre con la impunidad por la excesiva indulgencia materna.

FELIX: — Hace novillos, los más de los días, en compañía de otros pilluelos, y mata pájaros en sus nidos o pasa las horas con el anzuelo a orillas del Sena.

PEPITA: — Una tarde del verano anterior, se retrasó tanto en volver a casa que Juliana, no menos angustiada que hoy, pasó amargos momentos, ya anochecido, buscando las huellas de su hijo en el margen del río.

FELIX: — ¡Cómo gemía, temiendo que hubiera perecido ahogado!

DOÑA PIEDAD: — Compadeciera a Juliana, si no se buscara ella misma las jaquecas por educar pésimamente a su Periquín.

(Se oye la bocina del automóvil).

FELIX: — Ya está listo el automóvil. No hay tiempo que perder. Me pongo el impermeable y a rodar.

PEPITA, irguiéndose: — Abrígate bien.

DOÑA PIEDAD: — No des demasiado vuelo a la máquina.

PEPITA, abrazándolo: — Vuelve pronto.

FELIX: — Apenas topemos con Periquín.

(Sale por la izquierda).

ESCENA IX

DOÑA PIEDAD Y PEPITA

PEPITA, mirando por la ventana: — ¡Vaya una noche atroz! ¡Cómo sacude el viento las ramas de los álamos!

DOÑA PIEDAD: — Oigo que la lluvia arrecia.

PEPITA: — Es un diluvio... Disparado va el automóvil. Con sus focos disipa, un breve instante, las tinieblas. ¡Dios quiera que Félix no pesque un buen constipado!

PERIQUIN O LA NOCHE SABROSA

DOÑA PIEDAD: — No te preocupes. Nada malo le sucederá. Hace una buena acción.

(Se oye lejana la bocina del automóvil).

PEPITA: — Aún se oye el clamor de la bocina... Con la celeridad que lleva no tardará en dejar atrás los tres villorrios que nos separan de Curvalínea.

DOÑA PIEDAD: — Tiene que pasar dos puentes sobre el Sena antes de llegar allá. ¿Verdad?

PEPITA: — Sí, mamita... Tardarán bastante hasta estar de regreso.

DOÑA PIEDAD: — Para que el tiempo nos parezca menos largo, recemos. Así evitaremos, tal vez, las cabezadas.

(Se yergue).

PEPITA, mirando fijamente por la ventana: — ¡Ay, mamita!

DOÑA PIEDAD, sobresaltada: — ¿Qué te pasa?

PEPITA: — Mire esa luz que acaba de encenderse en el jardín, cerca de la verja.

DOÑA PIEDAD, acercándose a mirar por la ventana: — Parece que brilla en la portería.

PEPITA: — ¡Jesús! ¿Alguien se habrá metido allí?

DOÑA PIEDAD: — No veamos visiones, Pepita. Quizá estaba encendida desde que Juan se marchó y no habías reparado en ello.

PEPITA: — Así será... Juan se habrá olvidado de apagarla. ¡Dios quiera que no penetre allí una ráfaga que haga caer la vela y prenda fuego!

DOÑA PIEDAD: — ¡Déjate de malos presentimientos! No falta-
ría sino un incendio para completarnos la fiesta.

PEPITA: — Opino que convendría ir a soplar esa luz. ¿Qué le parece?

DOÑA PIEDAD: — A prudente nadie me gana... Algo nerviosa te veo... Para tu tranquilidad, ordena a la doncella que vaya y la apague.

(Se sienta).

PEPITA: — Eso es, voy a llamarla.

(Hace vibrar el timbre que está sobre la mesa. Serafina se presenta por la puerta lateral izquierda).

ESCENA X

LS MISMAS Y SERAFINA

SERAFINA: — ¡Mandan algo?

PEPITA: — Serafina, en la portería, Juan dejó encendida una vela. Vaya y apáguela.

SERAFINA, asustada: — ¡Jesús! ¡Que vaya sola! Perdóneme la señorita si no la obedezco. Soy muy miedosa. No me arriesgo a atravesar el jardín oscuro y desierto.

DOÑA PIEDAD, sin entusiasmo: — Bueno, iremos las tres, aunque, en verdad, la nohecita no está que invite a recrearnos con un paseo bajo los árboles.

PEPITA, cariñosa: — No me perdonaría, mamita, que usted pescara un enfriamiento por culpa mía. Quédese detrás de los vidrios de la ventana, sin perdernos de vista, eso sí, por si algo ocurre.

DOÑA PIEDAD: — Te confieso, Pepita, que, como los perros no me conocen, temo que se me echen a mordirme. No me haga la idea de ser su presa.

PEPITA, riéndose: — ¡Qué ocurrencia, mamita! Son dóciles a mi mando y me obedecerán en cuanto les hable. Menos tranquila iría si no contase con que, en un caso apurado, sabrán defenderme.

DOÑA PIEDAD, sin ánimo: — Entonces, ¿voy contigo?

PEPITA, afectuosamente: — De ningún modo consiento en que me acompañe.

DOÑA PIEDAD, aparentando resignación, pero complacida: — Ya que te empeñas... Me quedaré, mirando los toros desde la barrera.

PEPITA, a Serafina: — Serafina, encienda un farol y aguárdeme abajo.

SERAFINA: — Muy bien, señorita.

(Sale por la puerta lateral izquierda).

ESCENA XI

DOÑA PIEDAD Y PEPITA

PEPITA, mirando por la ventana: — Felizmente, llueve menos.

DOÑA PIEDAD, irguiéndose: — Abre un paraguas.

PEPITA: — Hay mucho viento. Voy a ponerme el impermeable.

DOÑA PIEDAD, acompañándola hasta la puerta y dándole una palmada en el brazo: — Hasta luego.

(Pepita sale por la puerta lateral derecha).

ESCENA XII

DOÑA PIEDAD Y ANITA

(Apenas Pepita sale, la puerta del fondo se abre y Anita entra con enrizadores en el cabello suelto sobre un largo camisón de dormir. Tiene los pies desnudos en babuchas de seda. Doña Piedad, al volver la cara, después de despedir a Pepita, ve a Anita).

DOÑA PIEDAD, con viva sorpresa: — ¿Qué es esto? Te creía dormida... ¿Por qué saliste de la cama? Vuelve pronto a acostarte.

ANITA, risueña: — Desde que la bocina del automóvil me despertó, no puedo cerrar los ojos... Oí que mi tía bajaba al jardín... Como usted se queda sola, vine a acompañarla...

DOÑA PIEDAD: — ¡Zalamera! Debo agradecerte tu comedimiento... Más ganas tengo de regañarte por tu presencia... ¿Será hija del miedo o de la curiosidad?... Ambas cosas me disgustan... (Anita pone cara compungida)... Vuelve a la cama. (Se sienta en el sillón).

ANITA, como una niña consentida: — Déjeme a su lado hasta que mi tía vuelva.

DOÑA PIEDAD: — Bueno... Siempre he de hacer tu voluntad.

ANITA, abrazándola efusivamente: — Es usted la mejor de las mamacitas.

DOÑA PIEDAD: — Ponte la bata. La temperatura está muy fría y puedes enfermarte.

ANITA: — Vuelvo, en seguida.

(Sale, brincando, por la puerta del foro).

VICTOR M. RENDON

DOÑA PIEDAD: se yergue, frotándose las manos y va hacia el canapé donde hay un abrigo de pieles, se lo pone y regresa a sentarse en el sillón que ocupaba: — ¡Sí, que hace frío!... Como siempre en Navidad.

(Ladran los perros en el jardín. Anita vuelve por la misma puerta, vestida con una bata sencilla).

ANITA, yendo de prisa a la ventana: — ¡Cómo ladran los perros!

DOÑA PIEDAD: — Dije a Pepita que se alborotarían.

ANITA, mirando por la ventana: — Los llama, diciendo: ¡Silencio, Sultán! ¡Silencio, Nerón! Le obedecen.

DOÑA PIEDAD: — ¡Qué buena y valiente es mi nuera!

ANITA: — Se quedaron quietos... Dócilmente la siguen... La luz del farol brilla entre las plantas como un gran cocuyo... Ya llegan a la portería.

DOÑA PIEDAD, acercándose a la ventana y mirando: — ¿Por qué tardarán en apagar la vela?

ANITA: — ¡Qué curioso! La dejan encendida y van hacia la verja.

DOÑA PIEDAD, inquieta: — ¿Qué ocurrirá?

ANITA: — Se detienen en la puerta del jardín.

DOÑA PIEDAD, nerviosa: — Si tardan en volver, abro la ventana.

ANITA: — ¡No lo haga! Se zamparía aquí el viento.

DOÑA PIEDAD: — ¡Ah! Ya regresan.

ANITA, con asombro: — Pero ¡dejando encendida la vela en la portería!

DOÑA PIEDAD: — Oigamos lo que Pepita nos dice.

(Pepita entra por la puerta lateral izquierda).

ESCENA XIII

LAS MISMAS Y PEPITA

DOÑA PIEDAD, a Pepita: — Ibais a apagar la vela y vuelves, dejándola encendida. ¿Cómo es eso?

PEPITA: — Por la sencilla razón que la puerta está cerrada con llave. Felizmente, no hay rendija por donde el viento se cuele y así no hay peligro de un incendio... (Mirando a Anita)... ¿Tú aquí? ¡Y de esa facha!

PERIQUIN O LA NOCHE SABROSA

ANITA, llevando un dedo a los labios: — ¡Chito!... No me ha visto, tiita... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

DOÑA PIEDAD: — Si está muchacha empieza a reírse, no tendrá cuando acabar.

ANITA, fingiendo seriedad: — Ya estoy formalita para que no me mande a la cama.

DOÑA PIEDAD, a Pepita: — ¿Por qué ese antojo de ir a pasearos hasta la linde de la Alameda?

PEPITA: — Figúrese mi asombro al ver que la puerta de la verja estaba abierta. Fuimos a cerrarla y creció mi estupefacción al observar que el atolondrado Juan dejó, prendido en la cerradura, el manojo con todas las llaves de la finca.

DOÑA PIEDAD: — ¿Cómo dudar de que hay una Providencia? Si acierta a pasar algún bribón, se mete en el jardín, meditando alguna fechoría.

ANITA, a Pepita, imitando ladridos: — ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!... Huiría, al ladrar los perros.

PEPITA, riéndose y remedándola: — ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!... Pero, si ve las llaves, carga con ellas.
(Anita se ríe).

DOÑA PIEDAD: — Opino, Pepita, que tenéis por guardas a un par de alhajas. Ni pedidos de encargo resultarían de mayor precio.

(Pepita y Anita se ríen. Doña Piedad se sienta en el canapé).

ANITA, a Pepita: — Tía ¿dónde hay un naipe?

DOÑA PIEDAD, atónita: — ¡Un naipe! ¿Estás chiflada?

PEPITA, a Anita: — ¿Para qué quieres barajas?

ANITA, entre risueña y seria: — Para hacer contigo un banco ruso hasta que mi tío llegue.
(Pepita se ríe).

DOÑA PIEDAD, procurando no reírse: — ¡Hase visto la pretensión!... A la cama, en seguida, y duerme, mientras Pepita y yo rezamos.

ANITA, como haciendo pucheros: — Déjeme rezar con ustedes... No tengo sueño.

DOÑA PIEDAD, con voz recia: — A la cama, he dicho. No siempre te has de salir con las tuyas.

ANITA, yendo a su cuarto, tristemente: — Buenas noches, mamacita... Buenas noches, tía... (Volviendo hacia ellas, despacito, y metiendo la cabeza entre ambas, pícaramente)...

¿No quieren que sepa lo que le ha ocurrido a Periquín?

DOÑA PIEDAD, conteniendo la risa: — Lo sabrás mañana.

PEPITA, que se ha reído francamente: — Su salida me ha caído en gracia... No tardará Félix en regresar. Permita a Anita que nos acompañe a rezar.

ANITA, mandando besos a Pepita que se ríe: — Gracias, tiita.

DOÑA PIEDAD, entre seria y risueña: — Que se quede... Nada se le puede negar a esta chiquilla.

ANITA, palmoteando y brincando: — Gracias, mamacita.

(Doña Piedad y Pepita se ríen).

DOÑA PIEDAD, irguiéndose: — Ahora, a rezar.

(Va al reclinatorio, se arrodilla y se persigna... Pepita y Anita se arrodillan en el canapé y ésta rasca despacito la oreja de su tía que, creyendo que es una mosca, la espanta).

Padre nuestro, que estás en los cielos...

(Anita hace cosquillas a Pepita, la cual, comprendiendo ya la travesura de su sobrina, se vuelve rápidamente y le da con la mano en los dedos. Ambas se ríen, pero se quedan inmóviles, como si rezaran, porque doña Piedad se vuelve a mirarlas. En ese momento, se oye la bocina del automóvil).

PEPITA, irguiéndose, al par que Anita: — Ya vuelve Félix.

DOÑA PIEDAD, irguiéndose a su vez: — ¡Estaba escrito que esta noche no he de rezar!

(Pepita y Anita van a mirar por la ventana. A poco, la puerta lateral izquierda se abre bruscamente y Félix se presenta).

ESCENA XIV

LAS MISMAS Y FELIX

DOÑA PIEDAD y PEPITA, a una: — ¿Y Periquín?

FELIX: — Por ningún lado le hallamos.

PEPITA: — ¿Cómo es posible?

DOÑA PIEDAD: — Juliana estará desesperada, inconsolable.

PERIQUÍN O LA NOCHE SABROSA

FELIX, riéndose: — Digo que por ningún lado le hemos visto, porque el muy bribón, que a todos nos roba dulces horas de sueño, tranquilamente disfruta del suyo, en muelle cama.

DOÑA PIEDAD: — ¡Qué bien se me antojaba dar un tirón de orejas a ese rapazuelo desvergonzado!

(Se sienta en el sofá).

PEPITA: — ¿Por qué, cuando alcanzásteis a Juliana, no le habéis ordenado que volviera a casa?

FELIX: — Se lo ordenamos una y cien veces... La encontramos que, calada, caminaba como una loca, no fué posible lograr que nos obedeciera, tal era su desesperación por ver cuanto antes a su Periquín.

(Pepita se sienta en el sillón).

ANITA, a Félix, curiosamente: — Y ¿qué hiciste, tío?

FELIX: — Pues, mandarla que subiera al automóvil donde no cesó de sollozar.

DOÑA PIEDAD: — Desconsolada ¡claro! porque no topábais con su engreído retoño.

FELIX: — Se le antojaba extraviado y exánime.

PEPITA: — ¿No os ocurrió ningún percance en el bosque?

FELIX: — En mitad del camino, divisé un bulto humano. Lancé el automóvil hacia él: ¡No es Periquín! gritamos cuando vimos a un varón desconocido que, con los ojos encandilados por la luz de las linternas, parecía paralizado por el espanto.

ANITA, con la mirada y los brazos al cielo: — Creería llegada su última hora. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

(Pepita y Félix se ríen, mientras Anita se recuesta en la mecedora).

DOÑA PIEDAD: — Cálmate, muchacha. ¡Pobre hombre!

ANITA, con la cabeza echada para atrás sobre el espaldar de la mecedora y la mirada al cielo, terminando la última sílaba en falsete: — ¡Otra víctima de Periquín!

(Todos se ríen).

DOÑA PIEDAD, a Anita: — Estás insoportable.

PEPITA: — ¿No hubo nuevo incidente?

FELIX: — Ninguno. Llegamos a Curvalínea y, frente a la habitación baja de los tíos de ese dije de Periquín, Juliana principió a clamar: ¡Celestino! ¡Victoria!

PEPITA: — No tardarían en contestar.

FELIX: — ¡Ca! Fué necesario que Juan asestara recios puñetazos a la puerta. Al fin una ventana se abrió y la Victoria preguntó: ¿Quién llama a estas horas? — ¿Qué deseáis? — Somos nosotros, Juan y Juliana, contestó ésta. Venimos inquietos porque Periquín no ha vuelto a casa. ¿Sabéis dónde está? — Ya lo creo. Buena ocurrencia la vuestra, venir de lejos, tan tarde. — Luego, aquí está, interrumpió la Juliana...

DOÑA PIEDAD: — Se le volvería el alma al cuerpo...

FELIX: — Celestino, que se asomó, dijo: — Periquín perdió el último tranvía y, con tan pésima noche, ¿cómo íbamos a consentir en que se fuera andando? Aquí está, durmiendo a pierna suelta. ¿Queréis que vaya a despertarle?

PEPITA: — ¡Ajá! ¿Qué contestó Juliana?

FELIX: — ¡No le despertéis!

DOÑA PIEDAD: — Eso mismo pensé que diría, temiendo que al chico le hiciera daño salir calentito de la cama a la intemperie.

FELIX: — Dejadlo dormir, agregó, y perdonad que es hayamos molestado: pero, mañana, temprano, mandarle a casa... La ventana se cerró y arrancamos, desandando el camino recorrido en vano.

ANITA, recostada en la mecedora, se mece, castañeteando los dedos y, con aire burlón: — ¡Qué contenta estará la Juliana!

(Todos se ríen).

FELIX, a Anita: — ¡Y tanto! Ni siquiera hacía caso de los regaños del muy avergonzado Juan que me pedía mil perdonos.

DOÑA PIEDAD, irguiéndose: — ¡Loado sea Dios! El drama concluyó en farsa.

PEPITA, irguiéndose: — ¡Ojalá ya nada nos impida conciliar el sueño!

FELIX: — ¡A descansar, todos!... (Anita se yergue)... Son sonadas las once de la noche... (A doña Piedad): ¡Pobre mamita, usted que ansiaba cerrar hoy los ojos muy temprano! Pero, bien lo sabe, lo que uno se propone...

PERIQUIN O LA NOCHE SABROSA

PEPITA: — Cuando Dios otra cosa no dispone...

ANITA, brincando, castañeteando los dedos y girando: — Salta un diablillo y lo descompone. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

(Félix y Pepita se ríen).

DOÑA PIEDAD, con fingida gravedad: — Hijos míos, en otra ocasión, cuando me convidéis a descansar en vuestro ameno y... (recalcando)... tranquilo OASIS, ¡por María Santísima! que tengan debajo de siete llaves a ese angelito de Periquín.

(Pepita y Félix se ríen. Anita, se adelanta hacia el público, quedando doña Piedad a su izquierda, Pepita y Félix a su derecha).

ANITA, al público: — Buen Público, una palmada,
si en esta NOCHE SABROSA,
mi risa ahuyentó tu esplín;
ya sería y algo turbada,
imploro, de tu alma hermosa,
el perdón de PERIQUIN.

TELON.



VIII

NUESTRAS HERMANAS LATINAS



NUESTRAS HERMANAS LATINAS

VERSION CASTELLANA DEL CUADRO ALEGORICO DE MAX DAIREAUX,

en un acto y en versos franceses,
representado en el palacio del
Trocadero de París y en el teatro
de la Comedia Francesa.

Aix-les-Bains, Agosto de 1937.

a MAX DAIREAUX,

SU ADMIRADOR

VICTOR M. RENDON.

NUESTRAS HERMANAS LATINAS

Cuadro Alegórico de Max Daireaux, versión castellana en verso estrenada en el teatro Olmedo de Guayaquil, el 21 de enero de 1925, por las Alumnas de la Escuela — Taller de la Sociedad José Joaquín de Olmedo, dirigida por la benemérita Profesora señorita Francisca Hernández y Roca.

REPARTO

FRANCIA		Sta. Clara María Carbo
BRASIL		„ Francisca Sánchez
ARGENTINA		„ Petra Proaño B.
PARAGUAY		„ Claudina E. Peñafiel
URUGUAY		„ Lidia Ronquillo
CHILE		„ Angela E. Menéndez
BOLIVIA		„ María Luisa Gutiérrez
PERU		„ Alejandrina Guerra
ECUADOR		„ Petra Proaño B.
COLOMBIA		„ Guillermina Góngora
COSTA—RICA		„ Sara Proaño Delgado
NICARAGUA		„ Pastora Litardo
PANAMA		„ Dolores León
EL SALVADOR		„ Eldelira Molina
HONDURAS		„ Evelina Mendoza
GUATEMALA		„ Lucrecia Obando
DOMINICANA		„ Delia Cristina Luque
HAITI		„ Julia Salazar
MEJICO		„ Guayas Sánchez Rodríguez
CUBA		„ María Murillo L.

La acción se supone desarrollarse en París, durante la guerra europea. Francia y todas las naciones americanas, vestidas de blanco, ostentan bandas con los colores correspondientes a cada país representado, las sienes ceñidas con laureles; una palma en

la mano derecha. Francia al centro y, de cada lado de ella, las naciones de América. Cada una de las cuales, al ser interpelada por Francia, avanza de pocos pasos hacia el público y, al terminar de hablar, vuelve a su sitio. Francia luce bonete frigio.

El cuadro alegórico NUESTRAS HERMANAS LATINAS fué representado por los Alumnos de la Escuela Fiscal, en SALITRE, con toda propiedad, bajo la esmerada dirección del benemérito educacionista que está a su frente, señor don Francisco Iñiguez.

NUESTRAS HERMANAS LATINAS

FRANCIA: —

¡Oh, Juventud del suelo de la América joven
que, aun más lozana así,
guardáis en las pupilas las llamas de los trópicos,
Francia os llama; acudid!
También, en mis abríles, ardiente era y, luchando,
mi sangre derramé,
y hoy alzo más ufana la frente a más altura,
pues, fuerte el brazo armé.
A la frontera, alegres, lanzáronse mis hijos
¡de veinte años de edad!
¡Imítese el ejemplo! Salvar el mundo pueden
aun niños, al luchar.
De vuestro gran cariño, la convicción encierra
mi herido corazón,
y a vosotros, ¡oh, Pueblos!, más tierna mi sonrisa
va en medio a mi dolor.
¡Salve, Brasil, mil veces! Nación hermosa y noble,
hacia el Derecho vas;
en la aurora del crimen, te vimos valerosa,
irguiéndote a luchar.

BRASIL: —

Como una hermana te amo ¡qué tiernamente, oh, Francia!
¡No fué acaso de ti
que, cuál se sueña y quiere, cuál se trabaja y piensa
y se escribe, aprendí?
Conoces, de mi suelo, las selvas y los ríos,
qué amplio su horizonte es,
y el sol que mis hogares alegra, prodigándoles
nuevos iris doquier.
¡Cauce áureo que sin límites arrastra rubia arena
desde el Ande hasta el mar!
En un corcel de plata galopas, ¡oh Amazonas!
dó no hay cielo hibernal.
Las olas semejando que empújense al peñasco
y, en implacable asedio, más vigorosas crecen,
todo mi pueblo en coro la Marsella ruge

NUESTRAS HERMANAS LATINAS

y, por vengar tu afrenta, su noble sangre ofrece.
¡A las armas! Convidan de rebato a la gloria.
Marchítense las flores y que el rebaño duerma.
El viento, de la historia que soplará mañana
hará, vecina al cielo, crujir nuestra bandera.

FRANCIA: —

Acércate, Argentina, tú cuyo nombre vibra
como un puro metal;
mi pensamiento aun buscas, simiente que, en tus surcos,
quieres ver germinar.

ARGENTINA: —

Si mis ciudades bellas, que el sello español guardan,
damas de ingenio son;
la aureola que, en la frente, las Gracias les ciñeron,
París fué quien la dió.
Aunque indolente alargo, del trópico hasta el polo,
mi delgado perfil,
las joyas refulgentes que adornan mi garganta
sé, en mis sueños, lucir.
Cuando a mi sol de Mayo vió despuntar el mundo,
azul el cielo fué;
y hoy se une, al de mis pampas, el viento revoltoso,
filósofo y francés.
Pues, en mi cuna, fueron, cuando glorioso, mi astro
en el alba ascendió,
la Libertad, mi madre, mi hermana, la Victoria,
de tu estirpe soy yo.

FRANCIA: —

¡Uruguay! ¡Paraguay! ¡Oh, gemelas latinas!
Dos gigantescos ríos, en sus mezcladas aguas,
de la una a la otra os llevan fragancia de azahares
en perenne cascada.

PARAGUAY: —

¡Oh, lánguidos aromas de las vírgenes selvas!

URUGUAY: —

El río se dilata sin márgenes visibles...

PARAGUAY: —

El mate bajo el rancho dó chárlase sin prisa,
de una guitarra, oyendo, distante, el eco triste.

URUGUAY: —

¡Los potros, aun salvajes, a obedecer aprenden!
¡Los bulliciosos campos y, el ímpetu invencible!

PARAGUAY: —

¡Oh, lánguidos aromas de las vírgenes selvas!

URUGUAY: —

El río se dilata sin márgenes visibles.

PARAGUAY: —

¡Terrestre paraíso de donde nadie os echa!
¡La siesta y el descanso! ¡Desdénase el esfuerzo!

URUGUAY: —

¡Sol generoso, mieses, cual los ensueños, áureos!
¡Un pueblo infatigable! ¡La animación del puerto!

FRANCIA: —

Chile, custodio grave del océano Pacífico,
que el ponto extenso miras, ¿cuál es tu sueño, dí?
¿Por qué, tempranamente, surcó melancolía
tu frente juvenil?

CHILE: —

Me baña el mar inmenso; coróname, en los Andes,
sin que jamás repose, terrífico volcán
y miro, encandilando mis ojos vivas lumbres,
al cóndor descansar.

Hasta el níveo archipiélago, desde la ardiente arena,
mecido por las olas, seméjome a un bajel
en cuyo seno puede, sin ser un extranjero,
abrigo hallar cualquier.

Mi alma es la del marino de tu áspera Bretaña
y, aunque su ardor le avive un cielo más azul,
el viento que desciende del monte cada tarde
triste hace mi laúd.

NUESTRAS HERMANAS LATINAS

Dádiva fué de Francia mi primer pensamiento;
mas, desde entonces, callo, medito y, con vigor,
al sol como entre nieves, aliento mi esperanza
y así, creciendo voy.

FRANCIA: —

¡Oh, suelo remotísimo! ¡Paradojal Bolivia!
con lagos que, suspensos por cima los humanos,
cerca del cielo duermen entre no hollados picos,
tú, desde tu alta sierra, me tiendes hoy las manos.

BOLIVIA: —

Bien sabes tú que hago mías,
¡oh, Francia!, a quien tanto quiero,
tus penas, tus alegrías,
y, porque de tu alma espero
el fin de la servidumbre,
que a tu lado me verías.
Vivimos, tú y yo, en la cumbre.

De los bienes de mi suelo,
ven, Francia, y toma tu parte,
que, en horas de amargo duelo,
embelesándome tu arte,
se alivió mi pesadumbre,
todo mi cariño al darte.
Vivimos, tú y yo, en la cumbre.

Por mis abruptas pendientes
huelga que a llevarte ofrendas
vayan ensueños ardientes
por que a más gloria propendas;
distante amor, a la lumbre,
crece, de nuestras leyendas.
Vivimos, tú y yo, en la cumbre.

FRANCIA: —

¡Oh, Juventud peruana que, en suelo de epopeyas,
desciendes de los Incas y los Conquistadores!
tu corazón es de oro. Con lides, con espadas,
forjóse en magnos choques.

VICTOR M. RENDON

PERU: —

Cierto es que he conocido las furias de la guerra;
mi áurea cuna manchada con sangre hubo de verse;
cual antes combatía, luchaba hasta hace poco,
y soy por eso fuerte.

Leal fui siempre; empero, anhelaba ser libre;
Incas, Conquistadores mostráronse arrogantes;
su espíritu, en mi pecho emancipado, vibra,
y soy por eso grande.

Tú, por mi independencia sorprendente, fecunda,
claridad esparciste en un cielo nublado;
a la Libertad, tu hija, proteges en el mundo,
y es, por eso, que te amo.

FRANCIA: —

¡Gran corazón de América! ¡Salve, Ecuador! Escucho
el caluroso acento de tu alma fraternal
y, en tu altivez, admiro, perenne cual tu encanto,
tu santa humanidad.

ECUADOR: —

No puedo olvidar nunca, siendo hijo de Castilla,
que nada hay más hermoso que el castellano honor;
por él, la frente erguida, sé hacer brillar mi acero,
hidalgo el corazón.

La claridad intensa de mis radiantes noches,
más gayas aun que el día, de un más risueño azul,
sensible al amor hizo mi pecho generoso,
bañándolo en tu luz.

Mas, los penachos ígneos de mis volcanes tantos,
los más fieros del mundo, soliendo ensangrentar,
del astro lácteo, el curso y el de la blonda luna,
mi suelo hacen temblar.

De éste, violentamente, si la corteza rajan,
es que a una noble idea dar paso han de querer;
y digo así, pues uno la bondad a la fuerza,
que soy algo francés.

NUESTRAS HERMANAS LATINAS

FRANCIA: —

¡Colombia, dulce nombre! Del ave colombina,
símbolo tierno acaso, cuando, al cantar su amor,
cándida pluma deja caer de su ala al suelo;
nombre al par de Colón.

COLOMBIA: —

Causó a Colón asombro mi peregrino encanto;
supúsole sin límites; sin embargo, a Isabel,
al regresar a España, dicen que dijo: "¡Oh, Reina!
bien pequeño el mundo es".

Quien quiera engrandecerse debe mirarte, Francia;
merced a tus lecciones, al mundo sabios di;
esclava, no pudieron atar mi pensamiento;
independiente fui.

La Libertad, más tarde, hijos me dió poetas
y, de más genios, madre pude llamarme yo,
mandando a mis vecinas mis héroes que triunfaban
con el Libertador.

Bogotá, villa excelsa, mi capital heroica,
dó, al fin emancipada, soñé, estudié, me instruí,
ha merecido el nombre de Atenas de la América
y pequeño París.

FRANCIA: —

¡Oh, Venezuela! Patria de la divina aurora,
cual de Bolívar, cuna de célebres guerreros,
tu corazón, sin duda, palpita todavía,
de nuestros héroes, si oyes los nombres en tus ecos.

VENEZUELA: —

El corazón opreso, vago el mirar, unidas
las manos, vi una tarde, al purpurino ocaso,
cercar el horizonte, como una nube oscura,
los puntiagudos cascos.

Nos librarás, ¡oh, Francia!, de esa visión funesta.
Nación de paladines que el universo admira,
en ti ciframos todos nuestra última esperanza
de libertad y vida.

VICTOR M. RENDON

Acuérdense tus héroes, besados por la gloria,
al pasar vencedores bajo tu Arco triunfal,
que, de uno de mis hijos, MIRANDA, el nombre egregio
allí grabado está.

FRANCIA: —

Repúblicas lozanas del mar de las Antillas,
tú, Nicaragua, fuente, cascada, ave de fuego,
y Costa—Rica, emporio de fúlgidos metales,
y Panamá, esmeralda bajo el zafir del cielo.

COSTA—RICA: —

Matízanse en paletas fantásticas mis flores.

NICARAGUA: —

Un oasis soy debajo del firmamento ardiente.

PANAMA: —

Yo para unir dos mares, Atlántico y Pacífico,
dividí un Continente.

COSTA—RICA: —

Es la madera fina, que a Europa mando, rosa.

NICARAGUA: —

Nuestras maderas finas bautízanlas tus flores.

PANAMA: —

Antes de abrirse esparcen mis flores su fragancia
y pintanse las hojas con múltiples colores.

COSTA—RICA: —

Como una tierna amante besa mi playa la ola.

NICARAGUA: —

Mi suelo, entre dos mares, a descansar invita.

PANAMA: —

Las ondas se mezclaron en mi fragante seno
como a la noche el día.

COSTA—RICA: —

Rivales Eldorados, temibles no me fuisteis.

NICARAGUA: —

¡Oh, gloria! Es un magnificat, al claro sol, la paz.

NUESTRAS HERMANAS LATINAS

PANAMA: —

Empero, a vuestro lado, grandes naciones, lucho.

COSTA—RICA: —

¡Nuevo David que yérguese!

NICARAGUA: —

¡Que encárase a Goliat!

FRANCIA: —

Honduras, en tu nombre, profundidades celas;
y tú, sobre tu seno recuestas, Guatemala,
al Salvador, ¡oh, símbolo!, como una virgen criolla;
cual ticianesco cuadro te extiendes en el mapa.

EL SALVADOR: —

El Salvador me llamo. Soy la campana argétea
que hace vibrar el ángelus sobre el mar de occidente.

GUATEMALA: —

Soy un ensueño lánguido; yo, Guatemala, velo,
al descansar Neptuno, confiándome el tridente.

HONDURAS: —

Honduras soy, flor aérea que entreabre su capullo;
una adorable orquídea de pétalos osados.

GUATEMALA: —

En nuestros densos bosques un alba siempre mécese.

HONDURAS: —

¡Oh, palmas!

EL SALVADOR: —

¡Oh, suspiros!

GUATEMALA: —

¡Oh, anhelos!

EL SALVADOR: —

¡Oh, resaltos!

GUATEMALA: —

Grande alma que se ensancha.

HONDURAS: —

Latir de un noble pecho.

EL SALVADOR: —

Somos la hermosa cuna
de un naciente universo.

FRANCIA: —

Y tú, la flor primera que, en tierra americana,
descubrió el Genovés,
joya de un mar azul, Dominicana virgen,
sonriente desde el alba te pueden todos ver.

DOMINICANA: —

Un tiempo me llamaron la divina española,
y hoy, al ser libre ya.
brillo entre mis hermanas como criolla divina
de morena beldad.

Veránme en mi archipiélago, —de Atlántidas difuntas,
el vestigio último es,—
brindando frutos áureos, nuevo jardín de Hespérides;
va el mundo a renacer.

Fué la mitad de mi isla posesión tuya, ¡oh, Francia!,
y para recibir
mi parte en tus ensueños, tus dichas y pesares,
mi corazón te abrí.

Me llega tu mirada cuando termina el día,
causándome fruición,
y, cuando raya el alba, vuelvo hacia ti los ojos,
porque en ti nace el sol.

FRANCIA: —

Haití, con tu alma tierna diste estro a Lamartine
y, en un límpido cielo,
la aurora latina unes a la africana noche.
¡Oh, enamorado paje! mis huellas vas siguiendo.

HAITI: —

Si por francés soy tu hijo, también por africano,
pues, cuando tan valientes tus negros batallones,
que barre la metralla, se lanzan en el valle,
es sangre de mi raza la que en tus surcos corre.

NUESTRAS HERMANAS LATINAS

Más ambiciono darte. Yo seguiré tus huellas,
cual de eximios abuelos,
de Santos Louverture que es honra de mi raza
de orgullosos guerreros.
De él es, desde mi suelo de escasas dimensiones,
esa atrevida mano
que escribe a Bonaparte, triunfante por doquiera:
"el primero entre negros al primero entre blancos".

FRANCIA: —

¡Oh, Méjico! En tu suelo de antiguos resplandores,
¿quién, a mi voz, no acude? ¿Quién puede allí olvidar
la gloria de tus reyes, los hechos de tu historia
y los estrechos lazos de aprecio y amistad?

MEJICO: —

Nó, Francia, no he olvidado lo que mi historia encierra
y su esplendor mis hijos recuérdanlo también;
al par que el mundo entero, imploro tu victoria;
intangible seré.

Quien invadir pretenda mis tierras fidelísimas
jamás podrá hacer suyo ni un mísero rincón
y sólo obtendrá el suelo donde sus plantas pisen
y abra su tumba vo.

Tú, de mi entendimiento cual de mi pecho, has sido
la soberana siempre, no una extraña, jamás;
y el faro que me guía, mi pródiga sirena
eres siempre y serás.

FRANCIA: —

¡Salve, oh, Cuba! Nos brindas riquísimo tabaco.
Te emancipaste ha poco de tus hidalgos padres
y tú, de tus hermanas, te alzaste la primera,
uniendo tus colores a nuestros estandartes.

CUBA: —

Soy una isla dichosa;
vivo, riendo y cantando;
dan fragancia a mi ambiente
embriagadores nardos.

VICTOR M. RENDON

Pueblan mis campos fértiles
frutas maravillosas,
los jazmines de España
y azules mariposas.

Disipando las brumas,
mi voluptuosa playa,
impregnada de aromas,
amor suspira mi alma.

Con mantilla aun más luce
la femenil belleza;
place el canto a mis hijas,
y, a mis hijos, la fuerza.

Perfumado mi ambiente
por embriagantes nardos,
soy una isla dichosa;
vivo, riendo y cantando.

FRANCIA: —

¡Caras hermanas mías! ¡Oh, Juventud del mundo!
Hoy Francia, al dar su sangre, liberta al universo;
el Marne y Verdún fueron los campos donde su honda
lanzó las piedras sólo a un ideal perverso.

Más grande, resurgiendo sobre humeantes ruinas,
su alma os dará mañana gloria, paz y descanso;
porque es bandera Francia, ¡oh, hermanas cariñosas!
alrededor de élla, ufanas, habrá de contemplaros.

Cuando, otra vez, las frentes inclínense a los libros
para labor pacífica, rememorad ¡ay! siempre
a tantos héroes jóvenes que, amando la existencia,
alegres, por vosotras, marcharon a la muerte.

Sigue el cañón rugiendo; temblando sigue el orbe
en tierra y mar se lucha; se lucha hasta en el cielo;
la guerra de piratas nos es funesta a todas;
sin remisión sufrimos el mismo daño y duelo.

Los gemidos del viento, los sollozos de la ola
os mandan, en sus ecos nocturnos obstinados,

NUESTRAS HERMANAS LATINAS

los ayes de los náufragos, sus preces y clamores,
entre el fragor horrífico de truenos y de rayos.
¡Alzaos, Pueblos latinos! ¡Alzaos, que vuestros hijos
mueren asesinados!

¡Oíd! El grito suena de libertad y gloria.
Derrúmbanse los muros y rómpense los hierros
en holocausto santo de víctimas y mártires.

Ya asciende, ruge, estalla, entre fulgores aéreos,
el canto de esperanza de la victoria próxima,
cual, vengadora, una águila que pasa en raudo vuelo.
¡Avante! ¡Avante! —dice la voz y. conmovidas...

TODAS: —

¡Viva Francia!, clamamos con todo el universo.

TELON.



IX

EN FUENTE FLORIDA



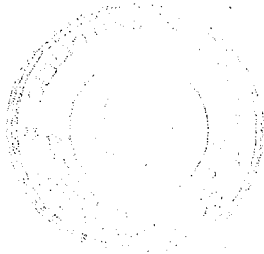
EN FUENTE FLORIDA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

A la señorita doña Ana J. Salazar D., meritisima profesora que en el Ecuador, hizo espontáneamente estrenar mi primera pieza escénica, **Madrinas de Guerra**, ante un público indulgente, dedico esta comedia en testimonio de gratitud, aprecio y amistad.

VICTOR M. RENDON.

Niza, 1º. de Febrero de 1927.



EN FUENTE FLORIDA

Comedia en un acto y en prosa, estrenada el 10 de agosto de 1927 por las Alumnas de la Escuela Fiscal, Nº 32, CALIXTO ROMERO, en SAMBORONDON, bajo la entusiasta dirección de la benemérita educadora que estaba al frente de ella, señorita doña ANA J. SALAZAR D.

REPARTO

DOÑA FELICIA, bañista francesa, de Burdeos, 40 años;

DOÑA TRINIDAD, catalana, 50 años;

DOÑA AMANDA, italiana, directora del Hotel Termal, 45 años;

JULIETA, hija de doña Felicia, 18 años;

CONCHITA, hija de doña Trinidad, 20 años;

RAQUEL, sobrina del Barón de Pegas, 23 años;

Una SIRVIENTA joven.

DON ANTONIO, bañista catalán, 48 años;

DON GUSTAVO, bañista francés, 32 años;

DON JAIME, bañista neocaledonio, 65 años;

EL DOCTOR SEVERIN, médico principal del balneario, 55 años;

EL DOCTOR CLEMENTE, médico adjunto, 35 años;

EL BARON DE PEGAS, aficionado fotógrafo, bañista francés,
60 años;

PATRICK, bañista escocés, 30 años;

RICARDO, hijo de don Antenio, 25 años.

EN FUENTE FLORIDA

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ACTO UNICO

La acción se desarrolla en el balneario de Fuente Florida, al sur de Francia, de las once de la mañana a las tres de la tarde, y en la fragante terraza del Hotel Termal; época actual.

Muebles rústicos, de hierro o de mimbre, mesitas, sillas y sillones. Muchas macetas de flores adornan vistosamente la terraza. Una silla larga está colocada en sesgo, cerca del público, del lado izquierdo; sobre ella hay una manta y una almohadita bordada o con funda de encajes.

El fondo de la terraza está abierto y da a la calle; de cada lado, derecho e izquierdo, están las habitaciones de los baños; pero, del lado derecho, la primera puerta será la del comedor y la segunda la de la sala; más al fondo hay una parte abierta como si fuera allí la escalera para subir a las habitaciones del piso superior.

Todos los varones usan traje corriente, de diario; las damas igualmente llevan trajes sencillos. Conchita se presenta con bata elegante. Doña Felicia y Julieta, cuando por primera vez se presentan, llevan sombrero y no lo tendrán al volver a presentarse.

Durante toda la pieza el buen humor y la alegría reinan, exceptuando las escenas XI, XII, XIII y XVII, en las cuales el tono sentimental domina.

ESCENA PRIMERA

DON ANTONIO Y DON GUSTAVO

(En la florida terraza del hotel Termal, están sentados cada uno a su mesita y leen periódicos diferentes).

DON ANTONIO, repentinamente: — ¡Inaudito! ¡Inaudito!

DON GUSTAVO: — ¿Qué le pasa, don Antonio? ¿Ocurre algo estupendo en el mundo? Mi periódico no lo trae.

EN FUENTE FLORIDA

DON ANTONIO: — Lo que me saca de mis casillas, don Gustavo, es el desenlace imprevisto en el folletín de este diario, La Vanguardia del Sur de Francia.

DON GUSTAVO: — ¡Bah! ¿Los folletines literarios le interesan? Nunca pierdo el tiempo, leyéndolos. ¿Cómo concluye aquel que tan inverosímil le parece?

DON ANTONIO: — Figúrese que la protagonista, Irene, ama a Roberto, que no se ocupa de ella porque requiebra a Juanita. Irene, que suspiraba ojerosa, melancólica, neurasténica, al enterarse de que el adorado Roberto ha declarado su amor a Juanita, se echa bruscamente en los brazos de don Felipe, cuyo cariño rechazaba, y se casa con él. **Tableau**, como los franceses decís.

DON GUSTAVO, riéndose: — El autor de esa novela no estuvo, a mi juicio, tan desacertado en el desenlace. Ha estudiado un caso curioso del corazón femenino, poco frecuente, sin duda, pero, imposible, no.

DON ANTONIO: — Esa Irene excepcional resulta una veleta. Juega con su corazón como si fuera una pelota de **tennis**. Allá va, vuelve acá, se lo mando a ese, recíbalo esotro... (Don Gustavo sigue riéndose). O no quería de veras al primero, a Roberto, o, queriéndolo, ¿cómo se casa con don Felipe, a quien no puede querer? Esa Irene tiene, como se dice en Francia, un corazón de alcachofa, y una cabeza de chorlito, como se dice en todas partes.

DON GUSTAVO: — Usted sabe cuán cerca andan el amor y el odio. Mujeres hay que, impulsadas por el despecho, salvan bruscamente la distancia de un sentimiento al otro. Odian súbitamente al que adoraban y quieren al que les era indiferente o antipático. En su tierra catalana, no faltará alguna que, en un caso análogo, se vengue de un amor con otro amor.

DON ANTONIO: — En mi tierra, más verídico fuera un desenlace en que la mujer apasionada y desengañada matara o muriera.

DON GUSTAVO, riéndose: — Prefiero a una Irene que se casa. Con su inconsecuencia, revela más juicio que las mujeres trágicas.

DON ANTONIO: — No será dichosa, ni hará feliz a su esposo.

DON GUSTAVO: — Error grande. Matrimonios como ese son con frecuencia más durables que aquellos que una recíproca pasión violenta ha formado. Y, además, como un filósofo lo dijo: "El corazón tiene razones que la razón no conoce".

(Doña Felicia, que ha entrado por el foro, se ha ido acercando).

ESCENA II

LOS MISMOS Y DOÑA FELICIA

DOÑA FELICIA: — Señores, ¿no interrumpo alguna discusión grave?

(Se han erguido y saludan, inclinando la cabeza).

DON GUSTAVO: — De ningún modo, doña Felicia. Me alegro de verla.

DON ANTONIO, galante: — Siempre es usted muy deseada.

DOÑA FELICIA, sonriéndose: — Sois muy finos... (Los tres se sientan)... Acabo de beber mi vaso de agua en la Fuente Florida, que ha dado su nombre a este balneario. ¡Qué asco de agua!

DON GUSTAVO: — ¡No tanto! Pero, ¿de veras necesita beberla? Está vendiendo salud.

DOÑA FELICIA: — ¿Se imagina que, si mi médico en Burdeos no hubiera insistido en que viniera a tomar aguas para disminuir mi tensión arterial, estaría yo en este hotel Termal, pudriéndome la sangre, ahora que el casino cerró ya sus puertas y que no tengo aquí otra distracción que la de pasear en mi automóvil.

DON ANTONIO: — Olvida el cinematógrafo. Bien que le gusta.

DOÑA FELICIA: — Lo hay sólo jueves y domingos. Poca cosa. Convenga en que este pueblo de Fuente Florida está muy fastidioso; y, en nuestro hotel, quedan cuatro gatos.

DON GUSTAVO, riéndose: — Nosotros entre ellos.

(Los tres se ríen).

EN FUENTE FLORIDA

DOÑA FELICIA, amablemente: — Dispensen. Siempre se mejora lo presente y ustedes me ayudan a pasar el tiempo menos aburrida.

DON ANTONIO, de guasa: — ¿Tan divertidos somos?

DOÑA FELICIA: — Muy simpáticos y muy amables.

DON GUSTAVO: — Mil gracias.

DON ANTONIO, galante: — Sabe que la simpatía es contagiosa.

DOÑA FELICIA: — Esa enfermedad no debe curarse. Volviendo a lo que decía, ¿no les parece que, con mi genio alegre, más grato me fuera verme en Biarritz? La reina de las playas francesas, en este mes de octubre, está muy concurrida, muy elegante. Hay muchas reuniones deliciosas al fin de la temporada.

DON GUSTAVO: — Quéjese de Fuente Florida, donde ahora la popular fiesta anual le da ferias. Anoche, usted fué la triunfadora en la lotería del Café del Progreso.

DON ANTONIO: — La verdad ¡Qué suerte tiene!

DOÑA FELICIA, a don Gustavo: — ¡Oigale! ¿Y él? Si yo me gané dos pavos y dos gansos, don Antonio se sacó dos gallinas.

DON ANTONIO, riéndose: — No logramos mayor número de aves porque los concurrentes refunfuñaban.

DOÑA FELICIA: — Y el dueño del café nos aconsejó que tomáramos las de Villadiego.

DON ANTONIO: — A los que nada ganaban podía ocurrírseles, en su despecho, que ganábamos tanto porque había gato encerrado.

DON GUSTAVO: — ¿Entre las aves? Si hubieran sido liebres... (Se ríen)... ¿Qué hicieron con los trofeos?

DOÑA FELICIA: — Las gallinas fueron enviadas hoy a las Hermanitas de los Pobres para los bañistas asistidos en el hospital. Regalé un ganso a mi bañera. El otro voy a obsequiárselo al doctor Severín, mi médico. Los huéspedes del hotel nos comeremos los pavos ahora, en el almuerzo.

(Doña Amanda pasa por el fondo, saludando amablemente con la cabeza).

ESCENA III

LOS MISMOS Y DOÑA AMANDA

DOÑA FELICIA, a doña Amanda: — Doña Amanda, amabilísima directora que os gloriáis de ser una compatriota de Mussolini, si no vais de prisa a sumar las crecidas notas de los huéspedes, deteneos un instante. Sírvasse acercarse.

DOÑA AMANDA, risueña: — ¡Qué **donna** Felicia! **Sempre** bromista. **Non** hay hotel **má** barato que **il nostro**.

DOÑA FELICIA: — Ni más alegre. Deseamos que nos dé noticias de nuestros encomendados.

DOÑA AMANDA, sorprendida: — ¿**Vostros** encomendados? ...
(Riéndose) **Va bene, capizco**... Están dorándose a **fuoco lento**.

DON ANTONIO: — ¿Resultaron gordos los pavos?

DOÑA AMANDA: — **Bellissimi**. Sarán un **boccato di cardinale**.

DOÑA FELICIA: — No economice las castañas con que va a servirlos. ¿Le gustan las castañas, don Gustavo?

DON GUSTAVO: — Mucho... cuando no hay trufas.

(Sé ríen).

DON ANTONIO: — Las castañas en los pavos son las trufas de la gente pobre.

DOÑA AMANDA: — Si **quiere**, **lasciaremos** uno per la **sera**. Uno hasta **per il almuerzo**.

DOÑA FELICIA: — No, señora. Sírvalos ambos ahora. Queremos que coma pavo hasta la servidumbre, agradeciéndole al Café del Progreso.

DOÑA AMANDA: — A **vostra buona sorte e molta bontá**.

DOÑA FELICIA: — No se olvide de poner en hielo una botella de champaña. A mi hija Julieta, le encanta el champaña. Hay que honrar a los pavos.

DOÑA AMANDA: — Voy, **presto**.

(Al retirarse por la derecha, se cruza con el doctor Severín que, llegando por el foro, oyó las recomendaciones de doña Felicia).

ESCENA IV

DON ANTONIO, DON GUSTAVO, DOÑA FELICIA

Y EL DOCTOR SEVERIN

EL DOCTOR SEVERIN, con tono grave: — ¡Conque pavos y champaña, muy señora mía!... Divinamente... ¿Qué hace del régimen estrictamente vegetariano y seco que le he recetado, como a todos mis enfermos?

DOÑA FELICIA, maliciosamente: — Usted me prohibió la carne, querido doctor, y el pavo no es carne...

EL DOCTOR SEVERIN: — ¡Qué ha de ser! ¡Claro! Es legumbre... (Se ríen). ¿Cómo sigue, don Antonio?

DON ANTONIO: — Ayunando, como usted me lo ordena.

DOÑA FELICIA: — El doctor Severín justifica su nombre.

EL DOCTOR SEVERIN, sentándose: — A los enfermos hay que obligarlos a cuidarse. Cuando no están postrados, no ven la gravedad de sus males y cometen desarreglos, por lo cual no logran curarse y culpan de ignorancia al médico.

DOÑA FELICIA: — Que los médicos nos receten cosas agradables. En eso aciertan los homeópatas con sus aguitas insípidas.

DON ANTONIO: — E inofensivas, lo que también tiene su mérito.

(Se ríen).

EL DOCTOR SEVERIN: — Los enfermos, sobre ser indóciles, sois mal agradecidos.

(Se ríen).

¿Se marcha siempre hoy, don Antonio?

DON ANTONIO: — Sí, a las cuatro.

DOÑA FELICIA: — Sentimos que se vaya tan agradable compañero, llevándose a su hijo, que hacía bailar a Julieta.

DON ANTONIO: — También lo sentimos Ricardo y yo. Asuntos urgentes reclaman mi presencia en Barcelona y ya concluí mis veintidós días de tratamiento.

(El doctor Severín saca del bolsillo un frasco pequeño con sal blanca).

- EL DOCTOR SEVERIN: — Llévase este frasco de biosal, don Antonio, para que sale los alimentos y no siga, con la sal ordinaria, aumentando el cloruro de sodio en su sangre, lo que acabaría por serle nocivo.
- DON ANTONIO: — Mil gracias. También me llevo los laxantes "polvos regios" que hace fabricar aquí.
- DOÑA FELICIA: — ¡Qué malos son!
- DON ANTONIO: — Sea justa, dan muy buen resultado... (Se ríen). Permítame, doctor, que le presente a un compañero, don Gustavo. (Este y el doctor se yerguen, se estrechan las manos y vuelven a sentarse).
- DON GUSTAVO, sonriente: — Me entero de que usted es más rígido respecto al régimen que mi médico, el doctor Clemente. El me prohíbe también la carne, pero únicamente por la tarde.
- EL DOCTOR SEVERIN, sonriéndose: — Cada médico tiene su sistema.
- DON ANTONIO, bromeando: — Lo que prueba que ninguno sabe cuál es el menos malo. (Se ríen).
- DOÑA FELICIA: — Usted nos prohíbe todo lo que nos gusta.
- DON ANTONIO, que ha encendido un cigarrillo: — A mí me ha prohibido el tabaco, además del vino y de la carne.
- EL DOCTOR SEVERIN: — Y ¡qué bien obedece!... (Se ríen) El tabaco es un veneno.
- DON GUSTAVO, sonriéndose: — Veneno lento. Hay personas vicijísimas que nunca dejaron de fumar.
- DOÑA FELICIA: — El vino es un tónico, mi querido doctor.
- EL DOCTOR SEVERIN: — Intoxica, a los artríticos, especialmente el champaña.
- DON ANTONIO: — Siempre fueron tres los enemigos del alma y, para usted, doctor, son también tres los del cuerpo: carne, vino y tabaco, resultando la carne como más endemoniada, porque es la enemiga, a la vez, del alma y del cuerpo.
- EL DOCTOR SEVERIN: — Por eso mismo, prohíbo la carne terminantemente.
- DON GUSTAVO: — ¿En toda forma?
- EL DOCTOR SEVERIN: — Sin excepción, Cualquier alimento de origen animal aumenta la urea en la sangre y la inficiona.

EN FUENTE FLORIDA

DOÑA FELICIA: — Hemos de ser herbívoros, como los carneros.

EL DOCTOR SEVERIN: — Vegetarianos, señora, vegetarianos.

Ese es el gran secreto para vivir sanos y llegar a muy viejos.

DOÑA FELICIA: — ¡Ay! doctor, por librarnos de morir pronto, nos impide que vivamos a gusto. Soy de las que prefieren la vida corta y alegre a la muy larga y aburrida.

DOCTOR SEVERIN: — Entonces, no pida milagros a las aguas minerales ni a los médicos.

DON GUSTAVO: — ¿Y usted observa personalmente el régimen vegetariano que prescribe a sus enfermos?

EL DOCTOR SEVERIN, irguiéndose: — No le quepa la menor duda.

DOÑA FELICIA, fingiendo ingenuidad: — ¡Qué lástima! Me proponía obsequiarle un ganso que gané anoche en la lotería.

EL DOCTOR SEVERIN: — Nunca desairo a una dama... (Sonriendo): Mándemelo.

DOÑA FELICIA: — ¡Si no ha de comerlo!

EL DOCTOR SEVERIN: — Una ligera infracción al régimen, no importa, con tal de eliminar las toxinas al día siguiente.

DON ANTONIO, riéndose: — Con cuarenta gramos de sulfato de sodio. Conocemos su método.

EL DOCTOR SEVERIN: — Pues, practicarlo. Os sentará bien. Hasta luego.

(Sale por el foro).

ESCENA V

LOS MISMOS, MENOS EL DOCTOR SEVERIN

DOÑA FELICIA: — Buen médico es, aunque exagerado en su vegetarianismo.

DON ANTONIO: — Igual que en sus honorarios.

DON GUSTAVO: — Nunca es caro el médico que acierta a aliviarnos de nuestros achaques.

DOÑA FELICIA: — Ciertamente, porque hay tantos charlatanes que desuellan vivo a uno y que más pronto lo despachan al otro barrio.

DON GUSTAVO: — En todo hay que tener suerte, como en la lotería.

(Se ríen. Por la derecha aparece doña Trinidad).

DON ANTONIO: — Allí viene mi compatriota y amiga, doña Trinidad. ¡Pobre madre! ¡Cuánto sufre, viendo sufrir a su hija Conchita, y sin poder aliviarla!

DON GUSTAVO: — ¿Qué tiene esa señorita?

DOÑA FELICIA: — Es neurasténica. Padece vértigos, insomnios, crisis de llanto. No quiere comer.

DON ANTONIO: — Se me antoja que su lastimoso estado proviene de un amor secreto.

ESCENA VI

LOS MISMOS Y DOÑA TRINIDAD

(Don Antonio y don Gustavo, irguiéndose, saludan con la cabeza.

Doña Felicia y doña Trinidad se dan una palmada en la espalda).

DOÑA TRINIDAD: — Muy buenos días.

DOÑA FELICIA: — ¿Cómo está hoy Conchita?

(Se sienta).

DOÑA TRINIDAD: — Muy nerviosa. No me dejó dormir en toda la noche.

(Se sienta).

DON ANTONIO: — ¿Qué dice su médico?

DOÑA TRINIDAD: — El doctor Clemente le ha suprimido las duchas, las inyecciones, las pcciones calmantes.

DON GUSTAVO: — Si le suprime todo, ¿cómo pretende mejorarla?

DOÑA TRINIDAD: — Me dice que no me inquiete y promete curarla. Le receta café puro.

DOÑA FELICIA: — ¡Café puro a una nerviosa! Es excitarla aún más.

DOÑA TRINIDAD: — También ordena que tome baños de sol, acostada en la silla larga.

DON ANTONIO: — Tráigala a esta terraza. La temperatura está tibia, deliciosa.

DOÑA TRINIDAD; irguiéndose: — Sí; voy por ella. Con el permiso de ustedes.

(Sale por la derecha. Los señores se sientan).

ESCENA VII

LOS MISMOS, MENOS DOÑA TRINIDAD

DOÑA FELICIA: — ¡Qué rarezas tienen algunos médicos! Café puro a esa niña! No lo entiendo.

DON GUSTAVO, con ironía: — Ni pretenda entenderlo. Hay que tener fe. En religión, quien discute un misterio no es un buen católico y el enfermo que no obedece ciegamente a su médico tampoco se salva... El doctor Clemente me parece inteligente.

DON ANTONIO: — Aun es joven para tener gran experiencia.

DOÑA FELICIA: — Es soltero y sabe que es guapo. Que diagnostique o recete, siempre que puede se mira al espejo... Cuando se habla del rey de Roma...

(El doctor Clemente entra por el foro y, sin mirarlos, sale por la derecha).

¿A dónde va tan apresurado?

DON ANTONIO: — Sube al cuarto de doña Trinidad. Mucho visita a Conchita.

DOÑA FELICIA: — Para el alivio que le procura...

ESCENA VIII

LOS MISMOS Y PATRICK

(Patrick entra por la derecha con su semblante risueño y bonachón, apoyado en un bastón; anda con dificultad y habla lentamente con acento gutural, recalcando el vocablo pero cada vez que lo pronuncia).

DON GUSTAVO, festivamente: — Insigne gringo, por fin se deja ver. ¿No amaneció peor, Patrick?

PATRICK, sentándose: — No, pero estuve escribiendo.

DON ANTONIO: — ¿Fué a la piscina esta mañana? No le vi.

PATRICK: — Sí, pero salí pronto del agua.

DOÑA FELICIA: — ¿No le sienta el baño?

PATRICK: — Sí, pero no lo creo indispensable para mi caso.

DOÑA FELICIA: — Entonces, no sigue las indicaciones del médico. Usted mismo se receta.

PATRICK: — No, pero prefiero la ducha y el masaje.

DON GUSTAVO: — Y, ¿cómo andamos de régimen? En eso si-
quiera obedece al doctor Severín.

PATRICK: — Sí, pero no siempre.

(Todos se ríen y él también).

DOÑA FELICIA, a don Antonio, en voz baja: — Este escocés no
es un hombre, es un peral. ¿Ha reparado como echa peros?

DON ANTONIO, riéndose: — Y ¡qué cachaza tiene! Es impertur-
bable.

DON GUSTAVO, golpeando la rodilla a Patrick: — ¡No he visto
un gringo más original!

(Patrick se ríe. Por el foro entran Julieta y Ricardo).

ESCENA IX

LOS MISMOS, JULIETA Y RICARDO

DOÑA FELICIA: — ¿Os habéis paseado juntos? ¿Adónde fuisteis?

JULIETA: — A ninguna parte. Hallé casualmente a don Ricardo
que pasaba frente a la iglesia cuando yo salía de ella y vini-
mos conversando por el parque de la Fuente, que está siem-
pre muy pintoresca, rodeada de tantas flores.

RICARDO: — Manifestaba a la señorita Julieta mi sentimiento de
marcharme esta tarde y de verme privado del placer de
seguir bailando con ella mientras dura la feria.

DON GUSTAVO: — Entré un rato, anoche, en la sala del cine
y os vi bailar un charleston y un tango. Lucida pareja
hacíais.

JULIETA, sencillamente: — Don Ricardo baila muy bien.

RICARDO: — ¿Quién no baila bien cuando la compañera es ex-
quisita?

(Julieta se sonríe).

DOÑA FELICIA, a don Antonio: — Es digno hijo de usted.

(Don Antonio se ríe).

PATRICK: — Sí, pero hay que tener buen oído para bailar bien.

DON GUSTAVO: — Precisa tener agilidad y resistencia para las
danzas que están hoy de moda. ¡Qué gimnasia!

EN FUENTE FLORIDA

DON ANTONIO: — Y, ¿qué me dice de esa música asordante de los jazz-bands? ¡Cuán lejos estamos del elegante rigodón de mi juventud!

RICARDO, risueño: — Aun más lejos están, papá, los minués y las pavanas. Cada época trae sus bailes para cada nueva juventud.

DOÑA FELICIA: — Nada habrá superior al vals.

PATRICK: — Sí, pero...

DOÑA FELICIA, interrumpiéndole erguida: — Pero hay que alistarse para el almuerzo que no tardará. Ven, Julieta.

(Doña Felicia sale por la izquierda, Julieta permanece, conversando con Ricardo en voz baja).

DON ANTONIO: — Voy a lavarme las manos.

(Se aleja por la derecha).

DON GUSTAVO: — Yo también voy a lavármelas. ¿Viene, Patrick?... (Le guiña el ojo para que deje solos a Julieta y Ricardo).

PATRICK: — Voy; pero, ya me las he lavado... (Don Gustavo se ríe, golpeándole la espalda. Salen por la izquierda).

ESCENA X

JULIETA Y RICARDO

RICARDO: — Como le venía diciendo, Julieta, jamás la olvidaré. ¿Me permite que acaricie la esperanza de que se acordará, de vez en cuando, de su amigo Ricardo.

JULIETA: — No podré olvidar que sus atenciones me hicieron pasar una grata temporada en Fuente Florida.

RICARDO: — ¿Volverá usted a este balneario en la próxima primavera?

JULIETA: — Lo deseo. No sé si volveremos. Mi madre se fastidiaría aquí.

RICARDO: — ¿Cómo lograría saber si viene para procurar que que mi padre venga conmigo al mismo tiempo que ustedes?

JULIETA: — Ingéniese en hallar la manera.

RICARDO: — ¿Si me atreviera a escribirle?

JULIETA, severamente: — ¡Fuera un atrevimiento, sin duda!...
(sonriéndose) No me enojaría.

RICARDO: — ¡Qué alegría! ¿Me contestará?

JULIETA, con monería: — Lo sabrá después de la primera carta, si tiene paciencia.

RICARDO: — Si no contestara, me afligiría mucho.

JULIETA, risueña: — Tengo buen corazón. Nunca hago sufrir a nadie.

RICARDO: — Es usted encantadora... Al saber que no había de volver a verla pronto, no sé qué haría.

JULIETA, burlona: — Si no lo sabe, menos yo.

RICARDO: — Muy bien lo sé... (Tiernamente). Iría allí donde pudiera hallarla y verla.

JULIETA, maliciosamente: — Eso es, y volveríamos a bailar juntos, porque no falta una sala de baile en ninguna parte.

RICARDO: — No sea mala. Sabe que volvería yo a ver el cielo abrirse y en él a un ángel.

JULIETA, riéndose: — Sin alas.

RICARDO, apasionadamente: — Con mucha alma y mucho corazón.

DOÑA FELICIA, entre bastidores: — ¡Julieta!

(Julieta y Ricardo se yerguen).

RICARDO, dulcemente: — Hasta luego, Julieta.

JULIETA, tendiéndole la mano, que Ricardo le besa: — Hasta luego, Ricardo.

DOÑA FELICIA, entre bastidores; más recio: — ¡¡Julieta!!

JULIETA: — Voy, mamá.

(Sale por la izquierda, sin ver a Conchita que entra por la derecha, llevada de cada brazo por doña Trinidad y el doctor Clemente hasta la silla larga que se halla colocada en sesgo del lado opuesto a aquel en que Ricardo y Julieta, como los demás huéspedes, charlaban. Acuestan a Conchita; doña Trinidad la cubre con una manta y el doctor le coloca una almohadita detrás de la cabeza; manta y almohadita estaban ya sobre la silla larga).

ESCENA XI

RICARDO, DOÑA TRINIDAD, CONCHITA,

Y EL DOCTOR CLEMENTE

EL DOCTOR CLEMENTE: — Así estará muy bien.

DOÑA TRINIDAD, viendo que Conchita alza la frente para mirar a Ricardo: — Recuéstate.

RICARDO, acercándose: — Celebro, Conchita, que haya bajado a tomar el sol en esta fragante terraza. ¿Cómo se siente?

CONCHITA, lánguidamente: — Sufro mucho.

EL DOCTOR CLEMENTE: — No tiene enfermedad seria. Ningún órgano está afectado. Son los nervios.

DOÑA TRINIDAD: — Hijita, ¿almorzarás en el comedor?

RICARDO, sonriéndose: — Sabe que hay pavo.

CONCHITA: — No tengo hambre.

DOÑA TRINIDAD: — Tomarás siquiera un caldito. Voy a traértelo.

(Sale por la derecha).

EL DOCTOR CLEMENTE: — Descanse tranquilamente. Respire bien; dilate los pulmones. Alégrese, bañada en sol. Es usted joven y bonita. La vida le promete mil sonrisas. Voy a almorzar rápidamente. Volveré, en seguida.

(Saluda con la cabeza a Ricardo y sale por el foro).

ESCENA XII

RICARDO Y CONCHITA

RICARDO, después de sentarse: — El doctor Clemente se interesa mucho por la salud de usted.

CONCHITA: — Demasiado.

RICARDO: — No diga eso. Nunca es demasiado el interés de un médico por un enfermo.

CONCHITA: — Por una enferma, en mi caso

RICARDO: — Es una prueba evidente de que usted le inspira muy viva simpatía, y es cosa natural.

CONCHITA, irónica: — ¿Le parece así?

RICARDO: — Ciertamente. Yo que, en Barcelona, soy, desde hace muchos años, un buen amigo de usted, sé lo que vale y la dicha merecida que logrará cuando domine sus nervios y aleje tristes pensamientos.

CONCHITA, tristemente: — Pretende conocerme, saber lo que valgo y se engaña, prometiéndome que seré dichosa. Jamás podré serlo.

RICARDO, sonriéndose: — Se me antoja que el doctor Clemente la convencerá de lo contrario..., curándola.

CONCHITA, airada: — ¿Y, si no quiero que me curen?

RICARDO: — ¡Qué ocurrencia! ¿Por qué no ha de querer?

CONCHITA, creciendo su exaltación: — ¡Querer! ¡Querer! Vida cruel! Sufrir, por estar queriendo a quien no quiere querer... (Ricardo, indiferente, mira el suelo). A través de los vidrios de mi ventana le vi, conversando con Julieta. ¡Qué risueños parecíais ambos!

RICARDO: — La señorita Julieta tiene un genio alegre.

CONCHITA, picada: — Y usted un corazón expansivo.

RICARDO: — Hablábamos de...

CONCHITA: — No creeré lo que me diga.

RICARDO, riéndose: — ¿Por qué no? Me despedía de ella.

CONCHITA, burlona: — Besándole la mano.

RICARDO: — Galantería corriente, sin importancia.

CONCHITA, nerviosa: — Cuando no la acompaña una mirada ardiente. Julieta es adorable... ¿No le parece?

RICARDO: — Negarlo, sería ofenderla. Los ojos no pueden negar la luz del día.

CONCHITA, a sí misma, dolorosamente: — ¡La luz del día!

(Se oye el primer toque de campana, anunciando el almuerzo. Doña Trinidad vuelve por la derecha con una taza de caldo).

ESCENA XIII

LOS MISMOS Y DOÑA TRINIDAD

DOÑA TRINIDAD: — Aquí tienes el caldito. Vas a darme el gusto de tomarlo.

CONCHITA: — Me repugna.

DOÑA TRINIDAD: — Está muy sabroso. Pruébalo.

CONCHITA: — Me hará más daño que provecho.

DOÑA TRINIDAD, a Ricardo: —Ricardo, ayúdeme a convencerla.

RICARDO: — Sí, Conchita, debe tomarlo. Se lo suplico. No me desaire.

CONCHITA, soltando el llanto: — Todos me hacéis sufrir.

DOÑA TRINIDAD, llorosa: — ¡Qué injusta eres!

RICARDO, a doña Trinidad: — Aguardemos que el acceso pase.

CONCHITA, irritada, incorporándose: — ¡El acceso! de locura, ¿verdad? ... Sí estaba loca... Reacciono... Alégrese, terminó el acceso... Dame el caldo. (Atónita la oyen y miran Ricardo y doña Trinidad que le acerca la taza. Conchita bebe el caldo rápidamente. Devolviendo la taza). Ahora, déjenme sola, para que duerma mi corazón que era el loco. (Cierra los ojos).

DOÑA TRINIDAD, a Ricardo, en voz baja: — Me asusta. No la comprendo.

RICARDO, conmovido: — Alejémonos hasta que su alma se apacigue.

(Se alejan hacia la parte opuesta de la terraza adonde llegan doña Felicia y Julieta por la izquierda, don Antonio, Gustavo y Patrick por el foro, don Jaime por la derecha).

ESCENA XIV

RICARDO, DOÑA TRINIDAD, CONCHITA, FELICIA, JULIETA, DON ANTONIO, DON GUSTAVO, PATRICK Y DON JUAN

GUSTAVO, a Don Jaime: — ¡Hola! don Jaime, dichosos los ojos que ven a usted ¿Qué se ha hecho?

DON JAIME: — Mi terrible gastralgia no me ha dado sosiego toda la mañana.

DON ANTONIO: — ¿Se alivió ya?

VICTOR M. RENDON

DON JAIME: — Al fin. Será por pocos instantes.

PATRICK: — Sí, pero no habrá resistido a la obsesión de la jeringuilla.

DOÑA FELICIA: — ¿Sigue inyectándose morfina?

DON JAIME, melancólicamente: — ¿Y qué remedio, cuando se sufre lo indecible? Voy disminuyendo las cantidades.

DOÑA TRINIDAD: — Le compadezco. Somos dignos de lástima. Usted padece una cruel dolencia física y yo una atroz tortura moral.

DOÑA FELICIA: — Conchita reposa tranquilamente. Parece mejorada.

DOÑA TRINIDAD: — ¡Dios lo quiera!

(Una sirvienta hace vibrar el segundo y último toque de campana, llamando al almuerzo. Por el foro, el Barón de Pegas se presenta, acompañado de Raquel, su sobrina. El Barón carga un aparato de fotografía, con trípode, que dejará, con su sombrero, sobre una silla. Ricardó y Julieta están conversando en voz baja).

ESCENA XV

LOS MISMOS. EL BARON Y RAQUEL

EL BARON, riéndose: — Temí que llegáramos retrasados para comer pavo.

DOÑA FELICIA, amablemente: — Querido Barón, os hubiéramos guardado una pechuga.

EL BARON, festivamente: — Muy bien, doña Felicia.

DON GUSTAVO: — ¿Habéis sacado muchas vistas? La señorita Raquel habrá sido una vez más vuestro encantador modelo.

DON ANTONIO, a Raquel: — Tiene usted el don de saberse colocar ante el lente para que su tío haga una preciosa fotografía artística.

DON JAIME: — Aquella que figuró en la última exposición de arte en París, y donde usted está acariciada por el viento sobre una colina, es una maravilla.

RAQUEL, risueña: — Todo el mérito es de mi tío.

PATRICK: — Sí, pero usted también es una artista.

RAQUEL, riéndose amablemente: — **Very obliged, mister Patrick.**

(Todos se ríen. Doña Amanda se presenta por la derecha y golpea en las manos).

ESCENA XVI

LOS MISMOS Y DOÑA AMANDA

DOÑA AMANDA: — A la mesa, a la mesa.

DOÑA FELICIA, risueña: — Ya vamos. Los pavos no volarán porque nos retrasemos un poco, charlando.

(Se ríen).

EL BARON: — Después del almuerzo, si me lo permiten, sacaré un grupo de tan distinguidos compañeros bañistas para que cada uno tenga un recuerdo del hotel Termal.

DON GUSTAVO: — Muy amable pensamiento.

DON JAIME: — Con muchísimo placer.

DON ANTONIO: — Será un gratísimo recuerdo.

PATRICK: — Sí, pero yo nunca salgo bien.

RAQUEL: — ¿Será usted presumido como el doctor Severín que, en la fotografía que mi tío le sacó, ve demasiado acentuadas sus patas de gallo?

(Se ríen).

DOÑA FELICIA: — Conchita debe formar parte del grupo.

DOÑA TRINIDAD: — ¡Con tal que consienta!

RICARDO, a Julieta, en voz baja: — Me colocaré a su lado.

JULIETA, con monería: — Se pondrá donde el Barón de Pegas lo disponga.

DOÑA FELICIA: — Pido que, después del almuerzo y antes de ser fotografiados, don Jaime nos diga uno de sus divertidos recuerdos de viaje.

TODOS: — Eso es... Muy bien...

DON JAIME: — Os complaceré, gustoso, con la relación del Papa y el canaca.

TODOS, riéndose, con alboroto: — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

DON GUSTAVO: — Vamos a pasar un buen rato.

DOÑA AMANDA, volviéndose a golpear en las manos: — ¿Non **tenen** hambre? A la mesa. A la mesa.

(Todos, riéndose y charlando bulliciosamente, se dirigen al comedor..

Doña Trinidad se acerca a su hija, ve que duerme y sale con los demás por la derecha).

ESCENA XVII

CONCHITA Y, LUEGO, EL DOCTOR CLEMENTE

CONCHITA, abriendo los ojos: — ¡Al fin se fueron! ¡Cómo daban la lata! ¡Qué pesados estaban!

(Vuelve a fingir que duerme, viendo llegar por el foro al doctor Clemente que se le acerca con un manojo de flores y las esparce sobre la manta que la cubre).

EL DOCTOR CLEMENTE, contemplándola: — ¡Qué linda es!... ¡Cómo lograr su cariño!

CONCHITA, abriendo los ojos, risueña: — ¿Usted, doctor? Volvió pronto. ¡Cuánto le agradezco su interés!

EL DOCTOR, sonriéndole: — Es egoísmo. Me he propuesto devolverle la salud y la alegría.

CONCHITA, amablemente: — Uno de vuestros proverbios franceses asevera que "*Vouloir c'est pouvoir*", o sea que siempre se logra aquello que con gran tesón se pretende.

EL DOCTOR CLEMENTE: — Si ese adagio no miente, ahora mismo lograría lo que ardientemente anhele.

CONCHITA, disimulando, mira las flores, las recoge y, oliéndolas como si las besará: — ¡Qué preciosas flores! ¿Usted me las trajo?

EL DOCTOR CLEMENTE: — Para que esas hermanas tuyas inferiores mueran a sus pies, envidiándole la fragancia de sus abriles.

CONCHITA: — Tengo un médico tan galante como bondadoso.

EL DOCTOR CLEMENTE: — No sé como expresarle mi júbilo, Conchita, de verla alentada. ¿Se siente de veras mejor? ...

(Conchita derrama lágrimas). ¿Por qué esas lágrimas?

CONCHITA: — No haga caso... En la primavera de la vida, como en la de la naturaleza, hay horas cargadas de electricidad que se resuelven en una lluvia benéfica para que el día resplandezca más hermoso.

EL DOCTOR CLEMENTE, animándose: — ¿Quiere decir que las mariposas negras se alejan para no volver? Sus palabras me conmueven... Si consintiera en oír hablar mi corazón muy tiernamente...

CONCHITA, tristemente: — No antes que yo misma le explique el motivo de mi dolencia nerviosa. Después de conocerlo, tal vez guardará su secreto.

EL DOCTOR CLEMENTE: — ¿Cree usted que no lo he comprendido? Sabiéndolo, huelga que me lo diga y, si me lo dijera, imposible me fuera, aún así, callar y no decirle que la adoro. Concédame su mano, si no me halla demasiado viejo con mis treinta y cinco años.

CONCHITA: — ¿Demasiado viejo, a esa edad? Pensarlo, fuera un disparate.

EL DOCTOR CLEMENTE: — Hace poco, cuando subía a verla, oí decir a doña Felicia que suelo mirarme al espejo. Ciertamente es, pero solamente desde que usted llegó aquí. Me miro para preguntarle si las canas en mis sienes no me perjudicarán a los ojos de usted.

CONCHITA: — No le sentarán mal, ya que, en otra ocasión, la misma doña Felicia dijo de usted algo que, si lo repitiera, le haría pensar que esa señora tiene buen gusto.

EL DOCTOR CLEMENTE: — Divina Conchita. ¿Es cierto? ¿No le soy antipático?

CONCHITA: — Seré franca; ya no.

EL DOCTOR CLEMENTE: — ¿Puedo esperar que mi profundo cariño será correspondido?

CONCHITA: — Tan agradecida estoy a su solicitud profesional que, de la gratitud a otro sentimiento que incline mi ánimo como usted lo desea, no puede mediar mucha distancia.

EL DOCTOR CLEMENTE, apasionado: — A través de las pupilas sombrías de sus hermosos ojos vi traslucirse un alma buena y virtuosa. La amaré tanto que usted, completamente dueña de su corazón, querrá, por su propio albedrío, labrar mi felicidad. Conchita, autoríceme a pedir su mano hoy mismo a doña Trinidad.

CONCHITA, dulcemente: — ¡Mi inmejorable doctor! atinó a curarme. Devuélvame ahora la alegría, lo más pronto posible.

EL DOCTOR CLEMENTE, con emoción estrechándole las manos: — Adorada Conchita, haré que no se arrepienta de haberme entregado su corazón.

(Doña Trinidad llega por la derecha).

ESCENA XVIII

LOS MISMOS Y DOÑA TRINIDAD

DOÑA TRINIDAD: — Almorcé de prisa y venía a saber cómo sigues, ignorando que estuvieras en tan buena compañía. ¿La encuentras mejor, querido doctor?

CONCHITA: — Mamita, perdóname que te haya atormentado tanto.

DOÑA TRINIDAD: — No seas tonta... Estabas enferma.

EL DOCTOR CLEMENTE, sonriéndose: — No tardará en restablecerse completamente.

DOÑA TRINIDAD: — ¡Bendito sea Dios!

CONCHITA: — El doctor Clemente hizo el milagro.

DOÑA TRINIDAD, al doctor: — ¿Cómo podría pagárselo?

EL DOCTOR CLEMENTE, riéndose: — Dicen que mi colega, el doctor Severín, cobra fuertes honorarios. Más exigente soy yo. Le pido la felicidad de mi vida, Conchita, que accede a ser mi dulce compañera.

DOÑA TRINIDAD: — ¡María Santísima! Me cogéis de sorpresa. Es más que una curación de esta muchacha...

CONCHITA: — Un milagro, ya lo dije. Una resurrección. Consiente, a tu vez, mamita, y dame un beso.

(Doña Trinidad y Conchita se besan. Doña Trinidad, enjugándose los ojos, tiende la mano al médico).

DOÑA TRINIDAD: — Con orgullo y alegría llamaré a usted mi hijo.

EL DOCTOR CLEMENTE, besándole la mano: — No lo tendrá más afectuoso ni más obediente.

(Del comedor, por la derecha, salen todos; charlando y riendo; muy animados. Doña Felicia, Julieta y Ricardo, Raquel y don Antonio se acercan a Conchita. Los demás forman un grupo al lado opuesto. Doña Felicia, que vió al doctor Clemente besar la mano de doña Trinidad, se dirige a él).

ESCENA XIX

TODOS, MENOS EL DOCTOR SEVERIN Y DOÑA AMANDA

DOÑA FELICIA: — No se vaya, doctor. Tiene que formar parte del grupo fotográfico que el Barón de Pegas va a sacar.

EL DOCTOR CLEMENTE: — Con el mayor placer.

JULIETA: — Conchita, ¿te dejarás también fotografiar?

CONCHITA, riéndose: — ¿Por qué no?

JULIETA: — ¡Qué lindas flores! ¿Quién te las trajo?

CONCHITA, risueña: — Oye, Julieta. Perdonen todos. Es un gran secreto. (Julieta se agacha para que Conchita le hable en el oído. Doña Felicia, Raquel, don Antonio y Ricardo se alejan, uniéndose al grupo que charla al lado opuesto. El doctor Clemente y doña Trinidad permanecen, conversando alegremente, cerca de Conchita. Julieta, después de oír el secreto, se yergue, muy sonrojada).

JULIETA: — ¡Cuánto me alegro! Por lo demás, veremos si eres buena profetisa.

(Durante ese diálogo, una sirvienta ha salido por la derecha, trayendo del comedor una bandeja con cuatro tazas de café, una cafetera llena de café puro y un azucarero. Después de colocarla sobre una mesita, se retira).

RAQUEL, a los de su grupo: — ¡Qué animada está Conchita!

PATRICK: — Sí, pero volverá a ponerse nerviosa.

DON GUSTAVO: — ¿Quién se lo ha dicho, gringo? Appeararía que no.

RAQUEL: — ¿Cuáles son los que toman café, para servirles?

DOÑA FELICIA: — Yo, aunque me lo prohíbe el doctor Severin.

DON GUSTAVO: — Yo, porque el doctor Clemente si me lo permite.

(Se ríen).

EL BARON: — Y yo, porque a nadie consulto para beberlo.

(Vuelven a reírse. Raquel ha servido el café en las tazas y llevado a cada uno la suya).

RAQUEL: — La cuarta taza, ¿quién la pide? (Maliciosamente).

Será para Conchita.

CONCHITA: — Ya no quiero cosa amarga.

(Se ríen).

RAQUEL, a Patrick: — Creía que usted tomaba café.

PATRICK: — No, pero lo tomaré.

RAQUEL: — ¡Qué abnegación!

(Vuelven todos a reírse).

DON ANTONIO: — Ahora el cuento de don Jaime y luego la fotografía. Tenemos prisa, aunque doña Felicia, con Julieta, nos lleva amablemente a la frontera en su automóvil.

(Las damas y los señores que no toman café se sientan. Don Jaime narra en pie).

EL BARON: — Abrimos los oídos.

DON JAIME: — Como lo prometí, voy a referiros la entrevista del Papa León XIII con mi sirviente, un canaca indígena de Nueva Celedonia... (Risas y movimiento de curiosidad). Hace veinte años, fui a Roma con mi esposa y mi hijo, que tenía un año de nacido. Naturalmente, quisimos ver al Santo Padre y fuimos admitidos a una de sus audiencias públicas. Llevamos a nuestro fiel canaca para que cargara al niño. Los guardas nobles del Vaticano no consintieron que el humilde indígena permaneciera en la sala principal y le mandaron a la más lejana. Mi mujer tomó en sus brazos al chiquillo. El Supremo Pontífice pasó entre las filas de los asistentes arrodillados. Nos bendijo y nos dió su anillo a besar. A la salida del Vaticano hallamos a nuestro sirviente y le pregunté: — “¿Viste al Santo Padre?” — “Sí, patrón.” — “¿Qué te dijo?” — Nada. Me tendió la mano y se la estreché fuertemente.” — “¡Bárbaro! Y ¿qué hizo Su Santidad?” — “Me miró fijamente; yo también a él. Se sonrió, me apretó la mano, a su vez, aún más fuerte y siguió su camino...” (Nueva risa general). — “Ya te puedes jactar, le dije, de haber sido tal vez el único mortal, y por añadidura canaca, que haya dado un apretón de manos al Papa”.

(Todos sueltan carcajadas y, de maneras diversas, manifiestan su satisfacción del hecho o, en voz baja, lo comentan).

EN FUENTE FLORIDA

EL DOCTOR CLEMENTE, a don Jaime: — ¿Es enteramente auténtica esa narración?

DON JAIME: — Escrupulosamente exacta.

EL DOCTOR CLEMENTE: — Realmente es un hecho tan original como divertido.

DOÑA FELICIA: — El Papa León XIII dió, en esa ocasión, una evidente prueba de su sagacidad y proverbial bondad.

PATRICK: — Sí, pero los Cardenales y guardas nobles, apegados a la etiqueta, ¿qué pensarían?

DON GUSTAVO: — Supongo, Patrick, que no habrán querido ser más papistas que el Papa.

(Se ríen).

EL BARON: — A colocarse para el grupo. Don Antonio se nos va.

DON ANTONIO: — Díganos, Barón, cómo prefiere que nos coloquemos.

DON GUSTAVO: — Que la señorita Raquel disponga el grupo con su genio artístico.

DON JAIME: — Colocándose ella también.

DOÑA FELICIA: — Por supuesto. Llamemos a doña Amanda para que figure igualmente.

DOÑATRINIDAD: — Muy bien pensado. Es tan buena persona.

RAQUEL, con voz recia: — Doña Amanda, doña Amanda.

(Doña Amanda se presenta por la derecha).

ESCENA XX

TODOS MENOS EL DOCTOR SEVERIN

DOÑA AMANDA: — ¿Qué quiere, señorina Raquel?

DOÑA FELICIA: — Deseamos que se fotografíe con nosotros.

DON GUSTAVO: — Sonriéndose, como si oyera nuestros parabienes por lo sabrosamente asados que estuvieron los pavos.

DOÑA AMANDA, alegre: — **Molto me piace quando siete tutti contenti.**

(El doctor Severín se presenta por el foro).

ESCENA XXI

TODOS

DON ANTONIO, al doctor Severín: — Llega oportunamente, doctor Severín, para ingresar en el grupo.

RAQUEL, maliciosamente: — Aunque no acertemos a sacarlo a su gusto.

EL DOCTOR SEVERIN, amablemente: — No sea irónica, señorita Raquel. Tendré mucho gusto en verme así honrado. (Raquel se ha reído).

EL BARON, a Raquel: — Conchita, en la silla larga, tal como está, con las flores en las manos, me parece muy bien como centro del grupo.

RAQUEL: — A mí también. A la derecha de Conchita, sentaremos...

JULIETA, sonriéndose: — Al doctor Clemente.

EL BARON, maliciando algo: — ¿Le parece así?

RAQUEL, seriamente: — Por algo será...

(Todos se ríen).

EL BARON, ladinamente: — En ese caso, le corresponde a doña Trinidad sentarse a la izquierda.

(Vuelven a reírse).

RAQUEL: — A la izquierda de doña Trinidad, pongamos al doctor Severín, a doña Felicia y a don Antonio.

DOÑA FELICIA: — Con la condición de que el doctor Severín no me hable de régimen vegetariano y seco.

(Todos se ríen inclusive el aludido).

EL BARON: — Del lado opuesto, siéntense don Jaime, doña Amanda y Patrick.

(Raquel coloca las sillas a medida que las personas son designadas y los hace sentar).

PATRICK: — Sí, pero...

RAQUEL, bromeando: — No pero ¿qué espera? Siéntese.

(Le obliga a sentarse. Todos se ríen).

EN FUENTE FLORIDA

EL BARON: — En pie, detrás de la silla larga, Julieta y Raquel.

DON GUSTAVO, indicando las flores de Conchita y luego a Julieta y Raquel: — Flores abajo y flores arriba.

EL BARON: — A la derecha de Julieta...

CONCHITA, maliciosamente: — Ricardo.

EL BARON: — Iba a decirlo... (Se ríen). Y, al lado de Raquel...

DON GUSTAVO, contento: — ¿Quién, sino yo?... No queda otro.

DOÑA FELICIA, al Barón: — ¡Qué lástima que usted no esté!

EL BARON, riéndose: — No se puede repicar y andar en la procesión. ¿Estáis listos? (Mira por la cámara negra, procede al enfoque, después de quitar el obturador, saca la cabeza de debajo del paño negro y, con la pera en la mano): Sonreírse todos. Pongan semblantes alegres como si sacáramos un grupo de boda... (Todos se ríen). Miren fijamente el objetivo. No se muevan hasta que haya acabado de contar tres veces...

(El telón baja progresivamente).... Una..., dos..., tres.

TELON.



X

SALUS POPULI



SALUS POPULI

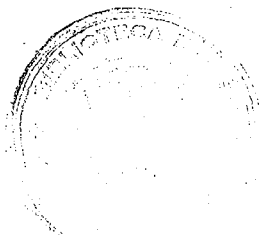
DRAMA HISTORICO EN UN ACTO Y EN PROSA

Señor don Gabriel Pino Roca:

Este drama nacional, escrito con arreglo a la hermosa narración
histórica publicada por usted en La Ilustración,
revista guayaquileña, y titulada El Fusilamiento
de Viola, es tan suyo como mío. Agradeciéndole
su beneplácito por mi labor, me honro
al dedicarle esta obra, en darle un público tes-
timonio de mi sincero aprecio y buena amistad.

VICTOR M. RENDON.

1927.



SALUS POPULI

Drama histórico, en un acto y en prosa, estrenado en el TEATRO RIALTO, de JIPIJAPA, por los distinguidos Miembros del CENTRO INDUSTRIAL JIPIJAPENSE, el 24 de mayo de 1928.

REPARTO

DOÑA MERCEDES, 60 años, madre de García Moreno
Sta. Mercedes Soledispa

DON GABRIEL GARCIA MORENO, 42 años, Presidente
de la República del Ecuador Sr. Próspero A. Pérez

DOCTOR SANTIAGO NAVARRO VIOLA, 50 años, abogado de nacionalidad argentina Sr. César E. Gutiérrez

ILMO. SEÑOR DOCTOR DON JOSE TOMAS DE AGUIRRE, Obispo de Guayaquil, 40 años Sr. Carlos E. Chancay

EL GOBERNADOR DE GUAYAQUIL; 40 años
Sr. J. Castillo Matute

EL PADRE MIGUEL FRANCO, 45 años, Rector del Colegio San Vicente, de Guayaquil Sr. J. Joaquín Cañarte

DON FRANCISCO MARTINEZ, 32 años, Capitán de Navío, Edecán del Presidente Sr. Elicio Menéndez

CAPITAN DON ANTONIO JOSE DE SUCRE, 30 años.
Ayudante de la Comandancia Militar Sr. Augusto Cedeño

La acción en el Palacio de la Gobernación de Guayaquil, el 23 de junio de 1865, por la tarde.

García Moreno, de regular estatura, delgado, facciones distinguidas, semblante severo, bigotes cortos; viste de negro, levita militar y botas altas. — El doctor Viola, de mediana estatura, cuerpo algo grueso, tez blanca, cabello negro, canoso en las sienes, barba negra cerrada; su andar es pausado; viste levita negra, chaleco blanco y pantalón de color obscuro; cubre la cabeza con un alto sombrero de copa; usa gafas de oro. — El Gobernador viste de americana. — Los Capitanes ostentan sus correspondientes uniformes. — El Obispo y el Padre Miguel visten sus respectivos hábitos eclesiásticos. --Doña Mercedes, distinguida y

aun hermosa, se presenta con sencillo vestido negro, envuelta en una manta de igual color, que le cubre también el cabello negro, de pocas canas.

En SALITRE, fué representado el drama SALUS POPULI, bajo la hábil dirección del señor don Francisco Iñiguez, a cuyo digno cargo está la Escuela Fiscal de Varones, con el reparto siguiente:

DOÑA MERCEDES, Ernestina Lecaro; —GARCIA MORENO, Alejandro Anatolio Vera; —Doctor VIOLA, Salomón Aguilera; —Obispo AGUIRRE, Eloy Pérez; —El Gobernador, Perfecto Osorio; —Padre MIGUEL, Hugo Iñiguez; —Capitán MARTINEZ, Gil Vargas; —Capitán SUCRE, Sergio Sánchez.

SALUS POPULI

DRAMA HISTORICO, EN UN ACTO Y EN PROSA

ACTO UNICO

Una sala de despacho en el Palacio de la Gobernación de Guayaquil, con elegantes muebles. Puerta grande, central, al foro; otra, de menores dimensiones, al lado derecho; una ventana, del lado izquierdo, por donde el sol penetra. Del mismo lado, una mesa grande, frente a la cual, pero distante, hay otra menos importante; ambas con recado de escribir, papeles, oficios, etc. Un sillón cerca de la mesa grande, del lado opuesto al del escribiente. Sillas y una araña, cuya luz es de gaz, pero no encendida.

ESCENA PRIMERA

EL GOBERNADOR Y EL CAPITAN MARTINEZ

EL GOBERNADOR: — Las calles están desiertas... La ciudad permanece silenciosa... El espanto y la consternación reinan doquiera.

MARTINEZ: — El castigo de los revolucionarios fué terrible.

EL GOBERNADOR, desde la ventana: — El Jefe del Estado ha sido, como siempre, implacable.

MARTINEZ: — Su venganza, tal vez, no esté completamente satisfecha.

EL GOBERNADOR, yendo hacia el centro: — ¿Cree usted, Capitán Martínez, que se inmolará a algún otro culpable?

MARTINEZ: — Lo temo, señor Gobernador. El ceño del Presidente sigue fruncido y, mientras se le vea sombrío el semblante, la ira no estará aplacada en su alma. Nadie que haya osado afrontar su encono escapará a la severa justicia de Su Excelencia.

EL GOBERNADOR: — Es un varón extraordinario don Gabriel García Moreno. Unos le admiran; otros le odian.

MARTINEZ: — Los maldicientes le llaman tirano sanguinario, déspota cruel, impresionados por el fusilamiento de Maldonado, por la fustigación del General Ayarza, por el espeluznante fin de Juan Berja.

EL GOBERNADOR: — Los inmoló sin piedad.

MARTINEZ: — Por razón de Estado y como una imperiosa necesidad para la paz y el progreso de la amada Patria.

EL GOBERNADOR: — Sus partidarios lo alabamos —y con razón— su inteligencia, en la que descuellan el saber y la erudición, haciéndole poeta a sus horas; le ensalzamos por su integridad indiscutible; le aplaudimos su ardiente patriotismo.

MARTINEZ: — El Clero, al cual dispensa tantos favores, le sostiene, enardeciéndole el fervor religioso.

EL GOBERNADOR: — Mientras sus denigradores le tratan de fanático intolerable.

MARTINEZ, irguiéndose y yendo hacia el Gobernador: — Con su aspecto grave, imponente, aterra al adversario; pero, con su amabilidad, seduce a quien se granjea su simpatía. Tiene aguda y penetrante la mirada como el cóndor y, a veces, parece que, del rey de los aires, tuviera también las alas vigorosas para trasladarse rápidamente de la capital a la ciudad lejana donde sus adversarios trastornan el orden público.

EL GOBERNADOR: — Pasma, en verdad, la rapidez con que vino ahora a Guayaquil desde Quito para debelar la revolución capitaneada por el Comandante José Marcos... Usted viajó con él. Dígame, pues, ¿cómo salvó la enorme distancia en tan corto tiempo?

MARTINEZ: — No bien supo en Quito que los revolucionarios se habían apoderado del vapor de guerra Guayas, Su Excelencia dejó encargado el mando supremo al Vicepresidente y, a caballo, se puso en marcha precipitada hacia aquí.

EL GOBERNADOR: — Le acompañábais únicamente vos y dos asistentes.

MARTINEZ: — Nadie más. Sólo se detuvo en las grandes poblaciones el tiempo indispensable para relevar las cabalgaduras y tomar un ligero refrigerio. En la carrera no paraba el ca-

ballo sino cuando veía aproximarse algún posta que llevaba a Quito nuevas comunicaciones vuestras. Las leía rápidamente y, sin desmontarse, escribía órdenes al margen de los oficios. Volvía después a emprender la marcha con mayor celeridad.

EL GOBERNADOR: — Su constitución parece de hierro.

MARTINEZ: — Es incansable. De Babahoyo vinimos finalmente a este puerto en una mala embarcación cuyos remeros, a la voz y gesto del Presidente, la impulsaban sin descanso.

EL GOBERNADOR: — Nadie le aguardaba aquí. Su presencia en el Malecón causó un pánico general.

MARTINEZ: — Apenas hubo abrazado a doña Mercedes, su venerada madre, dechado de virtudes; vino a esta sala de Gobernación, donde instaló su despacho.

EL GOBERNADOR: — Con febril actividad forjó aquí el plan para combatir a los revolucionarios.

MARTINEZ: — Poco tardó hasta apoderarse **manu militari** del vapor inglés Talca que iba a zarpar en viaje al sur.

EL GOBERNADOR, riéndose: — Oí las vanas protestas de su Capitán. El gringo tuvo que contentarse con la promesa de resarcir daños y perjuicios a la Compañía británica.

MARTINEZ: — Y doscientos soldados ocuparon la nave extranjera convertida en un buque de guerra ecuatoriano con oculta artillería.

EL GOBERNADOR: — Mientras acompañaba hasta el muelle a don Gabriel, improvisado Comandante en Jefe del Ejército, fui observando cómo erguía el busto en su negra y larga levita militar, y cómo le relampagueaban los ojos bajo el fino sombrero jipijapa. Su mano derecha apretaba febrilmente el pequeño antejo de larga vista que llevaba pendiente de una corre terciada sobre el pecho y la espalda. Se embarcó el último, después del Estado Mayor en que íbais como Edecán de su Excelencia junto al Capitán Sucre, su Ayudante.

(El Capitán Sucre entra por el foro).

ESCENA II

LOS MISMOS Y EL CAPITAN SUCRE

MARTINEZ: — ¡Hola!, Capitán Sucre, se diría que acude por-
que oyó sonar su nombre.

SUCRE: — Señores, ¿en qué puedo servirlos?

MARTINEZ: — Hablábamos de la expedición contra los rebel-
des... Debo, sin demora, transcribir un oficio, ¿Quiere usted
referir al señor Gobernador lo que ocurrió desde que sali-
mos en la improvisada nave de guerra, a la que convoyaba
el vaporcito fluvia! Smyrk, armado con una pieza de arti-
llería?

(Va a sentarse a su mesa y escribe).

SUCRE: — Fuimos río abajo, en persecución de los revoluciona-
rios ¡cuán desprevenidos! Porque, ¿cómo pudieran sospechar
que el Presidente había llegado de Quito en tan poco tiem-
po?

EL GOBERNADOR: — ¿Quién negará la resolución y audacia de
nuestro ínclito Jefe para sorprender, en aguas de Jambelí, a
la flotilla revolucionaria?

SUCRE: — Los que la comandaban, al ver que al vapor inglés
Talca se acercaba, creyeron que iba en viaje ordinario a la
costa del Perú y no hicieron caso de su presencia hasta que
fué disparado el primer cañonazo.

EL GOBERNADOR: — ¡Desdichados!

SUCRE: — En media hora de fuego nutrido y de ataque bien
dispuesto por los garcistas y de confusión en la defensa im-
provisada por los revolucionarios, redujimos a la impotencia
el heroísmo desplegado por los que capitaneaban los vapores
Guayas y Bernardino, y que se rindieron para evitar un
mayor sacrificio estéril de vidas.

EL GOBERNADOR: — Esperanzados, tal vez, en la generosidad
del vencedor.

SUCRE: — Hubiera sido conocerle mal.

EL GOBERNADOR: — El General Urvina, caudillo de la revol-
ución, ¿cómo logró escapar con su acompañante, el General
Robles?

SUCRE: — Porque ambos se hallaban en tierra, reclutando gente y procurando la adhesión de los pueblos vecinos a Machala... Lo que ocurrió después del triunfo me estremece aún el alma... Soy completamente adicto a García Moreno y, sin embargo, deploro que no haya escuchado la voz de la piedad. Crecerá el número de los que le odian y viven en la continua obsesión de darle muerte, hasta que quizás lo consigan.

EL GOBERNADOR: — Difícil será, si no imposible. El Jefe es un valiente. Está bien custodiado y a nadie teme. Dice que al asesino que se le enfrente le temblará la mano.

SUCRE: — Así lo creo.

EL GOBERNADOR: — Prefiriera, sin embargo, igual que usted, verle más inclinado a la clemencia. La hecatombe actual es horrible.

SUCRE: — Veintisiete prisioneros fueron fusilados en el trayecto de Jambelí a Punta Piedra, ya a bordo, ya en tierra.

EL GOBERNADOR: — El perdón hubiera probablemente transformado a esos valientes en partidarios del Gobierno y buenos servidores de la Patria.

SUCRE: — Admiré la serenidad del intrépido Comandante Marcos al morir, después que, a la colérica pregunta de nuestro Jefe: ¿Quién mandaba esta expedición pirática?, contestó altivamente: "—A mí me cupo esa honra."

(Martínez, se yergue, deja la mesa y se acerca).

MARTÍNEZ: — Ningún prisionero imploró perdón. Todos, sin trepidar, declararon que asumían la responsabilidad de su conducta. Distinguióse entre ellos Juan Bohórquez. García Moreno le hizo fusilar, diciendo: "—Llevad a ese insensato a que acompañe a su Jefe en el largo viaje que acaba de emprender".

SUCRE: — Uno hubo que imploró clemencia.

EL GOBERNADOR: — ¿Quién?

SUCRE: — El Coronel José María Vallejo, lisiado de una pierna, como lo sabéis. Imploró clemencia, pero no para sí, para su hijo de diez y ocho años, al que había obligado a seguirle a fin de apoyarse a su brazo. Las lágrimas nublaron mis ojos cuando ví a ese joven pasado por las armas a la vista de su desdichado padre que se desplomó, casi perdido el juicio.

EL GOBERNADOR: — ¡Qué horrible cuadro!

SUCRE: — Al volver en sí, el Coronel Vallejo fué, a su vez, arrastrado al patíbulo. Aun suenan en mis oídos sus últimas palabras: “—¡Tirano, te emplazo ante el tribunal de Dios!”

EL GOBERNADOR: — Hoy, a vuestro regreso, este pueblo contempló horrorizado las largas filas de prisioneros que, amarrados unos a otros, eran conducidos a los cuarteles bajo la custodia de fuertes escoltas. Los guayaquileños apretaban el paso, angustiados, cabizbajos, yendo a esconderse en sus casas, como si temieran ser víctimas de la ira inextinguible del vencedor.

MARTINEZ: — No tardará en llegar aquí a dictar nuevas órdenes para dejar aplastadas todas las cabezas de la hidra revolucionaria, sin que ninguna de ellas vuelva a levantarse, sustrayéndose al tremendo castigo que le inflija.

SUCRE, acercándose al foro: — Oigo pasos... Es él... Me retiro a la sala vecina, donde aguardaré sus órdenes.

(Sale por la puerta lateral derecha).

ESCENA III

EL GOBERNADOR, EL CAPITAN MARTINEZ Y GARCIA MORENO

GARCIA MORENO, entrando por el foro: — Señor Gobernador, ¿ha recogido usted algunas impresiones de los guayaquileños respecto del rigor de mi justicia?

EL GOBERNADOR: — La mayor parte de ellos está encerrada en sus casas. Los pocos que circulan guardan silencio.

GARCIA MORENO: — Con su mutismo revelan, aún más que si hablaran, sus sentimientos de improbación o de hostilidad. ¡Insensatos! Me llaman cruel. No comprenden que, cumpliendo mi deber de salvar a la Patria, soy impasible porque obedezco a la voz de mi conciencia, a la orden de Dios que puso la vara del poder en mis manos para que haga, de esta nación joven y turbulenta, un Estado próspero y pacífico, en el que reinen los sentimientos sanos y las instituciones católicas, sin lo cual todo fuera corrupción, perversidad y anar-

guía. Cumpliré religiosamente el mandato divino. Al amparo del Sagrado Corazón de Jesús, procuraré hacer del Ecuador una nación fuerte y grande, respetada, mientras el Hacedor Supremo no disponga, llamándome a su seno, que cese en la ardua misión que me ha impuesto. Correrá más sangre, cuanta sea necesaria. Exterminaré hasta el último de mis enemigos, que también lo son de Dios y de la Patria... (Dirigiéndose a Martínez): Señor Capitán, escriba la proclama que voy a dictarle... Señor Gobernador, ¿ha visto usted al Capitán Sucre?

EL GOBERNADOR: — Aguarda las órdenes de Su Excelencia en la pieza vecina.

GARCIA MORENO: — Sírvasse decirle que me precisa hablarle.

(El Gobernador se inclina y sale por la derecha).

ESCENA IV

EL CAPITAN MARTINEZ Y GARCIA MORENO

(Martínez está sentado a su mesa, listo a escribir).

GARCIA MORENO: — Capitán, escriba: "El Comandante en Jefe del Ejército a los Vencedores de Jambelí: ¡Amigos! La victoria ha coronado vuestro heroico valor y la Patria contempla agradecida la página gloriosa que habéis agregado a su historia. Dos vapores armados se presentaron en la línea de batalla a vuestros ojos en la bahía de Jambelí y, con sólo el vapor Talca, con cien guardias nacionales del Guayas, cincuenta lanceros y treinta y dos artilleros, os apoderásteis de la flotilla pirática, en media hora de combate, venciendo a bayoneta y lanza la desesperada resistencia de cuantos no buscaron a nado su salvación en las aguas. A los valientes que iban en el Smyrk les cupo la gloria de tomar en Jeli al Wáshington armado con doble número de piezas y dirigido por los que, con insensato orgullo, se daban el título de caudillos y, con vil cobardía, huyeron cubiertos de lodo y de ignominia. Compañeros, os felicito por la brillante victoria con que el Dios de los Ejércitos ha premiado vuestro denuevo asombroso. La República está salvada por vuestro irre-

sistible esfuerzo. Nuestras aguas están ya libres de los piratas y los que se atrevieron antes a hollar Santa Rosa corrieron despavoridos al solo anuncio de nuestra presencia. Falta solamente que, a los que se hayan ocultado en los bosques o hayan vuelto a continuar la existencia de salteadores, los extermine el brazo de la justicia envueltos en su propia sangre. De hoy más, el patíbulo será la garantía del hombre de bien.” (Pausa). Déme a firmar. (Se sienta a la mesa grande. Martínez le lleva el documento. García Moreno, tras leerlo rápidamente, lo firma y entrega al Capitán). Llévelo, en seguida, a la Comandancia.

(Martínez sale por el foro).

ESCENA V

GARCIA MORENO Y, LUEGO EL GOBERNADOR

García Moreno saca del bolsillo del chaleco un papel doblado, lo despliega y, fruncido el ceño, lo lee detenidamente. Se levanta y, mientras se pasea taciturno, el Gobernador entra por la puerta lateral derecha.

GARCIA MORENO: — Señor Gobernador, la Providencia, claro está, no me abandona.

EL GOBERNADOR: — Merced a ella. Su Excelencia triunfó fácilmente de los facciosos.

GARCIA MORENO: — Me favoreció también, impulsando al negro Daniel a no cumplir las órdenes de su amo, el argentino Viola.

EL GOBERNADOR: — ¿Cómo así?

GARCIA MORENO: — Porque dispensaba toda su confianza a ese sirviente...

EL GOBERNADOR: — A quien había protegido tanto...

GARCIA MORENO: — Por eso mismo. Viola le mandó de emisario a los insurrectos para avisarles mi marcha en pos de ellos. Daniel ha fugado; pero, como un buen patriota, hizo llegar a mis manos este papel que Viola le confió y cuyos términos misteriosos no atino a descifrar completamente.

(El Capitán Sucre entra por la puerta derecha).

ESCENA VI

LOS MISMOS Y EL CAPITAN SUCRE

SUCRE: — Excelentísimo Señor...

GARCIA MORENO, interrumpiéndole: — Capitán, dirija sus pasos inmediatamente a la casa del doctor Santiago Navarro Viola y exprésele, a mi nombre, que debe presentarse aquí sin pérdida de minuto.

(Sucre se inclina y sale por el foro).

ESCENA VII

GARCIA MORENO, volviendo a mirar el papel: — ¡Cuánto diera Señor Gobernador, por conocer el secreto que estos renglones encierran! Escúchelos: "Compadre, acepto y queda amarrada la pelea, pero le advierto que mis gallos 5, 7 y 10 no son de pico, sino de a navaja." ¿A quien iba dirigida la misiva? ¿A Urvina? ¿A Robles...? ¿Lo sospecha usted?

EL GOBERNADOR: — No podría decirlo.

GARCIA MORENO: — Poco importa. Más me interesa conocer cuáles son esos gallos de a navaja marcados con tres guarismos... Son conspiradores importantes, no cabe duda... Haré todo lo posible por despejar la incógnita. Dense por muertos si acierto a descubrir sus nombres... El castigo ejemplar tiene que ser completo en esta ocasión para evitar que se me obligue a repetirlo...

(Guarda el papel en el bolsillo del chaleco, se sienta a la mesa grande, escribe y encierra la hoja escrita en un sobre, al cual pone la dirección. El Capitán Sucre entra por el foro).

ESCENA VIII

LOS MISMOS Y EL CAPITAN SUCRE

SUCRE: — Excelentísimo Señor, hallé a pocos pasos al doctor Viola. Vino conmigo y aguarda el permiso de entrar.

GARCIA MORENO, irguiéndose, impaciente: — Que pase inmediatamente.

(Suere sale y vuelve con Viola, que, quitándose el sombrero de copa, lo deja en una silla y, apoyado en su bastón, avanza lentamente, con cierta dificultad en el andar, hasta la mesa en que escribía García Moreno, que clava la mirada en él).

ESCENA IX

LOS MISMOS Y VIOLA

GARCIA MORENO: — Buenos días, doctor Viola.

VIOLA, inclinando la frente ligeramente: — Señor Presidente.

GARCIA MORENO: — Sírvase tomar asiento.

VIOLA, permaneciendo en pie: — Gracias. Estoy a su llamada.

GARCIA MORENO, sentándose: — Sé que usted profesa ideas subversivas.

VIOLA: — Ideas liberales ¿querrá decir?

GARCIA MORENO: — Es igual, porque combaten la política de mi Gobierno, atentan contra la tranquilidad del Estado y, con sus innovaciones, tienden a desorganizar la sociedad.

VIOLA: — Luchamos, cierto es, por que desaparezcan el poder absoluto y todo Gobierno autoritario, las constituciones y leyes que oprimen las conciencias humanas, aherrojan el pensamiento, amordazan las lenguas que no adulan y atan las manos que, con la pluma, piden que no sean conculcados los derechos de los ciudadanos, reivindicados en gloriosa Independencia. Propendemos a reorganizar no a demoler la sociedad, dándole una existencia libre, sin amos que la humillen, aterrren y desconsuelen.

GARCIA MORENO: — Vuestras ideas pugnan con las nuestras, que la iglesia aprueba y bendice.

VIOLA: — Combaten el fanatismo y la intolerancia, porque respetamos cualquier opinión ajena que sea honrada y sincera.

GARCIA MORENO: — Son funestas. Propagáis halagadoras promesas que engañan a los pueblos y alientan bajos sentimientos de envidia y odio.

VIOLA: — Con ellas obtuvimos la abolición de la esclavitud y obtendremos para la humanidad menesterosa y doliente otros grandes beneficios, todas las libertades que los hombres tienen el derecho de exigir.

GARCIA MORENO: — La paz, que alteráis es el mejor bien de los pueblos.

VIOLA: — Pero no la que dan los déspotas, la paz de la tumba.

GARCIA MORENO, irguiéndose, airado: — Reinará en el Ecuador la paz que yo imponga... Llego al objeto de mi llamada... Como usted es abogado, le hice venir para consultarle un punto de derecho... (Saca del bolsillo el papel que estuvo leyendo). Primeramente, quiero que me diga si reconoce la letra de esta misiva.

VIOLA: — La reconozco. Fuí yo quien escribió ese papel.

GARCIA MORENO: — ¿Tendrá la bondad de explicarme lo que esos guarismos significan? ¿A qué personajes se refieren?

VIOLA: — Cometería una acción indigna si le complaciera. No soy un delator.

GARCIA MORENO: — Muy bien; pero, usted que vino prófugo de Buenos Aires, diz que por sustraerse a la tiranía del Presidente Rosas...

VIOLA: — Cierto es.

GARCIA MORENO: — ... consentirá tal vez en decirme — y ese es el punto de derecho que deseaba consultarle — ¿qué pena merece un extranjero que, interviniendo en los asuntos políticos del país, al cual negó hospitalidad, secunda los esfuerzos de los revolucionarios?

VIOLA, sencillamente: — De acuerdo con el criterio y sistema de usted, señor García Moreno, merece la pena de muerte.

GARCIA MORENO: — Usted mismo pronunció su sentencia... (Dirigiéndose al Capitán Sucre): Señor Edecán, conduzca a este reo de Estado, con la debida guardia, al cuartel de Artillería. Diga allí al Comandante General que le ponga en capilla. La orden de hacerle pasar por las armas se la mandaré en seguida. Deberá cumplirla bajo obediencia militar, tan luego como la tenga en sus manos.

(El Capitán Sucre se inclina silenciosamente y Viola sin mirar a García Moreno, toma su sombrero, saliendo, de semblante sereno y paso lento, por el foro, seguido por Sucre).

ESCENA X

GARCIA MORENO Y EL GOBERNADOR

GARCIA MORENO, paseándose, agitado: — Es todo un hombre ese doctor Viola.

EL GOBERNADOR: — De alma bien templada.

GARCIA MORENO: — ¡Qué altivez al dictar él mismo su sentencia de muerte!

EL GOBERNADOR: — Y ¡qué impasibilidad al oírla confirmar de los labios de Vuestra Excelencia!

GARCIA MORENO: — Siento que no haya sido de mis amigos y lamento verme obligado a inmolarle en bien de la Patria... ¡Qué fuera de ella si perdonara a los extranjeros que conspiran contra mi Gobierno, jactándose de profesar doctrinas liberales y de combatir mi supuesta tiranía! Lo que esos liberales pretenden, combatiéndome, es adueñarse del poder para arruinar a la nación y hundirla en un abismo, al propagar principios nefastos de una escuela abominable.

EL GOBERNADOR, tímidamente: — Viola goza de merecida fama como jurisconsulto. Todos le consideran y le aprecian.

GARCIA MORENO: — Su influencia, por sus muchos méritos, es perniciosa y muy temible. Precisa suprimirle... Morirá... Mientras más sobresaliente es el enemigo, menos compasión debe inspirar.

(La puerta del foro se abre bruscamente y doña Mercedes se adelanta, rápida, hacia García Moreno. El Gobernador la saluda, inclinándose, y sale por la puerta lateral derecha).

ESCENA XI

GARCIA MORENO Y DOÑA MERCEDES

DOÑA MERCEDES: — ¿Hasta cuándo sangre, Gabriel?

GARCIA MORENO: — ¡Madre mía!

DOÑA MERCEDES: — Vengo a arrebatarte una nueva víctima, a salvar a Viola.

GARCIA MORENO: — ¡Señora!

DOÑA MERCEDES: — ¿No te basta haber inmolado a veintiseis guayaquileños?

GARCIA MORENO: — Hice justicia.

DOÑA MERCEDES: — Fuiste esclavo de la ira, vengándote. Quiero contener ahora tu locura y salvarte de la responsabilidad que pretendes asumir ante Dios y los hombres.

GARCIA MORENO: — Madre, no insista.

DOÑA MERCEDES: — Me oirás hasta que mueva a piedad tu duro corazón.

GARCIA MORENO: — Dios y la Patria me ordenan que sea implacable.

DOÑA MERCEDES: — El Dios que invocas no es el que te enseñé a adorar durante tu plácida niñez, cuando te arrullaba en mi regazo y te decía su bondad y misericordia. Nuestro Dios, el de tu honrado y piadoso padre, el mío, inculca el perdón de las ofensas y pone límites a la justicia humana.

GARCIA MORENO: — Obedezco a la voz de mi conciencia. Ella me ordena que desempeñe sin vacilación la misión providencial que el cielo me ha confiado para salvar a la Patria.

DOÑA MERCEDES: — Te engañas. Obedeces ciegamente a tu ambición y a tu encono. Con criminales actos de crueldad no conseguirás la felicidad de la Patria.

GARCIA MORENO: — Señora, no se inmiscue usted en mi conducta política. Perdonar a Viola fuera un acto de debilidad. Razón de Estado me lo prohíbe.

DOÑA MERCEDES: — ¡Razón de Estado! ¡Cuántos crímenes se cometieron, invocándola! No rechaces la súplica de tu madre. Concédeme la vida de ese desventurado.

GARCIA MORENO: — Me duele no poder complacerla.

DOÑA MERCEDES, cuya manta cae al suelo: — Gabriel, por la leche que has bebido de estos pechos, atiéndeme y perdona a Viola.

GARCIA MORENO: — El mismo, reconociendo su culpabilidad, se ha sentenciado a muerte. Una fuerza superior a las mías me ordena imperiosamente su inmolación... Morirá.

DOÑA MERCEDES, derramando lágrimas: — ¡Hijo ingrato y despiadado!

GARCIA MORENO: — ¡Perdón, madre! perdón.

DOÑA MERCEDES: — ¡Ay! Las imprecaciones del pueblo seguirán destrozándome el alma! Dicen que tienes entraña de hiena.

GARCIA MORENO: — El pueblo, injusto hoy, reconocerá algún día que en mi corazón hubo inagotable energía para engrandecer a la Patria, acabando con sus enemigos... (Se acerca a doña Mercedes, le toma la mano y se la besa). Aléjese, madre mía. Usted no puede dudar de mi respeto y cariño. Perdóneme que no la obedezca.

(Recoge la manta, que quedó en el suelo, y la coloca sobre los hombros de doña Mercedes, a la que acompaña hasta la puerta del foro y allí le besa la frente. Ella sale, llorando, trémula y cabizbaja).

ESCENA XII

GARCIA MORENO: — Mis enemigos han conseguido que hasta mi santa madre dude de mi abnegación a la Patria y me juzgue mal... (Alzando los ojos al cielo): ¡Dios mío, no me abandones en la santa misión de bienhechor del Pueblo Ecuatoriano que me has impuesto!

(El Padre Miguel, abriendo lentamente la puerta del foro, se detiene en el umbral).

ESCENA XIII

GARCIA MORENO Y EL PADRE MIGUEL

EL PADRE MIGUEL, desde la puerta: — Excelentísimo Señor, ¿da usted permiso?

GARCIA MORENO: — Venga, Reverendo Padre. (El Padre Miguel, en actitud humilde, se adelanta, quedando a cierta distancia de García Moreno). Llega oportunamente para confortar mi espíritu agobiado. Oiga hablar mi conciencia.

EL PADRE MIGUEL: — Nada tiene que reprocharse el más preclaro, virtuoso y justo de todos los Jefes de Estado. Vuestro nombre será ensalzado por las generaciones futuras hasta en países remotos.

GARCIA MORENO: — Usted conoce mis más íntimos pensamientos y sabe la obra de regeneración y engrandecimiento, de

constante progreso que, mediante el auxilio divino, anhelo llevar a cabo en nuestra desdichada Patria.

EL PADRE MIGUEL: — Obra hermosa, magnífica.

GARCIA MORENO: — Haré que, como en un espejo, se refleje mi propia integridad en todos los funcionarios públicos. Haré que, con el desarrollo de la instrucción, a impulso de la fe, se eleve el nivel de la inteligencia en la clase laboriosa y pobre. Llamaré a sabios europeos para la enseñanza en escuelas y facultades que abriré. No faltará el trabajo a los obreros. Habrá carreteras en todo el territorio y las extenderé hacia nuestro portentoso Oriente, donde las Misiones que establezco impedirán el avance y despojo con que nos amenazan los vecinos pueblos codiciosos.

EL PADRE MIGUEL: — ¡Labor admirable, espléndida!

GARCIA MORENO: — Haré reinar a la virtud en el hogar. No toleraré magistrados corrompidos. Elevaré la cultura del militar para que sea un pundonoroso defensor de la nación, incapaz de traicionar al Gobierno. Aplastaré la anarquía. Sólo la paz interna da alas a la civilización y al progreso. Seré el terror de los malvados, el estímulo de los buenos, un infatigable patriota y el más firme defensor de la Iglesia católica.

EL PADRE MIGUEL: — La historia dirá que García Moreno, sublime y heroico Presidente, administrador genial, escrupuloso hacendista, educador del pueblo y padre de los pobres, tuvo la privilegiada inteligencia de un sabio, el intrépido patriotismo del más glorioso prócer, las ejemplares virtudes de un celoso apóstol y la bella alma del campeón de la fe que afrontó el martirio serenamente. Los ecos del Vaticano dirán al mundo, hablando de vos: "—Fué un varón demasiado grande para una nación pequeña".

GARCIA MORENO: — Sólo pido a mis compatriotas que juzguen mis acciones imparcialmente, condenando las que, porque soy un sér humano, fueron culpas o errores; pero, reconociendo en mi política honradas intenciones. No se diga que fuí ambicioso y egoísta, sin considerar que, en mi puro amor patrio, ansié el poder para apaciguar a la nación y engrandecerla. No se me llame perennemente vengativo y cruel porque mi justicia, como la de Richelieu, fué implacable, terrible.

EL PADRE MIGUEL: — Imponiendo el castigo del patíbulo a los perversos, salváis de la muerte, en luchas intestinas, a centenares de ciudadanos útiles a la Patria.

GARCIA MORENO: — No se murmure que, en la ostentación de mis creencias religiosas, hubo la hipocresía de un astuto gobernante. Créase que bien arraigadas las llevé en el alma, convencido de que, sin ellas, las naciones peligran, van al desaliento, a la inmoralidad, al aumento de vicios y crímenes, al caos y al abismo.

EL PADRE MIGUEL: — ¡Infeliz Patria, la nuestra, si desapareciera, dejando incompleta vuestra extensa obra regeneradora! Llegaría el día que el Ecuador desmembrado, empobrecido, sin crédito, campo de Agramante de mezquinas ambiciones, de persecuciones sectarias, de inicuos procedimientos, dejaría oír voces doquier, implorando al cielo que, para salvar a la Patria surja otro García Moreno.

(El Capitán Martínez se presenta por el foro).

ESCENA XIV

LOS MISMOS Y EL CAPITAN MARTINEZ

MARTÍNEZ: — El Ilustrísimo Señor Obispo Aguirre os pide audiencia.

GARCIA MORENO: — Muy gustoso le recibiré... (Martínez va hacia la puerta)... Aguarde, Capitán... (García Moreno toma, en su mesa de despacho, el pliego que había preparado y lo entrega al Capitán). Tan luego como Su Ilustrísima haya entrado, lleve usted al señor Comandante General esta orden de pasar por las armas inmediatamente al convicto conspirador Viola.

(Martínez, manifestando honda emoción, recibe el papel, se inclina y sale. Vuelve en seguida, deja pasar al Obispo y se retira. El Padre Miguel se ha apartado a la esquina de la sala, lado derecho. El Obispo entra, dándole la espalda. García Moreno se adelanta, dobla ligeramente la rodilla y besa el anillo pastoral. El Obispo pasea la mirada por la sala; ve entonces al Padre Miguel y éste se le acerca, se arrodilla y, a su vez, besa el anillo del Prelado, volviendo después a la esquina de la sala).

ESCENA XV

GARCIA MORENO, EL PADRE MIGUEL Y EL OBISPO AGUIRRE

GARCIA MORENO, indicando el sillón cerca de la mesa de despacho: — Ilustrísimo Señor, dígnese de tomar asiento...

(El Obispo se sienta. García Moreno permanece en pie).

EL OBISPO: — Excelentísimo Señor, vengo a implorarle el perdón para Viola.

GARCIA MORENO: — Con dolor de mi alma, acabo de negárselo a mi atribulada madre.

EL OBISPO: — Lo sé y también que Guayaquil entero, consternado, reprueba el terco rechazo de la súplica materna.

GARCIA MORENO: — Dios es mi único juez.

EL OBISPO: — En su santo nombre digo a usted: Ya es demasiada sangre derramada. Los rebeldes han sido castigados con inaudita atrocidad. La sociedad se halla profundamente conmovida y clama por la vida de un culto y distinguido varón. Es indispensable que, en el corazón de usted, la misericordia se abra paso.

GARCIA MORENO: — No; no puedo ni debo acceder a la petición de Su Señoría. Ese hombre, que es un extranjero, indigno de la hospitalidad generosamente concedida, se ha declarado, con arrogancia, culpable de complicidad en esta torpe intenciona de precipitar al país en la anarquía.

EL OBISPO: — Su confesión, por altiva que haya sido, debe merecerle una atenuación en el castigo.

GARCIA MORENO: — Sepa Su Señoría que el plan de los revolucionarios fué asesinarne para volver a implantar en esta católica República las prácticas de una escuela malvada. Convénzase de que esa gente trata de minar el edificio que, con la protección divina, he levantado. Piense que Viola es propagandista de infernales teorías que se fundan en la destrucción de todo principio católico para implantar el libre pensamiento. Exterminaré a una secta que yergue el imperio del mal en las tinieblas.

EL OBISPO: — Anhelo, no menos que vos mismo, el triunfo perenne de nuestra santa religión católica; pero, el rigor excesivo de quien la predica y ampara nunca dará benéficos resultados.

GARCIA MORENO: — El perdón del criminal, en las actuales circunstancias, fuera traicionar la causa de Jesucristo. Para salvar al país de la anarquía, debo castigar inexorablemente, gobernar por mi propio juicio y asumir la responsabilidad de todos mis actos.

EL OBISPO: — La causa de Jesucristo es de amor y conmiseración, no de exterminio y venganza. Considere, Excelentísimo Señor, el sublime ejemplo que el Redentor nos dió, tomando sobre sus hombros a la oveja descarriada; recuerde las palabras de dulzura que brotaron de los labios del Divino Maestro, amargados por la hiel que sus enemigos le dieron a beber. Medite que sólo a Dios, fuente de la vida, corresponde el quitarla a voluntad. No llame usted sobre su cabeza la cólera celeste, disponiendo arbitrariamente de lo que no le es dado disponer y observe que son los hombres, sujetos a error, quienes hacen esas leyes, no siempre justas, con que satisfacen sus propósitos e inclinaciones, y hasta sus venganzas.

GARCIA MORENO: — Respeto profundamente al santo pastor de la grey a la que me glorió de pertenecer. Venerándole, desearía acatar siempre sus requerimientos. Gustosísimo le obedecería, inclinando mi alma a la clemencia, si el ejemplo terrorífico no fuera indispensable en la aurora de la organización política de un país. El Ecuador, amenazado en la integridad de su territorio por la codicia de países vecinos, debe gozar de completa paz interna para ser fuerte y así respetado. Quien la altera comete un crimen de traición a la Patria. Viola merece la muerte, como la merecieron todos los cómplices de tan odioso e insensato levantamiento. Viola morirá.

EL OBISPO, irguiéndose: — No; no morirá, Excelentísimo Señor, si recordáis que, en el Sagrado Libro está escrito: "Nadie sea osado a quitar la vida a sus semejantes".

GARCIA MORENO: — Su Señoría me abruma con su contundente argumentación. Confieso que al fin vacilo... Empiezo

a creer, oyéndole, que mi conciencia sufrió una ofuscación... Mi espíritu serénase... Mi corazón se ablanda... Pero, no; dejaría de ser el justiciero que soy si perdonara... (Yendo y viniendo, con viva agitación, alcanza a ver, en su rincón, al Padre Miguel): ¡Ah! Había olvidado su presencia Padre Miguel. ¿Escuchó todo lo que el señor Obispo ha dicho? ¿Qué opina de su amonestación, aconsejándome la clemencia?

EL PADRE MIGUEL, sin alzar la mirada: — Excelentísimo Señor... **Salus pópuli...**

(García Moreno se vuelve bruscamente hacia el Obispo que está mirando con triste asombro al Padre Miguel).

GARCIA MORENO: — ¿Le oye Su Señoría?... La salvación del pueblo exige que se cumpla la sentencia de muerte...

(Se oye vibrar, en las campanas de las iglesias, el toque de difuntos, hasta que el telón baje).

Sólo el rayo podría paralizar mi brazo vengador.

(Suena lejana la descarga del pelotón de ejecución. El Padre Miguel une las manos, orando).

EL OBISPO, horrorizado: — ¡Jesús!

GARCIA MORENO, impasible: — Viola fué ya fusilado... Ruegue por su alma.

EL OBISPO, muy tristemente, yendo a la puerta: — Rogaré también al Todopoderoso por que no se cumpla en vos su tremenda profecía...

GARCIA MORENO, altivo: — Si el hierro asesino me derriba, caeré, diciendo: ¡Dios no muere!

TELON.



XI

CHARITO



CHARITO

IDILIO DRAMATICO, EN CUATRO CUADROS Y EN VERSO

A la ilustre matrona ecuatoriana, señora doña **Ana Darquéa de Sáenz**

de Tejada, acreedora a pública gratitud y
unánime admiración como Presidenta de la
benéfica Institución guayaquileña El Belén del
Huérfano, en testimonio de alta consideración
y profundo respeto, dedica este idilio dramático
su agradecido amigo y seguro servidor.

VICTOR M. RENDON.

1927.

CHARITO

Drama en cuatro cuadros, en verso, representado en la Sociedad FILANTROPICA DEL GUAYAS, el 21 de noviembre de 1930.

REPARTO

CHARITO, 20 años, gitana del Sacro Monte Sta. Abigaíl Cañarte
ROSITA, 22 años, bailadora gitana Sta. Guillermina Rodríguez
PALMIRA, 23 años, cantadora gitana Sta. Lucrecia Madinyá
AKIAB, 30 años, soberano de la India Sr. Telésforo Calmet
FLAVIO, 28 años, médico madrileño Sr. Luis Monje
ALBERTO, 32 años, hijo de Granada, deudo
de Flavio Sr. Napoleón Ramos
EDMUNDO, 31 años, amigo de Flavio y de Alberto
Sr. Jorge Calderón
ELMIR, 45 años, Capitán de los gitanos, padre
adoptivo de Charito Sr. Erasmo Garibaldi
ABDUL, 20 años, indiano, Intendente de Akiab Sr. Ecuador Romero
ISMAEL, 22 años, gitano, primo de Charito Sr. Jorge Calderón
Bailadoras, cantadoras gitanas; guitarristas gitanos.

La acción en Granada, época actual.

CUADRO PRIMERO: la Alameda, al pie de la Alhambra, al anochecer;

CUADRO SEGUNDO: una sala suntuosa en el hotel Wáshington Irving, de noche;

CUADRO TERCERO: la cueva de Charito, en el Sacro Monte, por la tarde;

CUADRO CUARTO: la misma sala del cuadro segundo, al mediodía.

Charito, Elmir, Ismael, las bailadoras y cantadoras, los guitarristas lucen galas gitanas. Akiab ostenta un lujoso turbante

indio con piedras preciosas. Abdul lleva puesto un turbante más sencillo. Ambos e igualmente Flavio, Alberto y Edmundo usan vestidos modernos, de americana.

La SOCIEDAD COOPERATIVA COMERCIO, de Guayaquil, en su propio local, representó el drama CHARITO, con los mismos intérpretes, el día 1º de enero de 1931.

En la Escuela Fiscal **Calixto Romero**, Nº 32, en SAMBORON-DON, el drama CHARITO fué representado con gran acierto por las Alumnas y la meritísima Directora Sta. Da. Ana J. Salazar el 1º de noviembre de 1931.

CHARITO

IDILIO DRAMATICO, EN CUATRO CUADROS Y EN VERSO

CUADRO PRIMERO

LA ALAMEDA DE GRANADA AL PIE DE LA ALHAMBRA

ESCENA I

ALBERTO, EDMUNDO Y FLAVIO

(Alberto y Edmundo entran juntos por la derecha, Flavio por la izquierda).

ALBERTO: —

Me alegro de verte, Flavio,
paseando en la Alameda
que, al pie de la excelsa Alhambra,
plácidamente embelesa.

EDMUNDO, a Flavio: —

Como a Granada, hace poco,
llegaste por vez primera,
¿quizá, de su maravilla,
sólo has visto hoy la grandeza?

FLAVIO: —

No, Edmundo; ya, muchas veces,
me asombró la mansión regia
donde Boabdil gemía
al perder patria y diadema.
De allí, mirando a Granada,
comprendí cuál fué su pena.

ALBERTO, a Flavio: —

Si has ido al Generalife,
¿qué dices de su belleza?



CHARITO

FLAVIO: —

Los seculares cipreses
me brindaron sombra amena
en la cautivante quinta,
cuyas fontanas recuerdan
que en su cristal se miraron
moras hermosas y egregias;
mas, dime, a tu vez, Alberto,
pues tu plácida existencia
se desliza en los encantos
de esta primorosa tierra,
¿conoces a la gitana
más lista, salada y bella
de las que, en el Sacro Monte,
habitan curiosas cuevas?
Espléndidos ojos negros
le avivan la tez morena
como al firmamento obscuro
resplandecientes estrellas;
encarnados y risueños,
sus labios brindan promesas
de dulzuras y descubren
iguales nítidas perlas;
ella, con arte exquisito,
se prendé en la cabellera
un manojo de claveles
que allí mueren de vergüenza,
envidiándole el aroma
de sus veinte primaveras.

ALBERTO: —

Esa gitana es CHARITO
que, muy graciosa y ligera,
al compás de las guitarras,
tañendo las castañuelas,
cimbra su cuerpo flexible
esbelto cual la palmera.

VICTOR M. RENDON

EDMUNDO: —

Y, en el mantón de Manila,
caprichosamente envuelta,
con el sombrero de chulo
inclinado hasta las cejas,
baila los tangos lascivos,
sin ofender la decencia.

ALBERTO: —

Y los cantares flamencos
plañe como hábil maestra
o improvisa tiernas coplas
en jotas y peteneras.

EDMUNDO: —

Desde la Sierra Nevada
hasta la Sierra Morena,
los ecos la proclamaron,
entre gitanas, la reina,
sin que jamás a Charito
la envidien sus compañeras
la fama de hermosa y hábil,
porque con todas es buena.

FLAVIO: —

Tras asombrarse en la Alhambra
y deleitarse en la vega,
¿quién, de Granada divina,
sin un suspiro se aleja?
Será más hondo el suspiro
cuando en el alma se lleva
a la preciosa gitana
que, con gracejo, en la cuesta
del Sacro Monte predíjole
larga vida, buena estrella,
y los trebejos de cobre,
fabricados en su cueva,
obsequióselos en cambio
de unas menudas monedas.

CHARITO

A las llamas de sus ojos
¿qué corazón no se quema?
y ¿quién, a su dulce aroma,
no se embriaga y se enajena?

ALBERTO: —

Revelas, en tu entusiasmo,
que la singular doncella
te impresionó.

EDMUNDO: —

Como a todos
los que la oyen y contemplan.

FLAVIO: —

La seguí, más de una tarde,
por esta umbrosa Alameda,
poblada de ruiñesores
que tiernísimos gorjean
cuando ven, bajo sus nidos,
el ángel de esa mcrcna,
y donde las claras fuentes
que el aire estival refrescan,
alegremente susurran
al oír los pasos de ella,
porque anhelan ser espejos
de su gracia y su belleza.
(Se oye a Charito que llega, cantando).

CHARITO: — (entre bastidores):

En el fondo del alma
tengo una pena,
una pena tan grande
como secreta,
tan secreta que nunca
se oyó mi queja,
y tan grande que, a veces,
¡ay! bien quisiera,
a quien puede aliviarla,
decir mi pena.

ALBERTO: —

¡Albricias! Ella es, Charito,
la que a este sitio se acerca.

EDMUNDO: —

Antes que llegue, me alejo.

FLAVIO: —

¿No te agrada su presencia?

EDMUNDO, riéndose: —

Imito al juicioso Ulises;
cuando asoman las sirenas,
no me expongo a sus hechizos.
Abur; os dejo con ella.
(Sale por la izquierda).

ESCENA II

ALBERTO, FLAVIO Y CHARITO

(Charito se presenta muy risueña, por la derecha, con mantón de Manila, y, en los cabellos; gran peineta de Carey y un manojo de claveles rojos).

CHARITO, muy amable: —

Señores, felices tardes.

FLAVIO: —

¿Adónde bueno la perla
de las garbosas gitanas?

CHARITO: —

Aunque yo no lo merezca,
el bondadoso piropo
se agradece muy de veras.
Al hotel Washington Irving,
donde, rumboso, se hospeda
un soberano de la India,

CHARITO

iré con mis compañeras,
después que haya anochecido,
a cantar coplas flamencas
o a bailar jotas y tangos
por complacer a Su Alteza
que mucho me favorece,
llamándome a su presencia.

FLAVIO: —

Ese monarca no sabe
que la paz del alma arriesga,
sometiéndose al conjuro
de una gitana hechicera.

CHARITO: —

¡Jesús! ¡Qué galante siempre,
gustas de brindar canela!

ALBERTO: —

Ten piedad y en él no claves
esas tus pupilas negras,
cuyos rayos electrizan
los pechos y los incendian,
que, en todos los corazones,
burlándolos, haces presa.

CHARITO, graciosa: —

Si os contáis entre mis víctimas,
bien está que os compadezca.

FLAVIO: —

Compadezco yo al monarca
que, desde lejana tierra,
su corazón te ha traído
y tu poder no sospecha.

ALBERTO: —

Su capricho, a tu vez, témelo,
sí, a impulso de pasión ciega,
se le antojara llevarte
a ser, en la India, una reina.

CHARITO, soltando una carcajada: —

Nada temo que, en el mundo,
no hay rey con poder y fuerza
bastantes para alejarme
de Granada y de mi cueva.

(Sale, airosa, por la izquierda, cantando):

En el fondo del alma
tengo una pena,
una pena tan grande
como secreta...

(La voz va apagándose).

ESCENA III

ALBERTO Y FLAVIO

ALBERTO: —

Si quieres acompañarme,
irás, siguiendo sus huellas;
el monarca indio es mi amigo
y, con suma complacencia,
nos hará ver cómo brilla,
fascinándole, esa estrella.

FLAVIO: —

Vayamos, aunque mañana,
de haber ido, me arrepienta.

TELON.

CUADRO SEGUNDO

UNA SALA EN EL HOTEL WASHINGTON IRVING

(Una sala grande, suntuosamente amueblada, con un estrado al fondo, del lado izquierdo. Akiab está recostado en un canapé entre cojines. Abdul, erguido detrás del soberano, le abanica mientras éste lee un libro que entrega a su intendente al erguirse para recibir a Alberto y a Flavio, que entran por el foro. Hay una puerta al fondo y otra a la derecha).

ESCENA IV

AKIAB, ABDUL Y, POCO DESPUES, ALBERTO Y FLAVIO

ALBERTO, inclinándose: —

¡Salve, Akiab! Gran Rey, perdona
si, abreviamos tu reposo
y permite, bondadoso,
que honre tu augusta persona
mi querido deudo Flavio.
El, igual que yo, te admira
y a tu estimación aspira.
Vive en Madrid; es un sabio;
goza, en la Corte, de fama,
ejerciendo el divino arte
de Esculapio.

AKIAB, tendiendo la mano a Flavio: —

Al estrecharte
la mano, juro por Brahma
ser siempre tu buen amigo.

FLAVIO: —

Y yo a tus pies me prosterno,
anhelando que sea eterno
el gran favor que hoy consigo.

AKIAB: —

Habéis llegado, señores,
a visitarme en buena hora.
Un grupo de gente mora,
bailarinas y cantores,
en divertirme se empeña.
Presenciaréis el concierto
que, si es vulgar para Alberto,
Flavio, tal vez, no desdenea
el canto flamenco triste
de las moriscas cigarras
cuando gimen las guitarras,
y ¿quién, sin júbilo, asiste
al baile en que hay castañuelas?

FLAVIO: —

Será mi placer muy vivo.

ALBERTO: —

Gran Monarca, me desvivo
por oír tañer vihuelas
y palillos. Jamás pierdo
grata ocasión, como ahora,
de aplaudir la gente mora
que canta y baila. Recuerdo
¡cuál pasma oído y vista,
en ese admirable coro,
una huri! Vale un tesoro.
¡Qué genio, qué alma de artista!



AKIAB: —

Siento ansia de conocerla.
Abdul, dispón a tu antojo
la fiesta... Teme mi enojo,
si allí no brilla esa perla.

(Abdul se inclina y sale por el foro).

ESCENA V

LOS MISMOS, MENOS ABDUL

AKIAB, a Alberto: —

¿Una huri, dices?

ALBERTO: —

Lo digo.

AKIAB: —

Veré, con pasmo profundo,
el ideal que persigo
por el Viejo y Nuevo Mundo,
cuando, ávido de placeres,
me olvido de mi grandeza
por pedir a las mujeres
su fragancia y su belleza.
Si me ha gustado más de una,
deidad no hallo en forma humana
que merezca la fortuna
de hacerla yo mi sultana.
Ni en París hubo sirena,
aunque a muchas de allí alabo,
que, por bellísima y buena,
lograra verme su esclavo.

FLAVIO: —

Acaso ordene el destino
que esa diosa, hasta hoy uraña,
te deslumbre, en tu camino,
entre las flores de España.

ALBERTO: —

En las tierras granadinas,
cual la fama lo pregona,
¡cuántas mujeres divinas
merecen una corona!

(Abdul entra por el foro).

ESCENA VI

LOS MISMOS Y ABDUL

ABDUL, a Akiab, inclinándose: —

Señor, la gente gitana
que en dar deleite se ingenia,
del regio favor, ¡qué ufana!,
aguarda sólo tu venia..

AKIAB, a sus amigos: —

Mientras suben al estrado,
un breve momento iremos
a mi aposento privado
y, en charla amena, alzaremos
la muy andaluza caña
de sabroso manzanilla;
hay, en esa maravilla,
el fuego del sol de España.

(Salen por la derecha).

ESCENA VII

ABDUL Y, LUEGO, ELMIR

(Abdul abre de par en par la puerta del foro y, en el umbral, llama a Elmir que se presenta, haciendo reverencias).

Capitán de los gitanos;

(Elmir se presenta).

cúmplanse anhelos galanos:
haz, de esta sala, un jardín
y exhalen fragancias nuevas,
aun más gayas que en sus cuevas,
las rosas del Albaicín.

(Elmir, en el umbral del foro, palmea y las gitanas entran. Abdul ha ido a colocarse en el centro).

CHARITO

Lindas flores, animadas
por las benéficas hadas
en un fantástico edén,
comprendo que vuestro encanto
lo celebren todos tanto;
me habéis prendado también.

(Elmir palmea y los guitarristas entran; las gitanas se han acercado a Abdul).

Salud a los guitarristas.
Abdul, famosos artistas,
os tributa admiración;
la guitarra, en vuestras manos
tiene acentos, casi humanos,
de ternura y aflicción.

(A las gitanas que se le han acercado).

Preciosas, tomen asiento.
Todas, con gracia y talento,
saladas como la mar,
haréis ver que a una gitana
nadie en hechizos le gana,
si se le antoja agradar.

(Los guitarristas y las gitanas, menos Rosita y Palmira, suben al estrado y se colocan en vistoso conjunto. Rosita y Palmira, zalame-
ras, con acento gitano, de cada lado de Abdul, le dan broma).

ROSITA: —

Gachó, ¿padeses jaqueca
que te has señío ese rollo?

PALMIRA: —

¿De jonde eres, lindo pollo?
¿Habrás nasío en la Meca?

ROSITA: —

Por tu singular finura
mereses mi simpatía.

VICTOR M. RENDON

PALMIRA: —

Si quisieras, te diría,
rico, la buenaventura.

ELMIR: —

Muchachas, id al estrado.

ABDUL, siguiéndoles la broma: —

Gracias, decir no puedo
con cual de las dos me quedo,
porque ambas sois de mi agrado.

PALMIRA: —

Ve, por mi calle, mañana;
si hay **parné**, no harás el oso.

ROSITA: —

No tengo **pare** ni esposo;
te aguardaré en la ventana.

ELMIR: —

¡Hase visto un desenfado!
Basta ya de atrevimiento.

ABDUL, con guasa: —

Chulaponas, ¡cuánto siento
que os apartéis de mi lado!

(Rosita y Palmira van, riéndose, a ocupar sus puestos en el estrado).

ELMIR, a Abdul: —

Señor, aun falta la estrella
del Sacro Monte, Charito.

ABDUL: —

Si no ha de tardar, permito
que se principie sin ella.

(Akiab, Alberto y Flavio entran por la derecha).

ESCENA VIII

LOS MISMOS Y AKIAB, ALBERTO Y FLAVIO

ABDUL, a los gitanos: —

Mi espléndido soberano,
Rey de la India muy glorioso,
a holgarse viene; curioso
de oír el genio gitano.
No le frustréis la esperanza
de fruiciones que acaricia.

AKIAB, mirando a las gitanas: —

Amigos, ¡cuánta delicia
nos prometen canto y danza!

(Se sientan en el canapé. Alberto toma asiento a la derecha de Akiab y Flavio a la derecha de Alberto. Abdul queda en pie a la izquierda de Akiab. Elmir estará frente a ellos, del lado izquierdo, cerca del estrado).

ABDUL, a Elmir: —

Repiquen las castañuelas
y las guitarras suspiren
y admiración regia inspiren
donaires y cantinelas.
(Los guitarristas preludian).

ELMIR, obsequioso, inclinándose: —

Su Majestad, ¿qué prefiere:
un tango? ¿Quizá una jota?

AKIAB: —

Tu buen gusto sea el que impere.

ABDUL, a Elmir: —

La paciencia, Elmir, se agota.
Salga a bailar lo que quiera
la más graciosa y bonita.

(Abdul se coloca detrás de Akiab y queda en pie).

ELMIR, gracioso: —

Hónrate en ser la primera,
encantadora Rosita.

(Rosita baja del estrado, hace una reverencia a Akiab y, acompañada por los guitarristas, baila).

AKIAB, a sus amigos: —

No mintió. ¡Qué encantadora!

ALBERTO, a Akiab: —

Con desparpajo expresivo,
da golpe la bailadora.

AKIAB: —

Todo en ella es sugestivo.

(Cuando Rosita termina, aplauden).

ELMIR, gracioso, a Akiab: —

A derrochar va, Palmira,
las perlas de su garganta.

(Palmira se adelanta y hace una reverencia a Akiab).

AKIAB: —

Veamos cómo suspira
y si también nos encanta.

(Palmira canta, acompañada por las guitarras).

PALMIRA: —

Cuando vi la lús del día
en la tierra de las flores,
te oí, maresita mía,
que me dijiste: no llores.
Han sido tantas mis penas,
tan abundante es mi llanto
que, hasta en mis horas serenas,
siempre conmueve mi canto.
¡Amor, que causas mi duelo,
si no has de compadeserte

CHARITO

y darme alivio y consuelo,
llama en mi auxilio a la muerte!
Cuando vi la lús del día
en la tierra de las flores,
te oí, maresita mía,
que me dijiste: no llores.

(Cuando concluye, todos la aplauden, menos Flavio).

AKIAB: —

Aunque la tonada es triste,
me embelesó la cantora.
Flavio, ¿por qué no aplaudiste?

FLAVIO: —

No sé.

ALBERTO, a Akiab, en voz baja: —

Pensó en la que adora.

(Akiab, sorprendido, se sonríe. Las gitanas bajan del estrado y, conjuntamente, bailan con castañuelas, siendo, al terminar, muy aplaudidas por Akiab y sus amigos).

AKIAB, a Alberto: —

Con satisfacción sincera,
miro a todas; mas, no acierto
a ver cuál es la hechicera
que me ponderaste, Alberto.

ALBERTO: —

A Charito, ese es su nombre,
has de ver; pierde cuidado.
Dirás, cuando ella te asombre,
cuán poco la he ponderado.

(Charito se presenta por el foro con las galas del cuadro anterior).

ESCENA IX

LOS MISMOS Y CHARITO

FLAVIO, entusiasmado, a Akiab: —

Mírala... Al fin se presenta
y todas, en esta sala,
porque ninguna la iguala,
sufren derrota y afrenta.

(Akiab, Alberto y Flavio se yerguen. Charito se detiene un instante cerca del estrado, donde su asiento ha quedado vacío, y luego avanza lentamente hacia Akiab. Abdul pasa del lado de Elmir).

AKIAB: —

Es, ¿quién lo niega?, un portentoso,
un astro que causa enojos
al mismo sol. Dan sus ojos
sorpresa a mi alma y contento.
Si es su arte cual su belleza,
no habrá mujer en el mundo
más digna de amor profundo
y de adoración.

ALBERTO, a Flavio, en voz baja: —

Su Alteza
ya sabe quien es Charito
y cuál su poder inmenso.
Quemará, a sus pies, incienso.

FLAVIO, suspirando: —

¡Ay de mí! Estaba escrito.

CHARITO, muy risueña, con una profunda reverencia ante Akiab:—

Señor, de tu humilde esclava,
perdona el torpe retraso.

CHARITO

AKIAB, cautivado: —

Mi corazón te aguardaba
como a Venus el Ocaso,
y, aun más que ella deslumbrante,
apareces y no atino
a decir si es tu semblante
de un ser humano o divino.
Peregrina flor gitana,
embriágame con tu aroma
y tiernas notas desgrana
como arrulla la paloma.

CHARITO, emocionada: —

Vuestra Majestad me abruma,
prodigándome loores;
aunque de hábil no presuma,
procuraré hacer primores
y oirás mi más dulce canto,
y bailaré cuanto quieras;
anhelo agradarte tanto
o más que tus bayaderas.

FLAVIO, a Alberto, en voz baja: —

¡Cómo se le agita el pecho
dó el amor prende su llama!

FLAVIO: —

Y, en el tuyo, hay el despecho
y el tormento de quien ama.

ALBERTO: —

Sin que sufra la vergüenza
de haberme expuesto al desaire.

ABDUL, a Elmir, en voz baja: —

Hoy, su fortuna comienza.

AKIAB, a sus amigos: —

¡Qué salero y qué donaire!

(Charito canta y, entre cada copla, baila con castañuelas, acompañada por los guitarristas y jaleada por sus compañeras).

CHARITO: —

Gitana del Sacro Monte,
humilde flor de Granada,
es la Alhambra tu horizonte
y una cueva tu morada.
Riendo, pasas todo el día;
de chistes, haces derroche;
¿quién piensa, al ver tu alegría
que lloras penas, de noche?
Te dicen: canta, morena,
y baila, después que cantas,
y tierno tu canto suena
y ágiles mueves las plantas.
Desatas el entusiasmo
y todos los corazones
te manifiestan su pasmo
en ruidosas ovaciones.
¡Ay! Si, entre ellos, uno se halle
por quien suspires mañana,
ordena al amor que calle
y sigue riendo, gitana.

(Cuando termina, todos, inclusive sus compañeras y los guitarristas, la aplauden y vitorean. Akiab que, apasionado la contempló y escuchó, se yergue, imitándole sus amigos, para aclamarla y se acerca a Charito):

AKIAB: —

No me cansara de oírte;
quisiera siempre mirarte
y, entusiasmado, aplaudirte.

CHARITO

¡Cuánta hermosura! ¡Cuánto arte!
Mi júbilo es infinito.

(A Elmir, echándole un bolsón).

Elmir, distribuye ese oro.

(Asiendo la mano de Charito):

Desde hoy es tuyo, Charito,
mi corazón. Yo te adoro.

CHARITO, a sí misma, ruborizada: —

¡Indecible emoción nueva!

AKIAB: —

Iré a verte cada día
para pedirte, en tu cueva,
con tu encanto, mi alegría.

TELON

CUADRO TERCERO

LA CUEVA DE CHARITO

(Muebles rústicos y, entre ellos, un banco. En un escaparate, hay objetos de cobre y de mimbre fabricados por los gitanos. Puerta al foro y, a la izquierda otra, más pequeña).

ESCENA X

FLAVIO Y ELMIR

FLAVIO: —

Dime, Elmir, ¿por qué la gente
del Sacro Monte revela
en los morenos semblantes
al par orgullo y tristeza?
¿Por qué, al gemir las guitarras,
exhalan más hondas quejas,
sin que nazca el entusiasmo
al sonar las castañuelas?
Los canoros ruiseñores
se callan en la Alameda,
de cuyas fuentes el agua
brota silenciosa y lenta;
el sol no brilla como antes
y luce menos la vega.
¿Será cierto que Charito,
causando unánime pena,
ingrata, nos abandona
y, de Granada, se aleja.

ELMIR: —

Tal vez Akiab la conquiste,
pues, desde la noche aquella
que Charito, aun más graciosa,

CHARITO

derrochaba en su presencia
encantos y habilidades,
olvidó a sus bayaderas
y, locamente prendado,
sólo suspira por ella.
No deja pasar ni un día
sin buscarla aquí en su cueva
para ofrecerle de hinojos
la mitad de su diadema,
y a seguirle al fin, amándole,
la implora que se resuélva.

FLAVIO: —

Varón apuesto, gallardo,
Akiab cautiva de veras.

ELMIR: —

Y su pasión vehemente,
no cabe duda, es sincera
como la bondad de su alma
que no engaña con promesas.

FLAVIO: —

¡Cuán conmovida, Charito
le oirá sus palabras tiernas!

ELMIR: —

Retírate; esta es la hora
en que a visitarla llega.

FLAVIO: —

¡Feliz él a quien consiente
le hable de amor en su cueva!

(Sale por el foro).

ESCENA XI

ELMIR Y CHARITO

CHARITO, entrando por la izquierda: —

¡Pobre Flavio! Sorprendida,
le oí decirte su pena.
¡Ay! Me ha llegado hasta el alma
su tierna y profunda queja.
Sólo puedo agradecerle
el amor que le atormenta
y que, por buen caballero,
feliz le correspondiera
si hoy, lejos de su cariño,
no me llevara mi estrella.

ELMIR: —

A la Alhambra voy, corriendo,
en caza de unas pesetas;
tú, con Akiab, hija mía,
mucho tino y gran prudencia,
ni una excesiva confianza,
ni una frialdad que le ofenda.

(Sale por el foro).

ESCENA XII

CHARITO

CHARITO, con la mano sobre el corazón: —

¡Cuál lates, corazón mío,
presintiendo que se acerca
aquel por quien hoy suspiras
y que, con su amor, te alegra!

(Ismael entra por el foro, súbitamente).

ESCENA XIII
CHARITO E ISMAEL

CHARITO: —

Ismael ¡tú!... ¿A qué vienes?
Vete, pronto.

ISMAEL: —

¿A quién esperas?
No me iré sin que me escuches
y mis palabras son éstas:
ya que mi amor rechazaste,
verás cómo al fin se venga
el corazón de un gitano
al que, orgullosa, desprecias.
Aun es tiempo; reflexiona.
No persistas en tu ofensa.
Mía, o de nadie, he de verte.

CHARITO: —

Requiebros como inslencias,
todo de ti lo desprecio.
No has logrado que consienta
en alentar ni un instante
tus amorosas protestas
y tu rencor hoy se aviva
al saber que otro me aprecia,
más que tú me ama y me ofrece
dicha, fortuna y grandeza.

ISMAEL: —

Esos ambiciosos sueños
son los que de mí te alejan.
Impediré que se cumplan.
Mi venganza será fiera.

CHARITO: —

Arrogante, pendenciero,
siempre lo fuiste. Alardeas,
cual de plantar en el blanco
la navaja con destreza,
de llevar, de un moro excelso,
la sangre azul en tus venas,
y así: "El Rey de los Gitanos"
sueles firmar tus esquelas,
sin que, con nobles acciones,
serlo en verdad lo merezcas.
Nunca has pedido al trabajo
los medios de tu existencia,
que labor tosca repugna
a varón de estirpe regia,
y, estimando más honroso
vivir de trampas y deudas,
con las artes de Charito
quieres dorar tu miseria
y, por explotarlas, finges
morirte de amor por ella.
Celos no, rabia y despecho
sientes, en tu alma, al perderla.
Vete; si se arma un escándalo,
sufirás las consecuencias
de tu bravata. Prometo
guardar oculta la ofensa.

ISMAEL: —

Me voy, futura sultana,
riéndome de tu clemencia.
Mía, o de nadie, he de verte.
(Haciendo la cruz con los dedos):
Vuelvo a jurarlo, por ésta.
(Al salir se cruza con Akinab).



ESCENA XIV

CHARITO Y AKIAB

AKIAB: —

Salud, preciosa Charito.

CHARITO: —

Ella, las manos te besa.

AKIAB: —

De aquí vi salir a un hombre
con semblante hosco. ¿Quién era?

CHARITO: —

Ismael, mi primo hermano.
Conozco su alma perversa
y evito su compañía.
Le ordené que no volviera.

AKIAB: —

Muy bien hecho. Ahora, escúchame,
Que accedas a ser mi reina,
por última vez, lo imploro,
antes que parta a mi tierra.

CHARITO, impresionada: —

¿Cuándo te alejas?

AKIAB: —

Mañana,
a menos que me detengas.

CHARITO: —

Grandeza y dicha me ofreces
que no merece tu sierva.

AKIAB, llevándola a sentarse en el banco y poniéndose a sus plantas:

Si tu corazón es mío,
y en ello mi amor se empeña,

tú serás de mi albedrío,
como de mi imperio, dueña.
Poderosa y adorada,
reina y diosa bendecida,
orgullo y prez de Granada,
brillarás toda tu vida.
A mi alcázar ven, triunfante,
y, con majestad suprema,
ostentarás el turbante
cual riquísimo diadema.
En él, las piedras más finas,
los diamantes de Golconda
reflejarán tus divinas
perfecciones en cada onda,
la fama de mis acciones,
la gloria de mi linaje.
De todos los corazones
recibirás vasallaje;
y, orando por tu ventura,
tributándote obediencia,
ellos dirán tu hermosura,
bondad y magnificencia.
De ti, mi única sultana,
mis repudiadas esposas
serán, a cual más ufana,
las esclavas obsequiosas
que perfumarán la fuente
de tu ablución matutina
y abanicarán tu frente
cuando el sueño te domina,
o, atentas a tus miradas,
apenas tú lo deseas,
con tu esplendor asombradas,
te cubrirán de preseas.
Verás, si por los pensiles
de mi alcázar vas, airosa,
paseando tus abriles,
cómo la soberbia rosa,

CHARITO

que sólo se abre en Bengala,
al admirarte se humilla,
su aroma a tus pies, lo exhala,
dobla el tallo y ya no brilla.

CHARITO: —

Señor, no excites mi orgullo,
deslumbrándome, ¡oh, tristeza!
en tu tierno y dulce arrullo,
con visiones de grandeza.

AKIAB: —

Escucha: irás a mi lado
por mi capital radiante,
bajo el dose! paseado
por el muy manso elefante
que su cornac adereza
ricamente, y admirada
será tu rara belleza
por la plebe prosternada.
Los jinetes, que yo escojo
por más nobles y valientes,
harán brillar, al sol rojo,
en sus yeguas impacientes
los innúmeros aceros
de la escolta, mientras miras
los palacios hechiceros
y las pagodas admiras
que el arte asiático eleva,
y, entre mi pueblo sumiso
y leal a toda prueba,
redará, si das permiso,
el carro de blancos bueyes
dó, abriéndose paso, clama,
por bendecir a sus reyes,
el sacerdote de Brahma.

CHARITO: — En ese reino grandioso,
mal puede gitana obscura,
ni al brazo de un tierno esposo,
lograr influencia y ventura.
Y, si reinara en el suelo
que un río sagrado riega,
bajo el zafiro del cielo,
en la esplendorosa vega,
tal vez, mi melancolía,
al suspirar por Granada,
a mi Rey ofendería.

AKIAB, sentándose a su lado y enlazándola: —

No temas. Idolatrada
te sentirás en mis brazos
y con la India harás tú mismo
más fuertes los tiernos lazos,
contentando mi egoísmo.
Por que vuelva tu alegría,
cuando a tu patria recuerdas,
a tus plantas pulsaría
de tu guitarra, las cuerdas.
Nostálgicas añoranzas
disipará mi ternura
y, en tus cantos, en tus danzas,
me prodigarás dulzura,
siendo sólo yo, tu esposo,
maravillándome tu arte,
quien pueda, amante celoso,
aplaudirte y admirarte.
En tibias noches de luna,
será en mi excelsa terraza,
fragante como ninguna,
donde tu alma se solaza
y adonde, en leve murmullo
se elevarán las canciones
que, enardecendo mi orgullo,
te dediquen los santones,
ufanos de su indigencia.

CHARITO

CHARITO, hablándose a sí misma: —

¿A quién no halaga y sonríe
esa dorada existencia?
Y, aun cuando el delirio expie
de su ambición imprudente,
¿dónde habrá mujer alguna
que rechace tercamente
dicha, grandeza y fortuna?

AKIAB: —

Dispensarás, a tu antojo,
la justicia y la clemencia,
y, si provoca mi enojo,
de un Rey rival, la insolencia
y a castigarla me obliga,
sereno iré a la jornada;
tu amor hará que consiga
más gloria mi invicta espada.

CHARITO: —

Mi religión no es la tuya,
señor, y mi alma se inquieta.

AKIAB: —

Qué, de ella, la inquietud huya.
A Dios se adora y respeta,
lo sé, con diversos nombres
y es uno solo el que rige
los destinos de los hombres
y que le den cuenta exige
de acciones buenas y malas.
Con la fé que te prosterna,
pide, en las preces que exhalas,
que nuestra dicha sea eterna.

CHARITO: —

Huérfana quedé en la cuna
y me dió amparo y consuelo
Elmir.

AKIAB: —

En hora oportuna,
haré ments cruel su duelo
y el de todos al perderte.
De tu corazón imploro
sentencia de vida o muerte;
accede, sin par gitana,
sabiendo cuánto te adoro,
a ser mi esposa y sultana.

CHARITO, irguiéndose al par que Akiab: —

A la voluntad me inclino
de mi Augusto Soberano.
Se cumplirá mi destino;
resistirle fuera en vano.
Soy tuya desde el gran día
que ante mis ojos te erguiste;
verte, oírte es mi alegría;
en tu ausencia, vivo triste.
La agradecida gitana
te sigue a lejano mundo
sin recelo, ¡cuán ufana
de tu cariño profundo!
Reclino sobre tu pecho
mi frente en la humilde cueva
y allá, bajo su áureo techo,
el Rey que al trono me eleva
verá, en mi alegre semblante
y en mi muy tierna mirada,
que soy su dichosa amante,
aunque no olvido a Granada.



(Apoya la frente sobre el pecho de Akiab que la besa).

TELON.

CUADRO CUARTO

La misma sala del cuadro segundo, en el hotel Wáshington Irving, engalanada con flores blancas y sin el estrado.

ESCENA XV

FLAVIO Y ALBERTO

(Llegan por el foro).

FLAVIO: —

Escucha, querido Alberto,
la pesadilla tremenda
que oprimió mi pecho anoche
como con garras de fiera.
Oí doblar, en la ermita,
las campanas de la iglesia
y a un cuerpo de mujer virgen
vi que en alba caja encierran.
Siguiéronla lentamente
los que moran en las cuevas,
sus ojos vertiendo lágrimas,
sus pechos lanzando quejas,
y exclamé: ¿Dime, Granada,
de quién la muerte lamentas
que, consternados, tus hijos
se agolpan en esa cuesta
por donde el féretro sube
de la sentida doncella
y, descubriendo la frente,
su imprevisto fin comentan?
En redor del coche fúnebre,
con innúmeras y espléndidas
flores blancas adornado,
las queridas compañeras
de Charito sollozaban.
Pensé que murió una de ellas

y dije: ¡Feliz mil veces,
tú que, por linda y por buena,
con quién te adora vas lejos
de Granada y de tu cueva,
y, en el viaje hacia las Indias,
hoy no sufres igual pena!
¡Qué miro! Akiab, ¡oh, tormento!
preside el duelo y refleja,
en el lívido semblante,
su aflicción atroz, horrenda.
Cabizbajo avanza, trémulo,
que, al golpe de suerte fiera,
sus plantas van vacilantes
como si al suplicio fueran.
Clamé al cielo: ¡no es posible
que la pongan bajo tierra
a la que, ayer desposada,
realizando quimeras,
trocó, merecidamente,
en un palacio, su cueva
y, sin vanidad ni orgullo,
de gitana ascendió a reina!

ALBERTO: —

¿Por qué te conmueve tanto
tu pesadilla embustera?
Ostentando galas blancas,
disfruta de la existencia
la gitana más gloriosa
que el Genil vió en su ribera.
Celebrado el matrimonio
en la señalada fecha,
hoy, tras el rito gitano,
lo ha bendecido la Iglesia.
Quisiste que te escuchara
y abandonamos la mesa
del opíparo banquete
servido en vecina pieza,
donde a los novios, y a todos,

CHARITO

sorprenderá nuestra ausencia.
Olvida el horrible sueño,
guardando siempre secreta
la llama que te consume
y cuyo ardor te enajena.
Quien se resignó a callarle
su pasión a una doncella,
no le suspire, casada,
su adoración y su pena.

FLAVIO: —

Sabré callar, pero dudo
que, en la bulliciosa fiesta,
consigan tranquilizarme
guitarras y castañuelas.

(Por el foro, Charito con galas de novia, Akiab con lujoso traje indio, Elmir y Abdul entran, seguidos de las gitanas y de los guitarristas que tocan un pasacalle).

ESCENA XVI

FLAVIO, ALBERTO, CHARITO, AKIAB, ELMIR, ABDUL,
GITANAS Y GUITARRISTAS

ELMIR: —

¡Vivan los augustos novios!

ABDUL: —

¡Viva la regia pareja!

TODOS, menos los novios: —

¡Viva!

AKIAB: —

Gracias.

CHARITO: —

Lo agradezco.
Muy feliz soy; más lo fuera
si no os dejara en Granada.

Nunca olvidaré mi cueva
donde mis risas y cantos
sonaban, sin que sintiera
ansia de gloria y fortuna,
ni acariciara quimeras,
ni contemplara visiones
de una súbita grandeza.
Cuando os diga adiós mañana,
pensad que Charito os lleva
en el corazón a todos
los que la quieren y aprecian.
Vosotros, Flavio y Alberto,
que, en ocasiones diversas,
me honráisteis, dándome orgullo,
con vuestra amistad sincera,
no me olvidéis, persuadidos
de mi gratitud eterna.

TODOS: —

¡Viva Charito!

FLAVIO, exaltado, a Alberto: —

Al nombrarme,
sentí aún más que mi alma es de ella.

ALBERTO: —

Cálmate.

AKIAB: —

Nadie se aflija
porque Charito se aleja.
Su tierno esposo promete,
y cumplirá su promesa,
volver muy pronto a Granada
con vuestra hermana y su reina.

ELMIR: —

Gitanos decid conmigo:
¡Bendiga Dios a Su Alteza!

TODOS: —

¡Viva! ¡Viva!

CHARITO

sorprenderá nuestra ausencia.
Olvida el horrible sueño,
guardando siempre secreta
la llama que te consume
y cuyo ardor te enajena.
Quien se resignó a callarle
su pasión a una doncella,
no le suspire, casada,
su adoración y su pena.

FLAVIO: —

Sabré callar, pero dudo
que, en la bulliciosa fiesta,
consigan tranquilizarme
guitarras y castañuelas.

(Por el foro, Charito con galas de novia, Akiab con Injoso traje indio, Elmir y Abdul entran, seguidos de las gitanas y de los guitarristas que tocan un pasacalle).

ESCENA XVI

FLAVIO, ALBERTO, CHARITO, AKIAB, ELMIR, ABDUL,
GITANAS Y GUITARRISTAS

ELMIR: —

¡Vivan los augustos novios!

ABDUL: —

¡Viva la regia pareja!

TODOS, menos los novios: —

¡Viva!

AKIAB: —

Gracias.

CHARITO: —

Lo agradezco.
Muy feliz soy; más lo fuera
si no os dejara en Granada.

Nunca olvidaré mi cueva
donde mis risas y cantos
sonaban, sin que sintiera
ansia de gloria y fortuna,
ni acariciara quimeras,
ni contemplara visiones
de una súbita grandeza.
Cuando os diga adiós mañana,
pensad que Charito os lleva
en el corazón a todos
los que la quieren y aprecian.
Vosotros, Flavio y Alberto,
que, en ocasiones diversas,
me honrásteis, dándome orgullo,
con vuestra amistad sincera,
no me olvidéis, persuadidos
de mi gratitud eterna.

TODOS: —

¡Viva Charito!

FLAVIO, exaltado, a Alberto: —

Al nombrarme,
sentí aún más que mi alma es de ella.

ALBERTO: —

Cálmate.

AKIAB: —

Nadie se aflija
porque Charito se aleja.
Su tierno esposo promete,
y cumplirá su promesa,
volver muy pronto a Granada
con vuestra hermana y su reina.

ELMIR: —

Gitanos decid conmigo:
¡Bendiga Dios a Su Alteza!

TODOS: —

¡Viva! ¡Viva!

CHARITO

ELMIR: —

Supliquemos
al gran Akiab que consienta
que, en la boda regia cante
la novia, una vez siquiera.

AKIAB: —

Otorgado está el permiso.
Yo soy el que más desca
que la admiren y la aplaudan
por su gracia y su belleza.

TODOS: —

¡Viva Akiab! ¡Viva Charito!
¡Gloria a la augusta pareja!

(Todos aplauden a Charito cuando se adelanta para cantar. Akiab, Alberto y Flavio se sientan del lado derecho. Abdul, en pie, queda cerca de Akiab. Elmir, en pie igualmente, permanece a la izquierda con el grupo de las gitanas. Los guitarristas ocupan el centro de la sala).

CHARITO, cantando: —

¡Adiós, querida Granada!
Tú, bajo un límpido cielo,
brillas, siempre perfumada
por las flores de tu suelo.
¡Cuán deliciosa es tu vega,
lujo de la Andalucía!
¿Quién, cuando a tu seno llega,
no halla encanto y alegría?
Eres el edén de España;
brindas tranquilos placeres;
doquier tu bondad se extraña
y tu sol y tus mujeres.
¡Adiós, mi cuna y mi cueva!
¡adiós, Alhambra famosa!
Lejos, a la India, me lleva
el Rey que me hizo su esposa.

VICTOR M. RENDON

Con mis suspiros, el viento
os traerá, en todo instante,
el más dulcísimo acento
de mi alma fiel y constante.

(Todos, erguidos, la aplauden estrepitosamente. Akiab le estrecha las manos cariñosamente).

FLAVIO, a Akiab: —

En las coplas de Charito,
¡cuánta dulzura y terneza!

ALBERTO, a Akiab: —

Será el deleite exquisito
si baila un tango Su Alteza.

AKIAB: —

No es la danza que prefiero.

FLAVIO: —

A mí también me disgusta.

ABDUL, a Akiab: —

¿Consientes?

AKIAB: —

Será el postrero;
no cuadra a persona Augusta.

ELMIR, gracioso: —

¡Guitarras, mucha alegría!
Con toda la sal gitana,
un tango, sólo este día,
bailará una soberana.

(Charito le quita el sombrero de chulo a una de las gitanas y, calándose, baila. Las gitanas palmean. Todos forman corro).

ALBERTO: —

¡Con qué garbo y qué soltura
taconea!

ABDUL: —

¡Eso es cadencia!

CHARITO

ALBERTO: —

¡Arte puro, donosura!

FLAVIO, a sí mismo, tristemente: —

¡Me pesará la existencia!

ELMIR: —

Con el sombrero de chulo

nunca fué más deliciosa.

Nadie dirá que la adulo.

(Charito, bailando, se quita el sombrero y lo echa a los pies de Akiab).

AKIAB: —

¡Olé, mi reina y mi diosa!

(Mientras suenan unánimes aplausos y vivas estrepitosos, Ismael se lanza súbitamente desde la puerta del foro y asesta una puñalada en el corazón a Charito).

ESCENA XVIII

LOS MISMOS E ISMAEL

ISMAEL: —

¡Venganza!

(El puñal cae al suelo).

CHARITO, desplomándose en los brazos de Akiab: —

¡Ay!

LAS GITANAS: —

¡Virgen María!

LOS GUITARRISTAS: —

¡Jesús!

ELMIR, sujetando a Ismael: —

Ismael, ¿qué has hecho?

ISMAEL: —

Le juré, si no era mía,

clavarle mi arma en el pecho.

(Akiab, de hinojos, sosteniendo en sus brazos a Charito, implora a Flavio que, de muy cerca, contempla a la gitana con la más viva expresión de dolor en el semblante).

VICTOR M. RENDON

AKIAB, a Flavio: —

¡Que la ciencia haga, en tus manos,
un milagro, al socorrerla!

FLAVIO, con agitación grande: —

La joya de los gitanos
del Sacro Monte, su perla,
mi ídolo era. La adoraba,
pero en silencio sufría
porque tu amor la exaltaba
y, en la India, reina sería.

(A Ismael):

Sin piedad le diste muerte,
gitano cruel y maldito,
¡Y aun vives!

(Coge el puñal en el suelo):

Muerto he de verte.

(Le mata):

Estás vengada, Charito.

TELON.





XII

ALMAS HERMOSAS



ALMAS HERMOSAS

EN UN ACTO Y EN PROSA,
CON UN PROLOGO, INSPIRADO EN DOS EPISODIOS DEL LIBRO
LES SOUTANES SOUS LA MITRAILLE DE RENE GAEL.

Respetuoso homenaje al Reverendo Padre
José Félix Heredia, Prefecto de Estudios
del Colegio San Felipe Neri, de Riobamba
(Ecuador) en 1924, para cuyos alumnos
fué escrita esta pieza cómico - dramática.

VICTOR M. RENDON.

1924.



ALMAS HERMOSAS

Pieza cómico—dramática, en un acto y en prosa, con un prólogo, estrenada por la Sociedad THALIA, bajo los auspicios del Centro PRO MEJORAS DE LIMONES, de su distinguido Presidente Dr. Víctor A. Mora y del entusiasta caballero señor don Pompilio T. Cañote, el 24 de mayo de 1934, en la inauguración del teatro **Víctor Manuel Rendón**.

REPARTO

DEL PROLOGO:

DON MANUEL, médico, autor dramático, calvo, afeitado, 60 años;

DON LUIS, su amigo y condiscípulo, de abundante cabellera y bigotes cortos, 55 años.

DEL ACTO:

HILARIO, 20 años, soldado de Infantería francesa;

BENITO, 16 años, militar voluntario;

EL CORONEL, 45 años, Cirujano Mayor, Jefe de la Ambulancia;

EL PADRE DANIEL, 30 años, Sargento, Capellán de la Ambulancia;

FERNANDO, 28 años, Capitán, Ayudante del Cirujano — Mayor;

EVARISTO, 24 años, Teniente de Artillería francesa, herido cónvalesciente;

JULIO, 21 años, Cabo, enfermero de la Ambulancia;

HIPOLITO, 23 años, soldado raso, asistente del Cirujano— Mayor;

ATANASIO, 28 años, soldado raso, sirviente en la Ambulancia.

La acción en una Ambulancia francesa durante la gran guerra europea...

El Coronel, Fernando, Julio, Hipólito y Atanasio llevan sobre un pantalón militar, de color azul pálido o reseda, blusas largas de tela clara. Evaristo puede vestir de artillero francés o de paisano. El Padre Daniel ostenta la sotana con brazal blanco y cruz roja. Hilario se presenta con pantalón militar y en mangas de camisa. Benito, con pijama, la Cruz de Guerra prendida en la pechera del saco. Le pende del cuello una medalla que se verá por entre la camisa abierta. Una manta le cubrirá las piernas hasta la cintura. Todos con la cabeza desnuda, exceptuando a Hilario que lleva gorra militar. En la manga izquierda de su blusa, el Coronel tiene cinco galones dorados; habrá tres en la de Fernando; dos en la de Evaristo. Julio lleva en la manga de su blusa dos galones rojos, de lana. Todos están afeitados. El acordeón puede ser un caramillo o rondín.

El reparto del acto en la Sociedad THALIA fué el siguiente: Hilario, Sr. Humberto Hidalgo; —Benito, Dr. Víctor A. Mora; —El Coronel, Sr. Armando Arteaga; —El Padre Daniel, Sr. Antonio Estupiñán; —Fernando, Sr. Pablo Lemos; —Evaristo, Sr. Sócrates Prado; —Julio, Sr. Miguel A. Quiñones.

ALMAS HERMOSAS en SALITRE, donde fué representada esta pieza por los Alumnos de la Escuela Fiscal de Varones bajo los auspicios de su digno Director, señor don Francisco Iñiguez, tuvieron el reparto siguiente: Del Prólogo: Don Manuel, niño Hugo O. Iñiguez; —Don Luis, niño Perfecto Osorio. —Del acto: Hilario, niño Sergio Sánchez B.; —Benito, niño Luis H. Rodríguez; —El Coronel, niño Gil Vargas; —el Padre Daniel, niño Marcos Ordeñana; —Fernando, niño Héctor Rodríguez; —Evaristo, niño Raúl Cabrera; —Julio, niño Segisfredo Acosta; —Hipólito, niño Isidro López; —Atanasio, niño Virgilio Matamoros.

La pieza ALMAS HERMOSAS fué llevada al tablado en RIOBAMBA por los Alumnos del Colegio San Felipe Neri dos veces en el mes de junio de 1935.

PROLOGO

Un cuarto escritorio en la torre de la casa de Bellavista. Don Manuel, sentado a su mesa de despacho que, cubierta de papeles y libros, está en el centro de la pieza, medita, con la pluma en la mano, cerca al público. Puerta al foro; —una ventana, al lado izquierdo por la cual se ve el nevado Chimborazo, bañado en luz por la luna. Dos sillones delante de la mesa, de cada lado de ésta.

ESCENA PRIMERA

DON MANUEL, (bostezando, suelta la pluma):

¡Qué modorra, Dios mío!... No logro vencerla y, sin embargo, precisa que escriba... Urge el trabajo que prometí entregar... (Vuelve a bostezar). Esos chibolitos, que a la muy follona cocinera se le antojó servirme esta noche en la mesa, han resultado tan pesados a mi estómago como los sabrosos carapachos guayaquileños... (Toma la pluma, procura escribir y cabecea)... ¡Malvada dispepsia!... (Apoya el codo en la mesa y la frente en la mano)... ¡No es nada el sueñito!... Ni siquiera ladran las fieras que mi excelente amigo, el dueño de esta casa riobambeña, suelta cada noche en redor de ella. Los terribles ladridos me obligan, con frecuencia, a estar en vela y, ahora, los malditos canes se callan... (Cabecea aun más y acaba por cerrar los ojos. Golpean a la puerta del foro. Don Manuel alza la frente, se refriega los ojos y se despereza)... ¿Quién llamará? ¡Vaya una ocurrencia! Interrumpir mi trabajo... a las diez de la noche... (Se sonríe)... Cuando digo mi trabajo... Durmiéndome estaba... (Vuelven a golpear más recio)... No hay escapatoria... ¡Adelante!

(Don Luis entra; don Manuel se yergue).

ESCENA II

DON MANUEL Y DON LUIS

DON LUIS: — Buenas noches, querido Manuel.

DON MANUEL: — Amigo Luis, ¿Tú en Riobamba? ¿Cuándo llegaste de Quito? (Se dan un cariñoso abrazo).

DON LUIS: — Ahora mismo. Por fortuna el tren tuvo poco retraso; cuatro horas...

PROLOGO

DON MANUEL: — ¡Delicioso ferrocarril!... (Se ríen).... Mucho me alegro de verte.

DON LUIS: — Mañana sigo viaje a la costa y no quise pasar sin darte un abrazo.

DON MANUEL: — No te hubiera perdonado que te fueras sin haberme visto... (Se sientan en los sillones)... ¿Fumas siempre?... (Le tiende su petaca y aquel toma un cigarrillo. Ambos fuman).

DON LUIS: — Gracias. Dime ¿no te importuno?

DON MANUEL: — ¡Qué disparate!

DON LUIS: — ¿Tal vez haya cortado el hilo de tus lucubraciones escénicas. No me cabe duda de que escribías un nuevo drama moralizador o una comedia satírica.

DON MANUEL: — Aciertas a medias. No estaba escribiendo todavía. Me esforzaba en ingeniar un argumento. Desgraciadamente, la inspiración anda vagando por las frescas orillas del Chibunga o por la maravillosa cumbre del Altar. Pbr más que la llamo, no acude.

DON LUIS: — Ya vendrá a esta torre de Bellavista donde, fiel huésped de tu predilecta Riobamba, pasas los meses ardientes del invierno guayaquileño. Por la ventana contemplas al sublime Rey de los Andes y él, dócil a tu ruego, te inspirará siempre.

DON MANUEL: — No lo creas. Aun está resentido con los poetas desde que, en un rapto genial, el más excelso de nuestros líricos osó mandarle que inclinara la ardua frente al paso del vencedor en fratricida lucha.

DON LUIS: — Singular idea fué. Hubiera sido únicamente excusable si se le ocurriera, tratándose del Libertador cuando el "árbitro de la paz y de la guerra" osó, estupendo coloso, erguirse en las faldas del andino gigante.

DON MANUEL: — No sé, caro amigo, a qué santo encomendarme para que me ayude a salir airoso del compromiso que se me obligó a contraer.

DON LUIS: — ¿Quién, a su antojo, avasalló tu albedrío?

DON MANUEL: — ¿Quién? Nada menos que el persuasivo al par que muy bondadoso Prefecto de Estudios del Colegio San Felipe Neri.

DON LUIS: — ¿Caíste en sus redes? ¡Pobre Manuel! No sé de otro inteligente maestro que, con igual perseverancia, logre cuanto aquél se propone para el aprovechamiento o la sana distracción de sus educandos.

DON MANUEL: — Ese bendito Padre me ha puesto en un rudo trance.

DON LUIS: — ¿Qué desea?

DON MANUEL: — Se le antojó que escribiera una comedia para que los alumnos la representen en un fausto día.

DON LUIS: — ¡Hombre! No seas ingrato. Con su exigencia te manifiesta preferente aprecio.

DON MANUEL: — Si le estoy muy reconocido de ese favor y de otros muchos, pero me siento abrumado con la honra que hoy me dispensa, obligándome a dar una comedia en el famoso Colegio de la culta Riobamba que se enorgullece de ser la cuna de dos ilustres dramaturgos.

DON LUIS: — Muy aplaudidos ambos: el autor de **Quizquiz** y el de **El Recluta**.

DON MANUEL: — ¿Comprendes mi temor de que no acierte a corresponder debidamente a tan señalada distinción, si mi fantasía no agradara a selecto auditorio.?

DON LUIS: — Bien merecidas tienes tus angustias. ¿Quién te metió a farolero, digo, a autor dramático? Te aplaudieron un dramita en Guayaquil y te desataste haciendo representar piezas en los teatros nacionales, sin que escarmentaras con las zurras de los zoilos.

DON MANUEL: — Culpa al público que manifiesta escucharme con agrado.

DON LUIS: — El sabio Prefecto que te pide una comedia agrava ahora tu prurito. En realidad, no veo por qué te afliges. Escríbela.

DON MANUEL: — Tarea fácil ¿verdad? Pues no, muy señor mío. La cosa tiene sus bemoles. ¿Cómo esperar buen éxito con una obra cómica en la que sólo me consienten pantalones?

DON LUIS: — ¿Pantalones?... (Riéndose)... ¡Ah! Ya caigo. En el tablado del Colegio la regla de la Compañía prohíbe las polleras...

PROLOGO

DON MANUEL: — **Eco...** Argumento que no tenga por base a una hija de Eva carecerá de interés.

DON LUIS: — No siempre. Recuerda que el literato Alejandro Duval y el compositor Mehul triunfaron, apostando que harían una obra teatral en la que el bello sexo no asomara.

DON MANUEL: — Y esos, franceses, hace más de un siglo, concibieron aquella deliciosa ópera bíblica titulada **José** que aun hoy es aplaudida en París y otras capitales.

DON LUIS: — Imítalos.

DON MANUEL: — ¡Imítalos! Pronto se dice. ¡Si tuviera el ingenio de aquéllos! Estoy sudando, como a orilla del Guayas, sin hallar el tema apropiado al caso.

DON LUIS: — ¡Sudando, en Riobamba, con el frío de estas noches de luna! Vas a pescar una pulmonía.

DON MANUEL: — ¡Hola! Sigues siendo agudo y ocurrido como en el Colegio donde nos pasabas con tus genialidades. Sugiere tú la idea que busco.

DON LUIS: — Me estás tomando el pelo, sin que yo pueda hacer lo mismo contigo. No me lo permite.....

DON MANUEL: — El respeto a mis canas.

DON LUIS: — No. Tu lastimosa calva. Debieras entregar tu cabeza a ese especialista que anda por los trigos ecuatorianos, prometiendo una cabellera como la de Absalón al cráneo más pelado.

DON MANUEL: — Nunca reparé en pelillos. De verás, te suplico que me secundes. Firmarás la pieza como colaborador.

DON LUIS: — No soy ansioso de gloria. ¿Qué anhelas escribir, un drama o una comedia?

DON MANUEL: — **That is the question.**

DON LUIS: — No me hables gringo que no comprendo ni jota.

DON MANUEL: — Te dije, en el idioma de Shakespeare, que aun no he dado en el clavo. Se me antoja un sainete cómico-trágico.

DON LUIS: — No deseas poco, hacer reír y llorar.

DON MANUEL: — Sabes que soy discípulo de Esculapio, aunque deserté su templo.

DON LUIS: — Justificas el adagio: de médico, poeta y.....

VICTOR M. RENDON

DON MANUEL: — No concluyas, envidioso. Escúchame. Deseo aún más.

DON LUIS: — Desear, nada cuesta.

DON MANUEL: — En el sainete han de brillar la abnegación científica, el heroísmo alegre y la resignación cristiana.

DON LUIS: — Bien se ve que, corriendo mundos, presenciaste, durante la guerra universal, asombrosas escenas en que, con fe, patriotismo y bondad, resplandecían almas hermosas.

DON MANUEL: — ¿Almas hermosas?... Excelente título para el ideado sainete. ¿Crees tú que la evocación de episodios bélicos puede aún interesar?

DON LUIS: — ¿Por qué no? Todo depende del arte con que sean presentados al público.

DON MANUEL: — Con mis escasos medios, abrigo, sin embargo, la esperanza de que, para cumplir, me alentarán en mi desempeño los sentimientos de gratitud y deferencia que profeso a Reverendos Padres, simpáticos estudiantes y distinguidos hijos de la sultana del Chimberazo.

DON LUIS: — ¡Magnífico!... Manos a la obra... (Se yergue y en seguida, don Manuel)... Me voy a media noche, cuando los duendes llegan. Que ellos te inspiren.

DON MANUEL, (riéndose): — ¿Volverás pronto?

DON LUIS: — La noche de la representación. Quiero ver si el público, una vez más, te favorece con su indulgencia.

DON MANUEL: — ¡Ojalá! (Se estrechan las manos. Don Manuel acompaña a don Luis hasta la puerta del foro y, después que éste sale, vuelve a sentarse a la mesa de trabajo, toma la pluma y exclama):... Ahora, sois conmigo ALMAS HERMOSAS.

TELON.



ALMAS HERMOSAS

ACTO UNICO

Sala con una mesa para operaciones quirúrgicas que Julio está limpiando; otra mesa con instrumentos y frascos; un balde al pie de la mesa; algodón, compresas, vendas, etc. —Dos puertas laterales y una al foro— Son las ocho de la mañana.

ESCENA PRIMERA

JULIO Y EL CORONEL

EL CORONEL: — (Entrando por el foro). Buenos días, Julio.

JULIO: — Mi Coronel.

EL CORONEL: — ¡Zambomba! Ya te he dicho que aquí, en la ambulancia, debes llamarme señor Mayor.

JULIO: — Bueno, mi Coronel.

EL CORONEL: — ¡Dale! ¡Zambomba!

JULIO: — Perdón, señor Mayor.

EL CORONEL: — ¿Está allí mi ayudante?

JULIO: — El Capitán Fernando...

EL CORONEL: — (con voz recia) El Ayudante....

JULIO: — El Ayudante pasó la noche, curando heridos. Llegan tantos del frente continuamente.

EL CORONEL: — Ve y dile que en la sala de operaciones le aguardo.

JULIO: — Bueno, mi Coronel.

EL CORONEL: — ¡Zambomba! Ocho días de arresto si incurres nuevamente en tu torpeza, mastuerzo.

JULIO: — Bueno, mi Coro...

EL CORONEL: — ¡Zambom...!

JULIO: — Bueno, señor Mayor.

(Sale por la derecha).

EL CORONEL: — Abnegado enfermero ese Cabo y buen militar, pero, ¡cuán duro de mollera!

(El Padre Daniel entra por la izquierda).

ESCENA II

EL CORONEL Y EL PADRE DANIEL

EL PADRE DANIEL: — Dios guarde a usted, señor Mayor.

EL CORONEL: — Salud... Sargento Daniel ¿Quién le autorizó, ¡zambomba! para volver a vestir sotana?

EL PADRE DANIEL: — Mi herida me hizo dar de baja y el General me permitió que, con mi vestidura, ejerciera aquí mi santo ministerio.

EL CORONEL: — ¿Sin duda, el uniforme le venía mal?

EL PADRE DANIEL: — Obligado a ahorrar los hábitos durante la guerra, me parecía que, en traje militar, ganaba menos almas para el cielo. Los moribundos prefieren ver a su lado a un sacerdote que les dé la absolución.

EL CORONEL: — Muy bien, curita, muy bien. Consuele a los que se van. No soy un descreído ¡zambomba! Cuando me llegue el turno, si le veo cerca, echaré mano de usted para que me encamine a buen puerto.

EL PADRE DANIEL: — Siempre a sus órdenes. Rogaré a Dios que, alejando de usted a la muerte, le acerque a El.

EL CORONEL: — ¿Deseaba comunicarme algo?

EL PADRE DANIEL: — Iba a la sala donde tantos infelices héroes sufren. Aprovecharé la oportunidad de preguntarle si cree posible salvar a Benito.

EL CORONEL: — ¿Benito? ¿Ese adolescente, casi un niño, al que trajeron ayer tan gravemente herido?

EL PADRE DANIEL: — Se alistó en un raptó de entusiasmo patriótico. Cuenta apenas diez y seis años. Es hijo único de una pobre viuda a quien conozco. Somos del mismo pueblo.

EL CORONEL: — ¡Ay, Padre! Quisiera dar a usted alguna esperanza. Es imposible. Le hirieron mortalmente.

EL PADRE DANIEL: — ¡Cúmplase la santa voluntad divina!... Con su permiso, voy a auxiliar a Benito.

(Al salir por la derecha, se cruza con el Capitán Fernando y ambos se saludan. Fernando, al entrar, saluda militarmente).

ESCENA III

EL CORONEL Y FERNANDO

EL CORONEL: — Le hice llamar, Fernando, para que procedamos a la operación del soldado que tiene una bala en la espalda.

FERNANDO: — ¿Se refiere a Hilario?

EL CORONEL: — Sí. ¿Cómo pasó la noche?

FERNANDO: — Sin quejarse. Es de lo más ocurrido y jovial. Sus vecinos de cama olvidan el sufrimiento al reirse de las buenas salidas que tiene ese aguerrido mozo.

EL CORONEL: — Que me lo traigan, en seguida. ¿Son muchos los que debemos operar hoy?

FERNANDO: — Como cada día.

(Sale por la derecha).

ESCENA IV

EL CORONEL: — Veremos si ese Hilario sigue tan guasón cuando se halle entre mis manos. Su herida no me preocupa. Le extraeré la bala fácilmente. Operación dolorosa, pero sin gravedad. ¿Cómo pudiera decir que igualmente sanaré a Benito?... El Padre Daniel acreció mi compasión por ese heroico muchacho.

(Fernando entra con Hilario.— Julio, Hipólito y Atanasio siguen. Hilario se presenta, llevando una caja de cartón).

ESCENA V

EL CORONEL, FERNANDO, HILARIO, JULIO, HIPOLITO Y ATANASIO

FERNANDO: — Mayor, aquí tiene a Hilario.

EL CORONEL: — Valiente muchacho, vamos a sacarte esa trufa que los enemigos te metieron en las carnes. ¿Estás conforme?

HILARIO: — Según y cómo.

FERNANDO: — ¿Qué pretendes?

HILARIO: — Que se me otorgue un favor.

ALMAS HERMOSAS

EL CORONEL: — Habla; pero, antes, déjame ver lo que ese cartón encierra.

JULIO, a HILARIO: — Te dije que no debías traer eso aquí.

HILARIO: — Pues yo necesito aquí lo que hay en esta caja.

FERNANDO: — Descubre pronto lo que allí escondes.

HILARIO: — Mírenlo.

EL CORONEL: — ¡Zambomba! ¡Un acordeón!

FERNANDO: — ¿Qué quieres hacer con eso mientras te operan?

EL CORONEL: — No estoy dispuesto a perder el tiempo en bromas. Hipólito, Atanasio, acuéstencle. Fernando, principie a darle cloroformo.

HILARIO: — Mi Jefe, me resigno al bisturí; pero, sepa usted que me niego a transformarme en una momia, chupando ese licor.

FERNANDO: — ¿Qué licor?

HILARIO: — Ese cloroformo, del cual me quieren hacer merced.

EL CORONEL: — No es posible operarte, sin hacerte dormir. Por muy suavemente que proceda, te haré sufrir mucho si estás despierto.

HILARIO: — Acaso no sabe que soy valiente. Sájeme, en mis cabales. Vi a la muerte cara a cara, más de una vez. Jamás eché pie atrás.

EL CORONEL, a Fernando: — ¡Zambomba! Me parece que éste es de los de pelo en pecho.

FERNANDO: — Habla con decisión.

EL CORONEL: — Me está interesando. Siempre estoy en acecho de algo no vulgar, un cerebro, un corazón... Estudiemos el caso... (A Hilario): Oye, mentecato. No puedo plegarme a tu antojo. Eres de cacumen escaso. No tienes sentido común.

FERNANDO: — Desnúdate.

EL CORONEL, a Hipólito: — Por más que hagas, bárbaro, no conseguirás que deje de aplicarte el anestésico.

FERNANDO: — Julio, sácale la camisa.

JULIO, a Hilario: — Obedece. Muy rico es el sueño artificial... (Procura quitarle la camisa).

HILARIO, rechazándole: — Déjame... Repito que prefiero estar despierto mientras me abren el agujero. Nada cuesta convenirse de que sé soportar el dolor.

(Evaristo entra por la izquierda).

ESCENA VI

LOS MISMOS Y EVARISTO

EL CORONEL: — Acérquese, Evaristo.

EVARISTO: — A sus órdenes, Mayor.

EL CORONEL: — Usted, a quien hace poco operé, corriendo gran riesgo de no salvarle, diga a este mostrenco lo bien que el cloroformo le sentó.

EVARISTO: — Requetebién.

FERNANDO, a Evaristo: — ¿Verdad que nada sufriste durante la operación?

EVARISTO: — Me hallé en la gloria.

EL CORONEL: — Se le ha clavado a este zoquete en el magín un capricho temerario.

FERNANDO: — Rehusa el anestésico.

EVARISTO: — Jumento, abre el hocico.

HILARIO: — A mí no me propinan eso que huele a camuesa y hace perder la razón.

JULIO: — El camueso eres tú.

EL CORONEL: — ¡Zambomba! Perdemos lastimosamente el tiempo... (A Hilario) ¿Lo exiges? Bueno. Te operaré sin anestesia, pero suelta ese acordeón.

HILARIO: — Eso no. Mi acordeón es cabalmente lo que me dará fuerzas, distrayéndome, para soportar la operación.

EVARISTO: — Es inaudito.

EL CORONEL: — Me declaro vencido. Toca tu instrumento. Te oiré con gran placer mientras te tajo el pellejo. Pronto sabré si eres espejo de valor.

FERNANDO: — Su hoja de servicio dice que, en el campo de batalla, reveló una alma grande y serena. Mereció varias citaciones y, por fin, la cruz de guerra.

EL CORONEL, a Hilario: — Conque lo dicho ¡zambomba! ¿Sin cloroformo? ¡eh!

HILARIO: — Gracias, mi Jefe. Es usted muy bueno. Lanzando notas al aire, aletargaré el sufrimiento. Mi acordeón es la mejor anestesia.

Por mucho que yo sufriera,
no será el dolor, quizá,
igual que el que, en la frontera,
esa enemiga puchera
maldita me causó ya.
Y, si ocurre que me achico,
que agitarme se me ve,
o que, gimiendo, abro el pico,
por gallina y por borrico
el sopor imploraré.

EL CORONEL: — ¡Zambomba! Resultas no sólo músico, también poeta. Eres un tipo muy original.

HILARIO, a los enfermeros: — Camaradas, ayúdenme a alargarme sobre ese billar. (Julio, Hipólito y Atanasio, riéndose, lo colocan sobre la mesa de operación. Hilario queda acostado sobre el lado derecho, cara al público, con el acordeón en las manos. El Coronel le levanta la camisa por detrás y examina la herida, quitándole la venda que llevaba puesta).

EL CORONEL, a Fernando: — Buen aspecto tiene la herida.

HILARIO: — Como toda mi persona.

FERNANDO, riéndose: — ¿Dime, nunca decae tu buen humor?

HILARIO: — Nunca, porque soy de sangre alegre.

EL CORONEL, a Fernando: — Bañe la herida en la loción antiséptica... Julio, dame el sublimado, jabón y agua.

(Julio le acerca la jofaina y el Coronel se lava las manos. Fernando, con un algodón, moja la herida).

JULIO, a Fernando: — Le agarraré las piernas, por si se agita... (Se las agarra).

HILARIO, dándole una patada: — No me hagas cosquillas. Déjame en paz.

JULIO: — ¡Malagradecido!

FERNANDO: — Suéltale.

EL CORONEL, acercándose con el bisturí en la mano: — ¡Chico, a mostrar tu valor!

EVARISTO: — ¡Cuidado! No te desmayes.

HILARIO: — Ni siquiera me veréis palidecer.

EL CORONEL: — Embelésanos con tu música. Voy a principiar.

HILARIO: — Yo también y no descansaré hasta que usted me afloje. (Toca el acordeón hasta que la operación concluye).

- EL CORONEL, operando: — He sajado ampliamente la piel.
- FERNANDO: — Y ni un grito de dolor se le ha escapado.
- EL CORONEL: — Coloque las erinas.
- FERNANDO, colocándolas: — Ya están.
- EL CORONEL: — Julio, la pinza... (A Fernando)... Usted, limpie la sangre. (Fernando hace como si metiera una compresa en la herida y la saca roja, echándola al balde).
- JULIO: — He aquí la pinza, mi Coro...
- EL CORONEL: — ¡Zambomba!
- JULIO: — Señor Mayor.
- EL CORONEL: — Penetré profundamente en el músculo, hasta el omoplato. Llegué a la bala.
(Hilario toca más recio).
- FERNANDO: — Y él sin chistar.
- EL CORONEL: — Tocando con mayor ahinco.
- EVARISTO: — Las carnes le saltan.
- JULIO: — ¡Cómo le corre el sudor!
- ATANASIO: — Está **empapao**.
- HIPOLITO: — ¿Será **encantao** su acordeón que así le da fuerza y valor?
- EL CORONEL, siempre operando: — ¡Silencio!
- HILARIO, a Hipólito y Atanasio: — No sois melómanos.
- ATANASIO: — ¿Qué ha dicho?
- JULIO: — Que sois un par de melones.
- EL CORONEL, a Julio: — Y tú, un alcornoque... (Haciendo un esfuerzo)... Al fin, he aquí la bala... (La enseña a todos)..... De buen calibre. ¡zambomba!
- HILARIO: — Ahora, peso menos.
- EL CORONEL: — Y vales más... (A Evaristo). Páseme la aguja.
- EVARISTO, dándosela: — ¿Esta es?
- EL CORONEL: — Si... (A Hilario)... Voy a coserte el boquete.
- HILARIO, jovialmente, tocando siempre. Ziszás... ziszás... (Toca con mayor entusiasmo).
- EVARISTO: — El que pase tras de esa puerta (indica la del foro) y oiga tanta música pensará: ¡Bendito Dios, qué alegría y tan tristes afuera los demás!

ALMAS HERMOSAS

EL CORONEL, a Fernando: — Ayúdeme a ponerle la venda... (Envuelvan a Hilario en una tira larga).... Hilario, hemos concluido... (A los enfermeros): Con cuidado, bájenle de lo que él llama el billar.

(Le ayudan a bajar).

HILARIO, tocando y cantando:

Viva, viva el buen Mayor,
tan experto cirujano
que, sin causarme dolor,
me deja expedito, sano.

(Empieza a bailar. Todos se ríen).

FERNANDO: — ¡Imprudente! No brinques así. Vas a aflojar la venda.

EL CORONEL: — Llévenle a la sala y acuéstenle. Que permanezca inmóvil.

HILARIO: — Pero podré seguir tocando mi acordeón.

EL CORONEL: — No te lo puedo prohibir.

EVARISTO: — Será tu cordial.

FERNANDO: — Como fué tu anestésico.

EL CORONEL, emocionado: — Valiente, dame la mano. ¡Quiera Dios que en los combates cada varón te iguale!... (Le aprieta la mano).

HILARIO, al irse, apoyado en los brazos de Hipólito y de Atanasio: — ¡Viva la Patria!

(Hilario, Julio, Hipólito y Atanasio salen por la derecha).

ESCENA VI

EL CORONEL FERNANDO Y EVARISTO

EL CORONEL: — A ese Hilario, ¡zambomba!, no se le caerá nunca el alma a los pies.

FERNANDO: — Tiene el corazón bien puesto.

EVARISTO: — Y por sus venas corre, de veras, sangre alegre.

FERNANDO: — Mayor, ¿a qué herido desea ahora operar?

EL CORONEL: — Quisiera intentar un esfuerzo sobrehumano para salvar a Benito.

FERNANDO: — Su herida en el pecho ¿acaso no es mortal de necesidad?

EVARISTO: — Su debilidad ha llegado al último grado de agotamiento.

EL CORONEL: — Nos engañamos a veces en nuestros pronósticos. La juventud posee fuerzas milagrosas. Las secundaríamos quizás, aplicando a Benito la transfusión de sangre.

FERNANDO: — Ofrezco la de mis venas.

EVARISTO: Y yo, la mía.

EL CORONEL: — Bien; muy bien. ¡zambomba! Fernando, acepto la suya. Usted, Evaristo, recientemente operado, no puede perder ni una gota de sangre.

(El Padre Daniel entra por la derecha).

ESCENA VII

LOS MISMOS Y EL PADRE DANIEL

EL CORONEL: — Padre, llega oportunamente. Iba a ordenar que traigan a Benito. La transfusión de la sangre, que Fernando le dará generosamente, permitirá reanimarle y, tal vez, prolongarle la existencia.

EVARISTO: — ¡Ojalá se logre siquiera que sea menos angustiosa su agonía!

EL CORONEL: — ¿Cómo sigue?

EL PADRE DANIEL: — Sufre horriblemente, pero su resignación cristiana es admirable. Pidió ser administrado y recibió los últimos sacramentos.

FERNANDO: — Vi sufrir, agonizar y morir a tantos durante esta guerra atroz que ya ningún moribundo me impresiona. Sin embargo, la fuerza moral de ese niño oprime mi corazón.

EL CORONEL: — Padre, vaya con Fernando y traigan a Benito con la mayor precaución.

EL PADRE DANIEL: — Temo que la muerte no dé tiempo para la transfusión de sangre.

(Sale con Fernando por la derecha).

ESCENA VIII

EL CORONEL Y EVARISTO

EL CORONEL: — ¡Cuántas desdichas!... ¡Matarse, siempre matarse! ¡Zambomba! Los hombres se empeñan, con su odio y maldad, en acelerar la obra de la muerte... En gran número de casos, nada puede la ciencia para arrancar una víctima más al sepulcro... ¡Cuántos dejarían esta tierra, maldiciéndola, desesperados, si la Religión no se acercara a brindarle consuelo y esperanza!... Evaristo, abra esa puerta para que penetre más aire.

EVARISTO: — Abriendo la puerta del foro y mirando afuera: La mañana está tibia, azul el cielo. La primavera alegra la vista y el alma. ¡Qué dulce fuera vivir, si no precisara dar la muerte y afrontarla!

(Por la derecha, Hipólito e Hilario entran, llevando, en una camilla con espaldar, a Benito. Este apoya la cabeza vendada en el pecho de Julio. Tiene abierta la camisa y se le ve la venda ensangrentada que le ciñe el pecho. En la camisa está prendida la Cruz de Guerra. Su semblante es muy pálido, ojeroso. El Padre Daniel le ha asido una mano. Fernando les sigue).

ESCENA IX

LOS MISMOS Y BENITO, EVARISTO, EL PADRE DANIEL, FERNANDO, JULIO, HIPOLITO, ATANASIO

(Colocan a Benito en medio de la sala, frente al público. Una manta le cubre las piernas hasta la cintura. Hipólito y Atanasio arriman a la pared, lado izquierdo, la mesa de operaciones y los baldes).

EL PADRE DANIEL: — Animo, Benito. El señor Cirujano Mayor se interesa vivamente por tu estado. Me ha prometido aliviarte.

BENITO, con voz débil: — Padre, me conforta usted por piedad...

EL PADRE DANIEL: — No lo creas.

VICTOR M. RENDON

BENITO: — En vano me alienta. Mi vista se oscurece... Alguien, a mi oído, murmura que principio mi marcha a la eternidad.

EL CORONEL: — Porque sufres mucho crees que vas a morir.

BENITO: — Usted miró ayer mi herida y sus ojos, tornándose sombríos, no me ocultaron que con su arte nada puede ya en mi favor.

EL CORONEL: — Te engañaste.

FERNANDO: — Abriga confianza.

EVARISTO: — En tu edad, se puede resistir, vencer a la muerte.

BENITO, muy tristemente: — Diez y seis años cuento... ¡Qué cruel, en esa edad, es el adiós a cuanto se amó en la vida y se esperaba de lo por venir!

JULIO, a Evaristo, en voz baja: — ¡Pobre Benito!

(Evaristo asiente con la cabeza).

BENITO, que oyó a Julio: — No se aflijan de mi muerte. Moriré como un veterano. ¿Véis? En mi pecho brilla la Cruz ganada por valiente.

EL CORONEL, examinándole de cerca: — Y, en tu frente, resplandece el laurel inmarcesible de la gloria.

(Benito deja correr lágrimas).

FERNANDO: — ¿Lloras, Benito?

BENITO: — No es por desconsuelo ni por espanto. Vi, frente a frente a la muerte y desprecié la metralla. El miedo no me amilana. En mi corta vida sólo a Dios temí.

EL PADRE DANIEL: — Piensa en su bondad y misericordia.

BENITO: — Pues él ordena que muera por la Patria, voy, feliz, a postrarme a los pies del Redentor que el mártir más grande fué.

EL PADRE DANIEL: — Si acatas su santa voluntad, ¿por qué corren tus lágrimas?

BENITO: — Presiento el desconsuelo de mi madre. No se resignará a mi pérdida y abandonará este suelo en pos de mi razón.

EL PADRE DANIEL: — No morirás, ¡no!

BENITO: — Padre, usted no sabe mentir. Veo en su semblante la aflicción de mi destino fatal.

ALMAS HERMOSAS

EL CORONEL: — Te salvaremos... (A Fernando y Evaristo, en voz baja)... La transfusión sería ineficaz.

FERNANDO, de igual modo: — No le hagamos sufrir más en su agonía.

EVARISTO, de igual modo, a ambos: — Permaneceré a su lado hasta que duerma el sueño eterno.

BENITO, como si los hubiera oído: — ¡Qué buenos sois conmigo! Benito os bendice a todos en sus últimos instantes y, en la gloria, pedirá a Dios que premie vuestra compasión.

EL CORONEL, conmovido, tosiendo y aparte: — ¡Hem! ¡Hem! ¡Zambomba!... (Al Padre Daniel y a Benito): Precisa que no demore mi visita a otros heridos... Fernando, acompáñeme... Padre, no se alejará de Benito.

EL PADRE DANIEL: — Ni un minuto.

EL CORONEL: — Volveré luego, Benito, a saber cómo sigues.

BENITO: — Gracias.

(El coronel, Fernando y Julio salen por la derecha).

ESCENA X

EL PADRE DANIEL, BENITO Y EVARISTO

EVARISTO, para distraer a Benito: — Padre, ¿ve la preciosa medalla que pende del cuello de Benito?

BENITO: — Con mi sangre está manchada.

EVARISTO: — ¿Quién te la dió?

BENITO: — En la ambulancia del frente me la dieron... Padre, un último favor.

EL PADRE DANIEL: — Habla, hijo mío.

BENITO: — Esta medalla, mándela, sé lo suplico, a mi adorada viejecita cuando el frío de la muerte haya robado el filial cariño a mi pecho.

EL PADRE DANIEL: — Lo haré.

BENITO: — Escribale que, el pensamiento fijo en ella, besé el despojo sangriento en que va el postrer suspiro de mi ternura y de mi fe.

EL PADRE DANIEL: — Te lo prometo.

BENITO: — Escribale también que tenga resignación. Dígame que luché con valor y que he muerto, disfrutando la dulzura del sacrificio de mi vida a la patria.

EVARISTO, muy conmovido, aparte: — ¡Pobre niño! ¡Me parta el corazón!

EL PADRE DANIEL: — Recibiré la medalla y la carta. Sabrá tu piedad y tu heroísmo.

BENITO: — Gracias, buen Padre... Le diré ahora quien me dió la medalla.

EL PADRE DANIEL: — Te cansas, hablando. Más tarde me lo dirás.

BENITO, tristemente: — Más tarde sería nunca... Hablar es todavía vivir.

EL PADRE DANIEL: — Te escucho, pues.

BENITO, con voz débil y lenta: — Un camarada sublime, un varón santo me la dió después del asalto a una trinchera... donde... también... le hirieron mortalmente.

EVARISTO: — ¿Un varón santo has dicho?

BENITO, con progresiva excitación: — Sí... Un día y una noche nos batimos. ¡Qué infernal carnicería!... Y ¡qué delirio grandioso mientras los compañeros caían, caían, sin volver a levantarse! El bronce, el plomo, el acero ¡qué bien cumplían su deber!

EL PADRE DANIEL: — Cálmate, Benito.

EVARISTO, aparte: — Creo que delira.

BENITO, con exaltación creciente: — ¡Maldígase la guerra!... ¡Cuánto odio y furia desata!... Pero, nada hay tan bello y terrible al par... En la tremenda lucha, la razón se enajena; el peligro causa fruición... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... Así me reía en el campo de batalla como si me hallara en una diversión...

EL PADRE DANIEL: — También experimenté, al batirme, ¡Dios me perdone! iguales sensaciones de invencible desvarío.

BENITO, incorporándose: — ¡Padre! ¡Padre! Mire como vuelan destrozados los cuerpos de miles de seres... Son menos infelices que los heridos, como yo, a quienes postra el dolor indécible... ¡Padre! ¿Oye los furibundos clamores, el estruendo del cañón, los ayes de los agonizantes?... El aire está saturado de gases inmundos... ¡Oh, diabólica invención!... ¡Qué horror!... ¡Cuánta ferocidad!...

ALMAS HERMOSAS

EVARISTO, al Padre Daniel: — No cabe duda; delira.

EL PADRE DANIEL: — Descansa, Benito. No hables más.

BENITO: — Tengo sed.

EL PADRE DANIEL: — Pronto, Evaristo, un vaso con agua.

(Evaristo se lo lleva).

Bebe, hijo mío... (Le sostiene el vaso).

BENITO, después de haber bebido: — Gracias, Padre... Ya no siento fatiga... Déjeme que prosiga...

EL PADRE DANIEL: — No debes hablar. Reposa.

BENITO, como obsesionado: — Mi compañero en la lucha fué quien me dió la medalla... Le vi caer, bañado en su sangre... Poco después, la muerte dirigió el paso hacia mí...

EVARISTO, aparte: — ¡Oh muerte, cuán torpe y cruel!

BENITO, con voz dulce, más apagada: — En la ambulancia del frente, la Providencia hizo que me tendieran junto a mi compañero moribundo.

EL PADRE DANIEL: — ¡Bondad divina!

BENITO, enterneciéndose: — Con voz dulce y lenta, me dijo: "Benito, Dios nos manda subir a su tribunal. Nuestros camaradas, viéndome tonsurado, me llamaban el Cura y, pues, de veras lo soy, ¿quieres que tu alma buena suba sin mancha al cielo?"... Incliné la frente, dije el acto de contricción y él me dió la absolución...

EVARISTO: — Patriotismo y fe ¡cuán poderosas fuerzas del alma!

BENITO: — Los heridos que yacían en derredor de nosotros pidieron, a su vez, ser redimidos y muchas almas subieron así, consoladas, hacia el Señor...

(Benito desfallece y deja caer la cabeza).

EL PADRE DANIEL, asiéndole las manos: — ¡Benito! ¡Benito!

EVARISTO, mirando de cerca a Benito: — ¿Ha muerto?

EL PADRE DANIEL: — No; es un síncope... Traiga el frasco de sales.

(Evaristo lo busca sobre la mesa y se lo trae).

EVARISTO: — Habló demasiado.

EL PADRE DANIEL, haciendo oler las sales a Benito: — No pude impedirle.

(Benito se agita).

EVARISTO: — Ya vuelve en sí.

EL PADRE DANIEL, tomando el pulso a Benito: — Pero el pulso galopa... La vida se le escapa...

EVARISTO: — Corro a llamar al Mayor.

(Sale por la derecha).

ESCENA XI

EL PADRE DANIEL Y BENITO

EL PADRE DANIEL: — ¡Virgen María, ampara a Benito!

BENITO, con la mirada vaga y anhelosa: — Adiós, Padre mío...

Aparte de mi pecho, para mi único amor, la medalla que, al expirar, me dió ese sacerdote tan bueno como usted... (Delirando):... Mírele, mírele... Feliz, me sonríe..., me llama desde el cielo... (Cierra los ojos).

EL PADRE DANIEL, de hinojos: — ¡Dios mío! Recibe en tu seno esta alma inocente. (El Coronel, Fernando y Evaristo entran por el foro).

ESCENA XII

EL PADRE DANIEL, BENITO, EL CORONEL, FERNANDO Y EVARISTO

BENITO, expirando: — No sufro...

(Reclina la cabeza).

EL PADRE DANIEL, de hinojos: — *De profundis clamavi ad te, Domine...*

(El Coronel, Fernando y Evaristo hacen el saludo militar).

EL CORONEL: — ¡Envidiable muerte de un héroe niño!

EVARISTO: — Duerme con un semblante apacible, angelical.

FERNANDO: — ¡Cuán resignado soportó su herida atroz!

EL PADRE DANIEL, irguiéndose: — Porque, de verdad, su alma era cristiana.

TELON.



XIII

EL BILLETE DE LOTERIA



DEDICATORIA

A Sor Josefina. Hermana de la Caridad, que despliega su abnegación
y actividad en el Colegio de La Providencia,
de Guayaquil, y a quien debo la honra de
haber sido representadas por las aprovechadas
Alumnas mis piezas MADRINAS DE GUERRA,
EL BILLETE DE LOTERIA y LA CARRETILLA,
dedico respetuosamente estos dos últimos
sainetes, cuyo pensamiento se dignó sugerirme.

VICTOR M. RENDON.

1935.

EL BILLETE DE LOTERIA

O LA FIESTA DE LA MADRE SUPERIORA

Pieza en un acto y en prosa, escrita sobre un pensamiento sugerido, para las alumnas del Colegio de LA PROVIDENCIA, que lo estrenaron el 13 de junio de 1934, el día de la fiesta de la Reverenda Madre Superiora.

Un patio o jardín del Colegio LA PROVIDENCIA, separado de la calle Eloy Alfaro por una verja o sencillamente, por una barrera al fondo que tendrá una puerta o boquete en el centro. En uno de los lados del recinto hay una estatua de San Antonio sobre un pedestal o altarcito. Son las once de la mañana de un día domingo claro y hermoso. El escenario está al principio sin nadie. Las cuatro alumnas que representan papeles saldrán al oír las voces del vendedor de billetes de lotería.

R E P A R T O

JOSEFINA, MARIA, CARMEN, ANITA, alumnas del Colegio.
UN VENDEDOR DE BILLETES DE LOTERIA. UN VENDEDOR
DE LA LISTA DE LOS PREMIOS DE LA LOTERIA.

ESCENA PRIMERA

UN VENDEDOR DE BILLETES DE LOTERIA

LUEGO: JOSEFINA, MARIA, CARMEN Y ANITA

EL VENDEDOR, pasando por la calle y voceando recio: — ¡La suerte! ¡para hoy domingo! ¡La suerte! Para ahora mismo! ¡La suerte! ¡Diez mil sures por una peseta! ¡Se va la suerte!

JOSEFINA, saliendo al tablado, acompañada de sus tres compañeras: — Venid, venid, queridas compañeras. Quiero deciros algo.

MARIA, CARMEN y ANITA, a una: — ¿Qué cosa? ¿Qué? ¿Qué?

-- 385 --

EL BILLETE DE LOTERIA

JOSEFINA: — Ahí pasa el vendedor de billetes de lotería.

EL VENDEDOR, mirándolas: — ¡La suerte! ¡Diez mil!

JOSEFINA: — Se me ocurre probar fortuna. Cabalmente, ayer, mi madrina me regaló unas ayoras.

MARIA: — ¿Para qué quieres más dinero, Josefina?

CARMEN y ANITA: — Sí ¿para qué?

JOSEFINA: — Para algo que se me antoja hacer.

CARMEN: — Pues date gusto.

ANITA: — ¿Quién te lo impide?

EL VENDEDOR, voceando: — ¡La su—er—te! ¡Diez—mil—su—cres! ¡se va la su—er—te!

MARIA: — Josefina, no la dejes escaparse.

JOSEFINA, llamando al vendedor: — ¡Pst! ¡Pst! Muchacho, ven acá.

(El vendedor entra en el recinto).

EL VENDEDOR: — Niña, ¿quiere un numerito entero? (Enseñando algunos): ¿Cuál le gusta más?

JOSEFINA, risueña: — El que me traiga la suerte; pero, ¿cuál será? Aconséjame tú, María.

MARIA: — Yo no; tengo mala sombra.

JOSEFINA: — ¡Qué disparate! Pues tú Anita.

ANITA: — Me gustan los números terminados en siete. ¿Y a ti, Carmen?

CARMEN: — No, por cierto. Me sabe a domingo siete, que es de mal agüero.

JOSEFINA: — Sois de buen consejo. Madre mía linda. ¿cuál cogere? Dime, chico, dime, dime en qué número terminó el billete premiado el último domingo?

EL VENDEDOR: — En un cero.

MARIA: — ¿Quién creyera que con un cero se logra dinero? (Todas se ríen).

JOSEFINA: — Virgen Santísima, inspírame. Mi proyecto es hermoso y mis intenciones son santas... ¡Qué idea!... Oye, muchacho, tienes algún número terminado en 13?

EL VENDEDOR, buscando: — Sí, niñita. Aquí tiene uno. El número 1913.

JOSEFINA: — Dámelo. (Lo recibe y paga).

EL VENDEDOR: — Muchas gracias. Si le toca la suerte, no olvide al que se la trajo.

JOSEFINA: — Pierde cuidado; pero, dime, ¿a qué hora juega la lotería?

EL VENDEDOR: — Ya mismito. A las once y media.

CARMEN: — Y son las once.

EL VENDEDOR: — Adiós, niñitas.

TODAS: — Anda con Dios.

ESCENA II

LAS MISMAS.

menos el vendedor que se va por donde vino

ANITA: — ¡Qué ocurrencia la tuya Josefina! El número 13 es aún más de mal agüero.

JOSEFINA: — No lo será hoy, por la razón que me hace desear sacarme la lotería y porque, invocando tu nombre bendito, milagroso San Antonio, voy a ponerlo a tus pies. (Se acercan todas al santo y Josefina coloca el billete a los pies de él, agregando): Si apruebas mi proyecto, harás que me saque el gordo.

CARMEN: — ¿Qué proyecto es ese?

MARIA: — Sí. ¿Cuál es? ¿Quieres comprarte algo?

JOSEFINA, misteriosa: — Sí y no.

ANITA: — Déjate de misterios. Dínos tu proyecto.

JOSEFINA: — Un pecado es ser curiosa.

CARMEN, picada: — Y otro, ser egoísta.

MARIA: — Y desconfiada. Te guardaremos el secreto.

ANITA: — ¿Por qué has elegido un número 13?

JOSEFINA: — ¿Ninguna ha caído en la cuenta?

MARIA: — ¿Qué cuenta?

JOSEFINA: — ¿En qué mes estamos?

CARMEN: — En Junio.

ANITA: — Ya caigo. El día 13 es la fiesta de San Antonio.

EL BILLETE DE LOTERIA

MARIA: — Pero, chiquilla, si hace encontrar lo perdido, y a veces hay que ponerlo en una botija de agua para obtener el milagro, San Antonio no hace ganar a la lotería. (Todas se ríen).

JOSEFINA, convencida: — Todo lo puede, si se le implora con fervor; pero no habéis reparado en que el 13 de Junio es también...

MARIA, CARMEN, ANITA, a una, alegremente: — Sí, sí, la fiesta de nuestra buena Madre Superiora.

JOSEFINA: — ¿Comprendéis ahora mi proyecto? Quiero ganar el mayor premio hoy en la lotería para festejarla dignamente.

MARIA: — ¡Qué buena idea!

CARMEN: — ¡Cuánto me alegro! No me cabe duda, te sacarás el premio.

JOSEFINA: — Así lo espero.

ANITA: — De rodillas, imploremos todas a San Antonio que le obtenga el premio a Josefina.

(Se arrodillan al pie del santo).

LAS CUATRO NIÑAS, orando: —

¡Oh, San Antonio bendito!
Haz que hoy, en la lotería,
premiado sea el numerito
y nos procure alegría.

JOSEFINA, sola: —

Tú sabes que ese dinero,
que te imploramos ahora,
es porque agasajar quiero
a la Madre Superiora.

LAS CUATRO NIÑAS, en coro: —

¡Oh, San Antonio bendito!
Haz que hoy, en la lotería,
premiado sea el numerito
y nos procure alegría.

(Se levantan).

MARIA: — El premio mayor es de diez mil sucres. No se necesita tanto para festejar a nuestra querida Madre.

JOSEFINA: — ¡Ojalá fuera de mayor cantidad el premio! Nunca hay demasiado dinero para emplearlo bien. Pediremos consejo a la bondadosa Sor Josefina para celebrar brillantemente la fiesta de nuestra excelente Madre Superiora y lo que sobre del gasto lo emplearé en limosnas a los pobres y dádivas a casas de Beneficencia.

ANITA: — Todo lo has previsto ya como si fueras a ganar el premio ¿Crees, de veras, que lo ganarás?

JOSEFINA: — Me late el corazón como si me anunciara que me lo sacaré. Entre mis proyectos, si la suerte me favorece, uno de ellos es comprar un auto, aunque no sea grande y lujoso, pero cómodo, para que nuestra Madre Superiora no se canse, andando por esas calles de Guayaquil.

CARMEN: — Felizmente, la nuestra y otras muchas están ya pavimentadas; que lo que era antes, ¡qué horror trajar por ellas!

MARIA: — Sobre todo, en el invierno. No cabe duda; nuestra querida ciudad natal sigue progresando bastante.

JOSEFINA: — Pero siempre es más agradable andar en auto que a pie, aun cuando una es joven.

ANITA, maliciosa: — Y tal vez aprovecharíamos nosotras del simpático vehículo, si nuestra buena Madre nos llevara sucesivamente, a unas y otras, en su compañía.

MARIA, anhelante: — ¡Que te ganes el premio, Josefina! ¡Que te lo ganes!

(Todas se ríen).

JOSEFINA: — Además del auto, quiero obsequiarle...

CARMEN, ANITA y MARIA: — ¿Qué? ¿Qué? ¿Qué cosa?

JOSEFINA: — Una radio.

CARMEN: — ¡Magnífico!

MARIA: — ¡Qué gusto! Así nos permitirá oír audiciones de todas partes.

ANITA: — Escucharemos al Santo Padre en San Pedro.

EL BILLETE DE LOTERÍA

CARMEN: — Y también óperas francesas. Me deleitan tanto.

JOSEFINA: — Muy bien. Se jugó la lotería; salió el 1913; me gané el premio y cobré.

ANITA: — Como si lo viera.

JOSEFINA: — Veamos ahora lo que disponemos para honrar a la festejada. Tú, María, ¿qué propones?

MARIA: — Que con guirnaldas y preciosas flores se decore nuestra sala de fiestas y, haciendo sentar en alto solio a nuestra excelsa Madre Superiora, que escuche himnos y contemple juegos y bailes.

JOSEFINA: — Y tú, Carmen, ¿dínos tus planes?

CARMEN: — Entre esas guirnaldas colocaré trofeos de banderas en que se armonicen los tricolores franceses y ecuatorianos, porque debemos honrar al gran país de Francia como al nuestro. Francia es la patria de nuestras inmejorables Madre y Hermanas de la Caridad que nos instruyen y nos educan religiosamente para que seamos mujeres laboriosas y útiles.

JOSEFINA: — ¿Qué agregas, tú, Anita?

ANITA: — Escribiría una pieza de circunstancia, amena, algo sentimental, muy sincera, para que la representemos ingenuamente, ensalzando las virtudes de nuestra Madre Superiora y expresándole nuestra gratitud.

JOSEFINA: — Todo me parece requetebién. Sólo falta ganar el premio.

(Suenan las doce campanadas).

CARMEN: — ¡Ya están cantados los números premiados en el sorteo!

MARIA: — Estoy tan emocionada, como tú misma, Josefina.

ANITA: — Y yo.

CARMEN: — Y yo.

(En la calle, se oye la voz de un vendedor. A medida que se acerca se le oye más claro lo que grita).

JOSEFINA: — ¿Oís? Están anunciando algo. ¿Qué será?

(Pasa un muchacho, vendiendo la lista de los números premiados en la lotería).

ESCENA III

LAS MISMAS Y EL VENDEDOR

EL VENDEDOR, voceando: — La lista de los números premiados. ¿Quién la quiere?

(Todas se acercan a la calle).

JOSEFINA, llamando: — ¡Pst! ¡Pst! Muchacho, tráenos la lista.

EL VENDEDOR, entrando en el recinto y yendo como todas al centro: — Aquí la tiene, niñita. Tal vez le tocó la suerte.

(Josefina, Carmen y María examinan la lista).

ANITA, más impaciente: — (Al vendedor) En qué cifras termina el número mayor premiado?

EL VENDEDOR: — En 13.

TODAS, con aspaviento: — ¡En trece!

EL VENDEDOR: — Sí, niñas; ¿tienen acaso un billete que termina en trece? Pues algo han pescado.

MARIA, azorada: — Fíjate bien, Josefina. Compara con tu número. No vayas a sufrir una cruel confusión.

JOSEFINA, yendo a buscar el billete al pie de San Antonio: — Ved todas; es idéntico: 1913.

TODAS, a una, delectando: — ¡MIL — NOVECIENTOS — TRECE! ¡Dios Santo!

JOSEFINA, arrodillándose a los pies de San Antonio: — Gracias, gracias, San Antonio bendito. (Se levanta): Saltemos de alegría, cantemos, bailemos. (Saltan, cantan y bailan).

EL VENDEDOR, asombrado: — Mi enhorabuena, niñitas.

JOSEFINA: — Hay que tomar una copa.

ANITA, embromando: — ¿De qué? ¿De champaña?

JOSEFINA: — Sería lo más apropiado, pero una botella cuesta de treinta a cuarenta sures. No tenemos tanto dinero, y, aunque lo tuviéramos el estampido del corcho atraería a Sor Josefina que nos regañaría. Bebamos cerveza.

MARIA: — Es bebida amarga para tan dulce suceso.

EL BILLETE DE LOTERIA

CARMEN: — Y también óperas francesas. Me deleitan tanto.

JOSEFINA: — Muy bien. Se jugó la lotería; salió el 1913; me gané el premio y cobré.

ANITA: — Como si lo viera.

JOSEFINA: — Veamos ahora lo que disponemos para honrar a la festejada. Tú, María, ¿qué propones?

MARIA: — Que con guirnaldas y preciosas flores se decore nuestra sala de fiestas y, haciendo sentar en alto solio a nuestra excelsa Madre Superiora, que escuche himnos y contemple juegos y bailes.

JOSEFINA: — Y tú, Carmen, ¿dínos tus planes?

CARMEN: — Entre esas guirnaldas colocaría trofcos de banderas en que se armonicen los tricolores franceses y ecuatorianos, porque debemos honrar al gran país de Francia como al nuestro. Francia es la patria de nuestras inmejorables Madre y Hermanas de la Caridad que nos instruyen y nos educan religiosamente para que seamos mujeres laboriosas y útiles.

JOSEFINA: — ¿Qué agregas, tú, Anita?

ANITA: — Escribiría una pieza de circunstancia, amena, algo sentimental, muy sincera, para que la representemos ingenuamente, ensalzando las virtudes de nuestra Madre Superiora y expresándole nuestra gratitud.

JOSEFINA: — Todo me parece requetebién. Sólo falta ganar el premio.

(Suenan las doce campanadas).

CARMEN: — ¡Ya están cantados los números premiados en el sorteo!

MARIA: — Estoy tan emocionada, como tú misma, Josefina.

ANITA: — Y yo.

CARMEN: — Y yo.

(En la calle, se oye la voz de un vendedor. A medida que se acerca se le oye más claro lo que grita).

JOSEFINA: — ¿Oís? Están anunciando algo. ¿Qué será?

(Pasa un muchacho, vendiendo la lista de los números premiados en la lotería).

ESCENA III

LAS MISMAS Y EL VENDEDOR

EL VENDEDOR, voceando: — La lista de los números premiados.
¿Quién la quiere?

(Todas se acercan a la calle).

JOSEFINA, llamando: — ¡Pst! ¡Pst! Muchacho, tráenos la lista.

EL VENDEDOR, entrando en el recinto y yendo como todas al centro: — Aquí la tiene, niñita. Tal vez le tocó la suerte.

(Josefina, Carmen y María examinan la lista).

ANITA, más impaciente: — (Al vendedor) En qué cifras termina el número mayor premiado?

EL VENDEDOR: — En 13.

TODAS, con aspaviento: — ¡En trece!

EL VENDEDOR: — Sí, niñas; ¿tienen acaso un billete que termina en trece? Pues algo han pescado.

MARIA, azorada: — Fíjate bien, Josefina. Compara con tu número. No vayas a sufrir una cruel confusión.

JOSEFINA, yendo a buscar el billete al pie de San Antonio: — Ved todas; es idéntico: 1913.

TODAS, a una, deletreando: — ¡MIL — NOVECIENTOS — TRECE! ¡Dios Santo!

JOSEFINA, arrodillándose a los pies de San Antonio: — Gracias, gracias, San Antonio bendito. (Se levanta): Saltemos de alegría, cantemos, bailemos. (Saltan, cantan y bailan).

EL VENDEDOR, asombrado: — Mi enhorabuena, niñitas.

JOSEFINA: — Hay que tomar una copa.

ANITA, embromando: — ¿De qué? ¿De champaña?

JOSEFINA: — Sería lo más apropiado, pero una botella cuesta de treinta a cuarenta sures. No tenemos tanto dinero, y, aunque lo tuviéramos el estampido del corcho atraería a Sor Josefina que nos regañaría. Bebamos cerveza.

MARIA: — Es bebida amarga para tan dulce suceso.

EL BILLETE DE LOTERIA

CARMEN: — Peor fuera gin o whisky. (Todas se ríen).

ANITA: — No estoy por que bebamos tampoco vino, ni tinto, ni blanco.

JOSEFINA: — ¿Quieres que brindemos con agua? No acepto ni la de Güitig.

CARMEN: — Venga kola, que es bebida de señoritas que no saben de cocteles.

(Todas se ríen).

JOSEFINA: — Eso es. Muchacho, corre a la tienda de la esquina y trae botellas de kola, cuatro para nosotras y otra para ti. Toma el dinero y el precio de la lista.

EL VENDEDOR: — Vuelvo en seguida. (Se aleja).

MARIA: — Voy por copas, (Sale y no tarda en volver).

ANITA: — Mientras vuelven, empecemos a bailar, cantando.

(Aquí cualquier canto: giran dándose las manos).

CARMEN, mirando a la calle: — Ya está aquí el champaña cricillo.

(Sueltan carcajadas).

MARIA, regresando con cuatro copas: — Aquí están las copas.

EL VENDEDOR, después de entregar las botellas: — Gracias, niñas. Volveré por la propina después que halláis cobrado.

(Se marcha).

JOSEFINA: — A beber; a beber.

MARIA, CARMEN y ANITA: — A brindar, a brindar.

JOSEFINA: — Por nuestra Madre Superiora que, si nos viera y oyera, nos perdonaría tanto desatino por nuestro deseo de tributarle un justo homenaje cariñoso.

TODAS: — ¡Hurra! salud. (Beben después de cada brindis).

JOSEFINA: — Por San Antonio milagroso.

TODAS: — ¡Hurra! Salud.

JOSEFINA: — Por el Colegio "La Providencia".

TODAS: — ¡Hurra! Salud.

VICTOR M. RENDON

JOSEFINA: — Por el auto en que vamos a pichonear con la Madre Superiora.

TODAS, con mayor risa: — ¡Hurra! Salud.

JOSEFINA: — Por la alegre radio, que nos hará pasar buenos ratos.

TODAS, con hilaridad: — ¡Hurra! ¡Hurra!

JOSEFINA: —Por...

ANITA: — No eches más brindis, Josefina. Ya no queda kola. (Carcajadas).

JOSEFINA, yendo a buscar algo detrás de San Antonio: — Compañeras, mirad.

CARMEN: — ¿Cómo te agradan los secretos, Josefina?

JOSEFINA, enseñando una rosa grande artificial: — Esta flor sí tiene un secreto.

ANITA, MARIA, CARMEN: — ¿Cómo así? ¿Cómo así?

JOSEFINA: — En el corazón —lleva algo; muy poca cosa.

ANITA, MARIA, CARMEN, mirando: — ¡Un billetito!

JOSEFINA: — Expresando modestamente: amor y gratitud.

TELON.





XIV

LA CARRETILLA



LA CARRETILLA

Sainete, en un acto y en prosa, escrito según un pensamiento sugerido, para la fiesta de la Reverenda Madre Savoye, Superiora del COLEGIO DE LA PROVIDENCIA, representado por las Alumnas el día 13 de junio de 1935.

PERSONAJES:

Ña Catita, frutera, algo viejecita.

Maruja, niña de 11 años;	Rosita, niña de 10 años
Charito, id. id. id.	Anita, id. id. id.
Pepita id. id. id.	Margarita, niña de 8 años

La escena en el patio o jardín del colegio. Maruja se presenta alegre, con una carta en la mano, seguida de cinco condiscípulas, de semblantes risueños y maliciosos, que la rodean cuando ella se detiene.

MARUJA: — ¡Qué contenta estoy!

CHARITO: — ¿Recibiste contestación, Maruja?

MARUJA: — Sí, Charito.

PEPITA: — Leenos pronto la carta.

ROSITA: — ¡Qué impaciente, eres Pepita!

ANITA: — Porque tú eres tan calmada, Rosita; pero Margarita ha de estar tan curiosa, como yo también, de saber lo que la carta dice.

MARGARITA: — Tienes razón, Anita. Muy impaciente estoy.

MARUJA: — Pues oigan lo que me dice la Madre Superiora de la Quinta San Vicente.

CHARITO: — ¿Dónde estuvo tantos años nuestra Veneranda Madre Superiora?

PEPITA: — Eso, todas lo sabemos. Deja leer.

MARUJA, leyendo: — “Querida Marujita: con mucho gusto le envío, en un bulto, las colgaduras y enredaderas para guirnaldas que me pidió. Deseo que adornen bien el salón de actos el día que festejen a la excelente Madre Superiora del Colegio de la Providencia...”

ANITA, interrumpiendo: — Buenísima.

MARGARITA: — Queridísima.

LA CARRETILLA

ROSITA: — Y muy respetada.

CHARITO: — Dejemos terminar la lectura.

MARUJA, leyendo: — “Lo que le mando le será entregado en la estación del ferrocarril. Después de la fiesta, no deje de devolverme todo. Diviértanse mucho”.

PEPITA: — Ya lo creo que vamos a divertirnos.

MARUJA: — ¡Pero ahora sí que estamos divertidas!

TODAS: — ¿Por qué? ¿Por qué?

MARUJA: — No han oído que el bulto está en la estación.

CHARITO: — Iremos por él, lo abrimos allá y traemos los objetos.

MARUJA: — Así no más, sin más ni más. Y ¿cómo los traeremos?
¿En los brazos o sobre las espaldas?

TODAS, se ríen: — ¡Ja, ja, ja!

ANITA: — ¿Qué diría la gente al ver por la calle de cargadoras a las alumnas del Colegio de la Providencia?

CHARITO: — Se me ocurre una cosa.

PEPITA: — Me sorprendes.

CHARITO, picada: — A ti no se te ocurre nunca nada.

MARUJA: — No regañen. Dínos tu idea, Charito.

CHARITO: — Llevemos a la estación una carretilla para traer el bulto.

ROSITA: — Requetebién. ¿Y volveremos, arrastrando la carretilla?

CHARITO: — No seas tonta. Pagaremos a un cargador para que la empuje y le seguiremos a distancia.

MARUJA: — Si adoptamos la idea de la carretilla, hay que principiar por conseguirla.

MÁRGARITA: — Tenemos la del Colegio.

PEPITA: — También eres ocurrida. ¿No sabes que fué robada?

MÁRGARITA, picada: — Tú eres la atrasada en noticias. ¿No sabes que nuestra buena Madre compró otra?

MARUJA: — Cierto es, pero está bajo llave, en la bodega.

CHARITO: — Sor Josefina tiene la llave. Se la pediremos.

PEPITA: — Otra famosa ocurrencia. No consentirá, sin pedir permiso a la Madre Superiora.

ANITA: — Y, adiós sorpresa.

MARGARITA: — Se aguyó la fiesta.

MARUJA: — Nuestra buena Madre no debe enterarse del agasajo, aunque presienta que, como cada año, le festejaremos sus días.

ROSITA: — ¿Qué hacemos?

CHARITO: — Se me ocurre una cosa.

PEPITA, picándola: — ¡Qué lista has amanecido hoy!

MARUJA, a Charito: — Dí lo que piensas.

CHARITO: — Pidamos a nuestra amable vecina, ña Catita, la frutera, que nos preste su carretilla.

MARGARITA: — Y ¿si no quiere?

CHARITO: — No me faltará otra idea.

PEPITA: — Pretenciosa te estás poniendo.

ANITA: — Nada se pierde con pedir el favor.

MARUJA: — Cabalmente, ña Catita está en el Colegio. Ha venido a traer frutas.

ROSITA: — No tardará en pasar por aquí.

MARGARITA: — Miren. Ahí viene.

(Ña Catita se acerca con una canasta vacía en la que estaban las frutas vendidas).

TODAS, llamándola: — Ña Catita, ña Catita.

ÑA CATITA, muy risueña: — Buenos días, niñas.

TODAS, muy amables: — Buenos días, ña Catita.

CHARITO: — La esperábamos.

ÑA CATITA: — ¿De veras?

TODAS: — Sí, sí.

ÑA CATITA: — ¡Qué amables! Me parecís algo alborotadas. ¿En qué puedo servirles?

MARUJA: — Estamos en un aprieto y queremos que nos ayude a salir de él.

MARGARITA: — Usted es tan buena.

ÑA CATITA: — Y usted muy amable. Con mucho gusto las ayudaré, si puedo hacerlo, sin causar algún disgusto a la buena Madre Superiora.

PEPITA: — Ninguna le causará.

LA CARRETILLA

ÑA CATITA: — Digan pues de qué se trata.

MARUJA: — Deseamos que nos preste su carretilla.

ÑA CATITA, con aspaviento: — ¡Mi carretilla! ¡Santo Dios! ¿Qué pensáis hacer con ella? ¿Pasear muñecas?

CHARITO, picada: — No somos ya niñas de jugar con muñecas. Estudiamos en libros.

ÑA CATITA: — ¡Ah! Queréis transportar libros.

ROSITA: — Libros no. Son objetos.

MARGARITA: — Que están en un bulto.

ANITA: — Tenemos que ir a buscarlos a la estación del ferrocarril.

ÑA CATITA: — ¡Ave María Purísima! Y decíais que la Reverenda Madre Superiora no se enfadaría. No puedo complacerlos.

PEPITA: — No sea así. Sáquenlos de apuros.

TODAS: — Sí, sí, ña Catita.

ÑA CATITA: — Y ¿si perdéis la carretilla?

TODAS: — No la perderemos.

ÑA CATITA: — ¿O si la estropéais? Soy pobre y no podré comprar otra.

TODAS: — No la estropearemos.

ÑA CATITA: — Ni así consiento en meterme en un lío. Niña Maruja, ¿sabe la Madre Superiora lo del bulto y de la estación?

MARUJA: — No debe saberlo.

ÑA CATITA: — ¿Quieren ocultarle algo? Muy mal hecho. Adiós, niñas.

MARUJA: — No se vaya. Oiga. Queremos la carretilla para buscar cosas que nos mandan de la Quinta San Vicente. Con ellas adornaremos la sala de actos el día que festejaremos a nuestra querida Madre Superiora.

ÑA CATITA, brincando de gusto: — Habérmelo dicho en seguida. Si es así, con mucho gusto las ayudaré.

MARGARITA: — Mándenos pues la carretilla.

ROSITA: — Mejor sería que fuésemos a buscarla.

ÑA CATITA: — Nada de eso. No se las confío.

CHARITO: — ¿Cómo dice? Después de habernos prometido...

VICTOR M. RENDON

ÑA CATITA: — Si es que quiero ir yo mismo, con mi muchacho, a buscarles el bulto.

MARUJA: — Muchas gracias; es usted muy buena.

TODAS: — Gracias, gracias.

(La rodean todas, asidas de las manos, y giran cantando al rededor de ella; que acaba por ponerse a bailar también. Se detienen al fin y se sueltan).

ÑA CATITA: — Tratándose de festejar a tan buena Madre Superiora, ¿Qué no haría yo? Todo es poco.

TODAS: — ¡Viva ña Catita, la mejor de las fruteras!

ÑA CATITA: — Basta, basta. Niña Maruja, déme el recibo.

MARUJA, entregándoselo: — Tómelo. Para cuando vuelva con él bulto le tendremos preparada una tacita de café puro.

ÑA CATITA, riéndose: — ¡Qué bien sabe mi único vicio! Vuelo a la estación y regreso pronto.

CHARITO: — Rezaremos por que su carretilla no tiente a los ladrones.

ÑA CATITA: — ¡Y hay tantos! ¡Qué plaga! Dios las oiga y las bendiga. Hasta luego.

(Sale, acompañada de las alumnas que siguen cantando y diciendo):

TODAS: — ¡Viva, viva, ña Catita.

TELON.





XV

LAS TRES VICTORIAS



LAS TRES VICTORIAS

PIEZA DRAMATICA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

Al renombrado escritor César E. Arroyo,
que tan notablemente me ha honrado con
áurea pluma, ensalzando mi novela de
costumbres ecuatorianas Lorenzo Cilda,
dedico esta comedia en testimonio de
alto aprecio y amistoso reconocimiento.

VICTOR M. RENDON.

1931.



LAS TRES VICTORIAS

Comedia en cuatro actos y en prosa, de los cuales, cada uno constituye un paso de comedia que puede ser representado independientemente de los demás y por eso lleva su respectivo título. Los actos segundo, tercero y cuarto fueron estrenados por la Sociedad THALIA, auspiciada por el Comité PRO MEJORAS LIMONES, en el teatro **Víctor Manuel Rendón** de esta población, el 12 de agosto de 1934 y, a pedido del público, se repitió el 18 del mismo mes.

REPARTO

CARLOTA, 35 años	Sta. Policarpa Corral
VICTORITA PAREDES, 18 años	Sta. Juana Triviño Midero
DOÑA VICTORIA CUADRA, 30 años	Sta. Lorena Lacostte
VICTORIA DE PIEDRA, 24 años	Sta. Beatriz Bruno
DOÑA ANTONIA, 80 años	Sta. N. N.
DOÑA CONSTANCIA CALZADAS DE PAREDES	
madre de Victorita, 40 años	Sta. Emilia Batiojá
SIMONA, 15 años, campesina, sirvienta de doña	
Victoria Cuadra	Niña Panchita Paredes
DOCTOR ANGEL PIEDRA, nieto de doña Antonia	
y, en el 4º acto, esposo de Victoria,	
40 años	Sr. Dr. Víctor A. Mora
DON CORNELIO, 45 años, esposo de Carlota	
Sr. Antonio Estupiñán	
APARICIO VARAS, 42 años	Sr. N. N.
FRANCISCO, 35 años	Sr. N. N.
FELIPE, 36 años	Sr. N. N.
ESTEBAN FRANCO, 25 años	Sr. Gilberto Pacheco
DON GUILLERMO PAREDES, 50 años, esposo de	
doña Constancia y padre de Victorita	
	Sr. Antonio Estupiñán
DON AMBROSIO, 55 años	Sr. Sócrates Prado
DON SEBASTIAN, 60 años	Sr. Pablo Lemós
FABIAN, 32 años, comediógrafo	Sr. Miguel Antonio Quiñones
MARIANO, 26 años, sirvienta del doctor Piedra,	
en Palmar	Sr. N. N.
JUAN, 40 años, sirvienta del mismo en París	Sr. N. N.

Los tres primeros actos en Palmar, puerto tropical americano; el cuarto acto en París. La acción se desarrolla en 1914 durante los dos primeros actos; en 1919, durante el tercero y, en 1928, durante el último. Carlota don Angel y don Cornelio aumentan de cinco años de edad del segundo al tercer acto y de nueve años del tercero al cuarto. El papel de Victorita, y de las otras dos Victorias debe ser representado por la misma persona.

LAS TRES VICTORIAS

ACTO PRIMERO

EL DOCTORCITO

Un cuarto escritorio, donde el doctor Angel Piedra da sus consultas en su propia casa. Mobiliario elegante. Puerta al foro y puertas laterales. El doctorcito, como suelen llamarle, vestido con americana de interior, se halla sentado cerca de una mesa donde hay un estuche con objetos para embellecer las manos y un espejo. Está puliéndose las uñas con polvos rosados o dándoles esmalte. Poco después de alzarse el telón, toca un timbre sobre el mismo mueble y, por el foro, Mariano acude.

ESCENA PRIMERA

ANGEL Y. LUEGO, MARIANO

MARIANO, entrando: — Señor doctor ¿ha llamado usted?

ANGEL: — Mariano, ¿salió mi abuelita?

MARIANO: — Doña Antonia está en su cuarto.

ANGEL: — Oye; aunque hoy no es día de consulta, recibiré al señor Aparicio Varas. Me anunció su visita para las cuatro. No tardará en llegar.

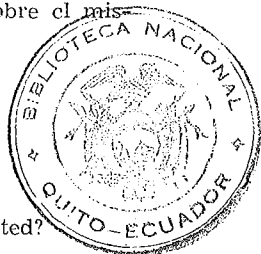
(Se oye vibrar el timbre de la puerta principal).

MARIANO: — Cabalmente, llaman a la puerta de entrada. Debe ser don Aparicio. Voy a abrirle.

(Sale. El timbre suena más recio).

ANGEL: — ¡Qué violento modo tiene Aparicio de hacer vibrar el timbre!

(Sigue esmaltándose las uñas. A poco, la puerta del fondo se abre bruscamente y Carlota entra).



LAS TRES VICTORIAS

ESCENA II

ANGEL Y CARLOTA

CARLOTA: — Angel, no tienes corazón ni vergüenza. Tu conducta es incalificable.

ANGEL, sin moverse: — ¡Ah! Eras tú quien repiqueteaba en la puerta. ¿Cómo estás Carlota?

CARLOTA: — Poco te importa cómo estoy. Una semana has dejado pasar sin verme.

ANGEL: — No exageres...

CARLOTA: — Ocho días cabales que ni has ido a mi casa ni he logrado encontrarte en la tuya ¿No te parece mucho, verdad?...

ANGEL: — He tenido tantos quehaceres... Mi profesión de médico...

CARLOTA: — Ya lo creo. El célebre doctorcito tiene la mar de ocupaciones y, muy especialmente, amorosas. Tu verdadera profesión es la de calavera.

ANGEL: — Favor que me haces...

CARLOTA: — Ni un día transcurre sin que echas una cana al aire.

ANGEL: — No hay tal, porque no tengo canas.

CARLOTA: — Pídele franqueza al espejo y no te las disimulará hoy que brilla el cuadragésimo aniversario de tu natalicio.

ANGEL: — Tienes el prurito de recordarme cosas desagradables.

CARLOTA: — El espejo te dejará ver también los aun leves, pero innegables surcos de la tan temida pata de gallo... Ojeras pase, porque imprimen al semblante cierta languidez de buen tono, pero ¡patas de gallo!

ANGEL: — Has venido, claro está, con el deliberado propósito de llamarme viejo.

CARLOTA: — No tanto. Lo cierto es que el bien parecido y elegante doctor Angel Piedra engorda. Pierdes el talle esbelto con que te ufanas desde que una de tus admiradoras te preguntó si gastabas corsé.

ANGEL: — ¡Linda manera la tuya de festejarme los días!

CARLOTA: — Hasta descomedido te estás poniendo. Ni siquiera me has brindado asiento.

ANGEL: — Entraste como una ráfaga y me has pasmado, enrostrándome mis defectos físicos y morales... (Displicente):... Puedes sentarte.

CARLOTA, irónica: — Gracias. Eres muy amable. (Se sienta). Como lo iba diciendo; ya no puedes jactarte, en todo y por todo, de ser el doctorcito de marras que, durante el delirio de una fiebre perniciosa, cuando la fortuna principiaba a sonreírle, gemía: "Jóven, guapo, inteligente y bien acreditado ¿será posible. Dios mío, que yo me muera?"

ANGEL, sonriéndose: — Dios escuchó mi súplica, porque también soy bueno.

CARLOTA: — Muy bueno y gastas mal la vida que te prolongó, engañándonos a las que cometemos la locura de quererte. Tus aventuras galantes, que nadie ignora en una población pequeña como nuestro Palmar, han sido tantas que te estás envejeciendo prematuramente.

ANGEL: — Habladurías... Mis amoríos fueron siempre discretos.

CARLOTA: — Tus grandes pasiones son como llamaradas de paja. Rápidamente se extinguen. Eliges a tus víctimas, —si lo sabré yo ¡pobre de mí!—, en lo más granado del bello sexo porque, según decía uno de tus buenos amigos, perteneces a la escuela de aquel Conde de Villamediana que, rejoneando en la plaza de Madrid, mereció la airada exclamación de Felipe IV, cuyos ojos se clavaron en la reina: "Bien pica; pero, alto".

ANGEL: — No he de contradecirte si te empeñas en que sea el aprovechado discípulo de un don Juan de Tarsis... Felizmente, no me cupo la suerte desdichada del atrevido Conde.

CARLOTA: — Aun puede ocurrirte igual desgracia, si no te enmiendas.

ANGEL, sarcástico: — Has amanecido moralizadora, tú, la casquivana y despreocupada Carlota.

CARLOTA: — Vengan flores; luego, escúchame atentamente.

ANGEL: — ¿Cómo pretendes que me enmiende? ¿Metiéndome cartujo?

CARLOTA: — Casándote.

ANGEL: — ¡Casándome!... (Suelta una carcajada). ¡Feliz ocurrencia! Siempre fuiste muy salada. ¡Casarme! ¿Y eres tú la que me propone esa resolución regeneradora?

LAS TRES VICTORIAS

CARLOTA: — ¿Por qué no?

ANGEL: — ¡Y pretendes que me amas! ¡Y te quejas, pensando que me alejo de ti!

CARLOTA: — Porque te prefiero a los que me enamoran desecho verte casado. Te tengo lista la novia.

ANGEL: — No lo entiendo. ¿Qué novia me has buscado? Y ¿si esa mujer no me gusta?

CARLOTA: — Hasta hace poco estaba persuadida de que te llenaba el gusto.

ANGEL: — ¡Sin que tus celos se exasperaran! Dime pronto su nombre.

CARLOTA: — ¿No lo adivinas?... Se llama... Carlota.

ANGEL, irguiéndose y alzando los brazos al cielo: — ¡Tú!

CARLOTA: — Yo misma. ¿De qué te sorprendes? ¿No sabes mi cariño? ¿Dudas de mi abnegación? ¿Crees que te soy fiel? ¿Contesta?

ANGEL: — Lo aseveras... ¿No he de creerlo?... Pero, dime, mu-
jer. ¿Acaso no eres casada?

CARLOTA: — Divorciaría. Te quiero tanto. ¡Qué felices seríamos!

ANGEL: — Muchísimo con ese geniecito que te conozco. Decididamente, no me siento vocación para el matrimonio. Acepta, con mi agradecimiento, mis excusas.

CARLOTA: — Reflexiona. Seguirás envejeciendo y, cuando el hastío y la edad pongan raya a tus intrigas amorosas, te hallarás solo, sin una compañera a tu lado que sepa tus manías y cuide tus achaques.

ANGEL: — Tu esposo me es muy simpático. No quiero afligirle con la separación legal de su cara mitad. ¿Por qué divorciarías?

CARLOTA: — Me fastidio al lado de Cornelio.

ANGEL: — Porque es buena pasta. Siempre accede a tus antojos.

CARLOTA: — Estoy resuelta a separarme de él para no seguir aburriéndome. ¿Quieres o no casarte conmigo?

ANGEL: — Soy soltero inamovible.

CARLOTA: — Estaba dispuesta a darte la preferencia.

ANGEL: — Te agradezco infinitamente tan delicada atención.

CARLOTA: — Me desairas. No tendré ya escrúpulos. Quedamos desligados.

ANGEL: — Acataré tu sentencia.

VICTOR M. RENDON

CARLOTA: — Te participo desde ahora que, en cuanto divorcie, me casaré con... Tal vez no te interesa saber el nombre de mi futuro esposo.

ANGEL: — Prefiero que lo calles. Así me será indiferente ese desdichado. (Se ríe).

CARLOTA, irguiéndose: — ¡Impertinente!... Adiós... Ponte cosmético para que tus conquistas se enteren menos de tus patas de gallo.

(Seguida de Angel, va hacia la puerta).

ANGEL, tomándole la mano y besándosela: — Adiós, incomparable Carlota. No me guardes rencor. Seguiremos siendo buenos amigos.

CARLOTA: — En la sociedad, ya lo creo... Mi corazón te destesta.

(Sale por el foro. Angel la acompaña y vuelve en seguida con semblante alegre que revela, después, seria preocupación).

ESCENA III

ANGEL: — La frívola Carlota me ha impresionado bastante, habiéndome de canas, ojeras y patas de gallo. Escudriñaré mis facciones, pidiendo verdad al espejo, como esa loca me lo aconsejó... (Toma el espejo en el estuche y se mira detenidamente)... ¡Ay! Con brutal y cruel franqueza me dejas ver, maldito espejo, que el tiempo no pasa impunemente y que más hondas huellas imprime en quien lo malgasta en una vida de placeres, como yo lo hago... (Tira el espejo sobre la mesa)... Carlota tiene razón. Debo casarme, pero no con ella, ¡santo Dios! Bien dice el adagio: antes que te cases, mira lo que haces. Sonó la hora de buscarme una buena compañera cuya unión conmigo sea bendecida por el cura. A casarse tocan. Venga pues la novia sin que, por demasiado viejo dando asco, resulte la elección más difícil y tenga que contentarme con lo que los demás despreciaron, o me resuelva, lamiéndome solo, a morir soltero.

(Por el foro, Francisco y Felipe entran).

ESCENA IV

ANGEL, FRANCISCO Y FELIPE

FRANCISCO y FELIPE, a una: — Buenas tardes, Angelito.

ANGEL, estrechándoles la mano: — ¿Qué tal, Francisco? ¿Cómo estás, Felipe?

FRANCISCO: — Nos hemos cruzado en la escalera con tu amiga Carlota.

FELIPE: — Iba muy risueña y contestó nuestro saludo con su más amable sonrisa.

ANGEL: — Vuela a nuevos amores.

FELIPE: — ¿Cómo? ¿Hay ruptura entre vosotros?

ANGEL: — Definitiva.

FRANCISCO: — Me alegro. Esos amores de seis meses duraban demasiado para lo que tu corazón vehemente acostumbra.

FELIPE: — Estás de nuevo libre. ¡Viva la libertad! No comprendo que haya quien la enajene a los pies de una mujer por preciosa que sea.

ANGEL: — Gozaré pocos días de mi libertad.

FRANCISCO: — Desenredas el lío con una para atarlo con otra, incorregible Angelito.

ANGEL: — Sentaos para oír la inverosímil noticia estupenda.

(Francisco y Felipe se sientan de cada lado de Angel que permanece en pie).

FELIPE: — Me inquietas.

FRANCISCO: — Abrimos los oídos.

ANGEL: — Amigos, me caso.

FELIPE: — Estupendo, efectivamente.

FRANCISCO: — Inconcebible. ¡Casarte tú! ¿Quién es ella?

ANGEL, sonriendo: — Lo ignoro.

FRANCISCO: — ¡Vaya! Hablabas de guasa. ¡Casarte tú! Ya me decía yo que ese disparate era imposible.

FELIPE: — Nos tomas el pelo. ¡Casarte tú, solterón vitalicio!...

FRANCISCO: — Abandonar a tus compañeros de francachela y juerga hubiera sido una traición.

FELIPE: — Cabalmente, hemos venido a invitarte a cenar en el nuevo **cabaret** que abre sus puertas esta noche.

FRANCISCO: — Habrá bailarinas sugestivas.

ÁNGEL: — Os agradezco la invitación. Siento no aceptarla. Me corrijo. De veras estoy resuelto a casarme. Hastiado de amores pasajeros, seguiré el buen ejemplo de nuestros amigos que renunciaron a la vida libertina para ser padres de familia ejemplares. Debieras imitarlos igualmente.

(Se sienta entre los dos amigos).

FELIPE: — ¿Le oyes, Francisco? Nos han cambiado a nuestro Angelito.

FRANCISCO: — Y ese cambio, por más que lo niegue, sólo pudieron efectuarlo un par de grandes ojos negros, una boquita prometedora de infinitas dulzuras.

ÁNGEL, riéndose: — Os engañáis. No sé realmente quien será ella.

FRANCISCO: — La que tenga la dicha de ser tu elegida.

FELIPE: — O experimente la desdicha de tomarte en serio. No te veo trazas de un buen marido.

ÁNGEL: — Los peores calaveras resultan con frecuencia los mejores esposos, porque están cansados de correrla. De mí sé decir que experimento cierta irritación y no poco desaliento en mi soltería como aquél que, por demasiado tardo, perdió el tren en que, igual que sus ya formales compañeros de placeres, pudo ir en busca de nuevos y risueños horizontes.

FRANCISCO: — La peor desgracia para un calavera es volverse sentimental. ¡Qué pesado se pone!

FELIPE: — Sigamosle el tema. Angelito, te ayudaremos a elegir novia, pasando revista entre todas las "cándidas doncellas y frescas viuditas", que conocemos.

FRANCISCO: — Opino que, como en la chistosa "Proclama de un Solterón", debieras Angelito, pregonar: "Niñas, ojo avizor; hoy me remato. ¿Cuál es la que echa el cascabel al gato?"

(Los tres se ríen).

ÁNGEL: — Os advierto que la profunda experiencia de lo que las mujeres valen me confiere el derecho de ser exigente en la elección. Deseo que mi novia carezca de cada uno de los defectos apuntados por el agudo poeta don José de Vargas Ponce.

LAS TRES VICTORIAS

FRANCISCO: — Alguna habrá a la cual no pongas pero. Te propongo Rosita Béjar.

ANGEL: — No me agradan las narigonas, aunque sean de raza borbónica.

FELIPE: — ¿Qué dirías de Lolita Prado?

ANGEL: — Es demasiado beata. Se pasa las horas en el confesionario.

FRANCISCO: — Ya encontré: Julita Paz. Es una alhaja esa muchacha.

ANGEL: — Demasiado bonita. Temiera que me quitara el sueño... (Se ríen).

FELIPE: — Tienes razón:

A quien, de tu edad, se casa
con una mujer bonita,
hasta que no llega a vieja
el susto no se le quita.

(Sueltan carcajadas).

Te recomiendo a Gertrudis Cuadra.

ANGEL: — Es una necia. De nada se puede hablar con ella.

FRANCISCO: — Entonces, Mercedes Rico.

ANGEL: — Peca por exceso contrario. Habla mucho. Es sabihonda y pedante.

FRANCISCO: — Eres demasiado exigente. Tu colocación va resultando difícil.

FELIPE: — Y a Rosario Perdomo ¿qué le reprochas?

ANGEL: — Su mal genio.

FRANCISCO: — No negarás que Carmela Díaz ~~posee~~ muchos atractivos y todas las virtudes.

ANGEL: — ¡Qué lástima que no tenga dote ni esperanzas de heredar!

FRANCISCO: — ¡Cáspita! También pretendes que la novia sea acaudalada.

FELIPE: — ¡Cómo se ve que eres extranjero! Aquí, en Palmar, los que se casan no piensan en el dinero. El amor les basta y son felices.

ANGEL: — O no lo son... Opino que así como en una mercancía el comprador busca las tres bes: bueno, bonito y barato,

en la novia hay que anhelar tres des: donosura, docilidad y dinero.

(Se ríen).

FELIPE: — Es inútil que sigamos nuestra enumeración matrimonial. A ninguna muchacha hallarás a la altura de tus pretensiones. Me alegro. No te casarás.

ANGEL, dándose una palmada en la frente: — ¡Si seré torpe! ¿cómo olvidaba a Victoria? Esa es ¿qué duda cabe? la que me conviene. Victoria Paredes. ¿La conocéis, amigos?

FRANCISCO: — Acertaste. De buena cuna, encantadora, salada...

FELIPE: — Y, miel sobre hojuelas, con no despreciable caudal.

FRANCISCO, riéndose: — Pedir más fuera gollería.

ANGEL: — A ella voy. Esta misma noche, en la tertulia de su casa, principiaré a requebrarla.

FRANCISCO: — Muchos la pretenden.

ANGEL: — Mayor gloria la mía si obtengo esa Victoria.

FELIPE, irguiéndose: — No insistimos en que nos acompañes al cabaret. Te dejamos, acariciando tu dulce ilusión.

FRANCISCO, irguiéndose: — Me has contagiado. Llevo la obsesión del casorio.

(Se ríen. Francisco y Felipe salen por el foro. Angel los acompaña hasta la puerta y allí les estrecha la mano).

ANGEL: — Divertíos mucho esta noche, sin abusar del champaña.

(Vuelve al centro. La puerta lateral se abre y doña Antonia entra).

ESCENA V

ANGEL Y DOÑA ANTONIA

(Angel besa en la frente a doña Antonia y manifiesta mucha alegría).

ANGEL: — ¡Albricias, abuelita, albricias!

DOÑA ANTONIA: — ¿Qué te ocurre? ¿Salvaste de la muerte a alguno de tus enfermos?

ANGEL: — Me salvé a mí mismo, curándome radicalmente...

DOÑA ANTONIA, riéndose: — Te sabía calavera, pero no enfermo.

LAS TRES VICTORIAS

ANGEL: — Formal y serio me verá en adelante.

DOÑA ANTONIA: — Eso, más que una curación, sería un milagro.

ANGEL: — Lo realizará Victorita Paredes... Me caso, abuelita, me caso con ella.

DOÑA ANTONIA: — Lo celebro. Te felicito. Desconfiaba ya de que al fin te entrara el juicio. Sólo te reprocho que, siendo yo la única ascendiente que te queda, no me hayas confiado hasta ahora el secreto de tu corazón.

ANGEL: — Es hoy que me he resuelto a pedir su mano.

DOÑA ANTONIA: — Autorizado por Victoria, seguramente.

ANGEL: — Acabo de decidirme a declararle mi amor.

DOÑA ANTONIA: — Y ya das por seguro el matrimonio. Hijo mío, no estás en tus cabales.

ANGEL: — Con paso de vencedor, cual otro Córdoba, me presentaré esta noche en su casa a requiebrarla.

DOÑA ANTONIA, sentándose: — No presumas demasiado de triunfador. ¿La conoces bien?

ANGEL: — Hace poco, una tarde, ví a Victorita asomada al balcón de su casa. Tomaba el fresco, vestida de blanco. Parecía una novia. Realzaba su hermosura la rosa prendida en la opulenta mata de cabellos negros. Al llegar frente a ella, descubrí la frente y me incliné con exquisita cortesía... (Hace los ademanes del saludo)... Tras la reverencia me erguí y le dirigí la más acariciadora mirada y mi más dulce sonrisa. Algo sonrojada, contestóme el galante saludo muy amablemente. ¡Incontestable presagio del buen éxito de mi pretensión a su mano! Esa hija de distinguidos palmareños es una deliciosa flor tropical que exhala el puro aroma de la vigésima primavera. Unánimemente le alaban sus encantos y virtudes.

DOÑA ANTONIA, que le ha escuchado sonriente: — Algunos pretenden que un defecto afea sus méritos.

ANGEL: — ¿Cuál defecto, abuelita?

DOÑA ANTONIA: — La dicen coqueta.

ANGEL: — Mentira será.

DOÑA ANTONIA: — Engréida por las lisonjas de cuantos la galantean y gustosa de oír piropos, conoce el poder de su belleza. Se murmura que, tiránica y desdenosa, lo ejerce sobre sus adoradores. Ninguno de ellos puede hasta hoy vanagloriarse de que será el preferido.

ANGEL: — ¡Cuánto me alegro! No llegaré tarde. Arduo será tal vez el triunfo y así mas glorioso.

DOÑA ANTONIA: — A menos que hagas el ridículo, llegando a ella con la miel en los labios y la llama del corazón en los ojos para ser una nueva presa en las redes de su capricho.

ANGEL: — Pierda cuidado, abuelita. Seré el Angel de esa Victoria.

DOÑA ANTONIA: — ¿Vas a salir?

ANGEL: — Sí; después de haber recibido a un cliente que me anunció su visita.

DOÑA ANTONIA: — Vine a rogarte que no te hagas esperar para la comida.

ANGEL: — Seré puntual. He de acicalarme con más esmero para presentarme irresistible a los ojos de mi novia.

DOÑA ANTONIA, meneando la cabeza y riéndose: — Tu supuesta novia, presuntuoso Angelito; tu supuesta novia, querido hijo mío.

(Sale por la puerta lateral derecha. Angel toca el timbre y, por el foro, Mariano se presenta).

ESCENA VI

ANGEL Y, LUEGO, MARIANO

ANGEL: — Mi amigo Aparicio ¿todavía no llega? Son más de las cuatro.

MARIANO: — En este instante le hice entrar a la sala.

ANGEL: — Que pase en seguida.

MARIANO: — Muy bien, señor doctor.

(Sale y vuelve, quedándose en la puerta del foro que cerrará al irse, después de haber hecho entrar al visitante).

ESCENA VII

ANGEL Y APARICIO

ANGEL: — Querido Aparicio.

APARICIO: — Buenas tardes, doctorcito. ¿Estás bien? (Se estrechan las manos).

ANGEL: — Sin novedad. Miento; si la hay, pero no tocante a mi salud.

APARICIO: — ¿Se puede saber lo que hay de nuevo?

ANGEL: — Oportunamente te lo comunicaré. Siéntate... ¿Cómo has seguido?

(Ambos se sientan).

APARICIO: — Me late siempre recio el corazón.

ANGEL: — Como si estuviera enamorado.

APARICIO: — Desgraciadamente, con cuarenta años sonados, ¿quién piensa en estar enamorado?

ANGEL: — ¿Por qué no? ¡Cuarenta años, la flor de la vida! ¿Acaso hay edad para el amor?

APARICIO: — Hombre, sí. La más propicia es la juventud. Aunque tuviera diez años menos, soy un triste enfermo.

ANGEL: — Estás triste porque eres soltero. Cásate.

APARICIO: — ¡Casarme! ¿Qué me dices, admirable galeno?

ANGEL: — El matrimonio lo rejuvenece a uno y lo alegra. Todos los médicos debiéramos recetar el casamiento a los clientes solteros.

APARICIO: — Me aconsejas que me case y olvidas que padezco una afección cardíaca. Tú mismo me la diagnosticaste, previniéndome que debo evitar las emociones.

ANGEL: — ¿Yo te dije eso? A ver, te oiré de nuevo el corazón. (Aparicio se yergue y Angel le aplica el oído sobre ese órgano)... Exageré sin duda para que pusieras más cuidado en cumplir mis prescripciones. No hay lesión orgánica. Tienes un poco de taquicarditis.

APARICIO: — ¿Qué es eso?

VICTOR M. RENDON

ANGEL: — Nada. Eres un neurótico y tu corazón late de prisa como ansiando el casto y puro amor de una compañera legítima. Latirá aún más recio si no satisfaces su justo anhelo. Cásalo, digo, cástate.

APARICIO: — ¡Si lo hubiera sospechado! (Se sienta).

ANGEL, sentándose: — Aun es tiempo. ¿Dime, pudieras conseguir una Victoria entre tus amigas?

APARICIO, atónito: — ¿Una Victoria?... ¡Qué raro!... Tal vez la obtendría.

ANGEL: — Requetebién... (Va a su escritorio, se sienta y escribe. Volviendo hacia Aparicio, le entrega el papel)... Toma. He aquí mi receta.

APARICIO, leyendo: — Requebra a la niña de tus ojos; pásale la calle; concurre a la tertulia de sus padres cada noche y, conseguido el sí de la novia, hazte leer por el párroco, en unión de ella, la epístola de San Pablo... ¡Qué curiosa prescripción!

ANGEL: — Excelente, infalible para calmar los latidos de tu corazón nervioso.

APARICIO: — Voy a seguir tus consejos al pie de la letra. Soy buen amigo de los Paredes. Esta noche mismo me declaro a su hija Victorita.

ANGEL: — ¿Victorita, dices? ¿Qué Victorita es esa?

APARICIO: — Te lo estoy diciendo, Victorita Paredes.

ANGEL: — Te prohíbo que la veas.

APARICIO: — ¿Cómo? ¿Por qué?

ANGEL: — El temperamento de esa divina muchacha no cuadra a tu estado nervioso.

APARICIO: — Acabas de aconsejarme que consiga una Victoria y esa es la más simpática que conozco.

ANGEL: — ¡Qué manera de comprender! Te pregunté si podrías lograr una victoria entre tus amigas.

APARICIO: — Eso es.

ANGEL: — No, señor; no es eso. Muy claro te decía que lograras una victoria conquistando el corazón de una de tus amigas, así se llame Petronila o Gumerinda.

LAS TRES VICTORIAS

APARICIO: — Lo mismo da. Entre las muchachas a quienes conozco ninguna como esa Victoria para rejuvenecerme y alegrarme, siguiendo tu prescripción sabia, infalible.

ANGEL: — No resultaría eficaz si requebraras a esa muchacha. Perderás lastimosamente el tiempo.

APARICIO: — ¿Cómo lo sabes?

ANGEL: — ¡Vaya si lo sabré! Porque me caso con ella.

APARICIO: — ¡Tú!... Lo siento; pero te felicito... Y sus padres, viejos amigos míos, nada me han dicho.

ANGEL: — Es un secreto... Guárdalo... La amistad y el deber profesional me obligaron a revelártelo.

APARICIO: — Ahora comprendo cual es la novedad de que me hablabas.

ANGEL: — El amor, Aparicio, el amor que me hace desbarrar. Perdóname. No debes casarte. Tu afección cardiaca se agravaría.

APARICIO: — ¿En qué quedamos? ¿Estoy enfermo o no lo estoy? Esta receta...

(Angel le toma el papel y lo hace pedazos).

ANGEL: — Fué una equivocación... No te conviene... Vuelve mañana a consultarme.

(Lo empuja suavemente hacia la puerta del foro).

APARICIO: — Cualquier día volveré... El amor te ha trastornado.

ANGEL, radiante: — El amor me ha transformado.

(Aparicio sale).

TELON

ACTO SEGUNDO

VICTORIA PAREDES

Una sala bien amueblada, en la casa de don Guillermo Paredes. A la derecha, cerca del público, una mesita de juego con naipes y accesorios para jugar al tresillo. Un biombo la disimula un poco a la vista de los visitantes. A la izquierda, un canapé, en segundo plan. Al lado de éste, un sillón. Puertas al foro y laterales. Entre la puerta del foro y la puerta lateral derecha, una ventana con vista a la calle.

ESCENA PRIMERA

DON GUILLERMO, VICTORITA, Y, LUEGO DOÑA CONSTANCIA

(Don Guillermo, sentado en el sillón, lee un periódico. Victorita, asomada a la ventana, sonríe a una persona invisible y la saluda, agitando la mano. Doña Constancia, poco después de alzado el telón, se presenta por la puerta izquierda).

DOÑA CONSTANCIA: — Victorita, ¿dónde estás?... En la ventana, ya me lo suponía... ¿Qué miras? Digo, ¿a quién miras?

VICTORITA, yendo al centro: — Miraba el cielo. En estas noches de Mayo, los luceros brillan con fulgor intenso.

DOÑA CONSTANCIA, yendo a la ventana: — A mí no me vendas con el cielo y los luceros... (Mira la calle). Allí estaba plantado en la esquina, tu lucero, ese Pepe Ronquera que tiene la audacia de pasearte la calle. Me ha visto y se aleja.

VICTORITA, riéndose: — Pobrecito. Lo has asustado, mamá.

DOÑA CONSTANCIA, volviendo al centro: — Y a mí me asustas tú que consientes los guiños y muecas de ese mozalbete sin fortuna y, lo que es peor, sin abolengo.

VICTORIA, risueña: — Ser pobre, no es un crimen. Trabajaré y podrá ser rico. Carecer de noble alcurnia ¿acaso es culpa suya? No negarás que es muy buen mozo, bien educado y formal.

DOÑA CONSTANCIA: — Eso no basta para pretender tu mano... ¿No es cierto Guillermo? Estás embebido en la indigesta lec-

LAS TRES VICTORIAS

tura de ese papelón, sin apoyarme cuando incrimino a tu hija su conducta ligerísima.

DON GUILLERMO, sin dejar de leer: — Muy mal hace Victorita y tú muy bien se lo dices. No intervengo porque, para regañarla, contigo basta.

VICTORITA, riéndose: — Y porque, papacito, eres menos exigente respecto a linaje que mamita. (Don Guillermo se sonríe y esconde la cara detrás del diario).

DOÑA CONSTANCIA: — Cada uno en su puesto y la gente distinguida no sufrirá mesalianzas. La alta sociedad no seguirá así, encanallándose. Nuestra nobleza está patente en rancios pergaminos y no hemos de soportar que te democracies. ¿Verdad, Guillermo?

DON GUILLERMO, leyendo siempre: — Ya lo creo, Constanacia. ¿Cómo se ha de soportar?

DOÑA CONSTANCIA, a Victorita: — Tienes la dicha, hija mía, de apellidarte Paredes y Calzadas. Desde tiempos inmemoriales, Paredes y Calzadas figuraron en la paz y en la guerra. Y, ¿consintieras en rebajarte a ser una vulgar Ronquera? ¡Qué vergüenza!

VICTORIA, maliciosamente: — ¿Prefieres que, casada, me apelliden Paredes de Piedra?

DOÑA CONSTANCIA: — No cabe duda. El doctor Angel Piedra que, desde hace un mes, solicita tu cariño y no falta ni una noche a nuestra tertulia, es un excelente partido. Goza de fama en su profesión; posee fortuna suficiente; no es mal parecido; descende de abuelos distinguidísimos.

VICTORITA, irónica: — Eso dice él. Debe de haber habido Piedras desde que el mundo existe.

DOÑA CONSTANCIA: — No seas tonta.

DON GUILLERMO, socarronamente: — Uno de esos hidalgos habrá sido quien, al volverse prelado frailuno, dió en España su nombre al famoso Monasterio de Piedra. Otro de ellos, tal vez, entre los Conquistadores, fundó en tierra colombiana, a la sombra de bellas palmeras, la ciudad de Piedras.

DOÑA CONSTANCIA: — ¿Hablas de chungu?

DON GUILLERMO, detrás del periódico: — No me lo permitiera, Constanacia.

DOÑA CONSTANCIA: — El doctorcito, como todos llaman cariñosamente a don Angel, porque aun es joven...

VICTORITA: — ¡Ay, mamita! Ese aún, ¡qué mal suena! Cuando se dice de alguien que aún es joven, su juventud está rayana de la edad madura. El doctorcito tiene los cuarenta bien sonados y yo cuento apenas diez y ocho. Es mucha la distancia. ¡Veintidós años!

DOÑA CONSTANCIA: — Casi igual la había entre tu padre y yo cuando nos casamos y hemos sido felices. ¿Verdad, Guillermo?

DON GUILLERMO, sin moverse: — Mucho.

DOÑA CONSTANCIA, a Victorita: — Presiento que esta noche el doctor Piedra te implorará que le des el sí definitivo. Medita bien lo que vas a contestarle. Bastante has coqueteado ya con él, como con otros. Sabes que ese enlace es el que nos agrada. ¿Verdad, Guillermo?

DON GUILLERMO: — Agradándote a ti, ¡cómo no ha de agradarme!

DOÑA CONSTANCIA, a Victorita: — Sé juiciosa. Cásate con don Angel.

VICTORITA, risueña: — Oído el sermón, corro a alistarme para la tertulia. Son las nueve.

(Sale por la izquierda).

ESCENA II

DOÑA CONSTANCIA Y DON GUILLERMO

DOÑA CONSTANCIA: — Esa muchacha me va a dar un disgusto. (Se acerca a don Guillermo): ¿Qué trae de tan interesante tu diario que no despegas los ojos de él ni para atender a lo que se te dice?

(Se sienta).

DON GUILLERMO: — Lo de siempre: desaciertos políticos, robos, conato de incendio, fuga de enamorados.

DOÑA CONSTANCIA: — Vicios y escándalos irán en aumento a medida que los sentimientos religiosos disminuyen. ¡Qué tiempos! ¡Qué costumbres!

LAS TRES VICTORIAS

DON GUILLERMO, socarrón: — Toda la vida se ha dicho lo mismo. Mucho antes que tú, Cicerón se lo dijo a los romanos en su lengua: ¡O *témpera*! ¡O *mores*! Lo que prueba que la humanidad será siempre perversa.

DOÑA CONSTANCIA: — ¡María Santísima! No hables así. Con la doctrina de Jesucristo los hombres se enmendaron mucho.

DON GUILLERMO: — Olvidan cada día más y más sus divinos preceptos. La actual guerra universal comprueba que los pueblos, en vez de amarse unos y otros, se odian ferozmente y se hacen cuanto daño pueden. Siempre será igual.

DOÑA CONSTANCIA: — ¡Qué tristeza!

DON GUILLERMO: — ¿Vendrán esta noche todos nuestros contertulios?

DOÑA CONSTANCIA: — Probablemente. Los tresillistas, don Ambrosio, don Sebastián y don Cayetano, esos no faltarán.

DON GUILLERMO: — Los más puntuales son el Capitán del puerto y el Presidente del Tribunal de Cuentas. En cuanto a Cayetano, sigue muy resfriado, con **grippe**, como hoy se dice.

DOÑA CONSTANCIA: — Don Cornelio os hará el cuarto, si lo trae su esposa, esa Carlota que nunca falta, lo que poco me agrada. Sangre azul corre en sus venas y por eso le pongo buena cara, aunque mucho se murmura de ella.

DON GUILLERMO: — El bonachón Don Cornelio, como llaman a ese excelente varón, es muy chambón y no agrada tenerle de compañero en el noble juego del tresillo, derrotado hoy por el **bridge** que vale mucho menos.

DOÑA CONSTANCIA: — Vendrán también, huelga decirlo, dos de los enamorados de Victorita, el doctorcito y Fabián. ¡Qué buen éxito logró Fabián hace dos noches en el teatro Cervantes, al estrenar su comedia "Los Zoilos"!

DON GUILLERMO: — Los aludidos se han vengado como garroteros, dándole una tremenda zurra en desvergonzados diarios.

DOÑA CONSTANCIA: — Fabián les agradece los improperios. Son el mejor acicate para la vulgarización de sus obras.

DON GUILLERMO: — ¡Nadie más vendrá?

DOÑA CONSTANCIA, irguiéndose: — Creo que no.

DON GUILLERMO, irguiéndose: — Me alegro. Así estaremos más tranquilos los tresillistas. (Por el foro don Ambrosio y don Sebastián entran).

ESCENA III

DOÑA CONSTANCIA, DON GUILLERMO, DON AMBROSIO,
Y DON SEBASTIAN

DON AMBROSIO: — Buenas noches, queridos amigos.

DON SEBASTIAN: — Somos siempre los primeros.

(Ambos dan la mano a doña Constancia y a don Guillermo).

DOÑA CONSTANCIA: — Sois siempre bien venidos. Os aguar-
dábamos.

DON GUILLERMO: — Y podemos darnos al vicio en seguida, si
lo deseáis.

DON SEBASTIAN: — ¿Sin esperar a don Cayetano?

DON GUILLERMO: — Está achacoso. No vendrá.

DON AMBROSIO: — Decídase, doña Constancia, a hacernos el
cuarto.

DOÑA CONSTANCIA: — No me gustan, don Ambrosio, los jue-
gos con responsabilidad de compañero. Prefiero los solitarios.

DON SEBASTIAN: — Vejez aburrida tendrá si no juega siquiera
a la brisca o al banco ruso con su esposo.

DOÑA CONSTANCIA, riéndose: — Cuando tenga nietos me verá,
mi querido don Sebastián, distraerme, jugando con ellos a
cargalaburra.

(Se ríen).

DON AMBROSIO: — Y la preciosa Victorita, ¿Cómo está? ¿Salién-
dole siempre nuevos enamorados por donde se deja ver?

DON GUILLERMO: — No sea exajerado, señor Capitán del
puerto.

(Don Ambrosio se ríe).

DOÑA CONSTANCIA: — No podemos negar que cae en gracia
a los jóvenes.

DON AMBROSIO: — Tiene gancho.

DON SEBASTIAN, rectificando: — Tiene mucho ángel.

DOÑA CONSTANCIA, ufana: — En los bailes del Club de la
Concordia, jamás come pavo.

DON SEBASTIAN, con buen humor: — Si yo contara unos aña-
tos menos, se la disputaría a cualquiera.

LAS TRES VICTORIAS

DON AMBROSIO: — ¡Unos añitos menos! ¡Vaya un modo de rejuvenecerse el viejo solterón! Diga medio siglo menos.

(Se ríen).

DON SEBASTIAN, festivamente: — ¡No tanto, caramba, no tanto! (Vuelven a reírse).

DOÑA CONSTANCIA: — Si empiezan ya a regañar, ¿qué dejan para el tresillo? Cada vez disputan.

DON AMBROSIO: — ¿De veras? Apuesto que hoy no.

DON GUILLERMO: — No apueste. Conténtese con perder unas puestas al rocambo.

DON AMBROSIO: — Soy yo quien va a darle codillo si se le antoja echar soles de oro como la otra noche. Tres viudas se llevó. ¿Qué le parece, doña Constanacia?

DOÑA CONSTANCIA: — Muy mal esa afición a las viudas... (Se ríen)... El dueño de casa no debe ganar.

DON SEBASTIAN: — Muy bien dicho.

DON GUILLERMO, a doña Constanacia: — Si te escuchara, me dejarían sin camisa. (Se ríen).

DON SEBASTIAN: — Como esta noche no podré jugar más de una hora, manos a la obra. Me preparo a declarar bola.

DON AMBROSIO: — Ya la está echando el señor Presidente del Tribunal de Cuentas...

(Se ríen. Van a la mesita de juego y sacan los palos para sortear los asientos. Victorita entra por la izquierda).

ESCENA IV

LOS MISMOS Y VICTORIA

VICTORITA: — ¿Cómo están los muy queridos amigos de papacito?

DON SEBASTIAN, asiéndole la mano: — ¡Hola, Victorita! Siempre como un pimpollo lindo.

DON AMBROSIO, retirando de la mano de don Sebastián la de Victorita que le estrecha sin soltarla: — Húyete. Acaba de decirnos que le pones chocho. Está tan enamorado de tí o más que el doctorcito.

(Se ríen).

VICTOR M. RENDON

VICTORITA, safando la mano: — De usted, por embromón, es de quien voy a huir.

DON SEBASTIAN, soltando una carcajada: — ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Bien hecho. Me vengaste, Victorita, de ese indiscreto.

(Vuelven a reírse).

DOÑA CONSTANCIA: — Si no empiezan a jugar, van a llegar las visitas y les retrasarán los sabrosos lances.

DON GUILLERMO: — Constancia tiene razón. Al naipe, al naipe.

VICTORITA: — Permitanme que les sortee los puestos.

DON AMBROSIO: — No favorezca al papá, involuntariamente, digo.

(Victorita distribuye las barajas).

VICTORITA: — El palo de favor, ¿cuál es? ¿oro o espada?

DON GUILLERMO: — Oros.

VICTORITA, volviendo las barajas: — Corresponde el oro a don Sebastián.

DON SEBASTIAN: — Bendita seas. Me vas a traer la suerte.

DON AMBROSIO: — Protesto. Los primeros serán los últimos.

VICTORITA: — En el reino de los cielos; pero, en el tresillo, los últimos son los chambones.

DON AMBROSIO: — Como don Cornelio... (Suena el timbre de la puerta en entrada)... Con tal que no sea él.

DON SEBASTIAN: — Sentémonos pronto.

(Se sientan y empiezan a jugar. Por el foro, don Angel entra).

ESCENA V

LOS MISMOS Y DON ANGEL

DON ANGEL, risueño: — Doña Constancia, Victorita... (Les besa las manos)... Saludo a ustedes, señores. No interrumpen el juego.

DON AMBROSIO: — ¿Si quisiera, doctorcito, hacernos el cuarto?

DON SEBASTIAN: — Ni le conteste. Muy bien sabe que usted se negará.

DOÑA CONSTANCIA: — Una cortesía nunca está por demás.

DON ANGEL: — Ignoro el tresillo.

LAS TRES VICTORIAS

DON AMBROSIO: — Prefiere el naipe francés que hace jugar con corazones.

VICTORITA, amenazándole con el dedo: — ¡Don Ambrosio! ¡Don Ambrosio!

DON ANGEL: — En mi profesión no sobra tiempo para los naipes... Estoy impidiendo que juegen. Conversaré con las damas.

DOÑA CONSTANCIA: — Dispénsame. Vuelvo en seguida.

(Sale por la derecha. Victorita y don Angel se sientan en el canapé, del lado opuesto a los tresillistas que siguen jugando).

ESCENA VI

LOS MISMOS, MENOS DOÑA CONSTANCIA

DON ANGEL: — No he querido dejar de venir a verla, Victorita, entre dos visitas a un enfermo que algo me preocupa.

VICTORITA, coqueteando: — Es usted muy amable.

DON ANGEL: — Estoy siempre impaciente, esperando el momento delicioso de mirarla y hablarle.

VICTORITA: — Y se va a marchar en seguida.

DON ANGEL: — Para volver pronto a terminar la velada al lado de usted.

VICTORITA: — Lo que tiene el enfermo ¿no será contagioso?

DON ANGEL: — Un cólico nefrítico que necesitará tal vez una nueva inyección de morfina. No tenga aprensión.

VICTORITA: — Perdóneme la tontería.

DON ANGEL: — En sus labios, ninguna palabra me lo parecería... Hace un mes que sus padres me autorizaron a concurrir a esta tertulia, conociendo el tierno y profundo sentimiento que me atraía.

VICTORITA: — Y que sinceramente le agradezco.

DON ANGEL: — No es agradecimiento lo que mi corazón anhe-la. ¿Cuándo se decide a decirme si soy correspondido? Mi felicidad depende de usted. Me desviviré por hacerla dichosa. ¿Me autoriza por fin a pedir la mano de usted a sus padres?

VICTOR M. RENDON

DON AMBROSIO, en el juego: — Entrada...

VICTORITA: — Me honra el cariño de un varón como usted, pero el matrimonio es cosa muy seria y la idea de contraerlo me causa, no sé como decirlo, azoramiento, tal vez porque soy muy joven. Aquí, donde los noviazgos duran años y años, lo que permite conocerse bien, un mes de relaciones poco es para dar el sí definitivo.

DON SEBASTIAN, en el juego: — Voltereta.

DON ANGEL: — Me impone así mayor espera.

VICTORITA: — Deseo oír latir más recio mi corazón. Tenga paciencia.

DON SEBASTIAN, en el juego: — Salió malilla.

DON AMBROSIO: — Quien roba malilla, todo lo pilla.

DON ANGEL: — Obedecer es amar, dijo el poeta. Me resigno a esperar, suplicándole que abrevie la duración de mi tormento.

VICTORITA: — Se granjea así aún más mi simpatía.

DON SEBASTIAN, en el juego: — ¡Buena jugada, caramba!

DON ANGEL: — Fabián vendrá también a hablarle de su amor. ¡Le dirá usted igualmente que espere o le cerrará resueltamente el camino de su corazón?

VICTORITA, maliciosamente: — Fabián no puede hacer sombra a usted.

DON ANGEL: — Gracias; mil gracias.

DON AMBROSIO, en el juego: — ¡Qué lance tan divertido!

DON GUILLERMO, en el juego: — Codillo y moquillo.

DON SEBASTIAN, en el juego: — Porque don Ambrosio, caramba, metió triunfo cuando no debía hacerlo.

DON AMBROSIO, en el juego: — No se sulfure, don Sebastián, que yo no me quejo cuando usted mete la pata.

DON GUILLERMO, en el juego: — Sosiago, amigos, sosiago. Pongan al plato.

DON ANGEL, irguiéndose: — Apruebo del acaloramiento de los jugadores para irme a la francesa. Hasta luego, Victorita... (Le estrecha la mano)... Le dejo mi corazón.

VICTORITA, maliciosamente: — Se lo devolveré a su regreso. (Don Angel sale por el foro).

DON AMBROSIO, en el juego: — Voy de vuelta.

LAS TRES VICTORIAS

ESCENA VII

LOS MISMOS, MENOS, DON ANGEL.

DOÑA CONSTANCIA

DOÑA CONSTANCIA, entrando por la derecha: — ¿Cómo, don Angel se marchó?

VICTORITA: — Fué a ver a un enfermo. Volverá en seguida.

DOÑA CONSTANCIA: — ¿Exigió tu resolución?

VICTORITA: — ¡Exigir! No se lo hubiera consentido.

DOÑA CONSTANCIA: — Bueno ¿Te suplicó que le autorizaras a pedir tu mano?

VICTORITA: — Sí.

DOÑA CONSTANCIA: — ¿Qué le contestaste? ¡Habla, mujer!

VICTORITA: — Que aguarde un poco más.

DOÑA CONSTANCIA: — ¡Cómo le zarandeas el corazón! Y, ¿consintió?

VICTORIA: — ¿Qué otro camino? No será él quien me plante.

DOÑA CONSTANCIA: — Me desagrada mucho tu coqueteo. ¡Ah! Ese Pepe Ronquera, no se qué le haría.

DON AMBROSIO, en el juego: — Matadores.

VICTORITA: Hazlo tu yerno.

DOÑA CONSTANCIA: — Eso nunca.

VICTORITA: — Siquiera es un compatriota, de familia modesta pero honorable. Tu don Angel vino de no sé donde. Yo no soy de las que prefieren un marido extranjero a uno paisano. No abrigo ilusiones de viajar.

DOÑA CONSTANCIA: — Ni tienes asco de enlodarte.

VICTORITA: — Calla, por Dios, mamita. Lo que deseo es que al casarme con uno que me quiera sea también con uno a quien yo quiera.

DON AMBROSIO: — ¿Duerme la espada? Penetro.

(Por el foro, Fabián entra). »

ESCENA VIII

LOS MISMOS, Y FABIAN

DOÑA CONSTANCIA: — Creímos, Fabián, que ya no venía esta noche.

FABIAN: — Solamente, hallándome gravísimo o muerto hubiera dejado de concurrir. Saludo a todos...

(Besa la mano a doña Constancia y a Victorita).

DON GUILLERMO: — Buenas noches, Fabián.

(Don Ambrosio y don Sebastián lo saludan con la mano, amistosamente).

FABIAN, con alegre aspaviento: — ¿Qué ocurre? ¿Me ha dejado el campo libre mi rival? ¿Cómo es que no se halla aquí el doctorcito?

VICTORITA, riéndose: — Ya estuvo.

FABIAN: — ¡Y se fué, sabiendo que yo había de venir!

VICTORITA: — Lo que revela que no halla peligrosa la competencia.

FABIAN: — ¡Jactancioso!

DOÑA CONSTANCIA: — Don Angel volverá luego.

FABIAN: — A vigilarme. Eso es lo prudente...

(Se ríen).

VICTORITA, con monería: — Me parece que el jactancioso es usted.

FABIAN: — ¿Por qué? Creo firmemente que usted acabará por preferirme, autorizándome a traerle el anillo de compromiso. ¿Cuándo quiere que sea? Mañana mismo.

VICTORITA, riéndose: — Y ¿qué le hace suponer que acabare por consentir en ser su esposa?

FABIAN: — ¡Cómo no ha de consentir, sabiendo cuánto la quiero! Además, mis condiciones físicas son agradables, mis condiciones morales son ejemplares, mis condiciones económicas no son despreciables. Soy un novio muy aceptable...

DOÑA CONSTANCIA: — Nadie se alaba mejor que uno mismo.

FABIAN: — ¡Qué duda cabe!

VICTORITA: — Yo que conozco mis defectos temo no procurarle la dicha que se merece.

LAS TRES VICTORIAS

FABIAN: — ¿Conoce sus defectos? Esa calidad no es la menos admirable entre todas las suyas. Encierra franqueza y modestia. Dos cosas hay difícilísimas: conocerse a sí mismo y reconocer un error. Pero, ¡qué va a tener defectos! Si los tiene, me comprometo a reírseles.

VICTORITA: — No se puede ser más galante.

FABIAN: — Ni más sincero. Conmuévase. Apíadese de mi corazón...

(Se ríen).

VICTORITA: — El matrimonio todavía no me llama.

FABIAN: — Cuando la llame, lo más pronto posible, que sea pronunciando mi nombre...

(Se ríen).

DOÑA CONSTANCIA: — Victorita está principiando a vivir en sociedad.

VICTORITA: — Quiero gozar algo más de mi libertad de muchacha soltera.

FABIAN: — ¡Para las diversiones que este monótono Palmar brinda!

VICTORITA: — Las reuniones del Club de la Concordia son muy brillantes y las del Cosmopolita muy alegres, según dicen. A éstas, mamá no quiere llevarme.

DOÑA CONSTANCIA: — A ese centro concurren muy pocas damas de nuestro rango social.

FABIAN: — No sé por qué. Es un club distinguido, en nada cursi.

VICTORITA: — Me he propuesto, además, antes de casarme ceñir corona.

FABIAN: — Ya sé cuál. Los estudiantes pretenden hacerla reina en carnaval.

VICTORITA, riéndose: — ¡Qué ocurrencia! No acertó. Pretendo ceñirme una corona de laureles, jugando al **tennis**, como Susana.

FABIAN: — ¿Qué Susana es esa?

VICTORITA: — Por Dios, Fabián. ¡Qué poco deportivo es usted!

FABIAN: — Mil perdones. Ya caigo. La francesa Susana Lenglé.

VICTORITA: — Anhelo oír como ella aplausos y ovaciones, siendo campeona, si puedo expresarme así, en los patios nacionales de **tennis**.

FABIAN: — Bastará que se lo proponga para triunfar. Cantaré su triunfo.

DOÑA CONSTANCIA: — Lo ve. Tiene que aguardar hasta que la novia ciña a su frente laureles antes que flores de azahar.

FABIAN: — Bueno. Aguardaré. Conste que es porque no me queda otro recurso.

(Se ríen).

VICTORIA, coqueteando: — Paciencia y tiempo logran más que despecho y desconsuelo.

DON SEBASTIAN, en el juego: — Otra puesta.

DON AMBROSIO: — Van dos caídas.

DON GUILLERMO, desde el juego: — Le felicitamos, Fabián, por lo muy aplaudida que fué su comedia.

FABIAN: — Estoy muy agradecido al público que conmigo es siempre bondadoso. No ha faltado un colega que me diga: "A usted todo se lo aplauden". Resollaba por la herida. A él no le aplauden nada, porque ninguna compañía quiere representarle sus piezas...

DON AMBROSIO, desde el juego: — Si el público aplaude a usted, algunos críticos se vengan duramente de lo que dice a los zoilos.

FABIAN: — Y a mucha honra. No han podido tragar aquello de que, en nuestra tierra, es un caso curioso que cualquiera, sin conocimientos ni estudio, se yergue en censor del ingenio ajeno, y, por envidia, malevolencia o torpeza, se improvisa zoilo, como si no fuera un arte más difícil el de censurar con tino y justicia que correr cédulas bancarias y frutos nacionales, beber whisky o inyectarse morfina.

DON SEBASTIAN, desde el juego: — ¡Qué cierto es eso, caramba!

DOÑA CONSTANCIA: — ¡Nos dará pronto alguna otra comedia?

FABIAN: — La que intitulo "Flor de la Alhambra". Es un idilio trágico. Tal vez lo suban a la escena para una fiesta de caridad, si hallo una señorita que interprete el papel de la protagonista sin que sus padres me pidan, como ya me ha ocurrido, que haga terminar el drama en baile...

(Se ríen).

(Carlota entra por el foro. Doña Constancia y Victorita van a recibirla. Fabián se ha erguido. Los jugadores se erguirán a su vez y le darán la mano cuando se acerque a ellos. Carlota y doña Constancia se palmean la espalda. Carlota besa a Victorita).

ESCENA IX

LOS MISMOS Y CARLOTA

DOÑA CONSTANCIA: — ¿Sola, Carlota? ¿Qué ha hecho del esposo?

CARLOTA: — Cornelio está imposible. Cuando se mete en la hamaca después de comer se amodorra y no hay quien lo saque.

VICTORITA: — Te agradecemos mucho más así que hayas venido a vernos.

CARLOTA: — Soy vuestra contertuliana inevitable.

VICTORITA: — Y gratisima.

CARLOTA: — ¿Qué tal, Fabián? Más enamorado que nunca.

FABIAN: — Compadézcame. Soy un pretendiente que hasta ahora sólo recibe calabazas...

CARLOTA: — Haga merecimientos... (A los tresillistas):... Buena suerte a todos, muy señores míos... (Los jugadores se levantan). No se muevan... (Se acerca a ellos que le dan la mano).

DON GUILERMO: — Siento que su esposo no la haya acompañado. Nos hubiera hecho el cuarto al tresillo.

DON AMBROSIO: — Si yo fuera don Cornelio no me quedara tranquilo en casa cuando usted saliera de noche.

CARLOTA: — ¿Por qué?

DON AMBROSIO: — Hay tantos que no pierden la ocasión de robarse una joya.

DON SEBASTIAN: — Y ¡qué joya, caramba! Espléndida.

CARLOTA, riéndose: — No me echarían mano así no más... Si gan jugando.

(Se aleja y los tresillistas, riéndose, se sientan).

DOÑA CONSTANCIA: — Tome asiento Carlota.

VICTORITA: — Aquí, a mi lado... (Carlota y Victorita se sientan en el canapé).

CARLOTA: — ¿Te llegaron ya los vestidos que pediste a Europa?

VICTOR M. RENDON

VICTORITA: — Esta mañana los sacamos de la aduana. Luego te llevaré a verlos. Son preciosos.

FABIAN: — Vienen de París, ¿verdad?

DOÑA CONSTANCIA: — Para pedirlos fuera, ¿qué otro lugar sino París? Allí es donde el buen gusto reina, aun cuando, a veces, como actualmente, exageran la moda.

CARLOTA, a Victorita: — ¿Quién te los manda?

VICTORITA: — Una paisana que recibe encargos y los comunica a una modista de fama, consiguiendo que ésta le haga a ella sus vestidos con buena rebaja.

FABIAN: — Lícito beneficio de un buen servicio.

CARLOTA: — Con tal que lo que la modista rebaja a la encargada no lo sume a la cuenta de las que mandáis encargos.

DOÑA CONSTANCIA: — Tiene esa paisana tan buen gusto y exquisito esmero al cumplirlos que el recargo, si lo hubiera, no nos pesara.

FABIAN: — Ganancia para todos.

DOÑA CONSTANCIA, irguiéndose: — Ayúdeme Fabián, a agasajar a los amigos. Acompáñeme al comedor. Veremos si las muchachas tienen todo listo para el chocolate.

FABIAN, que se ha erguido: — Con mucho gusto. Me encanta que me trate cariñosamente, como si ya fuera su hijo...

(Todos se ríen. Salen por la derecha).

ESCENA X

LOS MISMOS, MENOS DOÑA CONSTANCIA Y FABIAN

CARLOTA: — El pobre Fabián no sospecha que son definitivas sus calabazas.

VICTORITA: — Tiene alegre humor y buen corazón. Me lo perdonará. Pero, ¿por qué dices eso?

CARLOTA: — En todo Palmar se habla de tu compromiso con el doctor Angel Piedra.

VICTORITA: — No te lo he participado. Me sorprende que des crédito a esa novedad.

LAS TRES VICTORIAS

DON AMBROSIO, en el jugo: — ¡Bola; fué bola!

DON SEBASTIAN, en el juego: — Y de oro, ¡caramba!

CARLOTA: — El doctorcito visita mucho esta casa. Todos sabemos que está muy enamorado de ti. No comprendo por qué te empeñas en ocultarme tu próximo matrimonio con él. ¿Acaso no soy tu buena amiga?

VICTORITA, con retintín: — Como también lo eres del doctorcito. ¿Será él quien, no sé con qué miras, te ha soltado ese embuste?

CARLOTA: — Desengáñate. Nunca he hablado de ti con él. No soy de las que cantan la copla porque la soplan. Creí poder felicitarte de un suceso muy natural. Si te he disgustado, perdóname.

VICTORITA: — Lo que me enoja no es tu curiosidad sino la facilidad con que entre nosotros se da por cierta una noticia completamente falsa, comentándola y propagándola como para lograr que la mentira resulte verdad.

DON SEBASTIAN, en el juego: — ¡Qué paliza me han dado!

CARLOTA: — Procuraré, si lo deseas, que no siga rodando la bola, ya que no pareces dispuesta a casarte con el doctor Piedra a pesar de haberte visto escuchar complacida sus requiebros.

(Por el foro don Angel entra. Al oír pronunciar su nombre, se detiene y escucha).

VICTORITA: — Los requiebros del doctor Piedra me han dejado indiferente; lo que no impide que me haya gustado escucharlos.

CARLOTA: — Por mero pasatiempo.

VICTORITA: — Y porque al hombre que suspira por una hay que dejar que se enardezca hasta que caiga de rodillas a nuestros pies y, entonces, con la punta del zapatito se le echa a rodar, si no ha merecido nuestro cariño.

CARLOTA: — Con tus diez y ocho primaveras tienes más astucia amorosa que yo con mis treinta abriles.

(El doctor Piedra ha salido sin ruido y, poco después, entra; dejando oír sus pasos).

ESCENA XI

LOS MISMOS Y DON ANGEL

DON ANGEL: — ¿Cómo está, Carlota?

CARLOTA: — Muy bien, gracias. ¿No le zumbaron los oídos? Hablábamos de usted?

DON ANGEL: — ¿Con indulgente cariño? No me atrevo a creerlo.

VICTORITA: — Es usted muy modesto... ¿Qué hubo del enfermo?

DON ANGEL: — Lo dejé adormecido por la morfina. Duerme; no piensa en nada. ¿Habrá mayor dicha?

CARLOTA: — Se la procuró usted. El médico es una providencia.

CARLOTA: — Cuando despierte, volverá a sufrir. Despertar de un dulce sueño... ¡qué amargura!

DON SEBASTIAN, en el juego: — ¡Victoria!

VICTORITA, acudiendo a la mesa de juego: — ¿Qué desea, don Sebastián?

DON SEBASTIAN: — Perdóname, Victorita. No te llamaba. Es que he ganado.

DON AMBROSIO: — Sí te llamaba. Se ha sacado la última viuda, que es gorda, y, como le diste buena suerte, quiere obsequiarte su haber. No se arrepienta, don Sebastián.

VICTORITA, riéndose: — Don Ambrosio, vamos a regañar si le sigue tomando el pelo a mi enamorado.

(Se ríen a carcajadas).

DON SEBASTIAN, a Victorita: — Monísima, ¿de quién sacaste tanto **esprit**?

DON GUILLERMO: — Me ofende la pregunta, siendo yo su padre. (Vuelven a reirse).

CARLOTA, en voz baja, a don Angel: — Urge que te hable a solas.

DON ANGEL, de igual modo: — Es inútil. Oí su perfidia.
(Victorita y los tresillistas se acercan).

CARLOTA, a don Angel, rápidamente. — Cuidado.

(Doña Constancia y Fabián entran por la derecha).

LAS TRES VICTORIAS

ESCENA XII

LOS MISMOS. DOÑA CONSTANCIA Y FABIAN

DOÑA CONSTANCIA, a don Angel: — Me alegro que haya regresado, doctorcito... (A los tresillistas). ¿Terminó el juego? Pues, a tomar chocolate.

DON GUILLERMO: — Pasen al Comedor.

DON AMBROSIO: — La paliza que he recibido en el tresillo me ha dado calambre en el estómago.

DON SEBASTIAN: — Por estar mal enseñado a ganar siempre. Ya era tiempo ¡caramba! que devolviera algo.

DON ANGEL: — Me van a dispensar que no los acompañe.

DOÑA CONSTANCIA: — ¡Cómo! ¿Por qué?

FABIAN, a Victorita: — Me cede el campo.

DON ANGEL: — Deberes de la profesión...

VICTORITA, zalamera: — Se irá en seguida que acabe su taza de chocolate. Voy a servírsela yo misma.

DON ANGEL: — Le agradezco muchísimo todas sus finezas... Acababa de decir a Carlota que no me siento bien.

CARLOTA: — Efectivamente.

DON ANGEL: — Buenas noches.

DOÑA CONSTANCIA: — Venga temprano mañana con los planos de la casa que va a construir y cuya distribución deseaba consultarme ¿Se propone siempre edificarla a la moderna?

DON ANGEL: — No, señora. Será una habitación modesta, de madera y quinchá; en ella no habrá ya **paredes de piedra**.

(Dejando a todos atónitos, se dirige al foro).

TELON.

ACTO TERCERO

DOÑA VICTORIA CUADRA

Una sala lujosamente amueblada en la casa de doña Victoria Cuadra, viuda de Montes. Puerta de entrada principal del lado derecho, abierta sobre un vestíbulo. Puerta de entrada a las habitaciones, al foro. Ventana grande del lado izquierdo. Entre los elegantes muebles, un canapé en el centro y sillones de cada lado. Flores en búcaros sobre la mesa central que estará detrás del canapé. Cuadros en las paredes.

ESCENA PRIMERA

SIMONA, CARLOTA Y CORNELIO

(Simona introduce en la sala a Carlota y a don Cornelio. Habla como una muchacha del campo).

SIMONA: — **Sientensé.** Voy a **llamá** a la niña. ¿Cuál es su gracia?

CARLOTA: — No recuerdo haberte visto antes. Y tú ¿cómo te llamas?

SIMONA: — Simona, **pa** servirles.

CARLOTA: — ¿No hará mucho tiempo que estás sirviendo aquí?

SIMONA: — El otro domingo me **tru**jeron de Chancalagua.

CARLOTA: — ¿Chancalagua?

DON CORNELIO: — Quiere decir Cachanlagua, la hacienda de doña Victoria.

CARLOTA: — ¿Conque montubita recién llegada? Es natural que no sepas cómo se llama la mejor amiga de tu señora. Avisa que están don Cornelio Ramírez y su esposa Carlota.

SIMONA: — **Gueno...** (Se dirige a la puerta del foro).

CARLOTA, a don Cornelio: — ¿Qué habrá sido de Gertrudis, la muchacha que Victoria tenía desde pequeña?

SIMONA, desde la puerta: — **Julló** con uno que se la llevó **juera**.

CARLOTA: ¡Vaya! ¡Qué no te suceda lo mismo!

SIMONA: — **Nai**de me quiere **entoavía**. (Sale).

LAS TRES VICTORIAS

ESCENA II

LOS MISMOS, MENOS, SIMONA

CARLOTA, riéndose: — El enteavía tiene sus bemoles.

DON CORNELIO: — No es tan boba la cholita como parece.

CARLOTA, mirando a todos lados: — ¿Recuerdas lo que esta sala era antes?

DON CORNELIO: — Una capilla ardiente.

CARLOTA, señalando una de las paredes: — Allí, en media pared, estaba, de cuerpo presente, quiero decir de cuerpo entero, en su retrato al óleo don Alejandro Montes, adorado esposo de Victoria Cuadra.

DON CORNELIO: — Una lámpara de plata, cuya lúgubre llama nunca se apagaba, pendía del techo delante del retrato.

CARLOTA: — Flores, diariamente renovadas, morían, exhalando su aroma, al pie de la efigie del preclaro varón.

DON CORNELIO: — Que murió en alta mar y fué arrojado a las olas.

CARLOTA: — Se temió que Victoria perdiera el juicio, tan vehementemente fué su dolor al conocer su desgracia.

DON CORNELIO: — Cuidado. Las paredes oyen.

CARLOTA, mirando las puertas: — Nadie escucha. Conozco a mis paisanas. Victoria estará afanada, poniéndose el corsé y regañando a la muchacha porque no le trae pronto las medias de seda y el traje.

DON CORNELIO: — No importa. Mejor fuera que te callaras.

CARLOTA: — ¡Que me calle cuando empiezo a darme el gusto de hablar de una buena amiga!

DON CORNELIO: — Habla, siquiera, en voz baja.

CARLOTA, sin hacer caso: — ¿Quién se hubiera figurado, al ver viuda inconsolable a Victoria, que, a la vuelta de cinco años, haría desaparecer, con flores y lámparas, el retrato del llorado Alejandro? y, ¿por qué motivo? Nada menos que el de su próximo matrimonio con el doctor Angel Piedra, el cual hace también cinco años cabales, sufrió un bochorno al enamorarse a otra Victoria, algo parecida físicamente a su novia actual.

VICTOR M. RENDÓN

DON CORNELIO: — La Victorita Paredes que se escapó de su casa como la Gertrudis y se casó con Pepito Ronquera. Cinco años han tardado efectivamente para consolarse mutuamente, Victoria Cuadra de su viudez y, de su percance matrimonial, don Angel que, aunque no le llamen ya el doctorcito, aun da golpe con sus cuarenta y cinco.

CARLOTA: — Victoria Cuadra, que enviudó a los veinticinco, está resplandeciente de lozana belleza, a pesar de haberse vuelto tan beata que no salía de la iglesia y hasta vestía hábito de Nuestra Señora de las Mercedes.

DON CORNELIO: — El difunto don Alejandro abusaba, imponiendo duelo eterno a su joven y hermosa viuda.

CARLOTA: — Ya está olvidado. ¡Qué inconstancia la del corazón humano!

DON CORNELIO: — Menos culpable es la mujer que olvida al esposo muerto que la que es infiel al marido vivo.

CARLOTA, mordiéndose los labios: — Silencio... Oigo pasos. Victoria viene.

(Por la puerta del foro, Victoria se presenta, vestida de medio luto, muy elegante).

ESCENA III

LOS MISMOS Y VICTORIA

VICTORIA: — Queridos amigos. ¿por qué no se sentaron?... (Ella y Carlota se palmean la espalda. Tiende en seguida la mano a don Cornelio que se la besa)... ¿Cómo está, don Cornelio? Tomen asiento.

(Carlota y Victoria se sientan en el canapé y don Cornelio en un sillón).

CARLOTA: — Venimos a despedirnos.

VICTORIA: — ¿Siempre es viaje? ¿Cuándo se marchan?

DON CORNELIO: — Pasado mañana. El vapor está al llegar.

VICTORIA: — ¡Cuánto siento que se vayan! alegrándome al mismo tiempo del paseito que van a darse por Europa.

CARLOTA: — Nuestra intención es arraigarnos en París. Aquí ya no se puede vivir.

LAS TRES VICTORIAS

VICTORIA, a don Cornelio: — ¿Usted también se va contento de Palmar?

DON CORNELIO: — Menos. Soy muy apegado al terruño. Por complacer a Carlota me expatrio.

VICTORIA: — Es usted un esposo incomparable...

CARLOTA, dando otro sesgo a la conversación: — Y tú, ¿por qué no te resuelves a imitarnos? Gozas de buenas rentas y de inmejorable salud.

VICTORIA: — Pudiera ser que les dé la sorpresa de aparecerme allá.

CARLOTA: — Menos fuera una sorpresa que un grandísimo gusto.

DON CORNELIO: — Desde ahora me pongo a su disposición para todo cuanto se le ofrezca en la soberana metrópoli.

VICTORIA: — Gracias. Lo tendré muy presente. Lamento que emprendan tan pronto el viaje. Me proponía participarles mi matrimonio...

CARLOTA: — Con el doctor Angel Piedra. El nos dió ya parte personalmente.

DON CORNELIO, ingenuamente: — Somos muy buenos amigos.

VICTORIA, algo irónica: — Todos lo sabemos... Como ustedes son también buenos amigos míos y algo parientes, aunque el matrimonio se celebrará en la intimidad, me hubiera complacido que lo honraseis con vuestra presencia.

DON CORNELIO: — Mil gracias.

CARLOTA: — ¿Qué día te casas?

VICTORIA: — La fecha no está fijada. Será la boda dentro de tres semanas.

CARLOTA: — Lamento la imposibilidad de concurrir. Quedamos muy reconocidos de tu gentileza.

VICTORIA: — ¿Cómo comentarán mis buenas amigas la resolución inesperada que he tomado al cabo de tantos años de inmenso desconsuelo?

DON CORNELIO: — Debe alabarse que usted se haya decidido a aceptar la muy merecida compensación a un gran pesar que la vida le ofrece.

VICTORIA: — Dice bien: una compensación, pero nadie ignora cuánto amé a Alejandro y el culto de veneración que tributaba a su memoria.

VICTOR M. RENDON

CARLOTA: — Recuerdo lo romántico que fué tu matrimonio.

Don Alejandro al llegar de España por primera vez a este puerto, pasó frente a tu casa, te vió asomada y dijo: "Si esa señorita, tan bella y distinguida, es hija de padres decentes, me caso con ella".

VICTORIA: — Y así sucedió. Esa misma noche en el baile del club, se hizo presentar. Se granjeó mi simpatía y el día siguiente pidió mi mano que le fué concedida porque mis padres sabían que era un hidalgo de alta posición social e indiscutibles méritos.

DON CORNELIO: — Lástima fué que se viera obligado a regresar a España.

VICTORIA: — Seis meses, que transcurrieron rápidamente, duró nuestra felicidad. Llamado con urgencia a su patria para arreglos de familia, no pude acompañarle en el viaje por estar algo delicada de salud.

CARLOTA: — Y, en el Atlántico, sucumbió, víctima de un ataque de fiebre pernicioso.

VICTORIA: — Sin que me quedara ni el consuelo de llevar flores a su tumba, ni la esperanza de acariciar a un fruto de nuestro amor.

DON CORNELIO: — Mucho ha sufrido usted.

CARLOTA: — No podías seguir llorando eternamente. En nuestra sociedad, como en otra cualquiera, siempre se murmura. Las murmuradoras serán las que te envidian algo o todo: juventud, belleza, fortuna y enamorado novio. Yo soy de las que te aprueban sinceramente tu resolución y se alegran mucho de tu merecida dicha.

VICTORIA: — He tenido un gran defecto, lo reconozco, y eso no me lo perdonan las maldicientes. Procuro enmendarme.

CARLOTA: — ¿Cuál es? No te conozco ninguno.

VICTORIA: — Eres muy indulgente. Mi defecto ha sido el orgullo. Hasta en mi desconsuelo de viuda lo dejé ver. Pretendí que mi corazón fuera excepcional y que por siempre permáneciera sordo a cualquier nuevo ruego de amor y el amor se ha vengado, obligándome a ser perjura.

CARLOTA: — Su venganza ha sido una buena acción.

LAS TRES VICTORIAS

VICTORIA: — Tú sabes la irresistible simpatía que don Angel Piedra inspira. A él también el matrimonio le debe una compensación. Conozco el desengaño que sufrió con una tocaya mía. No ignoro que, en su juventud, fué algo calavera, lo que no me mortifica. Con la edad se ha transformado y su seriedad me garantiza una tranquila dicha en lo por venir.

DON CORNELIO: — Don Angel hará muy dichosa a usted.

CARLOTA: — Cómo lo mereces.

VICTORIA: — ¡Dios lo quiera!

(Simona entra por la derecha).

ESCENA IV

LOS MISMOS Y SIMONA

VICTORIA, a Simona: — ¿Qué hay?

SIMONA: Un señó quiere verla.

VICTORIA: — ¿Le preguntaste su nombre?

SIMONA: — Dice que le llaman don Esteban Franco.

CARLOTA: — ¿Cómo, ya regresó de Francia ese badulaque?

DON CORNELIO: — ¡Por Dios, Carlota, que te oyes!

VICTORIA, a Simona: — Dile que pase.

(Simona sale por la derecha).

ESCENA V

LOS MISMOS, MENOS SIMONA

CARLOTA, a Victoria, en voz baja: — Supongo que te será fars antipático como a mí ese mequitrefe de Esteban. No hay varón más chismoso que él.

VICTORIA: — Su charla es a veces divertida cuando no le da por suspirar como seriamente enamorado.

DON CORNELIO, irguiéndose: — Aquí viene el caballero andante.

(Esteban entra por la derecha).

ESCENA VI

LOS MISMOS Y ESTEBAN

ESTEBAN: — Victoria, ¡hola! y Carlota, don Cornelio, ¡cuánto bueno!

(Besa la mano a las damas y estrecha la de don Cornelio).

VICTORIA: — ¡Qué amable! No haber tardado en venir a verme.

ESTEBAN: — Eso le demuestra que no la ha olvidado en sus correrías por el viejo mundo su rendido admirador a quien dejó suspirar en vano a sus plantas.

(Se sienta e igualmente don Cornelio).

VICTORIA, riéndose: — ¡Suspiraba usted a los pies de tantas! ¿Cómo quería que se le tomara en serio?

ESTEBAN, a Carlota: — ¿Qué le parece, Carlota? Siempre fui calumniado.

(Se ríen).

CARLOTA: — Cuéntenos algo de lo que vió en París.

DON CORNELIO: — Sepa que estamos al punto de embarcarnos para Francia.

ESTEBAN: — ¡Qué felices! ¿No necesitan un secretario que los acompañe?

(Se ríen).

VICTORIA: — Apenas de regreso a la patria desearía abandonar la otra vez.

ESTEBAN: — Mucho quiero a mi patria, pero me aburro en ella. Cuando me digo: ¿dónde se puede estar mejor que en el seno de Palmar? oigo una voz burlona que me murmura al oído: "en cualquier otra parte".

DON CORNELIO: — Esa voz no puede ser la del patriotismo.

ESTEBAN: — No sé si es la de pateta, pero tiene razón. Aquí ¿qué puedo hacer para no aburrirme?

VICTORIA: — Trabaje; ocúpese. No piense siempre en divertirse.

ESTEBAN: — ¿Divertirse, aquí? Ni eso. ¿Trabajar? No deja de antojárseme a veces. No hallo en qué. Carezco de profesión

LAS TRES VICTORIAS

y de entusiasmo. He pensado meterme a político. Temo que el día menos pensado amaneciera en el panóptico. No me faltan disposiciones para escribir versos y en prosa. Si no fuera modesto agregaría que ingenio me sobra... (Se ríen)... Los zoilos me aterrorizan. Ni siquiera puedo pretender a ser campeón en luchas deportivas. Pasó la edad de esas gracias...

(Se ríen).

CARLOTA: — Por lo pronto, sea cuentista. Díganos lo que le pareció más curioso en Europa.

ESTEBAN: — Estoy por contestar lo que me dijo, cuando visitaba la calzada de los Gigantes, una joven yanqui a quien su marido obligaba, en viaje de boda, a dar la vuelta al mundo.

VICTORIA: — ¿Qué le dijo?

ESTEBAN: — Al preguntarle ¿qué era lo que más le había asombrado en su largo viaje? me contestó: "**Many things, many things**".

CARLOTA: — ¿Lo que significaba?

DON CORNELIO: — Muchas cosas, muchas cosas.

(Se ríen).

ESTEBAN: — Eso es. Como yo insistiera en mi pregunta, siguió diciéndome: "**Many things, many things**". Y de allí no salió tal vez porque todo lo embrollaba. Creí notar que confundía al Chimborazo con el Himalaya...

(Se ríen).

CARLOTA: — Usted no confundirá el Bosque de Bolonia con Palermo, por muy hermoso que sea el parque de Buenos Aires por donde se fué a Europa. Díganos pues sus impresiones parisenses.

ESTEBAN: — ¿Qué quiere que le diga de París? Es una maravilla. No hay nada igual en el mundo.

VICTORIA: — Hay quien prefiere Londres.

ESTEBAN: — Los ingleses... (Se ríen)... Londres, Nueva York son más populosos y tienen mayor circulación, pero no son tan alegres como París. Cuando yo volvía a París de cualquier capital de Europa y paseaba por los grandes bulevares sentía ensanchármese el corazón. Me parecía que cada parisien-
se, varón como hembra, me miraba risueño, diciéndome con

los ojos: "¿Ya volviste, Esteban?"...

(Se ríen).

CARLOTA: — Es usted parisiense hasta los tóetanos. En breve sabré si su entusiasmo no es excesivo... (Irguiéndose). Vámonos, Cornelio.

VICTORIA, irguiéndose, igual que Esteban: — ¿Por qué tan pronto?

CARLOTA: — Siento no quedarme algo más en tan grata compañía. Tenemos que concluir las visitas de despedida.

ESTEBAN, a Carlota: — Permítame, Carlota, darle un consejo.

CARLOTA: — ¿Cuál es?

ESTEBAN: — No consienta que don Cornelio vaya sin usted a **Folies—Bergeres**, a **Olympia**, al **Moulin Rouge** y a los cabarets de **Montmartre**. Correría peligro.

DON CORNELIO: — ¡Hombre! Esteban, no soy un jovencito inexperto.

ESTEBAN: — En París, los mayores de edad, saber y gobierno están más expuestos que los jóvenes a caer en la tentación.

CARLOTA, siguiendo la broma: — Le agradezco la advertencia. Dejaré a Cornelio en casa cuando yo vaya con amigos a esos lugares...

(Se ríen. Se dan la mano y Carlota con don Cornelio se dirigen hacia la puerta de salida, lateral derecha).

VICTORIA, a Esteban: — Permítame que los acompañe.

ESTEBAN: — No faltaba más, Victoria...

(Victoria sale con Carlota y don Cornelio).

ESCENA VII

ESTEBAN

ESTEBAN: — Ahora, doña Victoria Cuadra viuda de Montes, voy a pagarle las calabazas que usted me dió, muy señora mía. Conque me ha preferido el maduro doctorcito don Angel Piedra... Arruinado, como lo estoy, contaba con sus saneadas rentas para, siendo su esposo, volver a la regalada vida parisiense. Me dejó con un palmo de narices. Voy a ver cómo se queda usted, la muy orgullosa, después de lo que voy a contarle.

(Victoria vuelve por la derecha).

ESCENA VIII

ESTEBAN Y VICTORIA

VICTORIA: — Dispénseme. Los abrazos de despedida son siempre más largos.

ESTEBAN: — ¡Por Dios, Victoria! Bien sabe que no soy etiquetero.

(Se sientan).

VICTORIA: — También tengo curiosidad de saber algo de esa vida fantástica parisiense. ¿Será cierto que resulta muy cara?

ESTEBAN: — Está diez veces más cara que antes de la tremenda guerra universal y aun así es más barata que la vida en Palmar.

VICTORIA: — ¡No me diga! ¿Será cierto que allá explotan mucho a los extranjeros?

ESTEBAN: — No hay tal. Aunque así fuera le sacan a uno el dinero con cara tan risueña que se les ríe la picardía.

VICTORIA: — Me están entrando ganas de ir a disfrutar de las delicias de la grandiosa capital.

ESTEBAN: — En viaje de boda, probablemente.

VICTORIA: — Ya está enterado... Iba cabalmente a participarle mi próximo matrimonio.

ESTEBAN: — Con el doctor Angel Piedra. Mis parabienes.

VICTORIA: — ¡Ya se lo habían dicho!

ESTEBAN: — En París lo supe.

VICTORIA: — ¿En París? ¿De veras?

ESTEBAN: — Por el mismo novio.

VICTORIA: — Me sorprende. Aun no existía entre él y yo ningún compromiso. El matrimonio se ha concertado después que don Angel regresó de Francia.

ESTEBAN: — No le miento al aseverarle que me lo participó. Voy a precisar cómo y cuándo. Le hallé comprando muebles en la gran fábrica inglesa de Maple y, al preguntarle para quién eran, me contestó: "Para amueblar mi hogar, porque me caso". — "¿Se puede saber quién es ella?", le dije. — "Vic-

VICTOR M. RENDON

toria Cuadra", agregó sin vacilar. Insistí, indagando: "¿Es cosa hecha?" — "Como si la tuviera metida en el bolsillo", replicó, riéndose.

VICTORIA, inmutada: — ¿Me da usted su palabra de caballero que esas fueron textualmente las palabras que pronunció?

ESTEBAN: — Lo juraría sobre la cabeza de mis hijos, si los tuviera.

VICTORIA, severamente: — Muy bien. Le agradezco que haya venido con el chisme.

ESTEBAN: — ¡Victoria! ¿Se ha enfadado? ¡Cuánto lo siento! Perdóneme. No creí que la impresionara tanto una frase que no tiene mayor importancia.

VICTORIA, irritada: — Usted conoce muy bien mi flaco, que es el orgullo, como yo conozco la bajeza de su alma.

ESTEBAN, irguiéndose: — Me retiro. No volveré hasta que me manifieste arrepentimiento de sus palabras.

VICTORIA: — No le retengo. Adiós.

(Esteban hace una profunda reverencia y, dejando asomar en el semblante su malvada satisfacción, sale por la derecha).

ESCENA IX

VICTORIA: — ¡Qué vergüenza! Conque, desde antes de darle el sí, ese hombre se jactaba de tenerme metida en el bolsillo. Y, por él, iba yo a olvidar al excelente esposo, al hidalgo, incapaz de zaherir mi amor propio tan torpemente. ¡Qué vergüenza! ¡Qué desatino!

(Por la derecha don Angel entra).

ESCENA X

VICTORIA Y DON ANGEL

DON ANGEL, muy risueño: — Como se lo prometí, Victoria, aquí me tiene puntualmente de regreso. He dado un vistazo a la colocación de los muebles traídos de París. Creo que el departamento quedará digno de usted.

LAS TRES VICTORIAS

VICTORIA: — ¿Por qué toma tanto empeño en arreglar anticipadamente la casa?

DON ANGEL: — ¿Anticipadamente? Y faltan solamente tres semanas para que la ocupemos.

VICTORIA: — ¿De dónde saca que sólo sean tres semanas?

DON ANGEL, atónito: — Pero, Victoria, ¿qué está diciendo? ¿Acaso no fijamos ayer la fecha de nuestro matrimonio?

VICTORIA: — Comprendió mal, sin duda.

DON ANGEL, inmutado: — Ahora es que no entiendo lo que ocurre. Explíquese.

VICTORIA: — Fácil me será con sólo decirle que, aunque desde París haya estado persuadido de su triunfo, aún no me tiene metida en el bolsillo.

DON ANGEL: — Vi salir de aquí a Esteban. Ese canalla envidioso vino a indisponerme con usted, esperanzado en suplantarme.

VICTORIA: — Nadie podrá ya esperar lo que me arrepiento haber prometido a usted que esperara.

DON ANGEL: — Confieso la imperdonable ligereza con que pronuncié aquellas torpes palabras. Bien merecido tengo el castigo que el irritado amor propio de usted me inflige. Le pido mil perdones; pero sepa que su orgullo no humillará mi dignidad. Si traspaso el umbral de esa puerta sin que me tienda generosamente la mano que acaba de retirarme, jamás volveré a subir la escalera de esta casa.

VICTORIA: — Mi resolución es inquebrantable. Permaneceré viuda. Nadie podrá jactarse de tenerme metida en el bolsillo.

DON ANGEL, inclinándose: — Adiós, señora.

(Sale por la derecha).

VICTORIA, llorando: — ¡Implacable destino! Mi orgullo triunfó... ¡Qué desdichada soy!

TELON.

ACTO CUARTO

VICTORIA DE PIEDRA

Una sala, lujosamente amueblada. Un canapé del lado izquierdo. Una mesa en el centro, sobre la cual hay periódicos y revistas. Puerta al fondo y puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

VICTORIA Y ESTEBAN

(Al levantarse el telón, están sentados muy cerca uno de otro en el canapé. Esteban se apodera de las manos de Victoria).

ESTEBAN: — Victoria, tú no me quieres tanto como yo a ti.

VICTORIA: — Te quiero con toda mi alma. Bien lo sabes, Esteban.

ESTEBAN: — Entonces, ¿por qué vacilas? Decídette, al fin.

VICTORIA: — No me atrevo a causar una aflicción atroz a quien fué tan bueno con mi pobre madre hasta su muerte.

ESTEBAN: — Déjate de escrúpulos. Tu felicidad es lo primero y no puedes ser dichosa, sacrificando tu juventud a un hombre viejo y enfermo que, de cincuenta años, osó casarse contigo cuando apenas contabas veinte.

VICTORIA: — No hubiera osado pedir mi mano si mi afligida madre no le dejara comprender que su pretensión sería bien acogida.

ESTEBAN: — Y, siendo ya mío tu corazón, consentiste en ser la esposa del doctor Angel Piedra.

VICTORIA: — Mi madre, sollozando, me suplicaba que me casara con él. Temía la miseria, no para ella, para mí. Tú, sin fortuna entonces, sin profesión ni empleo, no podías sacarnos de apuros. Hubieran aumentado al unirme contigo que me jurabas amor eterno, como ahora, sin hablarme de matrimonio.

LAS TRES VICTORIAS

ESTEBAN: — Porque tu madre me aborrecía.

VICTORIA: — Cuando, enredadas en un pleito, lo perdimos por la picardía de nuestro abogado que se vendió a nuestros enemigos, la casa que heredamos de mi padre fué rematada. Quedamos en la miseria. Mi madre se postró y fué don Angel, acaudalado famoso médico, quién la asistió, confortó y socorrió.

ESTEBAN: — Tu abnegación ha durado bastante.

VICTORIA: — Cuatro años hace que soy su esposa y tres que, al fallecer mi madre, vinimos de América a residir en París.

ESTEBAN: — Donde llevas una vida de continuo disgusto, sin amor ni ilusiones, soportando las exigencias de un marido que se pretende más enfermo de lo que está para tiranizarte.

VICTORIA: — Angel padece realmente arterio-esclerosis muy avanzada.

ESTEBAN: — Su dolencia no le impedirá vivir algunos años todavía durante los cuales sus celos te causarán mayores tormentos.

VICTORIA: — Sí; muy celoso es y, a veces, violento, injusto. Los celos no serían un motivo suficiente para separarme de él, pidiendo divorcio.

ESTEBAN: — ¿Pedir divorcio? No pienses en eso. Aguardar los trámites larguísimos del procedimiento judicial y, luego, el año de plazo que la ley francesa impone para contraer nuevo matrimonio, sería absurdo, amándonos como nos amamos.

VICTORIA: — ¿Qué quieres? Mientras viva bajo su techo no traicionaré a mi esposo.

ESTEBAN: — Esa resolución tuya, inquebrantable, me obliga una vez más a suplicarte que te decidas a marcharte conmigo. El caudal que mi tía me dejó me permite vivir holgadamente. Apenas lo heredé, vine en busca tuya. Llevo tres meses, aguardando que te decidas a darme la gran prueba de verdadero amor que te pido.

VICTORIA: — Porque profundamente te amo te telefoné que Angel concurría hoy a una junta de accionistas del Banco Suramericano.

VICTOR M. RENDON

ESTEBAN: — Y acudí, en seguida, a insistir en que me sigas. Iremos a Italia. Esconderemos allí nuestra dicha hasta que sea posible regularizar nuestra situación, unírnos legalmente y volver a la sociedad parisiense donde mereces brillar.

VICTORIA: — Ten paciencia. Confía en mi amor.

ESTEBAN: — ¿Hasta cuándo? Es hoy mismo que debes resolverte. Una ocasión propicia se presenta. Supongo que irás sin tu marido al **garden-party** de la Embajada inglesa.

VICTORIA: — Tal vez no vaya. Angel amaneció hoy más nervioso, preocupado.

ESTEBAN: — Debes ir. Nos reuniremos allí; poco después, saldremos para no volver tú a esta casa.

VICTORIA: — ¿Me amarás mucho y siempre si te sacrifico mi honra?

ESTEBAN: — Tu pregunta me ofende. Te adoro y te adoraré eternamente.

(Un timbre vibra en la puerta de entrada principal. Esteban se yergue, y, en seguida, Victoria).

VICTORIA: — Alguien viene. ¡Qué importuna visita!

ESTEBAN: — Me escapo. (Mira su reloj): Son las cuatro. Estaré en la Embajada a las seis. Cuento contigo.

VICTORIA: — Hasta luego.

(Esteban se inclina delante de Victoria, viendo a Carlota, que ha oído las últimas palabras de Victoria, entrar por el fondo, adonde él se dirige).

ESCENA II

LOS MISMOS Y CARLOTA

ESTEBAN, dando la mano a Carlota: — ¿Cómo está, Carlota?

CARLOTA, risueña: — ¡Hola! Esteban. Se va cuando llego.

ESTEBAN: — Tengo mucho que hacer.

CARLOTA: — Sé sus ocupaciones. Que se divierta.

ESTEBAN: — Gracias, muy amable amiga.

(Sale por el fondo).

LAS TRES VICTORIAS

ESCENA III

VICTORIA Y CARLOTA

CARLOTA, besando a Victoria: — Querida Victoria. No me figuraba hallar aquí a Esteban.

VICTORIA, algo turbada: — ¿Por qué no? Es un buen amigo nuestro.

CARLOTA: — Se me antoja que más tuyo que de tu marido.

VICTORIA: — Eres siempre muy ocurrida. Siéntate.

(Se sientan en el canapé).

CARLOTA: — ¿Irás hoy al té de la Embajada inglesa?

VICTORIA: — Aun vacilo.

CARLOTA: — Esteban no dejará de concurrir a esa gran fiesta social ¿Te lo habrá dicho?

VICTORIA, sonrojándose: — No se me ocurrió preguntárselo.

CARLOTA: — Mis canas y el gran cariño que te profeso me autorizan a darte un buen consejo. ¿Quieres oírlo?

VICTORIA: — Sospecho cuál será, lo que no obsta para que te escuche.

CARLOTA: — Resignada, sino complacida.

VICTORIA: — De ti dependerá que hasta te quede agradecida.

CARLOTA: — Te preguntaré antes como está tu marido.

VICTORIA: — Siempre muy achacoso, malhumorado.

CARLOTA: — Y celoso. Comprendo tu disgusto. Temo que te sientas impulsada a cometer una acción irreparable.

VICTORIA, irónica: — Te habrás propuesto impedirla, brindándome la sabiduría de tu larga experiencia de la vida.

CARLOTA: — Soportando tu ironía, me propongo, como buena amiga tuya, evitarte decepciones, lágrimas y remordimientos. Quisiera lograr que en ti la voz de la razón suene más recio que la del corazón. Quisiera alejar de esta casa un escándalo que tal vez abriría una tumba.

VICTORIA: — Tus anhelos me están ofendiendo demasiado. ¿Qué significan tus palabras?

CARLOTA: — Me dijiste que sospechas lo que he venido resuelta a decirte.

VICTOR M. RENDON

VICTORIA: — Aunque sea así. Habla claro.

CARLOTA: — Es imprudente que una mujer casada, joven y hermosa, digna de respeto...

VICTORIA: — Gracias por los bondadosos conceptos.

CARLOTA: — Son sinceros. Es imprudente, repito, que tolere se te acerque tanto por todas partes y, sobre todo, en tu casa, un varón que tiene bien merecida fama de libertino y badulaque.

VICTORIA, irritada: — Calumnias a Esteban que es todo un caballero. Me calumnias igualmente. ¿Qué mal hay en que reciba las visitas de un amigo leal y sincero, cuya charla me agrada y me distrae?

CARLOTA: — Ningún mal, y nadie murmuraría, como ya muchos lo hacen, si recibieras a Esteban cuando tu esposo está presente.

VICTORIA: — Angel no se halla siempre en condiciones físicas de acudir a esta sala. La conversación le cansa.

CARLOTA: — Y las visitas de Esteban le irritan.

VICTORIA: — No son tan frecuentes que exasperen sus injustos celos.

CARLOTA: — No quieres ver claro. Disgustan a tu marido a quien agrava su dolencia el presentimiento de una desdicha.

VICTORIA: — ¿Cómo lo sabes?

CARLOTA: — Su preocupación no ha escapado a la penetración de mi esposo.

VICTORIA, con sorna: — Don Cornelio es hoy, en casa ajena, más advertido que antes en la suya.

CARLOTA: — Ya te dije que estoy resignada a soportar tus desahogos con tal de disuadirte de hacer una locura que me senti impelida a cometer yo misma. Ruborizada, lo confieso. Desconocí la bondad de Cornelio. Me cegó el amor a otro hombre... Mi confesión te prueba el vehemente deseo de salvarte. No te expongas, Victoria, a sufrir remordimiento eterno si tu traición causa la muerte de don Angel que mucho te quiere, aunque sus celos y sus achaques te causen repulsión.

VICTORIA: — Celebro que veles por la tranquilidad de un varón, a quien, en lejanos tiempos, llamaste, como otras muchas, el doctorcito. No creo que deba agradecerte tu interés por mí.

LAS TRES VICTORIAS

Tu alarma es injustificada. Tranquilízate. Aunque mi corazón me impulsara a gozar de la vida, amando y siendo amada, no cerraré los oídos a la voz del deber. Seguiré siendo la enfermera de un hombre que se ha puesto insoportable.

CARLOTA: — ¡Dios te oiga! ¡Que El inspire tus acciones!

VICTORIA: — Tu amonestación holgaba. Cuando llegue a vieja, no tendré que mirarme en tu espejo.

CARLOTA: — Y así nadie insultará tus canas. Tampoco te expongas a que de tu ligereza se murmure. Si tu marido no te acompaña, no vayas hoy a la Embajada inglesa.

VICTORIA: — ¡Cuidado! Angel viene.

(Don Angel entra por la puerta principal derecha).

ESCENA IV

LOS MISMOS Y DON ANGEL

DON ANGEL, acercándose a Carlota: — ¿Qué milagro? (Le estrecha la mano). Le gusta que la extrañen.

CARLOTA: — Mis benditos reumas me impiden hacer visitas en invierno. Me desquito ahora en primavera.

DON ANGEL: — Don Cornelio tampoco se ha dejado ver esta semana, aunque sabe que experimento gran placer, charlando con él de cosas de América.

CARLOTA: — Vendrá hoy mismo.

DON ANGEL: — ¿Cómo? ¿No van Uds. al té de la Embajada?

CARLOTA: — No, por cierto. ¿Ud. sí acompañará allí a Victoria?

DON ANGEL: — Tampoco iremos. Me siento más cansado que nunca, sobre todo después de haber discutido acaloradamente en la reunión del Banco.

VICTORIA: — Si no estás dispuesto a ir, quédate en casa. He resuelto no privarme de esa distracción, a la cual todas mis amigas concurren. Son tan pocas las ocasiones de solazarme.

DON ANGEL: — Tu decisión me sorprende y aún más tu queja. No me opongo jamás a que salgas, lo que Carlota creerá al oírte. No soy un marido tirano. Creí que tu cariño te impulsaba a quedarte a mi lado cuando mi dolencia empeora.

VICTORIA: — No estás tan delicado hoy para que me resuelva a privarme de un placer. Me ausentaré una hora apenas.

VICTOR M. RENDON

CARLOTA, irguiéndose: — Permítanme que me retire.

DON ANGEL: — No está Ud. demás para aconsejar a Victoria. Si insiste en concurrir a esa fiesta mundana ¡cuánto me agradecería que Ud. la acompañase!

VICTORIA, irguiéndose: — ¿Temes que corra algún riesgo, yendo sola? No soy una chiquilla que necesita dama de compañía. Celebraría, sin embargo, ir contigo, Carlota, si no estuvieras resuelta a abstenerse de presenciar la fiesta.

CARLOTA: — No concurre ya a tales reuniones.

DON ANGEL: — Lo siento (A Victoria): Haz lo que mejor te parezca; pero, ya sabes que me complacerías si no me dejaras solo.

VICTORIA, con volubilidad: — No lo estarás. Don Cornelio vendrá a verte. Además, como lo dije, mi ausencia durará poco. Tengo gran curiosidad de conocer esa Embajada. Dicen que es un museo. Halaga también mi vanidad que se me vea en tan selecta reunión. Sería una incorrección si, honrados con muy amable invitación, ni tú ni yo concurriéramos.

CARLOTA, a don Angel: — Cornelio quedó en casa, terminando su correo para Palmar. Voy a decirle que venga en seguida. Charlando, el tiempo de la ausencia de Victoria pasará insensiblemente para Ud.

DON ANGEL: — Gracias, Carlota. No se pensione por mí.

VICTORIA, a Carlota: — Mejor fuera que no te movieras de aquí. Telefona a don Cornelio y, mientras llega, acompaña tú a mi marido. (Con retintín): Sois viejos conocidos. No os faltará tela para rato. Marcharé así despreocupada.

DON ANGEL: — El preocupado seré yo, a pesar de la grata compañía, porque te obstinas en no complacerme. Tus razones no me han convencido.

VICTORIA: — Déjate de cavilaciones. Carlota, telefona a tu marido.

CARLOTA, a don Angel: — ¿Da Ud. su permiso?

DON ANGEL: — Me resigno a molestar a Ud. y a don Cornelio.

CARLOTA: — ¿Dónde está el teléfono?

VICTORIA, indicando la puerta izquierda: — Allí, en el despacho de Angel.

CARLOTA: — Ya me acuerdo.

(Sale por la izquierda).

LAS TRES VICTORIAS

ESCENA V

VICTORIA Y DON ANGEL

VICTORIA, risueña: — Ves como todo se arregló pronto y bien.

DON ANGEL, tristemente: — Sí; a tu antojo. No ignoras cuánto sufro cuando vas sola a reuniones donde no faltarán insolentes varones que te requiebran. ¿Estará allí Esteban?

VICTORIA: — Lo ignoro.

DON ANGEL: — ¿Por qué vino a verte hoy?

VICTORIA, inquieta: — ¿Quién te ha dicho que haya venido?

DON ANGEL: — El sirviente. Le pregunté si había visita. Me contestó que Carlota estaba y que Esteban se había marchado ya. ¿A qué vino?

VICTORIA, sonrojada: — A verte. Preguntó por ti y, luego, por mí, al saber que no estabas. Quería indagar por tu salud. Estuvo pocos instantes.

DON ANGEL: — Ese hombre me disgusta. Siempre fué hipócrita y desleal, sobre ser un tenorio pretencioso. Te prohíbo que vuelvas a recibirlo cuando yo no esté en casa.

VICTORIA: — Es la primera vez que te expresas así.

DON ANGEL: — Más vale tarde que nunca. Le aborrezco.

VICTORIA: — Porque estás nervioso eres injusto con él. No digo que conmigo. Eres incapaz de ofenderme con torpe sospecha. No te he dado motivo de desconfianza. Sabes mi cariño y mi gratitud.

DON ANGEL: — En tu corazón sólo la gratitud te mueve a darme la ilusión del cariño.

VICTORIA: — Los celos te hacen desbarrar. Debo agradeceréte los. Son manifestaciones de amor; pero, causan mi tormento.

DON ANGEL: — Aun más el mío. Te lo suplico, Victoria; no vayas a esa reunión, adonde no puedo acompañarte.

(Carlota entra por donde salió).

ESCENA VI

LOS MISMOS Y CARLOTA

VICTORIA, a CARLOTA: — Ya vuelve Carlota. (A ésta): ¿Lograste hablar con tu esposo?

CARLOTA, procurando hacer reír: — Difícil fué obtener la comunicación. Por dos veces me la dieron con el cuartel de bomberos que contestaba, preguntando: — ¿Dónde es el fuego? Al fin hablé con Cornelio. No tardará en llegar.

VICTORIA: — Os dejo. Corro a acabar de vestirme. Hasta luego, Carlota. Esperas que regrese ¿verdad?, entreteniéndome a mi esposo. Mi maridito, déme un beso y tranquilícese. Nada sucederá a su mujercita porque pase una hora curioseando.

(Don Angel la besa en la frente y Victoria sale por la derecha).

ESCENA VII

CARLOTA Y DON ANGEL

DON ANGEL: — Siéntese, Carlota.

(Ambos se sientan en un canapé).

¡Cuánto sufro, amiga mía!

CARLOTA: — La tensión arterial ¿ha aumentado acaso?

DON ANGEL: — Es posible. Lo ignoro. Mi padecimiento se acrece más moral que físico.

CARLOTA: — Usted mismo se lo agrava, viendo visiones.

DON ANGEL: — No me engaño; nó. Victoria es muy diferente de lo que era hasta hace poco. Su cambio de maneras ha coincidido con la llegada de ese cargante Esteban que la enamoraba cuando era soltera.

CARLOTA: — Victoria es virtuosa, incapaz de una mala acción.

DON ANGEL: — Esa opinión me sostiene aún, sin que pueda apoyarla en la convicción de su cariño. Es tan joven y soy ya un viejo.

CARLOTA: — No vacilé en dar su mano a usted.

DON ANGEL: — Matrimonio de conveniencia para ella, de amor ciego para mí.

LAS TRES VICTORIAS

CARLOTA: — En vuestro hogar reinó la dicha.

DON ANGEL: — Felicidad superficial, transitoria, incompleta. Faltó un niño que alegrara esta casa. El amor materno me preservaría tal vez de la inconstancia de la esposa.

CARLOTA: — Ser algo coqueta es el único reproche que Victoria le merece.

DON ANGEL: — No he puesto reparo ni al excesivo gasto en sus *toilettes* ni a sus caprichos frecuentes de niña mimada. Parecía alegre, despreocupada, reconocida a mi cariño inmenso, aunque su corazón no le correspondiera amorosamente. ¡Cuánto ha variado! La siento hostil. Su frialdad me aflige; su terquedad me irrita. ¿Por qué ese empeño de salir hoy?

CARLOTA: — Muy bien acaba usted mismo de decirlo. Porque es una niña mimada que tiene caprichos. Victoria no ha nacido flor de invernáculo. Necesita exhalar su fragancia al aire libre. Si a usted se le antoja, mi querido amigo, guardarla encerrada, entonces si su tranquilidad fuera arriesgada. Mientras le permita cautivar inocentemente a quienes admiran su belleza la verá satisfecha volver, trayéndole puro e intacto su delicioso aroma.

DON ANGEL: — Así lo pensé, dejándola ir con amigas a reuniones de sociedad, a las carreras de Longchamp y de Auteuil, a los teatros, desde que los médicos me ordenaron una vida reposada, lejos del bullicio mundano. Vivía resignado a que gozara de la vida honestamente sin que yo me deleitara fuera de casa en la contemplación de su alegría. Viví sin aprensión hasta el día que aquel hombre se apareció. Preveo que, causando mi vergüenza y mi desconsuelo, apresurará mi muerte.

CARLOTA: — No hay peor enfermedad que la de los celos, ni mayor peligro corre un varón casado que cuando los manifiesta injustamente. Se vuelve el artificio de su desgracia que se esfumaría probablemente si no exhalara su desconfianza. No es la manera de hacerse perdonar la gran diferencia de edad.

DON ANGEL: — Tiene razón. Quisiera disimular. No lo consigo. Temo que Dios me imponga la pena del talión.

CARLOTA: — ¿Cómo así?

DON ANGEL: — Que Esteban me castigue, vengando a don Cornelio, a quien contigo ofendí.

CARLOTA: — ¿Por qué remover cenizas? El viento se las llevó hace muchos años. Cornelio no se enteró de que te amé seis meses locamente, sin que me correspondieras. No eras en tu juventud de los que consienten duradero el yugo del amor, por ardiente y profunda que la pasión sea, cuál fué la mía.

DON ANGEL: — ¿Me amaste de veras?

CARLOTA: — Y tanto que hasta quise casarme contigo.

DON ANGEL: — Creyéndote frívola, no me convencí de ese gran cariño.

CARLOTA: — Bien hiciste en rechazar mi pretensión. Uniéndonos civilmente, hubiéramos sido tal vez desdichados, mientras que hemos seguido siendo incondicionalmente buenos amigos tuyos, Cornelio y yo. Cuando rompí contigo, los ojos se me abrieron y vi cuán digno era de ser amado mi buen esposo. Fui afectuosa con él y, desde entonces, le respeté. Tu negativa labró la felicidad de Cornelio y la mía. Hemos vivido en París contentos y tranquilos. No hay ya motivo para que el cielo nos castigue.

DON ANGEL: — A veces pienso que fuí castigado dos veces de mis locuras juveniles, cuando Victorita Paredes se burló de mi adoración por ella y, más tarde, cuando la orgullosa viuda Victoria Cuadra me abochornó retirándome su mano en vísperas de celebrarse nuestro matrimonio. Otras veces medito que no fué suficiente castigo y que Dios puso a mi lado la tercera Victoria, como compañera mía idolatrada, para que expiara. Dime con franqueza, por el cariño que me profesaste, ¿qué sabes de lo que ocurre entre Victoria y Esteban? ¿Se aman? ¿Se dan citas? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Con frecuencia? Por piedad, no te hagas cómplice de una villana acción, ocultándomela.

CARLOTA: — No quisiera, alarmándete, entristecerte más. Imploras la verdad de mi corazón que tanto latió por ti. Me obligas a ser sincera.

DON ANGEL: — Sí, por Dios. Háblame claro. Tu confianza inspirará mi conducta ¿Corre peligro mi honra? Dímelo y me alejaré mañana mismo de París. Llevaré a Victoria no sé a donde, pero tan lejos de Esteban que éste no pueda verla ni hablarle.

LAS TRES VICTORIAS

CARLOTA: — Estoy convencida de que no existen relaciones culpables entre ellos.

DON ANGEL: — ¿No me engañas piadosamente?

CARLOTA: — Te afirmo que no. Opino, sin embargo, que ese perverso Esteban se ha propuesto la conquista del corazón de Victoria y ella no cierra los oídos a sus galanterías, jugando con fuego, inocentemente.

DON ANGEL: — ¿Cómo lograr que no se vean fuera de mi presencia? Hace un instante prohibí terminantemente a Victoria que volviera a recibir a ese hombre.

CARLOTA: — Erraste. No debías haberla enterado de tus sospechas. Haciéndote el desentendido los hubieras sorprendido en algún *flirt* que te diera el derecho de echar a Esteban a la calle.

DON ANGEL: — ¿Supones que se hayan dado cita en la Embajada?

CARLOTA: — Lo sospecho.

DON ANGEL: — ¿Le has hablado de Esteban?

CARLOTA: — Sí; aconsejándola.

DON ANGEL: — ¿Qué te contestó?

CARLOTA: — Qué jamás faltaría al cumplimiento del deber que la gratitud le impuso al ser tu esposa.

DON ANGEL: — ¡La gratitud! ¡La gratitud! Coraza débil de un corazón flechado por atrevido amor ¿Sucumbirá Victoria? ¿Respetará mis canas? ¿Qué se proponen?

CARLOTA: — Tal vez, recurrir al divorcio.

DON ANGEL: — ¿Cuál motivo se invocaría?

CARLOTA: — La incompatibilidad de humor entre cónyuges basta para obtenerlo.

DON ANGEL, irguiéndose y, exaltado, andando: — Lucharé, me defenderé. No quiero perder a Victoria.

CARLOTA: — ¡Cuánto la amas!

DON ANGEL, deteniéndose ante Carlota: — Más que la vida. Ella es mi única y última alegría. La necesito como el avaro su tesoro, como el aire indispensable a mi existencia. Si me faltara, moriría. Caería, como herido por un rayo.

(Vuelve a andar, agitado).

CARLOTA: — Cálmate. Nada autoriza a inferir que se proponga abandonarte.

VICTOR M. RENDON

DON ANGEL, yendo y viniendo: — Si otra fuera su intención, ¿cuál? ¿cuál? Será peor acaso. Marcharé a la Embajada en cuanto tu esposo llegue. Victoria no sospechará mi presencia allí. La observaré de lejos, en un rincón del vasto jardín. Si miro a Esteban al lado de ella, me acercaré rápidamente y obligaré a Victoria a seguirme a casa.

CARLOTA: — Tu airado comportamiento daría pábulo a la maledicencia. Serías el fautor del escándalo que anhelas evitar. Se propagaría la patraña de tu desgracia por tu propia culpa. La irritación de Victoria la haría más fácil presa del infame Esteban.

(Don Angel se detiene de andar. Lleva la mano al corazón, luego a la frente. Se deja caer en un sillón, inclinando hacia atrás la cabeza. Agita las manos temblorosamente).

DON ANGEL: — Me ahogo... Me ahogo.

CARLOTA, corre hacia él, le palpa la frente, le coge las manos: — ¡Cómo te has puesto! Estás empapado en sudor frío. (Le desata la corbata y le desabrocha el cuello de la camisa. Coge un periódico sobre la mesa y le da aire). Telefonaré al médico.

DON ANGEL, con voz apagada: — No te alejes. Padezco estos vértigos. Pasan pronto.

CARLOTA: — Apacíguate. No hables.

DON ANGEL, reanimándose: — Voy a tomar la medicina que me sienta bien en estas crisis.

CARLOTA: — No te muevas. Mandaré al sirviente que te la traiga.

DON ANGEL, irguiéndose: — Me siento fuerte. Voy yo mismo. Dispensa que te deje sola un instante.

(Se dirige hacia la puerta lateral derecha, sostenido por Carlota).

CARLOTA: — ¡Cómo tarda Cornelio!

(Se oye vibrar el timbre de la puerta de entrada principal).

DON ANGEL: — Han llamado a la puerta.

CARLOTA: — Debe ser mi marido.

(Don Angel sale).

LAS TRES VICTORIAS

ESCENA VIII

CARLOTA Y CORNELIO

(Don Cornelio entra por el foro).

CARLOTA: — Por fin llegas.

DON CORNELIO: — Un suceso inaudito me atrasó. ¿Estás sola?

CARLOTA: — Don Angel se puso malo súbitamente. Fué a tomar una droga.

DON CORNELIO: — ¿Qué? ¿Está enterado ya de su desgracia?

CARLOTA: — ¿Qué dices? Habla en voz baja.

DON CORNELIO: — ¿Has visto a Victoria?

CARLOTA: — Marchó a la Embajada de Inglaterra donde aun está.

DON CORNELIO: — ¡Ojalá estuviera allí!

CARLOTA: — Me asustas. Explicate.

DON CORNELIO: — Venía, andando por la calle del **Faubourg Saint—Honoré** y me detuve, frente a la Embajada, para ver entrar al patio de honor, o salir, en automóviles abiertos, a muchas elegantes. ¿Cuál sería mi sorpresa y estupefacción? al notar que, en uno cerrado, Victoria se alejaba y que, en seguida, a pie...

CARLOTA: — Esteban salía igualmente.

DON CORNELIO: — Acertaste.

CARLOTA: — ¿Te alcanzaron a ver?

DON CORNELIO: — Imposible. Había mucha gente, mirando en la acera donde me hallaba.

CARLOTA: — ¿Fué todo lo que observaste?

DON CORNELIO: — Seguí con la mirada a Esteban y le vi aproximarse al automóvil en que Victoria se disimulaba y que se había detenido en la esquina de la calle **Royale**.

CARLOTA: — Y subió a él.

DON CORNELIO: — Sigues acertando. El carruaje arrancó luego, dirigiéndose hacia los grandes Bulevares.

VICTOR M. RENDON

CARLOTA: — ¿Cómo no se te ocurrió saltar a un taxi y seguirles la pista?

DON CORNELIO: — ¡Vaya, si se me antojó! Pasaba casualmente un taxímetro libre. Me metí en él y ordené al chófer siguiera el automóvil que le indiqué; mas, en la endemoniada plaza de la Opera, donde la circulación a esta hora es tremenda, desapareció el perseguido coche y perdí la oportunidad de conocer el paradero de los tórtolos. Que lo son, no cabe duda. ¿Adónde irían así al concluir el día?

CARLOTA: — Victoria ha fugado con ese canalla.

DON CORNELIO: — ¡Santo Dios!

CARLOTA: — ¡Cómo nos engañó esa mujer, a don Angel y a mí, con su firme arrogancia de esposa honrada y fiel! ¿Qué va a pasar aquí en cuanto el desdichado don Angel sepa que Victoria no volverá?

DON CORNELIO, con filosofía: — Se afligirá mucho; pero, varón fuerte, sabrá sobreponerse al cruel percance. Y, si más tarde Victoria vuelve arrepentida, la perdonará tal vez cristianamente.

CARLOTA: — No está en condiciones de soportar el golpe. Acaba de decirme que Victoria le es más necesaria que el aire que respira. Disimulemos. Aquí viene.

ESCENA IX

LOS MISMOS Y DON ANGEL

(Don Angel entra por donde salió. Su paso es lento, vacilante. Se le ven desencajados los ojos, pálido el semblante. Su respiración es anhelosa. Habla con dificultad).

DON ANGEL, a don Cornelio: — Buenas tardes, querido amigo.

DON CORNELIO, estrechándole la mano: — ¡Esa malvada tensión arterial, dando siempre molestias!

DON ANGEL: — Empujándome a la tumba.

CARLOTA: — Los médicos cuando están enfermos son siempre pesimistas.

LAS TRES VICTORIAS

DON ANGEL, sonriendo tristemente: — Porque conocen bien los estragos del mal que experimentan.

DON CORNELIO, embromando: — Soy más veterano que usted y me corresponde precederle en el indispensable viaje; pero, como estoy resuelto a morir centenario, usted tiene que aguardarse. No le cedo el paso.

(Se ríen. La risa de don Angel causa pena).

DON ANGEL: — Está obscureciendo. ¿Qué hora será?

CARLOTA, mirando su reloj—pulsera: — Las ocho.

DON ANGEL: — ¡Cómo tarda Victoria! Voy a telefonar, diciéndole que regrese.

CARLOTA: — ¡Qué ocurrencia! Se habrá retrasado, charlando con amigos.

DON ANGEL: — Esas reuniones terminan al obscurecer.

DON CORNELIO: — Duran más cuando se baila, como se acostumbra hoy hacerlo en los tes, hasta en residencias diplomáticas.

(El timbre de la puerta de entrada vuelve a vibrar).

DON ANGEL: — ¡Gracias a Dios! Ya está aquí. Esa campanilla, ¡qué peso me quita de encima del corazón! Sin embargo, no he oído el ruido del automóvil.

(Don Cornelio y Carlota se miran, manifestando emoción).

ESCENA X

LOS MISMOS Y JUAN

(Juan se presenta por el foro con una bandejita de plata en la mano).

DON ANGEL, al sirviente: — Juan, ¿quién llamó a la puerta? ¿Regresó la señora?

JUAN, acercándose: — Aun no. Fué un chico del telégrafo que trajo este **petit bleu**.

(Lo entrega a don Angel y hace mutis por el foro).

ESCENA XI

CARLOTA, DON CORNELIO Y DON ANGEL

DON ANGEL: — ¿Quién me telegrafiará? Me late recio el corazón como si esta cartulina fuera la mensajera de infausta noticia. ¿Me permiten que la lea?

CARLOTA: — Si el contenido le da recelo, deje la lectura para más tarde.

DON ANGEL, manifestando mayor inquietud: — Esa bondadosa insinuación me impulsa a leer más pronto ¿Sabéis o sospecháis lo que esto encierra.

CARLOTA: — No.

DON CORNELIO: — De ningún modo.

DON ANGEL, lee en silencio rápidamente: — ¡Malvada! ¡Canallas! Voy a matarlos.

(Se dirige hacia la puerta y bambolea, dejando caer al suelo el papel que ha estrujado. Carlota y don Cornelio se apresuran a sostenerle de cada lado y le llevan al canapé donde se deja caer pesadamente).

DON CORNELIO: — Resignación. Paciencia. Sea un varón fuerte que sabe soportar la adversidad.

DON ANGEL: — Me ahogo... ¿Habré leído mal?... Carlota, le suplico. Léame ese papel.

CARLOTA: — No he de atormentarle más.

DON ANGEL, exaltado: — Si se niega, volveré yo mismo a leerlo.

(Quiere erguirse y no puede).

CARLOTA, recogiendo el telegrama: — Obedezco. (Leyendo): "Angel, me ofendiste tanto con torpes sospechas que lograsste impulsarme a justificarlas. Me aparto para siempre de tu lado. Es inútil que me busques. Voy lejos en pos de mi destino. Perdóname. Adiós. Victoria".

DON CORNELIO: — ¡Insensata! Ni cerebro, ni corazón.

DON ANGEL, con voz débil: — Anhelé tres Victorias y la única que logré más valiera que hubiera sido también una derro-

LAS TRES VICTORIAS

ta... Me ahogo... (Deja caer la cabeza hacia atrás. Carlota le da aire, don Cornelio corre a la puerta y llama).

DON CORNELIO: — Juan... Juan...

JUAN, acudiendo: — Señor.

DON CORNELIO: — Vuele en busca del médico. Don Angel está muy mal.

JUAN: — Voy a escape.

(Sale y don Cornelio regresa cerca de don Angel a quien Carlota está atendiendo).

DON ANGEL, con mirada vaga, anheloso: — Me... a... ho... go... Buenos... amigos... adiós...

DON CORNELIO: — Ya viene el médico.

DON ANGEL, agoniza: — Inútil... (Se incorpora, abre los ojos desmedidamente y delira)... ¡Victoria!... ¡Victoria!

(Cae para atrás y dobla la cabeza).

CARLOTA, que le ha sostenido, llorando: — ¡Pobre doctorcito! ¡Qué desdichado ha sido!

DON CORNELIO, tristemente: — Su corazón tuvo el don de errar.

TELON.

PRINCIPALES ERRATAS

Páginas:	Líneas:	Dice:	Léase:
61	7	Gerardo,	Gerardo.
68	12	po	por
83	9	tientas	tiendas
86	22	¿Y tú	¿Y tú,
89	10	tu	tú
95	27	ilevando	llevando
103	17	años	años,
112	38	salido	saludo
132	29	tú	tu
151	33	paser	pasar
153	4	hene	bene
154	3	cansan	casan
157	21	No	¿No
171	31	¿Creo	Creo
172	4	acompanarla	acompañarla
206	1ª	Periquín o la Noche	Cuadro Heroico
247	25	alrededor	alredor
id.	id.	ufanas	ufana
259	21	quiere	quere
277	17	Celedonia	Caledonia
288	8	lo	le
289	30	corre	correa
297	30	arms	armas
302	16	Patria	Patria,
309	5	inegotable	inagotable
331	3	acompa	acompa-
378	36	impedirle	impedirlo
436	19	GUILERMO	GUILLERMO
459	2, 4, 21, 31 y 32	Ud.	usted.

INDICE

	PAGINAS
PRÓLOGO	7
HOY, AYER Y MAÑANA	17
EL MATRIMONIO EUGÉNICO	39
MADRINAS DE GUERRA	77
CON VICTORIA Y GLORIA, PAZ	99
EL AUSENTISMO	125
CUADRO HERÓICO	183
PERIQUÍN O LA NOCHE SABROSA	207
HERMANAS LATINAS	231
EN FUENTE FLORIDA	249
SALUS PÓPULI	281
CHARITO	307
ALMAS HERMOSAS	353
EL BILLETE DE LOTERÍA	381
LA CARRETILLA	395
LAS TRES VICTORIAS	403

La comedia dramática en versos franceses LE REVENANT, las versiones francesas del drama histórico SALUS PÓPULI, y de la pieza cómica—dramática ALMAS HERMOSAS (AMES SUBLIMES) se publicarán en otro volumen.